

CURSO DE BIBLIA

VOL. II

Nuevo Testamento

Lecciones 67 - 110

Pedro García
Misionero Claretiano

Antes del desarrollo del diálogo, se pone una breve

Ficha para el Introdutor

que resume el pensamiento de cada lección.

*** Debo expresar desde el principio una intención muy personal.**

Con este *Curso popular*, no se trata solamente de dictar una exposición *científica* o *técnica*, diríamos, sobre la Biblia. Sino que se pretende llegar a la *práctica* de la vida espiritual. El Curso popular sigue así una clara línea de *evangelización* y de *formación* cristianas. ¡Quiera Dios que atinemos!...

El trabajo va dedicado desde un principio a la Virgen María, la “Estrella de la Evangelización”, para sus hijos de Hispanoamérica, tan asiduos de la radio con programas que les hablen de Dios, y muy especialmente de la Biblia.

INDICE

La Salvación realizada en Cristo

Temario del Nuevo Testamento

- 067. El Cristo prometido. *La Humanidad expectante.* - 5
- 068. La persona de Jesucristo. *Dios, y el Hombre perfecto.* - 8
- 069. Los Evangelios Sinópticos. *Qué son y qué dicen de Jesús.* - 11
- 070. Mateo. *El evangelio más clásico.* - 14
- 071. Marcos. *Un evangelio encantador.* - 17
- 072. Lucas. *El evangelio de la bondad de Cristo.* - 20
- 073. Juan. *El evangelio de las mayores alturas.* - 23
- 074. Y el Verbo se hizo hombre. *La realidad de la Encarnación.* - 26
- 075. Belén. *La historia del nacimiento de Jesús.* - 29
- 076. Nazaret. *Jesús, hombre en todo como sus hermanos.* - 32
- 077. La Manifestación de Cristo. *Los Magos, El Jordán y Caná.* - 35
- 078. El Mesianismo a prueba. *Las tentaciones de Jesús.* - 38
- 079. Sermón de la Montaña, *La Carta Magna del Reino.* - 41
- 080. En Cesarea de Filipo. *¡Tú eres el Cristo!... ¡Tú eres Pedro!* - 44
- 081. El Tabor. *Misterio y esperanza.* - 47
- 082. El Memorial de Cristo. *Misterio de la Última Cena.* - 50
- 083. Pasión y muerte de Jesús. *Notas históricas.* - 53
- 084. La Resurrección. *El triunfo de Jesucristo.* - 56
- 085. Durante cuarenta días. *Jesús hablando del Reino.* - 59
- 086. Pentecostés. *La Persona y la obra del Espíritu Santo.* - 62
- 087. La Iglesia primitiva. *Cómo eran y vivían los primeros creyentes.* - 65
- 088. La conversión de Pablo. *Un hecho trascendental de la Iglesia.* - 68
- 089. La Iglesia de Antioquia. *Primera comunidad de la Dispersión.* - 71
- 090. Pedro librado de la cárcel. *Persiguen a los Jefes de la Iglesia.* - 74
- 091. El concilio de Jerusalén. *Libertad de la Iglesia ante los judaizantes.* - 77
- 092. Las Cartas de Pablo. *Los documentos magistrales del Cristianismo.* - 80
- 093. Por el Asia Menor. *Pablo con los Gálatas.* - 83
- 094. Filipos. *Pablo, en Grecia. Entrada en Europa.* - 86
- 095. Tesalónica. *Una Iglesia buena y prometedora.* - 89
- 096. Corinto. *Su Iglesia y las dos Cartas de Pablo.* - 92
- 097. Éfeso. *Pablo en la cumbre de su apostolado.* - 95
- 098. Colosas. *Las Cartas a los Colosenses y a Filemón.* - 98
- 099. La Carta a los Romanos. *Pablo preparando su visita a Roma.* - 101
- 100. Pablo en Jerusalén. *La última visita a la Iglesia madre.* - 104
- 101. Pablo en Roma. *Las Cartas Pastorales.* - 107
- 102. La Carta a los Hebreos. *Cristianos, ¡a perseverar!* - 110
- 103. La Carta de Santiago. *La autenticidad de la vida cristiana.* - 113
- 104. Las Cartas de Pedro. *Un recuerdo del primer Papa.* - 116
- 105. La Carta de Judas. *Un alerta contra falsas doctrinas.* - 119

- 106. Las Cartas de Juan.** *El Evangelio hecho vida en la Iglesia.* - **122**
- 107. El Apocalipsis.** *La visión profética de la Iglesia.* - **125**
- 108. “Tú, sígueme”.** *El Pedro del Evangelio.*- **128**
- 109. “¡Volverá!”.** *La Parusía, o Segunda Venida del Señor.* - **131**
- 110. “Cuando entregue el Reino a Dios y Padre”.** *El fin sin fin.* - **134**

Empieza el Nuevo Testamento

La segunda parte de la Biblia comprende lo que llamamos el Nuevo Testamento o la Nueva Alianza. Todo lo anterior viene a desembocar en Jesucristo, el Mesías Salvador del mundo. Es la última Palabra que Dios nos ha revelado, y ahora la veremos escrita en toda su pureza. Las páginas del Nuevo Testamento serán la mayor delicia que podremos saborear como cristianos. Aquel Jesús que dijo “Yo soy la luz del mundo”, seguirá con ellas haciéndonos conocer toda la Verdad de Dios.

067. El Cristo prometido. *La Humanidad expectante.*

Jesucristo no se presentó en el mundo como un fenómeno repentino e inesperado. El pueblo judío, y en él la Humanidad entera, esperaba un Salvador, y Jesús venía al mundo como ese Salvador prometido. Es lo que vamos a exponer en nuestra charla de hoy, como un pórtico antes de entrar en el Nuevo Testamento. Jesús mismo, una vez resucitado, y tal como nos lo cuenta Lucas, aseguraba que toda la Biblia hablaba de Él. Por eso titulamos esta nuestra lección: *El Cristo prometido.*

Todo el Antiguo Testamento, estudiado hasta ahora, no tiene otro fin en los planes de Dios que ser el camino hacia Jesucristo, el Salvador prometido por Dios al mundo.

Hoy me permito empezar con esta anécdota.

Un joven judío estudiaba en Praga la carrera de Medicina, y de cuando en cuando se metía en una escuela de teología a oír explicaciones de la Biblia. Oye una profecía de Malaquías, desconocida para él, y al llegar a casa toma la Biblia de su padre, un rabino que no dejaba nunca la Escritura de las manos. Busca el pasaje que le interesa, y lo encuentra tachado y con un papel apegado encima, de modo que no se pudiera leer. Pregunta el porqué de aquella tachadura, y por toda respuesta recibe un bofetón de su padre.

El joven no se amilana. Estudia aquel trozo misterioso, y resulta ser una profecía sobre el Mesías. Repasa clandestinamente la Biblia de su padre, y estaban tachados o arrancados todos los pasajes que se podían referir a Jesús. Los estudia en profundidad, se convence de que Jesús era el Cristo prometido, abraza la fe católica, se decide a ser sacerdote, es consagrado en 1821, y muere en 1876 después de una vida entregada a la predicación sobre Jesucristo en la Catedral de San Esteban de Viena. Fue el célebre Doctor Emanuel Veith.

Nosotros ahora, al estudiar el Nuevo Testamento, vamos a ver, igual que aquel joven judío, cómo el Nuevo Testamento fue la gran promesa de Dios contenida en las páginas de la Biblia que hemos estudiado hasta hora.

En la misma tarde del día de la resurrección, Jesús acompaña por el camino a los dos de Emaús y les va explicando, “empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, lo que había de él en todas las Escrituras”. Y al poco rato, en su primera aparición a los

apóstoles, les recuerda lo que les tenía dicho: “Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos” (*Lucas 24, 27 y 44*)

La primera de todas las profecías, en el mismo paraíso, fue cuando Dios maldijo a la serpiente, introductora del pecado en el mundo: “Un descendiente de la mujer te machacará la cabeza” (*Génesis 3,15*)

Muerto Abel, al ver Eva que por el hijo asesinado le nacía otro, le pone ella el nombre de Set (*Génesis 4,15*), cuya descendencia llegará hasta Sem, y de su linaje vendrá Abraham, al cual le prometerá Dios: “En ti, en un descendiente tuyo, serán bendecidas todas las gentes” (*Génesis 12,3*). Y de Abraham a Isaac, de Isaac a Jacob, y de Jacob a Judá.

El rey David, de la tribu de Judá, oirá del profeta Natán: “Tu reino permanecerá para siempre; tu trono estará firme, eternamente” (*2Samuel 7,16*).

A partir de ahora, el pueblo judío sabrá que la promesa hecha por Dios a Abraham ha llegado hasta David. Más concretamente, según el profeta Miqueas, el prometido descendiente de David nacerá precisamente en Belén, el pueblecito de donde procedía David: “Belén, de ti sacaré al Jefe que ha de regir a mi pueblo Israel” (*Miqueas 5,1*)

Dividido el pueblo en dos reinos, Israel y Judá, desaparecerán para siempre las familias reales de las dos Monarquías. La de David, corrompida por reyes como Ajaz, va a desaparecer con Judá cuando sea llevado todo el pueblo judío al Destierro de Babilonia. Pero Dios mantendrá firme la promesa, conforme a la famosa profecía de Isaías: “Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y de sus raíces brotará un retoño” (*Isaías 11,1*). Jesé era el padre de David, y el retoño sería el Mesías prometido desde Abraham, mejor dicho, desde el paraíso.

Íntimamente ligada a este oráculo de la raíz de Jesé, está la profecía más famosa para nosotros respecto del Mesías, hijo de María Virgen. Dios quiere dar la salvación gratuitamente, para que nadie pueda decir: “Mi mano me ha salvado”.

Y el Mesías Salvador nacerá precisamente de una muchacha virgen, sin intervención alguna de varón, con un prodigio que sólo Dios puede realizar. Así lo expresa Isaías: “Mirad que una virgen está encinta, y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel”, “que significa *Dios con nosotros*” (*Isaías 7,14; Mateo 1,23*)

Ante las cosas fantásticas que los judíos pudieran formarse del Mesías prometido, Dios tuvo buen cuidado de darnos también por Isaías la imagen más inesperada del Salvador que va a mandar al mundo. No será un rey vencedor, dominador de los pueblos con ejércitos poderosos y monarca de lujo oriental; sino que será un siervo humilde de Dios, lo más opuesto a Satanás el soberbio, a Adán el desobediente o al rico y sensual Salomón.

Isaías describe al Mesías como si lo estuviera viendo ya colgado del madero:

“No tenía ni aspecto que pudiéramos contemplar. Despreciado, marginado, hombre doliente y enfermizo, como de taparse el rostro para no verle. Eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que él soportaba. Nosotros lo tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas.

Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Indefenso, se entregó a la muerte y fue contado con los malhechores, cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes” (*Isaías 53,2-12*)

Jesús resucitado, al enumerar los libros de la Escritura que hablan de Él, cita expresamente los Salmos, algunos de los cuales son estrictamente mesiánicos. Empezando por el Salmo segundo, que pone en labios de Yahvé estas palabras: “Yo mismo he consagrado a mi rey en Sión, mi monte santo”. Y confiesa por labios del mismo Mesías: “Dios me ha dicho: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”.

El Salmo 44, un epitalamio bellísimo, describe al Rey mesiánico en su día nupcial, y le da la enhorabuena augurándole un reinado inacabable: “Eres el más galán de los hombres... Tu trono es eterno, como el de Dios... Haré que tu nombre se recuerde por generaciones, que los pueblos te alaben por los siglos de los siglos”. La Carta a los Hebreos aplica este salmo al Mesías que ya vino (Hebreos 1,

El Salmo 71 describe la duración eterna y la esplendor de los días mesiánicos: “Durará tanto como el sol, como la luna de edad en edad... Florecerá en sus días la justicia... Dominará de mar a mar, hasta el confín de la tierra”.

Es especialmente clásico por su profecía el Salmo 109, porque Jesús se lo atribuye a sí mismo en el Evangelio, cuando les desafía con él a los escribas y fariseos: “Dijo Yahvé a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que haga de tus enemigos estrado de tus pies”.

Entre tantas profecías, citamos la de Malaquías, que anuncia cómo el sacrificio del Mesías en el Calvario, se irá repitiendo después innumerables veces en todo el mundo con lo que hoy es la Eucaristía: “Desde levante hasta poniente es grande mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrecerán a mi Nombre sacrificios y oblaciones puras, pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice Yahvé Sebaot” (*Malaquías 1,10-11*)

Éste es el Mesías prometido. Éste el que esperaba expectante Israel. Éste, aquel de quien el ángel dijo a María: “Concebirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande. Será llamado Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de su padre David, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin” (*Lucas 1,31-32*)

Si María escuchaba cada sábado en la sinagoga tantas profecías del Cristo que iba a venir, ¿entendió o no entendió quién era Aquel que le anunciaba el ángel? ¿Aceptó o no aceptó libremente aquella maternidad celestial que Dios le ofrecía?... ¡Dichosa María, que creyó!...

¿No nos da ilusión entrar en el Nuevo Testamento a estudiar a este Jesús, el Mesías, el Cristo, Jesucristo, el Rey inmortal de los siglos?...

068. La persona de Jesucristo. *Dios, y el Hombre perfecto.*

Jesucristo llena todo el Nuevo Testamento. Por eso, lo primero que nos interesa al estudiar la Biblia ahora es saber esto: *¿Quién es Jesucristo?* Es necesario tener un concepto claro y preciso acerca de la Persona que va a ocupar nuestra atención en todas las clases que vienen. A Jesús no le podemos negar la Divinidad, su primer atributo, ni le podemos quitar nada a su Humanidad de hombre perfecto. Jesús es Dios y es Hombre.

Al estudiar en nuestro Curso de Biblia el Nuevo Testamento, no vamos a encontrar desde la primera línea hasta la última más que a Jesucristo.

Empieza el Evangelio según Mateo con estas palabras: “Libro del origen de Jesucristo”, y acaba el Apocalipsis con estas otras: “¡Ven, Señor Jesús! Que la gracia del Señor Jesús sea con todos”.

¿Quién es este Jesús? Digamos que a Jesucristo no lo comprenderemos nunca. Cuanto más lo estudiemos, más lo entenderemos. Pero cuanto más lo entendamos, veremos que nos falta por saber mucho más de Él, ya que nunca se llega al fin, porque el conocimiento sobre Jesucristo es un mar sin riberas.

La única guía que tenemos segura es la Iglesia, la cual, como nos dice el Papa Pablo VI, “reflexionó, estudió, discutió, recibió para sí la luz del Espíritu Santo, y consiguió formular la doctrina exacta, pero siempre abierta e ilimitada, sobre el misterio de nuestro Señor Jesucristo”.

Sin embargo, Todo lo que podemos saber sobre Jesucristo se resume y condensa en sólo dos palabras: Jesucristo es verdadero Dios y es verdadero Hombre. Parece que no hemos dicho nada, pero lo hemos dicho todo. Jesucristo es **Dios** y es **Hombre**: es el Hombre-Dios.

¡Qué Persona la de Jesucristo!... Interesante por demás. Jesucristo dice: “Hace quince mil millones de años hice el Universo, porque, antes de que el Universo existiera, yo estaba en Dios y con Dios mi Padre, animados por nuestro Espíritu, creamos el Universo y todas las cosas que el Universo contiene”. Lo asegura Jesucristo, y dice verdad, porque Jesucristo es Dios.

Jesucristo viene ahora y nos dice: “¿Me preguntan que cuántos años tengo yo? Poco más de dos mil, porque hace dos mil años, cuando en Roma gobernaba César Augusto, yo nací en Belén. Mi Madre se llamaba María, y José, su esposo, que me hacía las veces de padre, me inscribió, recién nacido yo, en el censo de los súbditos del Imperio Romano”.

Jesucristo contesta así a nuestra pregunta, y nos dice también la verdad, porque Jesucristo es Hombre.

Por una parte, tiene más de quince mil millones de años, porque es eterno, puesto que es Dios; y por otra parte, no tiene más que dos mil años, puesto que es hombre, y César Augusto, Alejandro Magno, Salomón, Confucio, Moisés y Abraham son mucho más viejos que Él, porque nacieron muchos años antes.

Modernamente hubo un filósofo malo de verdad, Nietzsche, el padre intelectual del nazismo alemán. Sus expresiones sobre Dios son de lo más blasfemo que ha concebido un cerebro humano. Y a Jesucristo lo llamó en su lengua original, ¡pasmémonos!, “Der kleine Jude”: el pequeño judío, ese judío minúsculo... ¿Ha podido decirse mayor barbaridad?

Otro filósofo, ésta era francés, Rousseau, padre también intelectual de la Revolución Francesa y de conducta muy deficiente; fue, sin embargo, más honesto al expresarse sobre Jesucristo. Empezaban los racionalistas a negar la existencia de Jesús, como que hubiera sido solamente un mito, un invento, y Rousseau vino a decir: “¿Inventar a este genio? El inventor habría de haber sido un genio mayor, y ese genio no ha existido”. Rousseau, a pesar de lo malo que era, hizo una gran confesión sobre Jesucristo, y a lo mejor le valió mucho ante el tribunal de Dios.

Al encontrarnos con Jesucristo en todas las páginas del Nuevo Testamento, esta verdad sobre su Persona la tenemos que tener clavada en la mente como una cuña. ¡Cuidado con quitarle a su Persona nada, absolutamente nada, de lo que tiene de Dios!... ¡Cuidado con quitarle a su Persona nada, absolutamente nada, de lo que tiene de Hombre!...

Esta firmeza de nuestra fe, y esta disposición de ánimo, tienen actualmente una importancia muy grande. Porque, como dice el Papa Pablo VI, muchos aceptan a Jesucristo sólo “porque puede servir hoy a un fin humanitario y sociológico”. Para muchos promotores sociales, Jesucristo es un hombre extraordinario, que viene muy bien para promover con Él hasta la revolución armada, si es preciso.

Al hablar de Jesucristo, nosotros mantenemos muy firme nuestra fe en su Persona, y confesamos:

Jesucristo es el Hijo de Dios, y es Dios:

Jesucristo es el Mesías, el Cristo, el Ungido de Dios para salvar el mundo;

Jesucristo es un hombre verdadero, nacido de María, en todo semejante a nosotros, menos en el miserable pecado;

Jesucristo, glorificado ahora en el Cielo, es Señor, dueño del Universo y centro de la Historia;

Jesucristo será, acabado el mundo, el Rey inmortal de los siglos.

Cuando nos adentremos ya en el estudio del Nuevo Testamento, nos vamos a encontrar con ese Jesús que tiene una personalidad fascinante.

Fuerte como una roca, que no se arredra por nada. “¡No quiero!”, responde con energía al tentador por tres veces.

Cuando se trata de ir a Jerusalén para morir, levanta con decisión la cabeza: “¡Vamos!”, y se pone al frente de los suyos que le siguen con timidez.

“¡Soy yo!”, contesta sereno a quienes vienen a buscarlo en el Huerto para llevarlo a los tribunales y a la cruz.

Y, sin embargo, ese hombre tan recio, tiene un corazón tierno a más no poder.

Igual se entenece ante la viuda a quien devuelve vivo su hijo muerto, que se conmueve profundamente de las gentes hambrientas: “¡Me dan compasión, porque me siguen sin comer!”.

Ama con ternura a los pequeños: “¡Dejen que los niños vengan a mí, y cuidado con impedirselo!”.

Trata con cariño a la prostituta arrepentida, salva de la muerte por lapidación a la mujer adúltera, acepta el perfume de María de Betania y se complace en los besos con que la Magdalena cubre sus pies.

Ama tanto a los amigos, que rompe a llorar ante la tumba de Lázaro, y deja que Juan recueste la cabeza sobre su pecho.

No puede con tanto amor como atesora, y grita a todos: “Vengan a mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán el descanso para sus almas”.

Siendo Jesús así, es el único modelo para nuestra vida hecho a la medida de todos. Nadie le supera. Nadie le gana. Pero a nadie le hace sombra, a nadie le espanta, y todos cabemos en su Corazón sin par.

Al hacer compañía a Jesús en nuestro estudio del Nuevo Testamento, nos vamos a ver interrogados muchas veces por el mismo Jesús, que nos preguntará como a los Doce: “¿Quién dicen por ahí que soy yo?”. Y sabremos darle respuesta con las palabras que Él ponga en nuestros labios, dictadas por su mismo Espíritu, que nos ha enviado por el Padre, “el único que conoce al Hijo” (*Mateo 11, 27*)

A lo largo de todo nuestro estudio de la Biblia en el Nuevo Testamento, nos vamos a convencer cada vez más de que ese Jesús, nacido de María, es el Hijo de Dios, el Cristo prometido y esperado, el Señor...

069. Los Evangelios Sinópticos. *Qué son y qué dicen de Jesús.*

Qué es el Evangelio y qué son los Evangelios. Esto es lo que vamos a ver hoy. Pero, aún vamos a concretar más: Qué son los Evangelios Sinópticos, es decir, el de Marcos, Mateo y Lucas. Es una cuestión muy interesante para valorar lo que sabemos de Jesús. El Evangelio de Juan va aparte, y lo veremos otro día. ¿Qué nos cuentan y cómo nos cuentan estos tres primeros Evangelios las cosas de la vida de Jesús? ¿Cómo se formaron esos tres Evangelios primeros?

Todos sabemos que “evangelio” es lo mismo que una “noticia buena”. En nuestro caso, el “Evangelio” es la “Buena Noticia” de la Salvación, realizada por Jesucristo y publicada, anunciada y predicada a todo el mundo. Del Evangelio, la Buena Noticia, se pasó a llamar “Evangelios” a los cuatro libros del Nuevo Testamento que nos narran la vida y las enseñanzas de Jesús, el realizador de la Buena Noticia de la Salvación e instaurador del Reino de Dios.

¿Y cómo se formaron esos libros que llamamos Evangelios? Nos interesan ahora solamente los de Marcos, Mateo y Lucas, llamados “Sinópticos”, porque, si los ponemos en tres columnas, nos hacen ver de un solo vistazo —esto significa “sinópticos”—, los hechos y los dichos de Jesús, con sus semejanzas y sus diferencias.

Piensan algunos que los Evangelistas los escribieron de un tirón, cada uno por su cuenta. Pero no fue así, ya que tuvieron cada uno de ellos los escritos del otro, seleccionaron, añadieron, quitaron, y pasó mucho tiempo hasta que resultaron los Evangelios actuales. Juan vendrá después aparte, y lo estudiaremos en particular.

Esos tres Evangelios se originaron y se formaron en la primitiva Iglesia, cuya historia podemos dividir en tres etapas.

La primera etapa es la predicación y vida pública de Jesús, desde el Bautismo en el Jordán hasta su Ascensión después de resucitado;

la segunda, desde Pentecostés el año 30 hasta la destrucción de Jerusalén el año 70, cuando se puede pensar que ya habían muerto los Apóstoles;

y la tercera, desde la caída de Jerusalén el año 70 hasta el final del siglo primero.

En estas tres etapas se formaron los Evangelios *Sinópticos* de Marcos, Mateo y Lucas.

La primera etapa es la de Jesús. Jesús no dejó nada escrito, y toda su enseñanza la dirigió a la gente de pura palabra. Escogió especialmente a los Doce para que estuvieran con Él y mandarlos después a predicar. Los doce Apóstoles oían y veían todo lo que Jesús decía a las turbas y observaban todas sus acciones. Todo se les quedaba bien grabado. Pero, en especial, se les quedaba muy fijo lo que Jesús les enseñaba a ellos en particular. Todo era de memoria, ya que la memoria era en medio de enseñanza y aprendizaje de aquellos tiempos, aunque los Apóstoles supieran leer y escribir. Los Doce conocieron y recordaron perfectamente las palabras y los hechos del Señor Jesús.

Viene la segunda etapa, después de la Ascensión de Jesús al Cielo y de Pentecostés. Además de que los Doce recordaban muy bien todo lo de Jesús, el Espíritu Santo, conforme a la palabra del mismo Señor, les hizo entender el significado de todo lo que habían visto y oído, tal como les había prevenido Jesús: “Mucho tengo todavía que decirles, pero ahora no pueden con ello. Cuando venga el Espíritu de la verdad, les guiará hasta la verdad completa” (*Juan 16,12-13*)

¿Qué hicieron entonces los Apóstoles? Predicaban el Evangelio de Jesús con toda fidelidad y exactitud, expresado por Juan de esta manera: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Hijo de Dios, es eso de lo que damos testimonio” (*1Juan 1,1-2*)

Pero los cristianos temían se perdiesen los recuerdos del Señor con la muerte de los Apóstoles, y empezaron a recoger su predicación por escrito. Por el mismo Lucas sabemos que bastantes de aquellos primeros cristianos iban recogiendo datos de la predicación apostólica y los consignaban por escrito (*Lucas 1,1*). ¿Y cómo lo hicieron? Los especialistas en la Biblia del Nuevo Testamento han realizado estudios muy meritorios, y nos han dado unas pistas interesantes, que trataremos de indicar brevemente y con claridad.

En lo que más se fijaban era en las palabras y dichos del Señor. Y, por lo que vemos en varios discursos de los Hechos de los Apóstoles, lo ordenaban o encuadraban desde el principio dentro de un esquema que parece era el núcleo de la evangelización apostólica, a saber:

empezaban por los acontecimientos del Jordán con el Bautismo de Jesús y el primer anuncio del Reino hecho por el mismo Señor;

seguían con hechos de la vida pública de Jesús, sus milagros en especial, que lo acreditaban como el Cristo enviado por Dios;

y finalmente, venía el relato de la Pasión y Muerte del Señor, y en particular la Resurrección de la cual eran testigos.

Aquí tenemos ya el origen o primera redacción de los Evangelios Sinópticos. Decimos *primera*, porque falta bastante para la *definitiva*. ¿Cuál fue el primer Evangelio de los tres? No se puede asegurar nada con certeza absoluta, pero digamos lo que se tiene por más probable.

Parece que Mateo redactó un primer escrito en hebreo o arameo, que no se ha conservado.

Marcos escribió lo que predicaba Pedro, dirigido a los cristianos de Roma.

Lucas tuvo muchas informaciones propias, recogidas cuidadosamente.

Finalmente, los Evangelistas, aparte de estos escritos, contaron con un escrito distinto, que los estudiosos la llaman la fuente Q, de la palabra alemana Quelle. No se sabe de quién era y se ha perdido el tal escrito, pero su existencia parece casi cierta.

Con esto queda dicho cuáles eran las *cuatro* fuentes con que contaron los Evangelistas para la redacción definitiva de los tres Evangelios Sinópticos. ¿Cómo las utilizaron? Parece que fue del siguiente modo.

Marcos pudo ser el primer Evangelio, sacado de la predicación viva de Pedro, que lo llama “mi hijo”, pues lo tenía en Roma consigo como ayudante en su ministerio.

Vendría después Mateo, con aquel antiguo escrito hebreo, además de tomar bastantes cosas que dice Marcos y otras de ese escrito anónimo de la fuente Q.

Seguiría Lucas, que saca noticias de Marcos y de la fuente Q, aunque lo principal fueron sus investigaciones propias y personales.

Estos escritos ya definitivos, parece que son de después de la destrucción de Jerusalén el año 70, fuera de Marcos, que pudo ser algo antes.

¿Y qué pretendían los Evangelistas al escribir sobre Jesús?

Más que la “vida” de Jesús, los Evangelios pretender dar el “mensaje” de Jesús sobre la Salvación y el Reino de Dios. Pero, eso sí, con los Evangelios llegamos a lo que fue la “vida” de Jesús en la tierra. Del Jesús de la “fe” que ellos predicaban, se llega con toda seguridad al Jesús de la “historia”, que vivió entre nosotros. Basta traer al caso los hechos de la infancia de Jesús consignados por Mateo y Lucas. No pudieron inventarse fácilmente, sino que tienen una fuente segura, la cual no pudo ser otra que María, la Madre de Jesús.

Se escribía lo que contaban como cierto los testigos de la enseñanza y de los hechos del Señor. **La base de los Evangelios escritos está en lo que la Iglesia sabía y guardaba de palabra sobre Jesús.** Pero cada uno escogía lo que le interesaba.

Y así, Marcos, para los cristianos de Roma salidos del paganismo, hace hincapié en los milagros de Jesús, que lo acreditaban como Dios, aunque después vieran que acababa ajusticiado en la cruz.

Mateo, al dirigirse principalmente a las comunidades de Palestina, encuadra en diversas secciones los milagros, las parábolas o los discursos del Señor; y quiere demostrar a los cristianos venidos del judaísmo, que en Jesús se cumplieron las profecías del Antiguo Testamento sobre Jesús.

Lucas, griego muy culto, y escribiendo para las comunidades de Grecia y el Asia Menor, lo hace con rigor histórico, dirigiendo todos los hechos del Evangelio hacia la Pasión de Jesús en Jerusalén, de donde, una vez resucitado el Señor, arranca el Evangelio hacia toda la tierra.

¿Verdad que esta exposición parece un poco árida? Quizá, si. Pero nos da una lección muy grande: ¿tenemos nosotros el afán de los primeros cristianos por saber, conservar y vivir las cosas del Señor?...

070. Mateo. *El evangelio más clásico.*

El Evangelio de Jesucristo según San Mateo es el primero que figura en la Biblia, y por eso es también el primero que nosotros vamos a ver en nuestro Curso. Mateo es una figura muy destacada en la vida de Jesús por la llamada tan extraordinaria que tuvo del Señor. Publicano, muy instruido y de buena posición social, dejó todo por seguir a Jesús, y se convirtió en un apóstol y un evangelista muy querido en la Iglesia de todos los tiempos.

Nada más abierta la primera página del Nuevo Testamento en la Biblia nos encontramos con el Evangelio según San Mateo, y su nombre resuena continuamente en las lecturas sagradas de la Iglesia. El nombre de Mateo nos es muy familiar y muy querido. ¿Quién era Mateo? ¿Cómo es y qué nos enseña el Evangelio que lleva su nombre?

Lucas y Marcos lo llaman Leví; sólo el interesado se da el nombre de Mateo, al que añade su profesión de cobrador de impuestos, tenido por pecador público. Jesús lo defiende y se defiende a sí mismo, con esas palabras tan formidables dichas en la misma casa de Mateo, durante el banquete con que el publicano se despide de sus colegas y amigos, al enrollarse entre en el grupo de los apóstoles: “No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos. Y yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (*Mateo 9,9-13*)

Es casi seguro que Mateo escribió un primer evangelio en hebreo o arameo dirigido a la comunidad judía. Y se ha dicho, quizá con mucho tino, que lo pudo hacer con conocimiento, y tal vez por encargo, de los otros Apóstoles; porque Mateo, publicano acostumbrado a papeles y cuentas, era el más capaz de un trabajo semejante, visto muy útil desde un principio. Ese evangelio arameo de Mateo se perdió. Y el Evangelio que poseemos hoy es la suma de aquel arameo perdido, más el Evangelio de Marcos del que toma muchas cosas, más aquella otra fuente llamada Q.

Más que simple traductor de Mateo, el redactor del Evangelio actual lo escribió en griego, con mucha fidelidad al arameo original y a Marcos, a la vez que con mucha libertad. Fue en torno al año 70, más bien algo más tarde.

Aunque el Evangelio de Marcos es anterior al de Mateo en su redacción definitiva, y quizá también el de Lucas, sin embargo ha sido Mateo considerado siempre como el primer Evangelio de todos, por aquel antiguo original arameo, y, más que nada, por su perfección intrínseca y por haber gozado de la primacía en el uso que de él hizo la Iglesia desde los principios.

Dicen que, literariamente, Mateo es el libro más perfecto de toda la Biblia, aunque el griego que usa no sea el más atildado, porque el redactor tuvo que ser fiel a las fuentes del original arameo y a Marcos, y conserva muchos semitismos o fórmulas hebreas con que se expresaban los apóstoles en su catequesis y usadas, indudablemente, por el mismo Señor.

En su división, este Evangelio es de una armonía impecable: conserva como ningún otro las palabras de Jesús, encuadradas en los grandes discursos del Sermón de la Montaña, de las parábolas a la orilla del lago, de la comunidad eclesial y de la escatología o fin del mundo, después de la controversia con los escribas y fariseos.

Los hechos del Señor los distribuye metódicamente, agrupando los milagros, el ministerio en Galilea y el viaje a Jerusalén.

Todo sigue el orden de la catequesis de los Apóstoles, iniciada por Pedro: Bautismo en el Jordán, todo lo que hizo el Señor en Galilea y en la subida a Jerusalén, y la Pasión y Resurrección. Le pone a todo un prólogo bellissimo con hechos de la Infancia de Jesús, y lo acaba con un epílogo sobre la misión última de los Apóstoles a evangelizar el mundo entero.

Usa después de cada sección unas fórmulas que llaman la atención: Jesús, “acabados estos discursos”, “después se retiró”, “entonces se puso”..., y otras expresiones semejantes. No indican tiempo, sino paso literario de una sección a otra de su libro. Pero hacen ver una cosa muy interesante: que este Evangelio, aunque es mensaje y enseñanza, es también historia, ya que del *Jesús de la fe* se pasa con mucha naturalidad al *Jesús de Nazaret* que vivió entre nosotros.

Dirigido primariamente a una comunidad cristiana venida del Judaísmo, el Evangelio de Mateo se distingue por su afán de hacer ver cómo todo lo que dice de Jesús ya estaba profetizado en el Antiguo Testamento, el cual viene a cumplirse ahora con toda exactitud. Mateo usa continuamente estos dichos: “Esto ocurrió para que su cumpliera...”, “Según había profetizado...”, y otras fórmulas semejantes.

Que va dirigido a los judeocristianos está fuera de toda duda. Como la sinagoga había roto del todo con la Iglesia naciente, los cristianos necesitaban un arma con la cual responder a los ataques de sus adversarios. No es el de Mateo un Evangelio “contra” los judíos, sino un Evangelio “para” los cristianos a fin de que sepan hablar con los que no quisieron entrar en el Reino aunque habían sido llamados.

En cuanto a la doctrina y mensaje, el Evangelio de Mateo se distingue por tantas palabras y dichos del Señor, pero el Evangelio entero se centra en estos puntos capitales.

Primero, en la Persona de Jesús como “Hijo de Dios”, declarado así por el Padre en el Jordán: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias”; por Pedro en su confesión de Cesarea de Filipo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”; por el Padre de nuevo en la Transfiguración: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco”; y por el centurión pagano al morir el Señor: “Verdaderamente, éste era hijo de Dios” (*Mateo* 3,17; 16,16; 17,5; 27,54)

Segundo, en la Iglesia, a la que dedica todo el discurso del capítulo dieciocho, y en la que destaca entre todos Pedro, como consecuencia de aquella promesa del Señor: “Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia” (*Mateo* 16,18).

Tercero, a perfección cristiana, basada en el cumplimiento de la voluntad de Dios. “Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto” a lo que seguirá: “Padre nuestro..., hágase tu voluntad”. “No todo el que me dice “¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre”. Pensamiento y palabras repetidos varias veces en este Evangelio, y de los que Jesús da ejemplo en su agonía de Getsemaní: “No sea como yo quiero, sino como quieres tú”. “¡Padre mío, hágase tu voluntad!” (*Mateo* 5,48; 6,10; 7,21; 26,39.42)

Cuarto. Y volviendo a la Persona de Jesús. El “Hijo del hombre”, el “Siervo”, el humilde Nazareno, el del linaje de David y nacido de María la Virgen, como ha declarado con el encantador evangelio de la infancia, ese Jesús queda constituido “Señor” después de la resurrección: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra”. Por eso tiene autoridad para mandar: “Vayan y hagan discípulos de todas las gentes, bautizándolas y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado”. En este Evangelio de Mateo no está restringido el Reino a los judíos, como si excluyera a los otros pueblos, sino que es esencialmente universal, según lo indican estas últimas palabras del Señor.

Todo el Evangelio de Jesucristo según Mateo se resume en estas dos palabras claves y señeras: “Mesías” y “Reino”. Jesús es el Cristo prometido en todo el Antiguo Testamento, y es el instaurador del Reino de los Cielos, o Reino de Dios en la tierra, al que dirige por sus Pastores sin dejarlo de su mano fuerte, aunque misteriosa y escondida: “Y he aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (*Mateo* 28,20)

El Evangelio según San Mateo ha representado desde el principio tanto, y tanto sigue representando hoy entre nosotros, que se le llamado, muy acertadamente, el “Evangelio de la Iglesia”.

071. Marcos. *Un evangelio encantador.*

Marcos es un evangelista del que se hacía poco caso hasta ahora, pero modernamente ha sido una verdadera revolución. Su Evangelio es el más breve, el más rudo; y, sin embargo, goza de unos encantos sin par. Marcos nos pinta a Jesús con naturalidad desconcertante. Parece que está viendo las cosas que narra. Y todo, para decirnos esto: Jesús, el que colgó de una cruz, es el Mesías Rey, porque es el Hijo de Dios.

¿Quién es Marcos? Es un Evangelista al que se le consideraba hasta ahora como muy secundario, pero que modernamente se ha convertido en figura de primer orden. ¿Por qué?

Aunque se sabía desde el principio de la Iglesia cuál había sido la fuente de donde Marcos había sacado toda su información, que era la predicación viva de Pedro, nunca se le dio importancia especial a este detalle. La más antigua Historia de la Iglesia, la de Eusebio de Cesarea, recoge este testimonio de Papías, Obispo de Hierápolis a principios del siglo segundo:

“Marcos, que fue intérprete de Pedro, escribió con exactitud, aunque sin orden, todo lo que recordaba de lo que había hecho o dicho el Señor. Pues él no había escuchado o seguido al Señor, sino a Pedro más tarde. Éste procedía según las conveniencias de su enseñanza, pero no siguiendo el orden de las palabras del Señor. Por lo mismo, no se puede censurar a Marcos el haberlos redactado como él los recordaba. Su única preocupación fue no omitir nada de lo que había oído y no escribir nada que no fuera verdad”.

¿Nos damos cuenta de lo que valen estas palabras? Vienen a decirnos sin más que el Evangelio de Marcos es un evangelio de Pedro, cuya predicación, espontánea y ocasional, pero continua, se le quedaba bien grabada en la memoria a su ayudante y secretario Marcos, el cual en su escrito no quitaba ni añadía una palabra sobre lo que decía Pedro, el discípulo y apóstol más significado de Jesús.

Por esto, las palabras de Marcos son lo más auténtico que guardamos del Señor. San Justino mártir, también en pleno siglo segundo, llama al Evangelio de Marcos nada menos que “las memorias” de Pedro.

Y otro dato muy enriquecedor, que nos lo da Clemente de Alejandría también en el siglo segundo. ¿Por qué Marcos escribió esas “memorias”, ese Evangelio? Dice Clemente que lo hizo urgido por “los caballeros del César”. Si analizamos esta expresión, indica dos cosas. Primera, que fue por interés de aquellos primeros cristianos en conservar tanto recuerdo interesante como Pedro les contaba de Jesús. Y segunda, que entre aquellos primeros cristianos de Roma no había sólo gente pobre, inmigrante y abandonada en los barrios bajos de la Urbe, sino que la Iglesia iba conquistando miembros hasta en las cercanías del palacio imperial. Como gente más culta, se daban cuenta del valor duradero de los escritos sobre el Señor.

Al hablar de Mateo dijimos que su Evangelio fue el primero de todos. Sí y no. Ya lo explicamos bien. Fue el primero porque tuvo un original arameo anterior, que se perdió. Pero el Evangelio griego, el final y definitivo, que conservamos de Mateo es posterior al de Marcos.

Antes se decía que Marcos era un resumen de Mateo. Hoy se dice todo lo contrario: Mateo, el actual griego, ha copiado, unas veces ampliando y otras acortando, todo el Evangelio de Marcos.

¿Y quién era Marcos? Parece ser aquel joven que en la noche de la Pasión huyó de los que llevaban preso a Jesús, dejándoles la sábana con que se cubría (*Marcos* 14,51-52). Su madre era la dueña de la casa en que se reunía la Iglesia de Jerusalén, la misma en la que se refugió Pedro cuando salió milagrosamente de la cárcel (*Hechos* 12,12-17)

Marcos fue el discípulo que Pablo y Bernabé, primo suyo, se llevaron en aquella primera misión (*Hechos* 13,5; 15,37-49). Pablo lo tuvo consigo en Roma durante su primera prisión (*Colosenses*, 4,10), y durante la segunda prisión le encarga a Timoteo que se traiga a Marcos, “porque me es muy útil para el ministerio” (*2Timoteo* 4,11). Ya había estado mucho antes en Roma como ayudante de Pedro, el cual lo llama “mi hijo Marcos” (*1Pe*, 5,13). Y, cosa curiosa, testimonios fidedignos de escritores muy antiguos dicen que tenía los dedos de la mano atrofiados. Pudo tenerlos malos, pero la verdad es que escribieron sobre Jesús verdaderas maravillas.

¿Qué decimos ahora del breve pero riquísimo Evangelio de Marcos?

Ante todo, que iba dirigido a cristianos salidos del paganismo y no del pueblo judío. Y concretamente, a los cristianos de Roma. Esto es algo evidente y no lo niega nadie. Explica a sus lectores costumbres de los judíos, porque no las hubieran entendido. Usa palabras puramente latinas, y ni tan siquiera griegas. Se nota además que Marcos escribía en Roma lo que aprendía de Pedro, por la manera de tratar a su maestro. Aunque tenga que salir necesariamente Pedro, nunca se lleva una alabanza y permanece en la mayor humildad. Parece que Pedro fue testigo del escrito y le dio su expresa aprobación.

Las dos ideas fundamentales del Evangelio de Marcos están muy claras: Jesús es el Mesías Rey y es el Hijo de Dios. Lo dice con el primer versículo que abre todo el escrito: “Comienzo del Evangelio de Jesús, el Cristo, Hijo de Dios”. No puede ser más claro, ni más nítido, ni más breve.

Entonces, todo el Evangelio de Marcos, desde el puro principio, se dirige a probar lo que van a ver y oír todos en el Calvario. Son el escrito que está sobre la cruz: “El Rey de los Judíos”, y la voz del centurión cuando lo ve morir de aquella manera: “Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios”.

¿Y cómo va a probar estas dos afirmaciones de que Jesús es el Cristo y el Hijo de Dios? Como Marcos se dirigía a cristianos salidos del paganismo, no probaba su doctrina con discursos, sino más bien con signos que podían motivar seriamente a sus lectores: con los milagros y con sus luchas contra los demonios. Porque aquellos paganos no podían entender cómo era posible que un Dios muriese ajusticiado en la cruz...

Esto da el esquema de todo el Evangelio de Marcos, que tiene dos partes bien diferenciadas.

Empieza por el prólogo del bautismo en el Jordán, con el testimonio del Padre, que le dice: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”. E inmediatamente nos presenta a Jesús en el desierto en lucha abierta con el demonio, pero también bajo la vigilancia de Dios su Padre, que manda a los ángeles para que le cuiden y sirvan.

A continuación sigue contando todos sus recuerdos, milagros, enseñanzas, luchas contra el demonio; y terminará todo con la confesión de Pedro: “Tú eres el Cristo”, confirmada pocos días después con la voz del Padre en el Tabor: “Este es mi Hijo amado, escúchenle” (*Marcos 8,29; 9,7*)

Un punto central de la actividad de Jesús en Galilea en esta primera parte del Evangelio ha sido la elección de los apóstoles, que en Marcos tiene una característica muy especial, condensada en aquella expresión tan rica y que hoy se cita tantas veces: “Elegió a los que él quiso para que estuvieran con él y mandarlos después a predicar” (*Marcos 3,14*). Los Doce serán los compañeros de Jesús, sus formandos, los que constituirán su nueva familia. Después, con el poder que les da de enseñar y de expulsar los demonios, serán los continuadores de su obra, llevando el Evangelio a todas partes (*Marcos 16,15-18*)

Concluye la primera parte, y viene la segunda: hacia Jerusalén y el Calvario, donde morirá ajusticiado, y donde será proclamada su realeza y su filiación divina de la manera más extraña: el escrito de la cruz y la confesión de un pagano. Pero sigue un sepulcro vacío, y una proclamación triunfal, con que acaba el Evangelio: “El Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios”.

072. Lucas. *El evangelio de la bondad de Cristo.*

Hoy nos encontramos con el Evangelio de Lucas, ¡bello de verdad!... Quien quiera penetrar en el Corazón de Cristo, que lea este libro único, y no se va a arrepentir. El Jesús que nos traza Lucas rezuma bondad por todos los costados, con una peculiaridad muy suya. Nos presenta a un Jesús que es el reflejo del amor inmenso de Dios, y lo hace de manera especial, muy especial...

Evangelio de Lucas se caracteriza desde el principio por ser el Evangelio de la bondad inmensa de Cristo; el de la alegría de la salvación; el de los pobres, los primeros elegidos de Jesús; el de los pecadores, amados del Señor con ternura especial; el de la mujer, exaltada como no se conoce en ningún escrito de la antigüedad, ni tan siquiera en la misma Biblia.

Dante, el máximo de los poetas cristianos, llama a Lucas: “El secretario de la manse-dumbre de Cristo”. Y modernamente Renán, un escritor tan inteligente como impío e hipócrita al redactar la Vida de Jesús, dice del Evangelio de Lucas que es “el libro más bello que existe”.

Lucas no era judío, sino un cristiano salido de la comunidad griega de Antioquía. Médico de profesión, investigador diligente y escritor muy pulcro. Una vez recibido el bautismo, pudo ser catequista, es decir, uno de aquellos encargados de predicar la vida y doctrina del Señor, llamados *evangelistas*; oficio que tal vez desempeñó como ayudante de Pablo, del que fue compañero fiel, inseparable y queridísimo, lo cual le dio ocasión de investigar mucho, como él mismo dice, sobre los recuerdos de Jesús, llevados después de manera tan peculiar a su Evangelio escrito.

Aparte del Evangelio, Lucas escribió el libro admirable de los Hechos de los Apóstoles, que nos tocará ver un día. En él aparece Lucas desde el segundo viaje apostólico de Pablo hasta la muerte del Apóstol en Roma.

El Evangelio lo escribió después que hubo leído el de Marcos, en la década de los años sesenta, aunque la redacción definitiva, al menos en algún punto, tal vez fue algo más tardía, ya que la profecía de la destrucción de Jerusalén hace pensar que pudo ser escrita acabada la guerra judía del año setenta, a no ser que tal profecía fuera eso: verdadera profecía del Señor pronunciada con lenguaje algo apocalíptico.

Lucas tiene un plan muy definido. Hace primeramente la presentación del Señor narrando los recuerdos de su infancia, esas narraciones que son lo más encantador que se ha escrito, tomadas en su primer origen de labios de la única testigo, la Virgen María en persona, “que daba vueltas y más vueltas en su corazón a todos estos acontecimientos”. Así llega Lucas a la presentación de Jesús en el Jordán.

Después de narrar más brevemente que Marcos y Mateo el ministerio de Jesús en Galilea, viene lo más típico de Lucas: el viaje a Jerusalén, hacia donde se dirige el Señor para su pasión y resurrección. En este viaje encuadra las parábolas y hechos de Jesús omitidos por

Marcos y Mateo, con las enseñanzas que le son más queridas sobre la bondad misericordiosa de Dios, manifestada en Jesucristo.

En Jerusalén desarrolla el Señor una intensa actividad, sufre la pasión y la muerte, es glorificado por la resurrección, y de aquí, de Jerusalén, arranca la evangelización de todo el mundo, como lo demostrará Lucas con el libro siguiente, los Hechos de los Apóstoles. En Jerusalén se inicia la salvación, como lo demuestra la conversación de Jesús con Moisés y Elías en el Tabor: “Hablaban de su partida, que se iba a cumplir en Jerusalén”, “ya que un profeta no puede morir sino en Jerusalén”; y subido Jesús al Cielo, los Apóstoles desde el Monte de los Olivos “se volvieron a Jerusalén con gran gozo” para desparramarse desde allí por todo el mundo” (*Lucas 9,31; 13,33; 24,52*)

Se ha cumplido de esta manera lo que un día dijera en el Templo de Jerusalén el anciano Simeón, con el niño que ha tomado de los brazos de María, y que alza en alto con los ojos bañados en dulces lágrimas: “Este niño es la salvación que ofreces a todos los pueblos, luz que alumbrará a las naciones, y la mayor gloria de tu pueblo Israel” (*Lucas 2,31-32*)

Lucas se distingue por la importancia que en el Evangelio da a la oración, conforme al ejemplo del mismo Jesús, resumida en esta frase lapidaria: “Es necesario orar siempre, sin desfallecer jamás” (*L. 18, 1*)

Y Lucas, el bonísimo Lucas, es sin embargo el evangelista que más recalca la valentía, la generosidad y la decisión necesaria para abrazarse con la cruz si es que se quiere seguir a Jesús, “ya que no tengo ni dónde reclinar la cabeza”. Lucas es mucho más exigente que los otros evangelistas al expresar las condiciones para seguir a Jesús: “El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz cada día, y me siga”... “Y el que quiera venir junto a mí, y no me prefiera a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo” (*Lucas 9,58.23;14,26*)

Lucas es también el evangelista que en su escrito da más espacio e importancia al Espíritu Santo, igual que después se la dará Juan.

Todos los misterios de la infancia de Jesús los atribuye a obra del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es quien empuja a Jesús hacia su misión: “Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu”.

El Espíritu Santo le llena de gozo el alma: “Jesús se llenó de gozo en el Espíritu Santo”;

El Espíritu Santo es el don supremo que Dios nos hace cuando oramos y le pedimos algo: “¡Cuánto más el Padre del Cielo dará el Espíritu a los que se lo pidan!”;

El Espíritu Santo es el gran regalo que Jesús resucitado promete dar a su Iglesia: “Voy a enviar sobre ustedes la Promesa de mi Padre”. Ni dice “El Espíritu Santo”, sino la “Promesa”, como lo último que le queda y lo máximo que puede regalar, igual que después dirá Juan (*Lucas 4,14; 10,21; 11,13; 24,49. Juan 16,5-15*)

Pero en lo que Lucas resulta único es en la demostración de la misericordia de Jesús. ¡Cómo acoge en la casa del fariseo durante el banquete a la pobre prostituta, la defiende y

la regenera!... ¡Cómo se autoinvita a la casa de Zaqueo el publicano, pecador notorio, y provoca su conversión sin decirle una palabra sino solamente mostrándole su amistad!... ¡Cómo nos cuenta, el único evangelista, la promesa al criminal que junto a Jesús pende de la cruz: “Hoy estarás conmigo en el paraíso!”... Y nada digamos de las parábolas del capítulo quince. Página como esa, sobre todo con la descripción del hijo pródigo y del padre misericordioso, no existe en toda la literatura universal (*Lucas 7,36-50; 19,1-10; 23,43*)

Parejo al amor de Jesús a los pecadores va el amor y predilección por los pobres, en cuya evangelización cifra el objetivo de su misión: “¡El Espíritu me ha ungido para que vaya a evangelizar a los pobres!”. Se codeará con ricos como los amigos de Betania o como Zaqueo, en cuyas casas se hospedarán gustoso, y aceptará convites en casas de fariseos muy acomodados...; no rechazará a nadie por rico que sea y se dará a todos por igual; pero los pobres, a partir de los pastores de Belén, se le llevarán todas sus preferencias. Y, con la parábola llena de divina malicia, del rico epulón y del pobre Lázaro, probará la felicidad que les espera a los que no tienen nada en este mundo.

Finalmente, una característica notable, ¡y tan notable!, de Lucas es la galantería y hasta verdadero cariño que en su Evangelio muestra hacia la mujer, en tantos pasajes que sería prolijo enumerar. La importancia que esto entraña parece aprendida de su maestro San Pablo, el que proclamaba ante una sociedad en que la mujer no era nada ni nadie: “Bautizados en Cristo..., ya no hay ni hombre ni mujer, puesto que todos son uno en Cristo Jesús” (*Gálatas 3,27-28*)

Al encontrarnos con un Evangelio que así de bueno, misericordioso y tan caballero nos presenta a nuestro Señor Jesucristo, nos cuestionamos: ¿por qué no leemos con verdadero afán el libro más bello que se ha escrito en el mundo?...

073. Juan. *El evangelio de las mayores alturas.*

Juan, el apóstol predilecto de Jesús, escribió un evangelio del todo singular, el que vamos a ver hoy. Juan se remonta a las cumbres más altas cuando habla de Jesús. Toma sus palabras o contempla sus hechos, y hace de ellos la teología más sublime y atrevida que ningún otro ha logrado expresar. Con el evangelio de Juan, no penetramos solamente en el Corazón de Cristo, sino que nos metemos audazmente en el seno mismo de Dios.

Cuando el arte ha querido representar a los cuatro evangelistas, ¿qué imagen ha escogido para Juan? El águila. Porque el águila, al ave más audaz, se remonta a las mayores alturas y se atreve a mirar de hito en hito al sol.

Esto es lo que hace Juan en su evangelio. Desde la primera línea, se remonta a lo más encumbrado del cielo, se mete en el seno de Dios, descubre allí hasta el origen divino del Señor Jesucristo, y regresa a la tierra proclamando: ¡Aquí está la vida! ¡Aquí está la luz!...

Nos vamos a dejar de poesía, y vamos a entrar con la naturalidad de una lección en el evangelio de Juan, al cual conocemos bien por los mismos evangelios, aunque en este suyo no se cita nunca por su propio nombre ni saca tampoco a relucir para nada a su hermano Santiago. Se llama a sí mismo el “discípulo amado de Jesús”, y sabemos por los otros evangelios que el grupo íntimo de Jesús lo constituían Pedro, Santiago y Juan. Cita muchas veces a Pedro, y no dice una palabra ni de sí mismo ni de su hermano. Parece esto una simpleza, pero es uno de los argumentos más fuertes para señalar a Juan como autor del cuarto evangelio.

Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, eran unos pescadores acomodados, con barcas propias y con criados. Su cultura correspondía indiscutiblemente a su posición social, aunque el saber de entonces estaba confiado no a libros ni cuadernos de notas, sino a la memoria, y Juan da pruebas de haber tenido una memoria feliz.

Fue primero discípulo de Juan Bautista, pero ante el testimonio de su maestro, se fue detrás de Jesús para convertirse en su discípulo más querido. De temperamento fogoso, como Santiago su hermano, Jesús los llamó a los dos “hijos del trueno”.

Joven magnífico, sabemos por él mismo cómo en la Última Cena recostó su cabeza sobre el pecho de Jesús. Fiel al Maestro hasta el final, fue el único valiente que se acercó a la cruz en el Calvario, y allí mereció que Jesús moribundo le encomendara a su propia Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo. Juan, ahí tienes a tu madre”.

Después, fue Juan tan notable en la Iglesia naciente, que Pablo escribirá de Juan que, junto con Pedro y Santiago el pariente del Señor, era una de las tres columnas entre los Apóstoles. Parece que por el año sesenta se trasladó a Éfeso, desde donde rigió las Iglesias del Asia Menor. Desterrado por Dominicano a la isla de Patmos, bajo el Emperador Nerva, pudo regresar a Éfeso donde murió cargado de años. Era a finales del siglo primero.

¿Y dónde está el origen de su evangelio? Según los testimonios más antiguos del siglo segundo, parece que los discípulos de Juan le rogaron insistentemente les dejara por escrito los recuerdos que conservaba del Señor. Y Juan accedió. Aunque surge la primera pregunta: El autor de este evangelio, ¿es Juan el apóstol, el discípulo amado de Jesús? ¿es posible que escriba tales cosas un simple pescador del lago?...

Hemos de decir que toda la tradición de la Iglesia, avalada con testimonios fidedignos, asegura que el autor del cuarto evangelio es Juan, el apóstol, el discípulo predilecto de Jesús. Otra cosa es que lo redactara él mismo de su puño y letra. El mismo evangelio dice al final de todas estas palabras tan reveladoras: “Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y que las ha escrito, y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero”. Aquí se ve claramente que Juan conoce el escrito de lo que era su catequesis, lo aprueba, y los discípulos de su grupo se declaran testigos de que el evangelio es de Juan, su maestro.

Aunque escrito el evangelio en griego, es evidente que el autor es judío, por sus muchas expresiones semitas. Está al tanto de las costumbres judías, y conoce muy bien de vista la geografía de los lugares y hasta de los edificios concretos que cita.

Aunque está al tanto de los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, prescinde de ellos en todo. Sigue en algo a Marcos y en algo más a Lucas, pero sin depender para nada de ellos. Juan va en todo por su propia cuenta. Aunque, eso sí, y como algo importante, aparte del prólogo y el último capítulo añadido posteriormente, empieza como los otros tres por el Jordán y acaba con la Pasión y Resurrección del Señor en Jerusalén.

Tenemos en Juan algo muy notable, y de lo cual hemos de estarle bien agradecidos. A primera vista, pareciera que Mateo, Marcos y Lucas nos dan mucho mejor el desarrollo de la vida pública de Jesús. Y es todo al revés. Según los tres Sinópticos, la vida pública de Jesús habría durado sólo unos meses. Gracias a Juan, que señala cada una de las Pascuas y las fiestas principales a las que Jesús asistió en Jerusalén, tenemos por seguros los tres años de actividad pública del Señor.

¿Qué decimos ahora del contenido del Evangelio de Juan? Es muy complejo a la vez que muy sencillo. Su estilo es peculiar del todo. Fuera del milagro de la primera multiplicación de los panes, no narra ningún otro milagro de los otros tres evangelios, aunque nos cuenta otros que los tres Sinópticos han omitido, tan sonados como la curación del ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro. Los llama “signos”, porque, para Juan, entrañan doctrinas muy profundas.

Como ese de la multiplicación de los panes, que lo presenta como señal, como signo, del Pan de la Vida que es la Eucaristía.

O el del ciego de nacimiento, para confirmar lo que había dicho en la fiesta: “Yo soy la luz del mundo”, aceptada por los humildes con fe y rechazada por la soberbia de los orgullosos.

O el de Lázaro, para reafirmar a los judíos la palabra sobre su propia resurrección: “Destruid este templo de mi cuerpo, que al tercer día yo lo reedificaré”.

Tampoco repite ninguno de los discursos de los otros evangelios. Y, sin embargo, nos trae otros discursos de Jesús que son de una doctrina altísima.

No sabe uno si con acierto o con mucho desacierto, pero se ha dicho que los discursos del evangelio de Juan no son discursos *de* Jesús, sino *sobre* Jesús.

Hay que tener en cuenta, como hemos dicho varias veces, que la enseñanza judía se basaba en la memoria, la cual era muy tenaz. La de Juan, indiscutiblemente —dada su propia formación, su sicología, su amor al querido Maestro, y los muchos años que había pasado pensando en las palabras de Jesús y repitiéndolas en su propia catequesis—, fue una memoria notable de verdad. Y Juan pensó. Y discurió. Y supo dar el sentido a lo que el mismo Jesús dijo y de lo cual él mismo era testigo. Nada extraño, entonces, que repitiera lo que era del Señor ciertamente, aunque interpretado por testigo tan autorizado y excepcional.

Llama también mucho la atención en el evangelio de Juan la facilidad con que recuerda y la viveza con que describe los diálogos entre Jesús y los judíos. Modernamente se han estudiado los documentos y comentarios de los judíos en sus escritos, especialmente en el Talmud, y, efectivamente, así enseñaban y discutían los maestros de Israel.

Y ya que hemos sacado la palabra “judíos”, digamos como algo de interés que Juan, cuando habla de los judíos no se refiere a los judíos en general, al pueblo judío, sino a los sumos sacerdotes, escribas y fariseos más notables, o sea, a los Jefes de los Judíos. Sobre éstos, y no sobre el pueblo judío sin más, recaería la responsabilidad de todo lo que iba a suceder.

El evangelio de Juan ha sido llamado siempre el evangelio “espiritual”. En realidad, cuando se lee pareciera que la imaginación y la mente se alejan de todo lo de la tierra para sumergirse sólo en Dios. Leyéndolo, se comprueba la realidad de lo dicho por el mismo Jesús: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. Y aunque “nadie ha visto a Dios”, al leer este evangelio se le da la razón a Jesús cuando nos dice: “quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”.

074. Y el Verbo se hizo hombre. *La realidad de la Encarnación.*

¿Es verdad que Dios, ¡todo un Dios!, se hizo hombre?... Es lo que vamos a considerar hoy. El Hijo de Dios, Dios como el Padre y como el Espíritu Santo, un día tomó de María nuestra propia naturaleza y llegó a ser un hombre como nosotros, un hombre verdadero, igual en todo a los hermanos cuya condición asumía. Sin pecado, es cierto, pero cargando con todas las consecuencias del pecado, para libar a la Humanidad del pecado que la alejaba de Dios.

Hechas ya las explicaciones introductorias del Nuevo Testamento, ¿cuál va a ser el primer tema que escogemos sobre la Persona de Jesucristo, centro de todo nuestro Curso de Biblia? No hay otra opción posible: la primera página de Juan, que nos asegura: “¡Y el Verbo se hizo carne!”.

Tomamos también el evangelio de Mateo, y nos hallamos al principio con esta afirmación: Jesús, el Emmanuel, el “Dios con nosotros”, el mismo que nos dirá al acabar su vida terrena: “Y miren que yo me quedo aquí hasta el final de los siglos” (*Mateo 1,23; 28,20*)

Tenemos razón para estudiar ante todo el tema fundamental de la Encarnación del Hijo de Dios. Porque nos preguntamos:

- Dios se hizo hombre, ¿sí o no?... Sigue con nosotros, ¿sí o no?...

Si Jesucristo no es el Dios hecho hombre, o si Jesucristo desapareció de la tierra para siempre, estamos perdiendo el tiempo y no vale la pena tomarse la más pequeña molestia por su Persona. Pero si Jesucristo es el Dios hecho hombre, y sigue aquí por nosotros y con nosotros, no hay nada ni nadie que nos interese tanto como Jesucristo.

Por otra parte, hemos de tener una idea bien clara de lo que significa la Encarnación, o sea, el que Dios se haya hecho un *hombre verdadero*, en todo igual que nosotros, menos en el pecado, porque el pecado es incompatible en absoluto con la santidad de Dios.

Empecemos por esa primera página del Evangelio de Juan, lo más alto y sublime que ha salido de una pluma humana. Vimos, al hablar del Eclesiástico y de la Sabiduría, dos de los libros Sapienciales, cómo la sabiduría y la palabra de Dios venían a ser las dos criaturas primeras salidas de la mente y de la boca de Dios, y de las cuales se sirvió el mismo Dios para la obra de la creación del mundo.

Pues, bien. Viene ahora Juan, y nos dice atrevidamente:

- ¿Esa Sabiduría? ¿Esa Palabra? Eso que llaman el Logos, el Verbo, la Palabra..., eso no era una criatura de Dios, eso era el Hijo de Dios, estaba en el seno de Dios antes de la creación del mundo, era tan eterno como Dios, porque el mismo Verbo era Dios.

Juan nos deja extasiados con estas palabras, pero sigue con una segunda parte que nos deja atónitos, pasmados:

- Y llegó un día en que ese Dios eterno, el Verbo, la Palabra, se hizo carne, se hizo hombre, echó su tienda de campaña en medio de nosotros, habitó entre nosotros; y hemos visto

con nuestros propios ojos, tocado con nuestras propias manos, y comprobado con experiencia propia nuestra, que Él es el Hijo Unigénito de Dios, lleno de gracia y de verdad. Dios se hizo hombre, y el hombre con quien nosotros vivimos, era Dios (*Juan 1,14; 1Juan 1,1-3*)

Así, con una claridad tan desconcertante como arrebatadora, empieza Juan su evangelio y su primera carta: Jesucristo es Dios verdadero y es hombre verdadero también, tan Hijo de Dios como hijo de María, y tan hijo de María como Hijo de Dios. El *Emmanuel*, el “Dios con nosotros”.

¿Captamos el alcance de lo que esto significa? En adelante, ya no va a ser Dios un Ser lejano, encumbrado en unas alturas que nadie puede escalar. “Nadie ha visto nunca a Dios” (*Juan 1,18*), y sin embargo, viene Jesús y nos dice: “Quien me ve a mí ya ha visto al Padre” (*Juan 14,9*). Nadie es tan grande como Dios, y sin embargo viene ahora Dios y nos dice por Pablo: “Sean imitadores de Dios”, y nos mandará el mismo Jesús: “Sean perfectos, sean buenos, como lo es su Padre celestial” (*Mateo 5,48*) ¿Es esto posible? Sí. Porque Dios se ha hecho como nosotros, y nosotros hemos sido elevados en Cristo a la misma altura de Dios.

Para saber tratar en adelante a Jesucristo, hay que convencerse de que Jesucristo, por haber tomado nuestra carne —esto significa “encarnación”— es un hombre verdadero, en todo absolutamente como nosotros, sujeto a todas las condiciones, agradables como desagradables, de nuestra naturaleza humana sin eximirse de ninguna. Fue niño que necesitó ser educado; y en toda su vida hubo de comer, dormir, trabajar, cansarse, gozar como sufrir, amar como ser odiado...

San Pablo lo dice con palabras magistrales: “No hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se despojó de su rango y tomó la forma de esclavo, pasando como un hombre cualquiera, y se rebajó a sí mismo hasta morir, y con una muerte nada menos que de cruz” (*Filipenses 1,6-8*). Hombre, hermano, amigo nuestro. ¿Qué más podemos decir de Jesucristo?...

Ahora viene el preguntarnos: ¿Qué puedo sentir yo en la vida, que no lo haya sentido Jesús? ¿Me entiende Jesús, por experiencia propia suya, en cualquier circunstancia en que yo me encuentre? Por lo mismo, me pase lo que me pase, ¿puedo acudir a Él, como a mi mejor confidente, a mi defensor más seguro, a mi auxiliador más poderoso?

¿Y si me siento víctima de la culpa? ¿Qué remedio me queda? Aquí viene una de las afirmaciones más tremendas y desconcertantes de San Pablo sobre Jesucristo: “Dios hizo pecado a aquel que no conoció el pecado, para que viniésemos nosotros a ser santidad de Dios en él” (*2Corintios 5,21*). ¿Por qué y cómo? “Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, condenó el pecado en la carne” (*Romanos 8,3*); venció al pecado en su propio cuerpo, ya que Jesucristo “fue probado en todo como nosotros, excepto en el pecado” (*Hebreos 4,15*)

Por lo mismo, ni el pecador más grande tiene excusa para alejarse de un Dios que, porque ama al pecador, se ha encarnado para salvarnos a todos, como nos dice el mismo Pablo:

“Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino a este mundo para salvar a los pecadores”; y añade con humildad profunda y como para animar a todos: a esos pecadores “de los cuales el primero soy yo” (*1 Timoteo 1,15*)

Con una comparación muy acertada, se ha dicho que Jesucristo se metió en el mundo de los pecadores como entra en la cárcel llena de criminales un señor honorable, rico, influyente, con autoridad, y de buen corazón. Cara a cara en la celda del mayor criminal, se entabla la conversación:

- ¿Qué haces aquí?
- Pagando mi condena. ¿Y usted? ¿También es un criminal como yo?
- Los dos estamos en el mismo sitio, aunque yo no he delinquido en nada ni he quebrantado ninguna ley.
- Entonces, ¿para qué viene usted?
- Quiero sacarte de aquí. Tengo autoridad y puedo hacerlo. Haz el favor de venir conmigo...

¿Esto?... Es lo que hacía la Rusia cristiana en la fiesta de la Encarnación, celebrada allí con devoción muy especial. Se abría en la asamblea una jaula y se dejaba escapar al pájaro prisionero: era la Humanidad, libre del pecado y de la condenación por el Dios hecho hombre.

El mayor pecado del mundo moderno es ciertamente el ateísmo, el alejamiento voluntario de Dios. ¿Tendrán excusa ante el tribunal divino los que no aceptan a un Dios que viene a salvarlos, porque ni les interesa trabar conversación con Él?...

Volvamos la estampa al revés. ¿Queremos hacer algo por la salvación del mundo? No encontraremos medio más eficaz que enseñar a todos los alejados de Dios —voluntariamente o involuntariamente, por malicia, por descuido o por ignorancia—, que hay un Dios interesado por ellos, tan interesado que hasta se ha metido de lleno en su vida haciéndose, por su encarnación, como uno de ellos, con sus mismos problemas y sus mismas inquietudes y sus mismas ilusiones.

Jesucristo, el Dios encarnado -aunque se marchara visiblemente de en medio nuestro-, sigue con nosotros en su Iglesia y en la Eucaristía de modo especial. Por eso le dirigimos estas dos ardientes plegarias, arrancadas de la Biblia. “¡Ven, Señor Jesús!”, porque te queremos ver ya como en el Tabor. Y la otra: “¡Quédate con nosotros, Señor!”, ya que vienes a nuestro lado, como en el camino de Emaús...

075. Belén. *La historia del nacimiento de Jesús.*

Pocas palabras de la Biblia nos dicen tanto como BELEN, el pueblecito donde nació Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Hoy vamos a centrar nuestra mirada en Belén. Vamos a repasar la historia del nacimiento de Jesús, sobre la cual es posible que tengamos algunas dudas y hasta mantengamos algunos equívocos. ¿Cómo ocurrió todo aquello que ha llenado siempre de alegría los corazones cristianos?

Nada más pronunciada la palabra “Belén”, nuestra imaginación se llena de las imágenes más bellas. Una jovencita Madre totalmente feliz; un esposo que no sale de su asombro, mientras sonrío de manera inefable; un bebé que duerme recostadito sobre la hierba seca y las pajas de un pesebre de animales en medio de la noche callada... Jamás la Humanidad ha contemplado ni contemplará en adelante algo más lleno de amor, de ternura, de poesía, que este cuadro arrebatador.

Pero hoy nosotros no venimos a hacer poesía con el recuerdo de Belén, sino a una de las clases de Biblia más geniales que nos ha dictado Dios.

Empecemos por ambientarnos en la historia y en la geografía. Es el mismo Dios quien está manejando los acontecimientos, de manera que se cumpla al pie de la letra lo profetizado desde hacía muchos siglos.

Dios, por el profeta Natán, le aseguró a David que en un descendiente suyo se cumpliría la promesa hecha al patriarca Abraham de enviar al mundo un Salvador. El profeta Miqueas señaló con el dedo a Belén como lugar de donde saldría el Mesías que esperaba Israel. Pero hacía cinco siglos que había desaparecido la dinastía real de David; y Belén, de donde procedía la familia de David, no era sino un pueblecito pequeño, a unos ocho kilómetros al sur de Jerusalén.

Ahora nos encontramos con que la Virgen, encinta del Hijo de Dios que ha concebido en su seno por obra del Espíritu Santo, vive con su esposo José en Nazaret, pueblo a más de ciento cincuenta kilómetros al norte de Belén, sin más camino entre los dos poblados que sendas mal trazadas para camellos o jumentos. ¿Cómo lo hará Dios para que se cumplan las profecías?... Ni José ni María han recibido orden de trasladarse a Belén.

Pero viene el decreto inesperado de César Augusto de que se haga el censo de todo el Imperio. Los romanos se inscribían en el mismo lugar donde vivían. Los judíos, en cambio, habían de seguir su costumbre de trasladarse al lugar de donde procedía su familia, aunque los antepasados vinieran de muchos siglos atrás. Aquellos orientales lo recordaban constantemente sin equivocación posible por tradición familiar, que valía más que cualquier archivo. Y José sabía más que de memoria que su linaje era el de Jesé, padre de David, natural de Belén en Judá.

¡Qué bien juega Dios sus papeles!... María, embarazada de nueve meses, es alejada de su familia en Nazaret; de este modo el nacimiento virginal de Jesús quedará oculto a todos, sin

que se les revele el misterio. Por otra parte, María y José, que conocen muy bien, igual que todo el pueblo judío, la profecía de Miqueas sobre el nacimiento del Mesías en Belén, tienen la prueba de lo que han aceptado antes por fe: el niño que viene es el Cristo prometido. Es el sistema de Dios en la Biblia, como lo vemos por las palabras de Dios a Ezequiel: “Y cuando les establezca en su tierra, sabrán que lo digo y lo hago” . O como a Moisés en el Sinaí: “Esta será la señal de que yo te envío: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, darán culto a Dios en este monte” (*Ezequiel 37,14; Éxodo 3,12*). Al ver cumplida una profecía, no se dudaba más de que era Dios quien había hablado.

Teniendo en cuenta el estado de María, no es posible que el viaje lo hicieran a pie. Seguro que José poseía un asno, lo cual significa que era un campesino y carpintero algo acomodado dentro de aquellas circunstancias sociales. Los caminos, angostos y mal trazados, estarían aquellos días en peores condiciones que las normales, debido a los traslados obligados por el censo. Al tener que atravesar Jerusalén, no hay duda de que harían una visita llene de fe y amor al Templo de Yahvé, el Dios de Israel.

El viaje para María tuvo que ser penoso, pero no era Ella una mujer que se acobardara fácilmente. Apenas llegados a Belén, demostró su valentía con su generosa decisión. Belén, camino obligado de las caravanas que se dirigían a Egipto, tenía una antigua hospedería, que nada tiene que ver ni con el más modesto de nuestros albergues o pensiones. Era un recinto cerrado por cuatro paredes, en cuyo centro se acumulaban los animales, asnos y camellos. Unos cobertizos sobre las paredes laterales servían expresamente para las personas, que hacían vida en un lamentable revoltijo. Allí no había reserva alguna, y María dijo resuelta: *¡Aquí, no! Yo no me quedo aquí para esta hora...*

María y José disponían de sitio como todos los demás, pero Lucas observa delicadamente: “No había lugar *para ellos*”. Y fue entonces cuando fueron a refugiarse en una gruta natural en la ladera del pueblo, establo de animales, que tenía el pesebre excavado en la roca de la pared. José lo limpia, lo arregla en lo posible, y aquí, a mitad de la noche, María da a luz a su niño, al que coloca en el pesebre de los animales.

Esa cueva la conservamos hoy como uno de los recuerdos más seguros del Señor. El emperador Constantino edificó sobre ella la grandiosa basílica el año 325, basílica que respetaron los persas porque allí aparecían representados los Magos con indumentaria persa, y no la demolieron tampoco los musulmanes, porque estaba dedicada a María, respetada y venerada también por ellos.

Hay una palabra en el relato de Lucas que los enemigos de la Virgen han exprimido bien para atacar a la Madre de Jesús. Es cuando dice que María “dio a luz a su hijo primogénito”. Desde muy antiguo, y contra la fe de la Iglesia, aprovecharon la palabra, pues se decían: “¿Primogénito? Luego siguieron otros”. Entonces, María no fue virgen. Ni en esta noche al dar a luz, ni mucho menos después. Así pensaban y así decían hasta nuestros días. Hasta que les vino el chasco fatal para ellos. Hoy, ya no lo dice más que un imprudente o un ciego voluntario.

Lucas, maestro para hablar con delicadeza, nos ha dicho bien claramente que el alumbramiento de Jesús fue virginal. María no tuvo necesidad de ninguna asistente. Ella misma envuelve a su chiquitín en pañales y lo coloca en aquella cuna tan singular.

Y lo del “Primogénito” quedó ante la Historia zanjado para siempre cuando se encontró la lápida mortuoria de una mujer judía, emigrada a Egipto, la cual muere en los mismos días en que María tuvo a Jesús. La lápida pone en labios de la joven difunta estas palabras: “El Destino me trajo al término de mi vida entre el llanto de mi hijo primogénito”. La inscripción fue publicada en las revistas científicas de Arqueología y Biblia de más prestigio internacional. Hoy, eso de que “primogénito” indica que vinieron después otros, ya no lo dice más que un imprudente o un ciego voluntario. La palabra “Primogénito” para un hebreo era, antes que nada, término jurídico, y significaba que sobre él recaían todos los derechos de la primogenitura dentro de la familia o del clan

Tenemos otra cuestión: ¿en qué año nació Jesús? Ciertamente que no fue en el primero de nuestra era. El monje que hizo el cómputo en el siglo sexto colocó la fecha del nacimiento el año 754 de Roma, mientras que Herodes había muerto el año 750. Es decir, que Jesús nació lo más pronto entre seis y cuatro años y medio antes: entre el principio del censo y la muerte de Herodes. Pongamos el término medio del año 5. Así, Jesús ya tenía algunos meses al morir el rey asesino de los Niños Inocentes de Belén. Y si después Jesús murió el año treinta, al morir tenía por lo menos unos treinta y cuatro años y medio, y a lo más treinta y seis.

Finalmente, ¿en qué día nació? ¿En nuestro 25 de diciembre? No. Esa fecha era la de una fiesta romana para celebrar el nacimiento del Sol, fiesta muy popular y pagana. Mientras el pueblo la celebraba con gran regocijo y la inmoralidad de siempre, la Iglesia de Roma la quiso sustituir con la del nacimiento del verdadero Sol de Justicia, Cristo Jesús, el que es la Luz del mundo.

Nacido Jesús, fue reconocido como Mesías por los pastores, pero nadie debió hacer mucho caso de ellos, pues no significaban nada socialmente aquellos hombres, los últimos del “pueblo de la tierra”... Vinieron los Magos, y esto ya fue más serio. Pero Dios sacó de allí rápido a la Sagrada Familia mandándola a Egipto ante el decreto de Herodes, que destinaba a la muerte a todos los niñitos de Belén. María y José se veían libres de admiración inútil, a la vez que reconocían el cumplimiento de las profecías sobre su hijito. El secreto lo guardaría sólo María, que un día lo iba a revelar para la Iglesia y el mundo.

076. Nazaret. *Jesús, hombre en todo como sus hermanos.*

Cuando queremos hablar de la vida de Jesús, después de Belén viene obligadamente NAZARET, de tal manera entrañado en el nombre mismo del Señor, que será conocido como “Jesús Nazareno”. Su pueblo le ha dado el apellido con que pasará a la Historia. Al hablar hoy de Jesús en su vida de Nazaret, vemos que el Hijo de Dios hecho Hombre es un hombre de verdad, sin privilegios, en todo semejante a nosotros, con experiencia personal de la vida nuestra.

Nazaret. El Evangelio de Lucas lo llama “Una ciudad de Galilea”. Pero eso de *ciudad* es un decir, ya que no pasaba de ser un poblado sin alguna significación, ni geográfica ni histórica. Hasta este momento de la Anunciación no sabíamos por la Biblia ni que existiera; y la fama entre los pueblos vecinos no debía ser tan buena, cuando Natanael suelta de buenas a primeras cuando le nombran a Jesús: “¿De Nazaret puede salir cosa buena?” (*Lucas 1,26; Juan 1,46*)

Nuestra lección de hoy tiene una intención especial. No se trata de una reflexión piadosa sobre la vida escondida de Jesús, como se nos propone tantas veces. Sino que vamos a mirar a Jesús en su vida normal, en la de cada día, para valorar lo que significa eso de que el Hijo de Dios “se encarnó”. Porque la palabra “Encarnación” la podemos tomar en su sentido más propio y restringido de que Dios se hizo hombre. Muy bien.

Pero hemos de mirar más lejos, y saber y estar convencidos de que Jesús fue en todo un hombre igual que nosotros, sin dispensarse ninguna de las leyes de la vida que nos afectan a todos sus hermanos. Fue, en todo, igual que nosotros, sometido a las condiciones del niño, del adolescente, del joven, del hombre que ha de trabajar en medio de las condiciones sociales de su país y de su época, sin privilegio alguno.

Empezamos por su pueblo. ¿Cómo era Nazaret? Estaba en Galilea, región rica del norte de Palestina, con extensos y feraces campos de cultivo, abundante pesca del lago Genesaret, y mucho comercio por ser paso obligado de las caravanas que venían de Oriente camino de Egipto y de la misma Palestina. Esto hacía que, además del arameo, se hablara en ella el griego por los que habían de estar más en contacto con esas gentes venidas de fuera, y que los galileos fueran más abiertos que los habitantes de Judea.

Si Nazaret no era propiamente una ciudad, tampoco era un poblado muy pequeño, pues tenía sinagoga propia, centro de la reunión y culto del sábado, además de ser escuela adecuada para los niños.

Las casas eran muy sencillas. Normalmente constaban sólo de una estancia espaciosa, con la amplia puerta de entrada, pero sin ventanas. En la parte interna, las paredes tenían sus anaqueles para colocar las colchonetas de dormir, los utensilios de cocina y ánforas con los granos. Además, en el suelo estaban las arcas con las ropas y objetos de más valor. Al

no tener más iluminación que la de la puerta, al llegar la noche era imprescindible la luz de la lámpara, que exigía diligencia para guardarla encendida o pronta para prenderla con el fuego de afuera.

La estancia daba a un patio amplio, donde se colocaba el molino a mano para desgranar el trigo y amasar el pan de cada día, que se podía cocer en el horno familiar allí mismo, o llevar a otro grande utilizado por varias familias.

Como en Galilea hace normalmente un día con sol espléndido, en el patio se colocaban los instrumentos de trabajo, la hilandera de la mujer o la mesa de un taller. Cabían allí, debidamente separados, los animales domésticos, como gallinas, algunos corderos o el asno. Había un rincón apropiado para guardar la leña y hierba seca para mantener el fuego.

A veces este patio era compartido por varias familias, cuya casa, de única estancia, daba al patio, en el cual cada una tenía su parte.

En una casa así, propia e independiente, aunque pudo también ser de patio compartido con las hermanas de María, pasó Jesús los treinta primeros años de su vida, hasta que empezó su ministerio público por toda Galilea, Judea y Samaría.

Dentro de este marco de vivienda familiar, nos encontramos ante todo con Jesús NIÑO. Un niño como todos los demás. Precioso, desde luego. Cuando el Evangelio dice por dos veces que “el niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él”; y después: “Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (*Lucas 2,40 y 52*), damos ciertamente con un niño excepcional. Esto no quiere decir que le viniera todo de su ser de Dios. Como hombre, Jesús tuvo que ser formado por sus padres, corregido en sus travesuras inocentes de niño vivaracho. De labios de María aprendió a dar los primeros pasos, a balbucear las primeras palabras y dirigir a Yahvé las oraciones de todo buen israelita. Ya crecídito, acudió a la escuela que dirigía el rabino de la sinagoga. Sabemos por el mismo Evangelio que Jesús sabía leer y escribir, pues nos dice que cuando visitó Nazaret, “donde se había criado”, acudió a la sinagoga, pidió el rollo de la Escritura, abrió el profeta Isaías, leyó el texto, lo enrolló él mismo, y lo devolvió al encargado. Quiere decir que de niño fue un alumno aprovechado en la escuela.

Ya ADOLESCENTE, su desarrollo físico, afectivo e intelectual fue el de cualquier muchacho, que se abre totalmente a la vida humana; pero, como correspondía a su persona divina, creció sin tacha alguna en su conducta, con conciencia siempre limpiísima, con sentimientos los más nobles. No es de extrañar la expresión de Lucas: “lleno de simpatía ante todos los que lo contemplaban”.

De JOVEN, Jesús aprendió de José el mismo oficio: carpintero. Pero, ¿era José, y después Jesús, sólo carpintero?... Parece que no. La palabra griega “tekton”, que usa el Evangelio, igual se aplica a un trabajador de la construcción, que al carpintero o al ebanista, o al artesano en general. Jesús, como antes José, era un operario, diríamos, especializado, que sabía y ejercía varios oficios, entre los habitantes de Nazaret y pueblos vecinos. Esto hizo

que Jesús se relacionara con bastante gente. Y, aunque no lo diga el Evangelio, cae por su propio peso que era un operario perfeccionista, dada su capacidad de trabajo, su habilidad innata, y su honestidad a toda prueba.

Esto, que hoy se tiene muy en cuenta, lleva a pensar en la cuestión de su posición económica. ¿Rica la Sagrada Familia? Ciertamente que no. El que al presentar el Niño en el templo llevara José los dos pichones en vez de un cordero, indica que en Belén, después de aquel viaje, y sin nada en propiedad, José estaba ciertamente en la condición de los pobres. Pero en Nazaret, esa condición de pobreza pudo variar mucho. Pobre, sí; pero no hay que exagerar dentro de aquellas condiciones sociales. José trabajaba para tres. Crecido Jesús, eran dos los que trabajaban para tres. Y fallecido José, Jesús, magnífico trabajador, se podía bastar muy bien para su Madre y para sí mismo.

Además, leyendo el Evangelio, se ve que Jesús tenía experiencia directa del campo. Es decir, que debía poseer la familia en propiedad alguna parcela o terreno, como lo solían tener normalmente los habitantes de los pueblos.

La pobreza de la Sagrada Familia no hay que compararla con la pobreza de los que pululan sin nada en las ciudades. Podríamos aplicar a la Familia de Nazaret, como una comparación, lo que el bendito Papa Juan XXIII dijo de su familia campesina en nuestros días: “Vivíamos en una honrada pobreza”.

Nada digamos del aspecto moral en la casa de Nazaret. Lucas nos traza unas pinceladas magistrales. Siendo Dios, Jesús se sujeta en obediencia a sus padres. Cumple con las obligaciones de todo buen israelita y sube a Jerusalén con José y María para la Pascua anual, y quizá también a otras festividades más importantes, como la de los Tabernáculos. Y, como lo demuestra la Boda de Caná, es un miembro de la familia y un ciudadano del todo normal, que acepta con gusto una invitación cariñosa. En suma, lo ya citado del Evangelio de Lucas: “Lleno de gracia y simpatía ante Dios y los hombres”. Uno piensa en María, que más de una vez debió decirse lo de nuestras mamás: “Estoy orgullosa de mi hijo”. ¿Acertamos?...

077. La Manifestación de Cristo. *Los Magos, el Jordán y Caná.*

Los Magos, el Jordán y Caná tienen en el Evangelio una significación muy especial. ¿A qué viene el hecho de los Magos? ¿Qué sucedió en el Jordán? ¿Qué significó el milagro de Caná?... Son tres actos de un drama tan sencillo como espectacular. Los tres fueron la MANIFESTACIÓN de Jesús al mundo. Jesús viene como Salvador de todos, y Dios lo anuncia con tres hechos íntimamente enlazados entre sí. Lo vamos a ver hoy.

Cuando celebramos el 6 de Enero la solemnidad de la Epifanía, siempre la llamamos la fiesta de Los Magos. ¿Decimos bien? En realidad, la Liturgia enlaza tres hechos muy importantes del Evangelio en la MANIFESTACION de Jesús al mundo, y va de más a menos: con los Magos, al mundo pagano, al mundo entero; al pueblo judío en especial, con el Bautismo de Jesús en el Jordán; y más restringido aún, a los discípulos con la Boda de Caná. Esto lo que vamos a ver hoy: cómo Dios manifestó Jesús al mundo, cómo Jesús se dio a conocer.

Empezamos por la primera la manifestación a los pueblos gentiles o paganos por medio de los Magos. ¿Quiénes eran? Procedían de Persia, y eran discípulos de la escuela doctrinal de Zarathushtra o Zoroastro. Desde siglos atrás esperaban un “auxiliador”, procedente del Buen Espíritu contra el espíritu del mal. Algo así como una especie de Mesías.

Hombres religiosos, y dados también al estudio de la astronomía, sabían de la esperanza de Israel, que, según la profecía de Balaam, vería brillar la estrella anunciadora del Cristo esperado (*Números 24,17*). Desde los tiempos del Destierro de Babilonia, era ésta una noticia divulgada por todo el Oriente.

Aquellos Magos, sabios muy rectos de la Persia lejana, son el símbolo de todos los pueblos que buscan a Dios con sincero corazón. Aceptada la fe, se convierten en esa Iglesia formada por hombres y mujeres que forman “una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas” (*Apocalipsis 7,9*), simbolizadas en los reyes que vienen de Madiam, de Efá y de Saba, trayendo oro e incienso para homenajear al gran Rey, el Cristo Salvador (*Isaías 60,6*)

El evangelio de Mateo dará la interpretación más exacta a la historia que nos ha narrado de los Magos, cuando relate la última aparición de Jesús a los Apóstoles: “Vayan por todo el mundo, y hagan discípulos de todas las gentes” (*Mateo 28,19*). El Evangelio, manifestado a los Magos de Oriente, y en ellos a todos los pueblos paganos, no conoce fronteras.

Pero el primer destinatario del Evangelio era el pueblo judío, y a él le manifestó Dios su Hijo a las orillas del Jordán, cuando Juan el Bautista bautizó a Jesús, el Cristo esperado. Dominados por la omnipotente Roma, los judíos suspiraban por el prometido Mesías, que traería la liberación del pueblo. Por eso, al aparecer Juan, después de más de cuatrocientos

años en que Israel no había conocido ningún profeta, la expectación en toda Judea era enorme.

Dios quiso intervenir de una manera visible. Salido Jesús de las aguas de río, se abren los cielos, aparece el Espíritu Santo en forma de paloma, y se oye la voz del Padre: “Este es mi Hijo querido, en quien tengo todas mis delicias”. Y añadirá Juan después: “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo... Doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios”.

Los cuatro Evangelios empiezan unánimemente por la manifestación de Jesús en el Jordán. Israel podrá conocerlo de ahora en adelante. Dios no lo proclamaba de una manera tímida, como con Zacarías en Ain Karim, un aislado rincón de Judea, cuando le decía a Juan, su bebé recién nacido: “Y tú, niño, irás delante del Señor a preparar sus caminos”. O a los pobres pastores de Belén, de los que nadie hacía caso: “Les anuncio una gran noticia: que en Belén les ha nacido un Salvador, el Mesías del Señor”. O como Simeón a los que le oían en el Templo: “Mis ojos, Señor, ya han visto a tu Salvador, a quien has mandado como luz de todas las gentes y gloria de tu pueblo Israel” (*Lucas 1, 76; 2,11,31*). Ahora no. Ahora en el Jordán es una proclamación clamorosa, de manera que los espíritus rectos la supieron entender: “Es cierto que Juan no hizo ningún milagro. Pero, todo lo que dijo de éste, era verdad” (*Juan 10,41*)

Jesús, a partir del Jordán, quedaba manifestado a Israel como el Cristo de Dios.

Más restringida iba a ser la manifestación de Jesús a sus discípulos. Entre los que habían escuchado a Juan el Bautista había dos muchachos magníficos, Andrés y Juan, que siguen calladamente a Jesús, el cual les pregunta sonriente: -¿*Qué buscan?* -*Maestro, ¿dónde vives?* -*Vengan y vean...* Pasan los tres la noche juntos, y al día siguiente le habla Andrés a su hermano Simón: -*¡Hemos encontrado al Mesías!...* Y Jesús, cuando lo ve: -*Tú ya no te vas a llamar Simón, sino Kefás, Piedra.* Felipe se dirige al simpático Natanael, un israelita sin doblez: -*Hemos encontrado a aquel de quien habló Moisés y los profetas.* Y les dice Jesús a los del grupo: -*Van a ver el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.* Así fue el encuentro con los primeros discípulos (*Juan 1,35-51*)

Esta manifestación de Jesús a su grupo íntimo va a recibir a los pocos días un fuerte espaldarazo en la Boda de Caná. Miremos el marco en que se desarrolla la escena. Un gran historiador de la Vida de Jesús nos la describe así, tomados los datos de documentos judíos:

“La esposa salía de manos de las amigas y parientes pomposamente engalanada, con una corona en la cabeza, el rostro muy acicalado resplandecientes los ojos por los colirios, pintados los cabellos y las uñas, cargada de collares, brazaletes y otros adornos, en la mayoría de los casos falsos o prestados. El esposo también, coronado y acompañado por los amigos del esposo, iba al caer de la tarde a la casa de la esposa para recoger a ésta y conducirla a la suya propia. La esposa le recibía circundada de sus amigas, provistas de lámparas, y todas prorrumpían en aclamaciones al llegar el esposo. De casa de la esposa a la del esposo se organizaba un cortejo en el que tomaba parte todo el pueblo, con luminarias, cantos, música, danzas y gritos jubilosos. Tanta era la autoridad moral de semejantes cortejos, que hasta los rabinos interrumpían las lecciones en las escuelas de la Ley y salían con sus discípulos a

felicitar a los esposos. En casa del marido se celebraba luego el banquete nupcial, con cantos y discursos de congratulación y augurio feliz. Se bebía sin parsimonia, menudeando los vasos cordialmente, ya que se trataba de una señalada ocasión para aquella gente que llevaba todo el año una vida austera y trabajosa. Se libaban vinos especiales guardados cuidadosamente durante mucho tiempo atrás para la ocasión” (*Ricciotti*)

En una boda así participó Jesús. Y sabemos la historia. La fiesta se alargaba por varios días. Y llega a faltar el vino. María, la Madre de Jesús, se da cuenta del apuro de los novios, y arranca a Jesús el primer signo, su primer milagro, para que siga la alegría de una fiesta semejante.

Pero, aquí estaba lo principal. Las seis tinajas de agua convertida en vino generoso, era el signo, la señal, de que había llegado el tiempo mesiánico, descrito por los profetas con un banquete espléndido en el que el vino más delicioso indicaba el regalo último de Dios al mundo. Los discípulos lo entendieron, creció la fe de ellos en Jesús, y desde entonces supieron que su Maestro era el Enviado de Dios.

Los Evangelios dan una importancia grande a la *Manifestación* de Jesús en estas tres formas: los Magos, el Jordán, y Caná. La antigua liturgia de San Ambrosio en Milán une las tres manifestaciones en una sola, con esta bella plegaria: “Oh Dios, comenzando por su nacimiento prodigioso, tu Verbo revela al mundo tu poder divino con signos diversos: la estrella guía a unos Magos, el agua es cambiada en vino, y en el bautismo del Jordán se oye la proclamación del Hijo de Dios. Con estas tres claras manifestaciones de salvación, apareció a nuestros ojos de modo esplendente tu amorosa voluntad de darnos tu Hijo queridísimo”.

Es como si dijera:

- Discípulos de Cristo, ¡crean en su Maestro y Señor!
- Pueblo Judío, pueblo de elección, ¡mira que viene Aquel a quien tanto esperas!
- Gentes del mundo entero: ¡a levantar la cabeza, que llega su salvación!...

078. El Mesianismo a prueba. *Las tentaciones de Jesús.*

Los Evangelios nos narran las tentaciones de Jesús en el desierto después que saliera de las aguas del Jordán, y le dan al hecho una importancia muy grande. ¿Es cierto eso de que Jesús fue tentado, desde el momento que era Dios? Puede que nos resulte difícil el entenderlo, pero el hecho es éste: que Jesús fue tentado por Satanás. ¿Qué debemos pensar? ¿Cómo lo debemos entender? ¿Qué significan esas tentaciones en nuestra vida cristiana?

Emprendemos hoy una lección que hemos de tener muy presente al estudiar el Evangelio. Después de las debidas introducciones —y presentado Jesús en las escenas del Jordán—, Marcos, Mateo y Lucas empiezan sus respectivos evangelios con las Tentaciones de Jesús en el desierto. ¿Por qué? Porque de la actitud que asuma Jesús va a depender la orientación del Reino de Dios, a punto ya de inaugurarse.

Cuando Jesús salió de las aguas del Jordán, una vez bautizado por Juan, y después de aquellas palabras del Padre: “Este es mi Hijo queridísimo, en quien tengo mis delicias”, calladamente, pero arrastrado por el Espíritu, Jesús se retiró a una próxima montaña a fin de prepararse para su misión.

Para entender las tentaciones de Jesús podríamos idealizar lo que piensa el mismo Jesús de Sí mismo, y lo que piensa también Satanás.

Jesús se dice: -Soy el Mesías, el Enviado de Dios, el esperado por Israel. Debo disponerme con la oración y la penitencia, como los mayores profetas, para la tarea que el Padre me confía.

Y Satanás, razona: -Mi gran cosecha entre los hombres la hago con la vida cómoda, con el placer, la lujuria, la vanidad y ostentación, la soberbia y el alejamiento de Dios... Si, como me sospecho, éste es el Mesías prometido, mal me va a ir con su austeridad, su humildad, su piedad. Hay que desviar esta orientación suya, fatal para mis intereses.

No nos equivocamos cuando pensamos así tanto de Jesús como de Satanás.

Antes que nada, nos situamos en el escenario de los Evangelios. El “desierto” no es una llanura de arena interminable, sino una de las montañas solitarias en la parte occidental del río Jordán. Jesús se retira al llamado desde muy antiguo “El Monte de la Cuarentena”, unos quinientos metros de alto sobre el valle del Jordán, y a pocos kilómetros de donde bautizaba Juan el Bautista. Un monte estéril, sin nada de vegetación, por el que merodean algunos lobos, chacales y serpientes peligrosas. Marcos describe la soledad en se metió Jesús con una sola pincelada estremecedora: “Permaneció en el desierto durante cuarenta días... y habitaba con las fieras”. Los “cuarenta días” hacen referencia al ayuno de Moisés en el Sinaí y al de Elías por el desierto camino del Horeb, el monte de Dios. El “cuarenta” no hay que tomarlo con precisión matemática, ya que en la Biblia es un número global.

Jesús ha elegido la soledad más absoluta para sentirse totalmente cerca de Dios, sin estorbo de criatura alguna. No lleva ninguna provisión para comer, allí no hay absolutamente

nada, y su ayuno va a ser total. “No comió nada en aquellos días”, dice Lucas, y precisa Mateo aún más: “durante cuarenta días y cuarenta noches”. Por lo mismo, el ayuno fue sin paliativo alguno, muy diferente al que hacían los judíos, ayuno muy moderado, ni como el actual de los musulmanes durante el Ramadán, que no comen durante el día, pero al anochechar se dan su buen banquete.

¿Cómo pudo resistir Jesús tantos días sin tomar ningún alimento? Su oración, ¿era la normal, la de pensar sólo en Dios, hablar con Dios, recitar los Salmos y otras plegarias acostumbradas en Israel? O más bien, ¿hemos de ir a una oración altísima, al éxtasis que le sacaba fuera de sí, a la contemplación mística más subida?... Son preguntas a las cuales no podemos dar respuesta. Es lo más probable que para adoctrinar a los apóstoles, Jesús les contara en la intimidad lo de las tentaciones, y eso de la oración se lo dijera de una manera más natural: “me retiré a orar”...

El caso es, como precisa Lucas, que “no comió nada en aquellos días, y, al cabo de ellos, sintió hambre”. Era la ocasión propicia para Satanás, que, desde los hechos del Jordán, estaba al tanto con este Jesús tan misterioso: ¿Será el Mesías?... Por eso empezará explorando: “Si eres el Hijo de Dios”...

Así se inicia el primer asalto. Aunque Mateo y Lucas varían el orden, el de Mateo parece el más lógico, y el demonio, buen estratega, va de menos a más. Por eso, aprovechando el hambre de este penitente tan extraño, le propone: -Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.

Como si le dijera: ¡Aprovéchate, ya que puedes, y pásala bien!... ¿A qué viene esa austeridad? ¡Goza de la vida, hombre!...

Tentación de pura materialidad, de bienes que pasan. Pero, por aquí se empieza... Jesús puede responderle: Para comer, no he de hacer ningún milagro. Me basta mi trabajo. Y, en definitiva, está la Providencia de mi Padre, que me alimentará, si es preciso, con el maná del cielo, igual que a los israelitas en el desierto.

Por eso, trae Jesús el texto de la Biblia alusivo al maná: -No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

La primera tentación, la que parece la más inocente, queda vencida del todo. Con cierta elegancia, le ha respondido a Satanás: ¡No quiero!

El segundo asalto es peor. Por los atrios del Templo de Jerusalén pululaban siempre montones de gentes venidas de todas partes. Y el demonio —¿agarrando a Jesús? ¿por pura visión?..., es igual—, lo lleva al pináculo de aquella muralla altísima que da al torrente Cedrón, y le invita descarado: -Si eres Hijo de Dios, lánzate de aquí abajo. No te va a pasar nada. Descenderás suavemente. Dios va a enviar a sus ángeles que te recojan en sus palmas, y, al verte las gentes, todos te aplaudirán dando vivas: ¡Qué Mesías tenemos!...

Este es el sentido de la escueta invitación del demonio que trae el Evangelio. Satanás quiere un Mesianismo de ostentación, de vanidad, de popularidad, de magia...

Jesús capta toda la malicia del enemigo, y responde con la misma Escritura: -No tentarás al Señor tu Dios.

Otro *¡No quiero!* más enérgico de Jesús. No está para hacer comedia. La sencillez, la humildad, serán el camino que recorrerán los suyos, acomodados siempre a los más sencillos, a los más pobres.

El tercer asalto —el último “round”, diríamos hoy con lenguaje bien expresivo—, es el peor, el de la malicia diabólica más refinada: *¡Reniega de Dios!*... Y se lo propone después de llevar a Jesús a una montaña alta, desde la que, en visión, le muestra todos los reinos de la tierra con su gloria, sus riquezas, su poder. Y le propone con audacia inconcebible: -Todo esto es mío. Y todo te lo daré si, cayendo de rodillas, me adoras.

El atrevimiento de Satanás ha llegado a lo indecible: -¡Independízate de Dios! ¡No le obedezcas! ¡Sé dueño de ti mismo! Y, entonces, yo te aseguro el poder político, la posesión de todo el dinero, la hegemonía mundial...

No tiene otro sentido esta tercera tentación. Satanás recuerda cómo venció al primer Adán; y ahora cree que va a vencer al Adán segundo con la misma estrategia y con la misma mentira. Jesús, que comprende la malicia inmensa del diablo, el cual ha llevado su audacia hasta el extremo, le contesta ahora con violencia inusitada: -¡Apártate de mí, Satanás! Porque está escrito: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás”. Es el *¡No quiero!* más enérgico que ha salido o saldrá de sus labios.

La victoria de Jesús ha sido total. Ha luchado contra el enemigo más feroz, y ha quedado “campeón” indiscutible. Ahora sí; ahora el Padre manda a los Ángeles, que vienen y le sirven a Jesús el pan que necesitaba su organismo enflaquecido.

Jesús, la Iglesia, cada cristiano..., van a saber en qué se fundamenta el Reino de Dios. No en el placer ni en bienes materiales; no en vanidad ni ostentación; no en el poder político o financiero, ni en el dominio de los pueblos. Sino en la obediencia a Dios; en la piedad sincera; en la humildad y la pobreza; en el abandono a la divina Providencia. Aunque, como Jesús, hayamos de parar todos en la Cruz. Después, restará la victoria de la Resurrección, con la cual tanto el pecado como la muerte habrán quedado definitivamente vencidos.

079. El Sermón de la Montaña. *La Carta Magna del Reino.*

Muchas veces hablamos del Sermón de la Montaña, en el que Jesús trazó las líneas doctrinales por que se iba a regir el Reino de Dios que venía a instaurar en la tierra. ¿Qué significa dentro del Evangelio ese discurso del Señor? Tiene una importancia muy grande, porque recoge, todas reunidas, muchas enseñanzas que Jesús impartió a las turbas y en especial a los discípulos más cercanos. En este Sermón aparece Jesús, más que nunca, como Luz del mundo.

Nos hallamos ya en el segundo año de la vida pública de Jesús. Su fama se ha extendido por todas partes, ha traspasado las regiones de Palestina, y llega un momento en que se arraciman por los alrededores de Cafarnaún verdaderas turbas, con cantidades de enfermos traídos para ser curados de sus dolencias.

Jesús se ha subido a lo más alto de la montaña, no muy elevada, de sólo unos 150 metros sobre el lago de Genesaret, llamado ufanamente por los habitantes del lugar “El Mar de Galilea”. Allí ha pasado la noche en oración. Al amanecer, elige de entre sus discípulos a Doce, a los que llama desde ahora “Apóstoles”, y desciende con todos ellos a la ladera verdeante que da al lago, con una vista encantadora, en medio de exuberante vegetación, y bajo un cielo azul por el que revolotean a placer bandadas de pájaros.

Allí encuentra Jesús a la gran multitud que le espera, venida, dicen Lucas y Mateo, de toda Galilea, de Judea y Jerusalén, y de los pueblos extranjeros vecinos y paganos, como la Siria del Norte, Tiro y Sidón en las costas del Mediterráneo, y la Decápolis de la Transjordania.

Con el grupo de los Doce ya formado, y con esa multitud delante de sus ojos, después de curar a los muchos enfermos que le han presentado, ve Jesús que ha llegado el momento de exponer el programa de su doctrina y su misión. El escenario es encantador, lo más opuesto que cabría imaginar si se le quisiera comparar con el Sinaí, el monte de la antigua Ley.

Se sienta aquel gentío en la ladera, y Jesús comienza de la manera más insólita. No ha estudiado retórica, pero su exordio es de lo más llamativo y cautivador para atraer la atención de todos:

-¡Dichosos! ¡Dichosos! ¡Dichosos!... ¿Quiénes? Los pobres, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacíficos, los perseguidos por ser justos y santos...

A estas bendiciones a los buenos y a los que sufren, siguen, tal como las trae Lucas, las maldiciones a los que siguen los criterios del mundo en oposición a los que abrazan el Evangelio:

-¡Ay de los ricos sin entrañas, hay de los que ríen con el placer, hay de los satisfechos de la vida, ay de los que el mundo ensalza!...

Es muy posible que la catequesis primitiva de los Apóstoles, y quizá el mismo Jesús cuando habló, lo hiciera en la forma hebrea de la contradicción poética, y enunciara bienaventuranzas y malaventuranzas de esta manera:

-¡Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Ay de los ricos, porque ya tienen su consuelo!...

-¡Dichosos los que lloran, porque reirán! ¡Ay de los que ríen, porque serán afligidos y llorarán!...

Era una manera de hablar insólita. Y a estas horas, no desaparece el desconcierto de los que estudian semejante exordio si no lo miran con ojos de fe. Y así va a ser todo el discurso: de una doctrina lo más opuesta al pensar del mundo. ¿Cómo hemos de mirar nosotros el Sermón de la Montaña en una clase de Biblia como al nuestra?

Jesús habla con una autoridad inapelable. Nada de “Se dijo”, “Dicen los escribas”, y ni tan siquiera “Dijo Moisés”. Si los cita es para corregir, completar, y sentenciar definitivamente: “Así, porque lo digo yo, y basta”. Lo curioso es que habla Jesús con autoridad semejante, y sin embargo lo dice todo con un tono, con una amabilidad, con un cariño, que arrebató a las turbas, las cuales acaban aprobando y aplaudiendo porque enseña de una manera por completo diferente a la de todos los maestros oídos hasta entonces.

Al leer el Sermón de la Montaña en Mateo y en Lucas se notan dos diferencias muy notables. Mateo es mucho más largo que Lucas, y Lucas coloca muchas sentencias del Sermón a lo largo de todo su evangelio, asignándolas a un contexto histórico concreto. Mateo ordena en un solo contexto gran parte de las muchas enseñanzas de Jesús; mientras que Lucas las coloca por su orden en el momento cronológico adecuado.

Este Sermón de la Montaña constituye una verdadera revolución. Jesús va a contracorriente de todo lo que se había enseñado hasta entonces. Y era así y debía ser así. Porque este Sermón viene a ser la Carta Magna del Reino, la Constitución del Reino de Dios. Y como el Reino de Dios, el Reino de Jesús, no es de este mundo (*Juan 18,36*) —sino que el Reino de los Cielos es diametralmente opuesto al reino del mundo—, su Constitución tampoco se parece ni ha de parecerse a la constitución y criterios que a su reino del mundo impone Satanás. .

Empieza Jesús por decir que los suyos, sus discípulos, sus seguidores, son, como lo es Él mismo, luz del mundo y sal de la tierra. Han de iluminar a todos y han de transformarlo todo. No tienen que eliminar lo que Dios había mandado antes, sino llevar la antigua Ley a su máxima perfección. Cambia lo que hay que cambiar, y, sobre todo, añade lo que ahora Él, el Cristo, enseña como la perfección suma, cifrada en la sentencia más atrevida: “Sean perfectos, como es perfecto su Padre celestial”.

Con semejantes principios generales, viene el descender a la práctica de las obras diarias.

¿No matar?... ¡Claro que no! Pero, ni tan siquiera enojarse con el prójimo.

¿No adúlterar?... ¡Naturalmente que no! Pero ni te permitas un pensamiento sobre una mujer que no es la tuya.

¿Cometer el pecado?... ¡No se te ocurra! Sácate antes el ojo y córtate la mano o el pie antes que irte entero a tu condenación

¿No blasfemar ni perjurar?... ¡Tampoco, y por nada ni nadie! Conténtate con decir “Sí, sí; no, no”, te crean o no te crean.

¿Odiar al enemigo?... ¡Jamás! Al contrario, amarlo con todo el corazón, rezar por él, y hacerle todo el bien posible como se lo hace tu Padre celestial.

Orar, ayunar o hacer penitencia, dar limosna... ¡Bien, muy bien! Pero sin ostentación, sino con gran humildad, sólo para agradar a Dios.

No vayas detrás del dinero, no atesores valores para esta vida, busca los tesoros del Cielo a donde no llegan los ladrones; más bien, confía en la Providencia de tu Padre que alimenta a los pajaritos y viste las flores...

No juzgues a los demás; reza siempre; pórtate con los otros como quieres que se porten ellos contigo.

Ten presente que si eres buen árbol, darás buenos frutos; si los das malos, señal de que eres malo por dentro.

Y, si quieres salvarte, recorre el camino estrecho y entra por la puerta angosta, dejando los placeres malsanos del mundo.

¿Y quieres no equivocarte? Haz caso a todo lo que yo te digo: edifica tu casa sobre roca firme y no sobre arena movediza, como los necios que no me escuchan...

¿Quién ha sido capaz de hablar y mandar así? Jesús, y sólo Jesús. ¿Y qué maestro o reformador se atreve a cambiar una sola de las normas del Sermón de la Montaña?... No lo hará nadie, estemos tranquilos. Esta página permanecerá inmortal hasta el final de los siglos.

080. En Cesarea de Filipo. *¡Tú eres el Cristo!... ¡Tú eres Pedro!*

La confesión de Simón en Cesarea de Filipo, “Tú eres el Cristo”, y la respuesta de Jesús, “Tú eres Pedro”, constituye un momento trascendental en la vida de Jesús. Aquí va a radicar la firmeza de la fe de la Iglesia, a la vez que su esperanza de pervivir hasta el final de los siglos. Todo, en virtud de la palabra de Jesús. Sobre la roca que es Pedro está edificada la obra que Jesús dejó en el mundo, y esa obra permanecerá para siempre. ¿Qué significa esta afirmación de Jesús?

No hay un punto de la Biblia que haya hecho correr tanta tinta como éste del capítulo dieciséis de Mateo: “Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no podrán nada contra ella”.

¿Por qué tanta discusión sobre unas palabras tan claras?... Si las palabras de Jesús no se quieren retorcer descaradamente, y se les da el sentido obvio que tienen, dan el criterio definitivo para saber cuál es y dónde está la Iglesia de Cristo: donde está Pedro, está la Iglesia. Una iglesia que no esté sobre la Roca, sobre Pedro, será una iglesia, podrá ser una comunidad cristiana, pero no será la Iglesia de Cristo.

Y como esto está tan claro en el Evangelio, lo mejor que han hecho todos los enemigos de la Iglesia, es negar las palabras de Jesús, o darles un sentido totalmente diverso del que tienen y que entiende hasta un niño.

Pero nosotros, empecemos ahora por ver cómo sucedieron los acontecimientos dentro del ministerio de Jesús. Nos encontramos en el Tercer Año, bien entrado, de la vida pública de Jesús. A estas horas, ha descendido mucho la popularidad de Jesús en Galilea, sobre todo a partir del discurso sobre la promesa de la Eucaristía en la sinagoga de Cafarnaún. *¡Allá ese Jesús con sus locuras!*, se han dicho muchos, incluso entre los discípulos. Por eso Jesús se dedica en adelante, sobre todo, a la formación de los Apóstoles.

Es el momento que Jesús escoge para manifestar a los Doce su propia identidad. Lejos de las turbas, sin el acoso de sus clásicos enemigos los escribas y fariseos, y sin el peligro de guardias que vigilen sus pasos, Jesús se toma con los suyos unos días de descanso, en los cuales se dedica, nos dice Lucas, de modo especial a la oración, como hace siempre ante las decisiones más importantes (*Mateo 16,13-20; Marcos 8,27-30; Lucas 9,18-21*)

¿Dónde se sitúa el escenario de un acontecimiento tan excepcional? Es de suponer que Jesús lo escogiera muy a propósito. Y no pudo ser más bello y significativo. Antes de emprender el viaje definitivo a Jerusalén, Jesús marcha con sus discípulos al Norte de Palestina, hasta Betsaida Julias, hoy llamada Banyas, ante las estribaciones del Monte Hermón. Sobre las bulliciosas cascadas del Jordán que nace allí, se encontraba la cueva consagrada a Pan, el dios de las aguas, de los bosques y de la fertilidad. En este paraje tan evocador, había construido Filipo, hijo de Herodes el Grande, la capital de su pequeño reino o tetrarquía, ciudad que llamó Cesarea de Filipo. Sobre la imponente y robusta roca que dominaba la

ciudad, edificó un hermoso templo, todo revestido de mármoles blancos, dedicado al Emperador César Augusto.

En uno de aquellos parajes, con el templo de Augusto sobre la roca ante sus ojos, Jesús pregunta a los Doce como al azar: “¿Quién dice la gente que soy yo?”.

La pregunta era muy comprometedora. Los Doce saben a qué atenerse respecto del querido Maestro. Sospechan quién es. Se lo han dicho de una manera u otra varias veces. Pero nunca se lo han propuesto ni se lo han respondido con la nitidez que ahora les pide el mismo Jesús. Callan. Son ríen. Se miran. Pero no saben qué decir. Y dan unas respuestas equívocas que son verdaderas escapatorias:

- Unos dicen que Juan el Bautista, el cual ha resucitado.
- Otros, que Elías.
- Otros, que alguno de los antiguos profetas vueltos a la vida...

Jesús sonríe con cierta malicia, ante el temor de los suyos a decir la verdad que sospechan. Hasta que Simón, noblote, espontáneo y decidido, hace su franca y acertada profesión:

- Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

Hay que adivinar la mirada de Jesús, tan llena de emoción, cuando le responde grave y feliz:

- ¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado nadie de carne ni hueso, sino mi Padre que está en el Cielo. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta Roca edificaré mi Iglesia, y todas las fuerzas del infierno no podrán contra ella. Te entregaré las llaves del Reino de los Cielos, y todo lo que ates en la tierra será atado en el Cielo, y todo lo que desates en la tierra se tendrá por desatado en el Cielo.

Esta Roca iba a ser más firme que la que en aquellos momentos contemplaban los ojos de todos y que sostenía el templo dedicado a César Augusto. Las palabras “Roca” y “Edificaré” significaban la solidez y permanencia de la Iglesia hasta el final de los siglos. Cristo es la Piedra angular, aunque *invisible*, que sostiene todo el edificio. Pero, subido al Cielo, quiso dejar en la tierra otra Piedra *visible*, por la cual se distinguiese su Iglesia de cualquier otra institución que la quisiera suplantar.

Las “llaves” que le entrega Jesús a Pedro hacen referencia a la costumbre oriental de llevar el dueño de la casa las llaves colgadas sobre la espalda o como un adorno sobre los pechos. Indicaban la posesión de todos los bienes que encerraba la casa, y el poder exclusivo que tenía de dispensar esos bienes a su voluntad.

El “atar” y el “desatar” entre los judíos eran términos jurídicos que indicaban el poder juzgar, condenar o absolver en todas las causas.

Aplicado todo esto a Pedro, se ven los poderes grandes que le confiere Jesús: -En la Iglesia, en mi Iglesia, mandas tú. Lo que tú hagas, yo lo doy por bien hecho allá arriba en el Cielo...

Éste era el gran secreto que hasta ahora Jesús reservaba a los suyos. De momento, les encarga a los Doce: “¡Cuidado, y no digan nada a nadie de que yo soy el Cristo!”. Era una norma muy elemental de prudencia ante las expectativas del pueblo, que esperaba un Mesías liberador de tipo temporal. No quería Jesús un levantamiento sociopolítico que habría echado por tierra el plan de salvación que traía de parte del Padre.

Hay que decir, que este hecho capital de Cesarea de Filipo es solamente una de las tres escenas que componen el acto desarrollado por el Señor.

Hasta casi diríamos que es el segundo. Al principio de su ministerio, apenas abandonaba el Jordán después de su Bautismo, al agruparse en su alrededor los primeros discípulos, Jesús clava su mirada en Simón, y le dice sin desvelar nada del porvenir: “Tú, ya no te llamarás Simón, sino Kefás, Cefas, Roca, Piedra, Pedro” (*Juan 1,42*)... Ahora se lo repite con la mirada puesta en aquella roca sobre la que se asienta el templo de César Augusto. Aunque Pedro se convertirá en la roca que sostenga un edificio inmensamente mayor, más sólido y duradero, como será la Iglesia, su Iglesia, la Iglesia de Cristo.

El acto último no llegará sino hasta después de la Resurrección, cuando el “Edificaré”, el “Te daré”, tengan su cumplimiento a las orillas del Lago, durante aquel desayuno que nos narra Juan al final de su evangelio. “Pedro, ¿me amas? Apacienta mis corderos. Apacienta mis ovejas. Te encomiendo mi rebaño entero”...

Apenas Jesús se suba definitivamente al Cielo, Pedro será el Vicario de Jesús en la tierra. Lo será hasta el fin del mundo. Lo será Pedro, y quien lo suceda en el cargo de pastor como Obispo de Roma, se llame León Magno o Benedicto XVI...

En Pedro, en el Papa, tenemos la seguridad de nuestra fe.

Pedro, el Papa, nos indica dónde está la Iglesia de Jesucristo.

Con Pedro, con el Papa, sabemos que no nos equivocamos nunca, que acertamos siempre, y que, guiados con su báculo de buen pastor, llegaremos sin temor alguno a la puerta más cierta de salvación.

081. El Tabor. *Misterio y esperanza.*

La escena de la Transfiguración en la cima del Tabor tiene una importancia grande en la vida de Jesús. Es uno de esos momentos claves del Evangelio que hay que tener presentes para entender los planes de Dios sobre el mismo Jesús y sobre la Iglesia. Es lo que vamos a ver hoy. Dentro de la grandiosidad de la escena, ¿qué significó para Jesús tanta gloria, qué significa para nosotros?

Una de las escenas del Evangelio que más han inspirado a los artistas, empezando por Rafael con su cuadro grandioso, ha sido la Transfiguración de Jesús en la cumbre del Monte Tabor. Pero más que el arte, a nosotros nos interesa el significado que entraña aquel hecho tan sorprendente, de una gloria inimaginable, como preludio de la tragedia de la Cruz. Tabor y Calvario están íntimamente unidos. ¿Qué pretendía Dios con ello?

Empezamos por el hecho tal como lo narran los Evangelios, *Mateo 17; Marcos 9; Lucas 9*. Jesús, todavía en Galilea, ha emprendido con decisión la subida a Jerusalén. Al llegar al monte Tabor, se detiene para pernoctar en aquellos parajes. El Tabor, nombre al parecer fenicio, y que significa puro, resplandeciente, se eleva aislado 582 metros en medio de la dilatada llanura. De forma redondeada, pedregoso y cubierto de árboles vigorosos, es de una gran belleza. Desde su cima se extiende la mirada por el Este hacia el Carmelo en los límites del Mediterráneo; por el Norte se ven las colinas de Nazaret, y hacia el Sur las montañas de Gelboé donde muriera trágicamente Saúl el primer rey de Israel. A sus pies se extiende toda la llanura de Esdrelón con sus campos verdeantes por las plantaciones de algodón. Montaña de gran recuerdo en Israel por la hazaña de Débora, heroína del pueblo.

Jesús ha dejado a los discípulos al pie de la montaña, y al atardecer sube hasta la cima acompañado solamente de los tres predilectos, Pedro, Santiago y Juan. Es verano, y la noche la pueden pasar al raso bajo el titilar de las estrellas. Jesús se da a la oración, mientras los tres discípulos duermen rendidos.

En un momento dado, la escena deslumbrante. Jesús, elevado sobre la tierra, que se convierte en un sol. Sus vestidos, blancos más que nieve. A su lado, Moisés y Elías hablando con Él sobre su próxima salida del mundo, que debía cumplirse en Jerusalén.

Los tres afortunados discípulos están fuera de sí, y Pedro, el Pedro de siempre, comienza a decir disparates: “¡Qué bien se está aquí! Hagamos tres tiendas, Señor: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías!”...

Y de repente, como signo de la presencia del Espíritu, la nube misteriosa de la cual sale la voz solemne, emotiva y tierna del Padre: “¡Este es mi Hijo muy amado! ¡Escúchenle!”...

Aterrados ahora los discípulos caen rostro en tierra, hasta que se les acerca Jesús en su forma natural, y les invita cuando ya no le ven más que a Él sólo: “¡Venga, vamos!... No cuenten a nadie esta visión hasta que yo haya resucitado de entre los muertos”.

Los Evangelios le dan una importancia grande a este hecho de la Transfiguración, y la Iglesia trata de profundizar mucho en su significado. La Iglesia Oriental llama a la Transfi-

guración hermosamente “La Pascua del verano”. ¿Y qué vamos a decir nosotros? Nos fijaremos en los puntos más significativos.

Ante todo, el momento en que acontece. Jesús está abocado ya a su pasión y muerte. Como hombre, Jesús puede tener miedo, y lo tiene. Pero ahora se le manifiesta la gloria futura, y la Carta a los Hebreos (12,2) da una razón poderosa de este regalo con que le previene el Padre. “Jesús, ante el gozo que se le ponía delante, aguantó la cruz”... Y pasado todo, dirá Jesús: “Era necesario que padeciera el Cristo y así entrase en su gloria” (*Lucas* 24,26)

Por otra parte, estaban recientes las palabras de Jesús a los apóstoles: “El Hijo del hombre tiene que sufrir mucho, ser reprobado, y ser matado”, lo cual aterraba a los discípulos, y temían preguntarle sobre esto (*Lucas* 9,22 y 45). Era cuestión de darles ánimos, a la vez que prevenirles ante el escándalo que iba a suponer para ellos el fracaso de Jesús en el Calvario.

Para la Iglesia, para cada cristiano, sería necesaria una visión de la gloria futura. No nos iba a bastar saber que el Señor había resucitado. ¿Cómo sería lo que nos esperaba a nosotros para después de los sufrimientos de la vida, con los cuales nos asociamos a la pasión y muerte del Señor? El apóstol San Pablo nos dirá que “el Señor cambiará la condición miserable de nuestro cuerpo, configurándolo con la gloria de su resurrección” (*Filipenses* 3,21). Así lo entendió el apóstol San Pedro, que nos anima a esperar la venida del Señor, “después de haber visto con nuestros propios ojos su majestad..., estando con él en el monte santo” (*2Pedro* 1, 16-18)

Es notable la confesión de fe en la divinidad de Jesús, que hace sobre todo el Evangelio de Mateo. En tres momentos claves de la vida de Jesús se declara a Jesús “Hijo de Dios”. Al principio en el Jordán, se oye la voz del Padre: “¡Este es mi hijo muy querido!” Ahora sobre el Tabor, durante el ministerio de Jesús en Galilea: “¡Este es mi Hijo amado!”. Y en el Calvario, al morir Jesús, en labios del centurión pagano: “Verdaderamente éste era hijo de Dios” (*Mateo* 3,17; 17,5; 27,54)

En el Tabor destaca la presencia de Moisés y de Elías, el legislador de Israel y su gran Profeta. Con ello nos decía Dios que la Antigua alianza daba paso a la Nueva, la cual iba a ser sellada con la sangre de Jesús, y que las profecías quedaban en Jesús totalmente cumplidas. Jesús, al subir al tabor con los tres discípulos escogidos, repetía la ascensión de Moisés al Sinaí con Aarón, Nadab y Abihú (*Éxodo* 24,1); repetía también la de Elías al mismo monte Horeb, donde sintió la presencia de Dios en medio de la brisa suave desde la cual le hablaba el Señor, mientras sus enemigos le perseguían a muerte por el celo que desplegaba en defensa de los derechos de Dios (*1Reyes* 19,9-14)

Moisés había escrito de sí mismo a los israelitas: “Yahvé tu Dios te suscitará en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo; a él escucharán” (*Deuteronomio* 18,15)

Y Jesús dijo de Elías: “Elías tenía que venir, y ya ha venido”, primero en Juan el Bautista; ahora en la visión del Tabor (*Mateo* 17,10-12)

Son notables en el Tabor los símbolos con que se manifiesta la gloria de Jesús.

La nube, signo clásico en la Biblia de la presencia de Dios.

La luz, manifestación misteriosa de la naturaleza del mismo Dios, ajeno a toda materia, y puro y esplendoroso como esa criatura tan simple y tan bella como es la luz. La faz de Jesús, que resplandece como el sol, es manifestación visible de lo que Jesús dijo de Sí mismo: “Yo soy la luz del mundo” (*Juan 8,12*)

El vestido blanco, el color que envuelve el área de Dios, y del que dice la Biblia que “sus vestidos eran blancos como la nieve, y sus cabellos como lana pura” (*Daniel 7,9*)

Estos signos son para nosotros una revelación del misterio y un apoyo de nuestra esperanza.

La nube, expresión especial del Espíritu Santo, nos cubre siempre como cubrió a María en la Anunciación, y como a Jesús y los discípulos en el Tabor. El Espíritu que impulsó a Jesús a entregarse a su pasión (*Hebreos 9,14*), para recibir después el premio de su gloria, es el que nos sostiene a nosotros en las luchas de la vida, unidos a la pasión de Jesús, para ser después con Él glorificados.

La luz, que transfiguró a Jesús y le hizo aparecer por fuera lo que era por dentro, manifiesta la realidad cristiana de la Gracia. La llevamos en todo nuestro ser, y, si vivimos como hijos de la luz (*Efesios 5,8*), porque el Señor nos sacó del reino de las tinieblas (*Colosenses 1,13*), nos convertimos en luz del mundo (*Mateo 5,14*), hasta que brillamos como el sol en el Reino de nuestro Padre (*Mateo 13,43*) cuando aparezca Jesús, el Lucero radiante del alba (*Apocalipsis 22,16*)

El vestido blanco que se nos dio en el Bautismo es estreno de la vestidura blanca que luciremos en la gloria futura, donde los elegidos llevan el ropaje blanco que nos anuncia el Apocalipsis (7, 9 y 13)

La Transfiguración de Jesús en el Tabor no es solamente una escena esplendorosa que nos narran los Evangelios. En medio de sus misterios, es la anticipación de la gloria que se nos manifestará un día y en la cual estaremos envueltos todos los que, con valentía, hemos seguido a Jesús en todos los pasos de su vida.

082. El Memorial de Cristo. *Misterio de la Última Cena.*

Sabemos muy bien cuál fue y cómo se desarrolló la Última Cena de Jesús antes de ir al Huerto de Getsemaní, donde se iniciaría su pasión hasta parar clavado en la cruz. Conocemos muy bien la Última Cena. Pero hoy vamos a volver sobre ella, para profundizar en los misterios grandes que en la misma realizó Jesús. ¿Por qué el Señor manifestó tan grandes deseos de celebrar aquella Cena memorable?...

Había llegado la “Hora” de Jesús. “Para este momento he venido al mundo”, había dicho lleno de angustia pocos días antes (*Juan 12,27*). Y hacía ya tiempo que había manifestado su ardiente deseo: “Tengo que ser bautizado con un bautismo *de sangre*, ¡y qué angustiado estoy hasta que se cumpla” (*Lucas 12,50*). Ahora que lo tiene todo encima, empieza aquella Cena misteriosa con estas palabras conmovedoras y llenas de emoción: “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer” (*Lucas 22,15*)

El recuerdo de la liberación de Egipto, unido a la alianza del Sinaí, lo celebraban cada año los judíos con la cena pascual, que no era un simple recuerdo, sino un “memorial”, con tres significados muy profundos.

Primero, se repetía, haciéndolo presente, el hecho de la salida de Egipto.

Segundo, era signo de la futura y definitiva liberación de Israel con la venida del Mesías prometido.

Y tercero, significaba el cumplimiento pleno de la alianza de Dios con Israel, en una paz y una comunión de vidas que ya nadie podría romper. Todo esto entrañaba aquella cena que ahora Jesús se aprestaba a celebrar con los suyos.

Toda la celebración estaba dividida, podríamos decir, por las cuatro copas de vino, que se escanciaban y se bebían entre bendiciones y cantos.

Una primera copa de vino, con bendición, venía a ser como hoy nuestro aperitivo.

Llegaba el *haroseth*, las hierbas amargas que se mezclaban con una salsa de color rojizo.

Se llenaba una segunda copa, pero no se empezaba aún la comida.

Hasta aquí era todo preparación, con el cordero asado delante, las hierbas amargas y el pan ázimo. El jefe de la familia explicaba todo el ritual en relación a la liberación de la esclavitud de Egipto, se cantaba la primera parte del *Hallel* con los salmos 112 e inicio del 113, y se bebía la copa.

El padre tomaba después el pan, alababa a Dios, lo partía y lo distribuía entre los comensales.

Venía a continuación la comida del cordero pascual.

Seguía la tercera copa, llamada de “Bendición”, de la cual bebían todos.

Después de recitar la segunda parte del himno *Hallel*, con los salmos 113 al 118, se bebía la copa, y todo había concluido.

Jesús desarrolló la celebración de la Cena pascual con el mismo ritual judío, y dentro de este marco escogió el Señor los momentos oportunos mediante las cuales iba a instituir la Nueva y eterna Alianza con el Nuevo Israel.

Conociendo el desarrollo de la cena, seguimos ahora todo paso por paso. Jesús es el jefe que preside la celebración. Como Jefe del grupo, a Él le tocó presentar los panes sin levadura y pronunciar sobre ellos la plegaria tradicional: “Alabado seas, Señor, Dios nuestro, rey del mundo, que has hecho nacer de la tierra este pan”. Y lo alargaba a los comensales que lo comían gozosos. Pero Jesús, improvisadamente, añadió unas palabras inesperadas del todo: “Tomen, coman, que esto es mi cuerpo”.

Siguió la cena. Jesús y los Doce consumieron del todo el cordeo asado, y vino la tercera copa, la llamada Copa de Bendición. Pero al alargarles Jesús aquel cáliz, muchas veces adornado con guirnalda de flores, pronunció otras palabras tan misteriosas como las dichas sobre el pan ázimo: “Tengan, beban, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que va a ser derramada por todos en remisión de los pecados”.

Realizado el misterio de la Eucaristía, según Lucas al presentarles el pan y el vino, y según Mateo y Marcos después, Jesús les dirigió unas palabras también muy significativas: “Ya no comeré más este pan..., ni beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios” (*Lucas 22,16-18*)

Esto es lo que hizo y dijo Jesús en aquella Última Cena. ¿Qué significado tenía toda aquella celebración?

Ante todo, “La nueva y eterna alianza”. Son palabras textuales de Jesús, con las que hace referencia clarísima al capítulo 24 del Éxodo, cuando Moisés roció con la sangre de los animales sacrificados el altar, signo de Dios, y al pueblo. La sangre, en la cual está la vida según la mentalidad judía, era la tinta indeleble que firmaba y sellaba un pacto.

Viene ahora Jesús, y da su sentido pleno a aquella alianza. Él mismo, con su propia sangre que va a derramar en la Cruz, sella y consagra la Alianza Nueva y Eterna, que pacta con el nuevo Israel, el nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia que nace de su costado abierto, a la que da el nuevo mandamiento del amor, que compendiará y perfeccionará toda la Ley antigua. Nuevo, nuevo... Todo es nuevo desde ahora.

La Iglesia, igual que Israel, tendrá su Cena Pascual. Porque la Eucaristía será esa cena “memorial”, repetición de lo mismo que hizo Jesús, el cual encargó a los Apóstoles al instituir la: “Hagan esto como memorial mío”. Cosa que recalca de manera especialmente San Pablo cuando escribe: “Y cuantas veces comen de este pan y beben de este cáliz, anuncian la muerte del Señor hasta que vuelva” (*1Corintios 11,26*). De este modo, se cumple también de manera plena y admirable la profecía tan audaz de Malaquías: “Desde levante hasta poniente es grande mi Nombre en todas las naciones, y en todo lugar se ofrecerán a mi Nombre sacrificios y oblações puras, pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice Yahvé Sebaot” (*Mal. 1,10-11*)

Desde este momento de la Última Cena, con la que se inicia el Misterio Pascual de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, todo es nuevo y todo es definitivo. ¿Hasta cuándo? Hasta que se cumpla de una manera completa en el Reino de Dios, Reino glorificado al

final de los tiempos. Así como el antiguo Israel celebraba su pascua con la esperanza del reinado que iba a instaurar en el mundo el Cristo prometido, así la Iglesia, instaurado por Cristo ese Reino de Dios, no espera sino la realización plena, total, del Reino de Dios en la gloria futura, donde “Dios será todo en todos” (*1Corintios 15,28*)

Hasta que llegue ese día de la glorificación final, la Iglesia, con esperanza cierta, gritará siempre con las últimas palabras de la Biblia: “¡Ven, Señor Jesús!”. Palabras repetidas con significado particular en la Misa dominical, cuando todo el pueblo de Dios manifiesta y profesa su fe con la esperanza firme de entrar un día en el descanso de Dios, en el Domingo eterno que ya no tendrá fin.

La cena pascual judía tenía un sentido especial de acción de gracias por la liberación de Egipto. La Pascua cristiana tiene el mismo significado, tanto es así que a su celebración se le ha dado desde el principio el nombre de “Eucaristía”, que significa precisamente “acción de gracias”. Por eso, hacemos nuestro con gozo aquel estupendo himno de una antigua tradición judía:

“Aunque nuestra boca estuviera tan llena de himnos como está lleno de agua el mar, y nuestra lengua de cantares tan numerosos como son las ondas del mismo mar; aunque nuestros labios entonaran una alabanza tan extensa como el firmamento; aunque nuestros ojos fueran tan luminosos como el sol y la luna; aunque nuestros brazos extendidos fuesen como las alas del águila que atraviesa el cielo y nuestros pies tan ligeros como los del ciervo que recorre la tierra, no podríamos agradecerte como mereces, Señor Dios nuestro, ni bendecirte, oh Rey nuestro, por uno solo de los miles de millones de prodigios y maravillas que has realizado por nosotros y por nuestros padres a lo largo de la historia. Por eso, que todos los miembros de nuestro cuerpo, con el aliento y el respirar que has infundido en nosotros, la lengua y la boca que nos has dado te den gracias, te bendigan, te alaben, te ensalcen y canten tu Nombre por siempre”.

Así cantaban en su pascua antiguos judíos, nuestros primeros hermanos en la fe. Así seguimos cantando nosotros con la Eucaristía, la Pascua que instituyó para todos nuestro Señor Jesucristo en la Última Cena.

083. Pasión y muerte de Jesús. *Notas históricas.*

¿Verdad que nos sabemos de memoria la Pasión de Jesús? Pues, a pesar de que ya la conocemos tan bien, hoy vamos a volver sobre ella. Pero de una manera un poco especial. Nos fijaremos en detalles históricos que nos ayudarán a valorar más los sufrimientos del Señor. Lo haremos con la misma intención de San Pablo, que se gloriaba de no saber nada más que a Jesucristo, y Jesucristo precisamente crucificado, porque ese Cristo destrozado en la Cruz es la fuerza de que Dios se ha valido para la salvación del mundo.

¿Sabemos cuál fue el primer mensaje, el primer evangelio, el primer anuncio de la salvación que predicaron los Apóstoles, nada más empezado el día de Pentecostés? Pedro se lo lanzó a los judíos estupefactos, que lo escuchaban ante la casa del Cenáculo: “A Jesús, el Nazareno, lo mataron ustedes clavándolo en la cruz por manos de los impíos; pero Dios lo resucitó librándole de los lazos del abismo” (*Hechos 2,22-24*).

Por eso, el simple relato de la Pasión, con su historia estremecedora, es el primer y más eficaz sermón que ha predicado y predica siempre la Iglesia. Además, la Pasión del Señor, seguida por los fieles con el clásico Viacrucis, es un alimento fuertemente nutritivo de la piedad cristiana. Hoy nosotros no vamos a mirarla como una meditación piadosa, sino que nos fijaremos en algunos datos históricos que nos hagan conocer más la tragedia del Calvario. De este modo, enlazamos con aquellos primeros cristianos, que buscaban con afán todos los detalles de la Pasión, con los cuales manifestaban y acrecentaban tanto su amor al adorable Redentor.

En la Pasión de Jesús entra activamente, según el evangelio de Lucas, el mismo demonio, que, vencido en el desierto cuando las tentaciones, dejó al Señor “hasta otro tiempo más oportuno”. Tiempo que Jesús describió al ser prendido en Getsemaní como “la hora y el poder de las tinieblas”. Para ello se sirvió del apóstol traidor, porque “Satanás entró en Judas”, metiéndole en la cabeza que entregase a Jesús (*Lucas 4,13; 22,3; 22,53*). Las treinta monedas estipuladas entre Judas y los jefes judíos eran el precio que se pagaba por un esclavo (*Éxodo 21,32*), treinta siclos de plata que equivalían a varios centenares de dólares nuestros. Empezaba todo por una humillación degradante: para aquellos dirigentes del pueblo, Jesús no valía más que un esclavo cualquiera.

La pasión empieza propiamente en el Huerto de Getsemaní. ¿En qué consistió la agonía de Jesús? La sabemos por los testigos presenciales, ya que Pedro, Santiago y Juan, a los que Jesús llevó consigo hasta el punto elegido para su oración, no estaban lejos: “como un tiro de piedra”, a unos treinta pasos poco más o menos. Jesús se desahoga con ellos: “¡No puedo más! Siento una tristeza mortal”. Y ora en voz alta, como lo hacían los judíos, pero, en vez de hacerlo de pie según la forma acostumbrada, cae postrado en tierra. Los tres discípulos lo ven y lo oyen todo en aquella noche de luna llena. Es tal la angustia de Jesús, que se le aparece un ángel para animarlo, y como para contrarrestar el embate furioso de Satanás. Crece de tal manera el miedo y el terror de Jesús, que suda sangre, la cual se le desliza en

forma de grumos hasta la tierra. Es Lucas, el evangelista médico, quien nos transmite este detalle precioso. Nunca Jesús se ha mostrado más hombre que ahora. Tiembla como cualquiera de nosotros ante el horrible dolor que le viene encima. Pero no cede a la tentación diabólica de alejarse de Dios su Padre, al que le va repitiendo siempre las mismas palabras: “Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz, sin que yo lo beba. Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya”. El “cáliz”, en el lenguaje oriental, era lo mismo que la suerte amarga que le tocaba a uno...

¿Quiénes prendieron a Jesús, bajo la guía de Judas? Ciertamente que eran los guardias y los servidores del Templo, mandados expresamente por los sumos sacerdotes. Pero, astutos y prudentes los altos jefes, solicitaron a Pilato una escolta de soldados, el Gobernador se la concedió, y puso al frente de ella un tribuno (*Juan* 18, 3 y 12). ¿Qué significa esto? Que los jefes habían prevenido a Pilato sobre Jesús como de un revoltoso político, y de este modo llenaban de prejuicios al Procurador para cuando le trajeran al acusado.

El proceso judío de Jesús no fue propiamente el interrogatorio que se inició ante Anás y ante Caifás durante la noche, sino el que precisa Lucas y que se celebró al amanecer ante todo el Sanedrín. El de la noche no hubiera sido legal, el de la mañana sí. Pero estuvo lleno de irregularidades muy serias. Naturalmente, todas acusaciones fueron de carácter religioso, y Jesús fue declarado culpable por blasfemo, al haber admitido que era el Cristo e Hijo de Dios. Cuando sea llevado a Pilato, los jueces se van a convertir en acusadores, y el delito que van a presentar al Procurador romano será político, no religioso: -Éste se ha declarado rey, y, por lo mismo, es un revolucionario que atenta contra el Emperador. Si tú lo sueltas, no eres partidario del César sino su enemigo.

Este es el sentido de los dos procesos, que nos conviene tener muy claro. Los jefes judíos mentían ante Pilato. Y Pilato sabía que la acusación era falsa, “pues se daba cuenta de que los sumos sacerdotes le habían entregado a Jesús por envidia” (*Marcos* 10,15), y además había escuchado la respuesta judicial del acusado: “Mi reino no es de este mundo” (*Juan* 18,16). Pilato quiso sinceramente liberar a Jesús e hizo todo lo que pudo para conseguirlo. Cedió sólo por miedo y política: ahí estuvo su culpa.

Merecen especial mención la flagelación y la coronación de espinas. La flagelación solía preceder a la ejecución de la pena capital, y entonces la infligían los mismos soldados. Pero también podía ser independiente de la condena a muerte, como en el caso presente, pues Pilato la impuso para satisfacer en parte a los judíos y así liberar a Jesús. Entonces la infligían lictores ya ensayados. Era terrible, pues azotaban cruelmente todo el cuerpo, pero sin poner en peligro la vida del azotado. No se hacía con vergas, sino con el terrible “flagellum” o con el “flagrum”: de correas terminadas con bolas metálicas y hasta agudas, llamadas “escorpiones”. La descripción que hace un autorizado historiador es espeluznante: “A los primeros golpes, cuello, espalda, costados, brazos y piernas se amorataban y luego se cubrían de líneas azuladas y tumefacciones. Gradualmente, piel y músculos se desgarraban, se rompían los vasos sanguíneos y todo el cuerpo chorreaba sangre. Al fin el flagelado se convertía en un amasijo de carnes sanguinolentas, desfigurado en todos sus rasgos” (Ricciotti)

La corona de espinas no era un aro como lo pintan los artistas, sino un capacete en forma de sombrero que le cubrió a Jesús la cabeza, desde la frente hasta la nuca, entretejida con las espinas llamadas “*accantus orientalis*”, abundantes en el torrente Cedrón, largas de varios centímetros y muy duras.

Al hablar de la cruz, hay que tener en cuenta que no se trataba de la cruz entera, pues es imposible que un hombre la lleve solo, sino del palo transversal, ya que el madero vertical estaba colocado previamente en tierra en el lugar del suplicio. El condenado llevaba el madero atado a la espalda y sujeto a los brazos extendidos, como en forma de cruz.

¿Y cómo se clavaba al condenado en el patíbulo? El arte no está acertado cuando fija los clavos en las palmas de las manos. Éstas se hubiesen rasgado a la primera, incapaces de sostener el peso de todo el cuerpo. Los clavos se insertaban en las muñecas, en el llamado espacio de Desdot, formado por unos huesecillos que se aprietan entre sí, de modo que el cuerpo entero quedaba firmemente sujeto.

Pero esto era causa de un tormento auténticamente infernal, porque los clavos rozaban continuamente el nervio mediano que arranca del nervio central, y ese contacto causa unos espasmos de dolor inimaginable. Por otra parte, los clavos no rompían ninguna vena o arteria importante, de modo que la sangre que fluía era poca; el organismo no se desangraba mucho, y eso hacía que la agonía se prolongase horas y horas, y hasta días enteros. La muerte venía al fin por tetanización de todos los músculos, por asfixia y fiebre altísima, con sed inaguantable, hasta que fallaba del todo el corazón.

Esos tormentos eran comunes a todos los crucificados. Pero en Jesús tuvieron especial significado por su sensibilidad exquisita y por la pasión precedente, que no la había padecido ningún otro condenado.

Ante todo esto, entendemos la exclamación tan ponderada del apóstol San Pablo cuando dice: “Cristo se rebajó hasta padecer la muerte, ¡y una muerte de cruz!”, no con un suplicio cualquiera, sino precisamente el de la cruz... ¿Acierta o no acierta la piedad cristiana cuando mira tanto al divino Crucificado?...

084. La Resurrección. *El triunfo de Jesucristo.*

La Resurrección de Jesucristo, de la cual vamos a hablar hoy, es el acontecimiento más grandioso y trascendental que registra la Humanidad a lo largo de toda su historia. Nuestra fe se fundamenta en la Resurrección, y con Jesucristo hemos resucitado también en esperanza firme cuantos creemos en Él. La resurrección de Jesucristo y la nuestra están íntimamente unidas y no se pueden separar.

¿Queremos saber cuál ha sido la mayor desesperación de los enemigos de Jesucristo? Ha sido el saber que Jesucristo resucitó. Los del tiempo de Jesús, al ver el terror de los soldados que contaban cómo el ángel resplandeciente echaba a rodar la piedra del sepulcro, les cerraron la boca a los guardias con buena cantidad de dinero, empeñados en tapar con cortinillas el sol, y dándoles el encargo: -Digan que mientras dormíamos han venido sus discípulos y han robado el cadáver.

Y los enemigos modernos de Jesucristo, ante la claridad de los relatos de los cuatro Evangelios, han resuelto negar tajantemente la verdad: -¡No! Si esos relatos son pura mentira. El cadáver del crucificado desapareció, y vinieron después los que habían sido sus discípulos y empezaron a inventar apariciones, visiones y boberías semejantes. Eso de la resurrección era y es un puro cuento.

En resumidas cuentas: los enemigos de Jesús, los de antes y los de ahora, desesperados; y los discípulos de Jesús, cada vez más firmes en su fe. ¿Quiénes tienen la razón?

La Resurrección es el acontecimiento más grande de todos los siglos. Aquel niño concebido en el seno de María, muerto después en la cruz, al resucitar y enviar su Espíritu inició la nueva creación, que se consumará gloriosa al final de los tiempos. Todo lo anterior de la Biblia viene a parar a este punto de la Resurrección; y de la Resurrección parte ahora todo lo que queda de la Biblia hasta su final.

Vamos a ir por partes. ¿Es cierto que Jesús resucitó? ¿Qué significa la Resurrección en el mensaje de Jesús? ¿Qué relación tiene la Resurrección con nuestra fe? ¿Cómo influye la Resurrección en la vida cristiana?

Ante todo, ¿es histórica la Resurrección de Jesús? Nos hemos de entender. Entra en la historia lo que se puede comprobar porque se ha visto, se ha oído, se ha palpado; es algo que ha entrado por los sentidos. Y la resurrección de Jesús no la vio nadie. En este sentido no es historia, sino que es una verdad sólo de fe.

Pero es historia verdadera en otro sentido. El sepulcro de Cristo apareció vacío; fueron a verlo unas mujeres, y se encontraron con dos ángeles que les aseguraron: “Buscan a Jesús el Nazareo; no está aquí: ¡ha resucitado!”. Lo comprueban dos discípulos. Y aquel mismo día, y durante cuarenta días después, todo el grupo de los Apóstoles y otros muchos, hasta quinientos juntos en una ocasión (*1Corintios 15,6*), han visto al Resucitado, han hablado con Él, han compartido la misma mesa, y lo proclaman todo con tal seguridad que hasta se

dejan matar por confesarlo. Esto sí que es historia, afirmada por testigos fidedignos y comprobada de muchas maneras.

¿Por qué los racionalistas modernos se enfrentan contra la evidencia de los Evangelios, suprimen sus relatos y dicen que todo es una pura invención? Porque la Resurrección de Jesús es el fundamento de la fe cristiana. Si Jesús resucitó, Jesús era lo que Él decía: el Cristo y el Hijo de Dios. Si Jesús no resucitó, Jesús era un embustero. Si Jesús resucitó, nuestra fe y esperanza son firmes. Si Jesús no resucitó, los cristianos somos la gente más tonta que existe en el mundo.

Parece exagerada y hasta irreverente esta manera de hablar, pero así habla el mismo San Pablo (*1 Corintios* 15,14-19). ¿Por qué? Muy sencillo. Porque Jesucristo dio como prueba de su misión su propia resurrección. A sus adversarios, que le pedían milagros, les dijo claramente: “Destruyan este templo de mi cuerpo, y al tercer día yo lo habré restaurado” (*Juan* 2,18-19). Y más tarde: “Esta generación perversa busca un signo; y no se le va dar otro signo que el de Jonás. Igual que él estuvo tres días en el vientre del cetáceo, así yo estaré tres días en el seno de la tierra”. Pero al tercer día resucitaré (*Mateo* 12,40)

Muerto Jesús en la cruz, sus más terribles enemigos recordaban muy bien estas palabras, las entendían en todo su sentido, y por eso fueron a Pilato: “Pon guardia en el sepulcro. Porque aquel embaucador dijo que al tercer día resucitaría; y si desaparece el cadáver, el último engaño va a ser peor que el primero” (*Mateo* 27, 62-64)

Total: que a pesar de la guardia y de los sellos, el sepulcro apareció vacío; los judíos no pudieron presentar el cadáver de Jesús; los discípulos del Crucificado proclamaban que habían visto muchas veces vivo a ese su Maestro que fue sepultado, y la doctrina de Jesús de Nazaret se iba imponiendo en todas partes. Si los judíos hubieran dicho: “¡Mienten al decir que ese Jesús ha resucitado!”, los Apóstoles hubieran contestado: “Enseñennos el cadáver. Ustedes lo tienen”.

Con todo, el sepulcro vacío no basta para decir que es histórica la Resurrección de Jesús; pero las apariciones de Jesús, atestiguadas por quienes lo vieron y enseñaban el sepulcro vacío, custodiado por los soldados y sellado por los judíos, ¡eso sí que es historia!... Nadie vio la Resurrección, pero todos vieron y vemos sus huellas.

La Resurrección confirma la misión de Jesús, es la prueba máxima de su divinidad, y es a la vez la seguridad más grande de nuestra fe. Si Jesucristo resucitó, es verdad todo lo que Él nos dijo y nos promete. Por lo mismo, esperamos con fe firme la gloria de nuestra propia resurrección, porque nos lo aseguró de manera solemne: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera vivirá. Y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre”, “porque yo lo resucitaré en el último día” (*Juan* 11, 25-26; 6,54)

Pero la Resurrección implica mucho más para nuestra vida cristiana. Hay que leer sobre todo al apóstol San Pablo para darse cuenta de lo que significa para nosotros la Resurrección de Jesús. Las citas serían interminables. Pongamos algunos ejemplos.

“Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Aspiren a las cosas de allá arriba, no a las de la tierra. Porque han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios” (*Colosenses 3,1-3*). Es decir, el cristiano, sabiendo que Jesucristo está resucitado y que fue allá arriba a prepararnos un lugar (*Juan 14,2*), sabe que las cosas del mundo, por muy buenas que sean, son relativas. Lo que importa es vivir ya en esperanza y con ilusión allá en la que será nuestra Patria verdadera.

“Si hemos muerto con Cristo, sabemos que también viviremos con él” (*Romanos 6,8*). Quiere decirnos el apóstol San Pablo: ya que Cristo con su muerte y su resurrección destruyó el pecado y venció la muerte, es necesario que ahora nosotros muramos al pecado y vivamos la vida de la Gracia, que es la vida del Resucitado en nosotros.

Y nos anima en la lucha con palabras triunfales, citando primero a Isaías y Oseas: “La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?... Hermanos míos muy amados, manténgase firmes, incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que su trabajo no es inútil en el Señor” (*1Corintios 15,54-58*)

Los enemigos de Cristo están desconcertados ante el hecho de la Resurrección. Tienen razón para temblar. Lo mismo que nosotros tenemos razón para alegrarnos con gozo inefable al pensar que nuestro Señor Jesucristo, a quien amamos, adoramos y por el cual suspiramos, se sienta triunfante a la derecha de Dios, donde nos espera para hacernos partícipes de su misma gloria.

085. Durante cuarenta días. *Jesús hablando del Reino.*

Jesús había resucitado, y no se subió al Cielo, con la última aparición, hasta cuarenta días después, tal como hemos entendido siempre. ¿Qué hizo durante todos estos días, en tantas apariciones como tuvo con los apóstoles? Lucas nos dice que les hablaba sobre el Reino de Dios. ¿Qué les decía? ¿Sabemos algo? ¿Podemos adivinarlo? Lo importante es esto: que Jesús delineaba lo que quería que fuera y es el Reino de Dios.

Resulta de verdad intrigante el saber, o el querer saber, qué hacía Jesús en aquellas apariciones a los apóstoles durante los cuarenta días que mediaron entre la Resurrección y la Ascensión. Sabemos que el número de “cuarenta” es simbólico y no hay que tomarlo con exactitud matemática.

Por otra parte, sabemos también, conforme a la interpretación moderna de los Evangelios, que Jesús subió al Cielo desde el momento de la Resurrección, y que la Ascensión fue la última aparición que realizó, después de la cual ya no se le vio más sobre la tierra. Únicamente habrá otra aparición objetiva, trascendental de veras, cuando unos cuatro años después se deje ver de Pablo ante las puertas de Damasco.

Ahora bien, de todas las apariciones que nos narran los Evangelios, podemos sacar pocas cosas, muy importantes, eso sí, pero muy pocas. Solamente Lucas nos dice algo que nos llama mucho la atención, cuando nos asegura: “A estos mismos apóstoles, después de su pasión, se les presentó dándoles pruebas de que vivía, dejándose ver de ellos durante cuarenta días, y hablándoles del Reino de Dios” (*Hechos 1,3*)

Si examinamos bien estas palabras, adivinamos que, aparte de las apariciones que narran los evangelios, hubo otras más, y que Jesús instruía a los suyos acerca del Reino de Dios, de la Iglesia, de la obra que había comenzado y que llevaría adelante el Espíritu Santo, pues les añadió: “Van a ser bautizados con Espíritu Santo dentro de pocos días” (*Hechos 1,5*)

Lucas no dice más. Pero nosotros nos preguntamos en esta clase: ¿qué es y cómo es el Reino de que habla Jesús y deja constituido en el mundo?

El “Reino” fue la primera palabra que Jesús lanzó en su predicación: “El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios está cerca” (*Marcos 1,15*). “Conviértanse, porque ha llegado el Reino de los Cielos” (*Mateo 3,2*).

Los apóstoles empezaron su predicación de la misma manera, como Felipe en Samaría, “que anunciaba la Buena Nueva del Reino de Dios y el nombre de Jesucristo” (*Hechos 8,12*). O como Pablo, que en la sinagoga de Éfeso, “durante tres meses hablaba con audacia, discutiendo acerca del Reino de Dios y tratando de convencerles”. Las últimas palabras de este maravilloso libro de los Hechos de los Apóstoles, acabarán diciendo de Pablo que en su prisión de Roma, sujeto con cadenas, “predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo con toda valentía” (*Hechos 19,8; 20,25; 28,31*)

¿Qué tendrá esta palabra “El Reino” para que el Nuevo Testamento le dé tanta importancia? Se ha dicho bellamente que si tomamos el Evangelio entero y lo queremos estrujar como estrujamos un limón para sacarle todo su jugo, nos daría sólo esta palabra: “El Reino de Dios”. O, si queremos mejor, el “Reinado”, algo activo, porque no está concluido todavía, ya que el Reino no quedará establecido y cerrado definitivamente hasta el último día. “El Reino”, “El Reino de Dios”, “El Reino de los Cielos”, sale en los Evangelios más de cien veces. ¿Por qué será?...

Lo curioso es que esta palabra y expresión es típica sólo de Jesús, con un sentido diferente del que tenía en el Antiguo Testamento. Es una idea que se presenta como revolucionaria. Con Jesús ha llegado el Reino, el momento en que Dios va a realizar su plan definitivo de salvación, y es cuestión de convertirse, de dejar todo lo antiguo, de cambiar de pensamientos, y de abrazar sólo y exclusivamente el mensaje que trae Jesús. Todo se encarna en su propia Persona, porque Jesús es no sólo el Evangelizador de la Buena Nueva, sino que Él mismo es esa Buena Nueva.

Ante todo esto, ¿qué pudo decir Jesús a los apóstoles sobre el Reino en aquellos días que mediaron entre la Resurrección y su Ascensión visible al Cielo? En esas breves palabras del principio de los Hechos tenemos la clave de todo. Jesús es el mismo del que Lucas ha hablado en el Evangelio, su libro anterior; el Espíritu Santo prometido, será el motor que impulse la obra entera de Jesús; y los apóstoles son los encargados de llevar el Reino a todas partes, empezando por Jerusalén y llegando hasta el extremo de la tierra, simbolizada en Roma. El libro de Lucas, muy expresivamente, empieza por Jerusalén, donde Jesús les habla del Reino a los apóstoles, y acaba en Roma, donde deja a Pablo anunciando el Reino con valentía.

Si todo el Evangelio, según la misma expresión de Jesús, se centra en el Reino, y toda la actividad de los apóstoles va a ser llevar el Reino a todas partes, instituyendo la Iglesia por doquier, ¿qué debemos entender por el Reino?

El Reino es el plan de Dios sobre la salvación, centrado todo en la Persona de Jesucristo, y confiado a la Iglesia para que lo lleve a todo el mundo. El Cardenal Ratzinger, después Papa Benedicto XVI, por orden del Papa Juan Pablo II escribió un documento famoso, titulado “El Señor Jesús”, que nos esclarece de manera nítida y precisa todos estos conceptos.

Cristo, el Reino y la Iglesia, siendo diferentes las tres cosas, tienen tal conexión entre sí, están tan íntimamente unidas, que no se pueden separar una de la otra.

“Si se separa el Reino de la persona de Jesús, semejante reino ya no es el Reino de Dios revelado por Jesucristo”.

“El Reino no puede ser separado tampoco de la Iglesia”, aunque la Iglesia no es el mismo Reino, si bien está ordenada al Reino de Dios, “del cual es germen, signo e instrumento”. Porque “la misión de la Iglesia es anunciar el Reino de Cristo y de Dios, y establecerlo en medio de todas las gentes”.

“Construir el Reino significa trabajar por la liberación del mal en todas sus formas”, aunque sabiendo bien que el Reino y la Iglesia estén tan íntimamente unidos que es imposible separarlos.

Jesús, “a quien todo está sometido”, es el Señor, dueño de todo, que un día “entregará a Dios Padre el Reino”, “para que Dios sea todo en todos” (*1Corintios 15,24-28*)

Todas estas afirmaciones de ese importante documento mandado publicar por el Papa, nos aclaran lo que debemos entender por el Reino de Dios, del que están llenos los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles.

Como podemos ver, el Reino de Dios proclamado por Jesús no tiene signo político ni social, aunque todo lo social y político, igual que la vida entera de los hombres y del mundo, debe estar acorde con el ideal y naturaleza del Reino.

A los apóstoles que le preguntaban a Jesús antes de subirse al Cielo si había llegado la hora de instaurar el reinado de Israel, Jesús les corrige haciéndoles ver lo equivocados que estaban (*Hechos 1,6*)

Ante los judíos que esperaban una aparición aparatosa del Reino, Jesús les desilusiona al comunicarles: “Miren, el Reino de Dios ya está entre ustedes” (*Lucas 17,21*)

El Reino, lo mismo que la Persona de Jesús y la Iglesia, constituye para nosotros un espléndido ideal, que nos hace preguntarnos continuamente: ¿Qué hago por Jesucristo? ¿Qué hago por el Reino? ¿Qué hago en la Iglesia y por la Iglesia en orden al Reino de Dios?... Jesús no tuvo otra ilusión que el Reino de Dios y su Iglesia, a los que se entregó por entero. ¿Por qué el Reino y la Iglesia no van a ser también mi ilusión como lo fueron para Jesús?...

086. Pentecostés. *La Persona y la obra del Espíritu Santo.*

¡Pentecostés! ¡El Espíritu Santo!... Qué bonita lección la que nos toca hoy. Aparte de bonita, importante, porque Pentecostés es un punto central de la Biblia. Desde hoy, la obra de Cristo, la Iglesia, se pone en marcha para llevar el Reino a todas partes hasta el final del mundo.

¿Cómo empezamos esta lección, verdaderamente central en la Biblia del Nuevo Testamento? La historia la conocemos muy bien. Al principio, Pentecostés era en el pueblo judío una fiesta campesina con la recogida de las primeras mieses, pero después se transformó en una fiesta religiosa, a la que se le asignó un recuerdo muy importante: era el día en que Dios, allá en el Sinaí, dio a los israelitas los Diez Mandamientos y estableció con ellos la Alianza.

Esta fiesta, lo mismo que la Pascua cincuenta días antes, como en Septiembre la de los Tabernáculos, reunía en Jerusalén a multitud de peregrinos. Pentecostés, de modo especial, traía a muchos prosélitos, adoradores de Dios que junto con los judíos de la Diáspora llenaban las sinagogas en todo el Imperio Romano. Es el día que Jesús, ascendido al Cielo unos días antes, ha escogido, tan oportuna y tan certeramente, para enviar el Espíritu Santo y poner en marcha visiblemente a la Iglesia, que había nacido de su costado rasgado mientras colgaba de la Cruz.

No hace falta repetir lo que nos sabemos de memoria. El Espíritu Santo desciende sobre María, los Apóstoles y el grupo reunido en el Cenáculo poco después del amanecer del día de Pentecostés. Los signos visibles son llamativos por demás. Unas lenguas de fuego que iluminan las mentes y encienden los corazones, mientras un viento impetuoso remueve la casa hasta en sus cimientos, convocando a los habitantes de Jerusalén, los cuales se reúnen allí donde adivinan que está el epicentro de terremoto tan inusual.

¿Después?... Sigue lo que Lucas nos narra en ese capítulo dos, tan bello, de los Hechos de los Apóstoles. Cada uno entiende todo en su propia lengua... Pedro predica, y muchos piden adoloridos la salvación...

Pero antes, nos hemos de remitir a la primera fase de la venida del Espíritu Santo en el mismo día de la Resurrección, tal como la narra Juan en el capítulo veinte de su evangelio. Una y otra narración, la de Juan y la de Lucas, se complementan de manera inseparable.

Todo eso lo hemos oído y leído muchas veces. ¿Por qué no nos metemos en el significado de tantos signos como se encierran en esas narraciones de Lucas y de Juan?

Unimos, ante todo, Pentecostés con el Sinaí. Aquella primera alianza iba a ser sustituida, según Jeremías y Ezequiel, por otra nueva muy diferente.

Dice Jeremías: “Llegarán días en que yo pactaré con Israel una nueva alianza, no como la alianza que pacté con sus padres cuando los saqué de Egipto: pondré mi Ley en su inte-

rior y la escribiré sobre sus corazones, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (*Jeremías 31,31-33*)

Y Ezequiel: “Los rociaré con agua pura, y quedarán purificados; los limpiaré de todas sus impurezas y los purificaré de toda su basura. Les daré un corazón nuevo, quitaré de su cuerpo el corazón de piedra, y les daré un corazón de carne. Les infundiré mi espíritu y haré que se conduzcan según mis preceptos” (*Ezequiel 36,25-27*)

Como vemos por estas profecías, la Nueva Alianza se va a distinguir por la limpieza de corazón que conllevará en los que reciban el Espíritu. Lo primero que va a desaparecer es el pecado, como lo anota Juan expresamente. “Reciban el Espíritu Santo. A aquellos a quienes les perdonen los pecados, les quedarán perdonados”.

El espléndido salmo 103, que describe la primera creación de Dios, tan bella, acaba con este apóstrofe: “¡Que desaparezcan los pecadores de la tierra, y que los malvados ya no existan nunca más”. Porque el pecado es lo único que afea una obra tan maravillosa de Dios.

En ese salmo hemos adivinado siempre la nueva creación iniciada con la Resurrección de Jesucristo, y le pedimos al Señor: “Envía tu Espíritu y renueva la faz de la tierra”. La nueva creación, mucho más bella que la primera descrita en el Salmo, exige que el pecado desaparezca de ella para siempre. Por eso Jesús, da ahora a los Apóstoles el poder de perdonar, prometido primero a Pedro cuando le dijo: “Lo que desates, quedará desatado”; y a los demás Apóstoles después: “Lo que desaten en la tierra, quedará desatado en el cielo” (*Mateo 16,19; 18,18*)

Esto lo entendió el gentío congregado ante el Cenáculo, y “compungido” le pedía a Pedro: “¿Qué tenemos que hacer?”, a lo que contestó el apóstol: “¡Conviértanse!”.

El pecado y el Espíritu Santo son incompatibles en el mismo corazón. Uno de los dos tiene que salir fuera. Y sale el pecado, cuando se recibe “el amor que es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (*Romanos 5,5*)

Está después el signo de las lenguas de fuego, que expresan dos realidades tan grandes.

Primera, iluminaron la mente de los Apóstoles, de modo que entendieron las Escrituras y el misterio de Cristo en toda su profundidad. Los jefes del pueblo y los máximos doctores de la ley “estaban maravillados” de cómo hablaban los apóstoles, “sabiendo que eran hombres sin instrucción ni cultura” (*Hechos 4,13*)

Segunda, encendieron los corazones en un amor ardiente al querido Maestro, por el que daban la vida, de modo que, al ser azotados ante la Asamblea, “salieron de la presencia del Sanedrín contentos”, llenos de alegría, porque habían sido hallados dignos de sufrir semejante afrenta por el nombre del Señor Jesús (*Hechos 5,41*)

El don de lenguas fue un signo muy especial, y hay que relacionarlo con el hecho de la torre de Babel (*Génesis 11,5-9*). El orgullo de los hombres fue la causa de tanta confusión como reina en la tierra. Viene ahora el Espíritu Santo, y aúna a todos en la misma fe, en la confesión del mismo Dios y Señor.

Una muy significativa tradición judía afirmaba que aquella voz de Dios en el Sinaí se dividió en setenta voces, correspondientes a las lenguas de las setenta naciones que aparecen en el capítulo diez del Génesis, de modo que todos los pueblos pudieron escuchar la palabra de Yahvé. Esto es una manera bonita de pensar, pero no fue así.

Esa realidad ocurrió en Pentecostés, no en el Sinaí. Lucas menciona bastantes pueblos que oyeron el mensaje. Hoy la Iglesia lo ha extendido por todo el mundo, y son multitud las lenguas que profesan la misma verdad, la misma fe en el Señor Jesús, el cual reúne en Sí a todas las gentes. La Babel o Babilonia bíblica era signo de la opresión imperialista de los fuertes, de la división y del odio. La Iglesia, que nace en Jerusalén con el Espíritu de Pentecostés, aunque hable mil lenguas, tantas como los pueblos en que esté extendida, es signo y expresión del único lenguaje de la fe y del amor que profesan los seguidores de Jesús, a pesar de la diferencia de razas y culturas.

¿Y qué decir del signo del viento, del aire?

Lucas lo trae como de fuerza incontenible, como para indicar que es el Espíritu Santo quien pone en marcha a la Iglesia de manera imparable.

Juan, por el contrario, lo indica como aire suave, como aliento que sale de la misma boca de Jesús. Ese gesto que el Señor empleó en su aparición primera de Resucitado, a nosotros no nos dice nada. Sin embargo, para un oriental, y en el lenguaje de la Biblia, es enormemente significativo. El aire que Dios espira es el principio de la vida. Por poner sólo un caso, nos trasladamos a las primeras páginas del Génesis.

Sobre el caos primitivo aletea el soplo de Dios, y se va configurando la creación entera.

Después en el paraíso, Dios exhala su aliento sobre la estatua de barro, y queda convertida en el primer hombre, pletórico de vida.

Así hoy, el aliento del Resucitado transmite a la humanidad el Espíritu Santo, la vida misma de Dios, y aparecen la nueva creación y el hombre renovado.

El Espíritu Santo, descendido del Cielo en Pentecostés, es el gran regalo de Jesús Resucitado, para cada una de las almas y para la Humanidad entera. Nos lo ha merecido Cristo con su pasión y su muerte, conforme a la promesa e interpretación del Evangelio: “El que tenga sed, que venga a mí y beba. Del seno del que cree en mí brotarán ríos de agua viva”. Y sigue: “Esto lo decía refiriéndose al Espíritu, que no se baba todavía porque Jesús aún no había sido glorificado” (*Juan 7,37-39*). Así, el Espíritu Santo viene a ser ahora aquella fuente del paraíso (*Génesis 2,6*), que llena de verdor, de flores y frutos, la superficie de la tierra en la nueva creación.

087. La Iglesia primitiva. *Cómo eran y vivían los primeros cristianos.*

Resulta un encanto contemplar a la Iglesia Primitiva, y esto es lo que vamos a hacer hoy. ¿Cómo eran y cómo vivían aquellos nuestros primeros hermanos en la fe? Dios tuvo una providencia muy grande al dejarnos en la Biblia del Nuevo Testamento unas páginas encantadoras sobre aquella manera de conducirse los creyentes en Jesús. Eran fieles, vivían alegres, formaban todos un solo corazón.

Los primeros capítulos del libro los Hechos de los Apóstoles, escrito por el bueno de Lucas, ese escritor incomparable, son de una belleza sin igual. En este libro se ve palpablemente la obra del Espíritu Santo. Lucas nos presenta a la primera generación de los creyentes en Jesús como un modelo que habrán de imitar las generaciones sucesivas, porque esa primera comunidad constituye un ideal de vida cristiana para la Iglesia de todos los tiempos.

No pensemos que Lucas hace una historia de los apóstoles, de los Doce elegidos por Jesús. No. Pues en el libro no entran más que Pedro en la primera parte, y en la segunda se limita a contarnos las aventuras misioneras del convertido Pablo. De los otros apóstoles, fuera de unas breves notas sobre Juan, y los dos Santiago, no nos dice nada.

Todo el libro de los Hechos mira a tres Iglesias, que, podríamos decir, son el arranque de la Iglesia entera: la Iglesia primera de Jerusalén, de la que parte la Iglesia de Antioquía; la Iglesia de Antioquía, de la que sale Pablo para llevar el nombre de Jesús a toda el Asia y Grecia; y la Iglesia de Roma, en la que se establece definitivamente la Iglesia de todos los siglos.

Hoy, nos vamos a limitar a la Iglesia primitiva o primera comunidad de Jerusalén, nacida el mismo día de Pentecostés con la venida del Espíritu Santo. Pedro lanza la primera proclama del Evangelio con estas afirmaciones que constituirán la base de toda la predicación de los apóstoles: Jesús de Nazaret fue el Cristo prometido, acreditado por Dios con muchos milagros; Jesús murió y resucitó al tercer día; en Jesús tenemos el perdón de los pecados y por Él alcanzamos la salvación. Anunciado este primer evangelio, el mismo día de Pentecostés se bautizaron muchos y quedó constituida la primera comunidad cristiana en torno a los apóstoles.

¿Y cómo fue la vida de esta primera comunidad? Lucas nos ofrece unos rasgos incomparables con varios párrafos que no tienen una palabra de desperdicio: “Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (*Hechos 2,42*). ¡Qué párrafo éste! Una fidelidad constante, sin fisuras, sin discusiones, a la doctrina de los apóstoles, que transmitían las enseñanzas y los ejemplos de Jesús... La comunión o comunicación de los bienes que poseían entre todos los hermanos... La fracción del pan, o celebración de la Eucaristía... La oración constante, como vida de la Iglesia...

Todo esto lo explana algo más el párrafo que sigue: “Acudían diariamente al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la simpatía de todo el pueblo. Y el Señor agregaba al grupo a los que se iban salvando” (*Hechos 2,46-47*)

Y viene después aquel párrafo de oro: “La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían ellos en común. No había entre ellos algún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de las ventas, lo ponían al pie de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad” (*Hechos 4,32-35*)

Por otra parte, los apóstoles eran maravillosos, porque “daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran poder, y gozaban todos de gran simpatía”. Cuando fueron llevados ante la asamblea judía y los despidieron después de azotarlos a los Doce, “ellos marcharon de la presencia del Sanedrín llenos de alegría por haber sido hallados dignos de padecer ultrajes por el Nombre del Señor” (*Hechos 4,13; 5,41*)

¿Qué hemos de decir sobre todos estos testimonios de Lucas? ¿Todo lo que nos narra es pura historia?

Ciertamente que el autor del libro parte de hechos concretos y reales. Las cosas eran así, y así vivían los primeros creyentes en Jesús.

Pero todos los comentaristas de la Biblia están acordes en asegurar que Lucas, más que hacer historia, presenta el ideal de lo que tiene que ser la vida de la Iglesia. Y, por ejemplo, al contar que todos vendían sus campos y sus casas, concreta esa venta al caso de Bernabé, que lo hizo y puso el dinero a los pies de los apóstoles. Y añade después la trampa de Ananías y Safira su mujer, que fueron tan severamente castigados por haber mentido para ser considerados como caritativos y generosos (*Hechos 4,36; 5,1-11*)

Ahora bien, consideradas todas las afirmaciones de Lucas en el libro, ¿qué debemos pensar y a qué podemos reducir todos los ejemplos que nos da de la vida de los primeros creyentes? ¿En qué puntos se fija concretamente, como ejemplo de la vida de la Iglesia, que empezaba a desarrollarse tanto en la segunda generación cuando escribía Lucas, y de la Iglesia que vendría después a lo largo de los siglos? Señalemos esos puntos indicados y propuestos por el libro de los Hechos.

Ante todo, y es lo primero que señala, está la fidelidad a la doctrina enseñada por los apóstoles, que es la misma del Señor Jesús, el cual les había encargado: “Vayan y hagan discípulos enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado” (*Mateo 20,19-20*). Así ha de ser la Iglesia de todos los tiempos. En ella no hay más que un solo Maestro, que es el Señor Jesús. Ni más doctrina ni verdades que las confiadas por Él a los apóstoles y sus sucesores, los Obispos que, unidos en Pedro, el Papa, son los únicos a quienes Jesucristo confió el Magisterio en la Iglesia.

Lugar destacadísimo y primario lo constituía la “Fracción del Pan”, es decir, la Eucaristía. La comunidad cristiana celebraba el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, y sin Eucaristía no se daba Iglesia.

La oración ocupaba también lugar muy destacado, y Lucas la indica, de hecho, como independiente de la Eucaristía, y hasta la coloca de modo especial en el Templo de Jerusalén. Aunque parece insinuar que los creyentes tenían oraciones propias, aparte de las que hacían en Templo judío. Con ello nos enseña que la oración es la respiración de la Iglesia: Iglesia o cristiano que no rezasen, serían cristiano e Iglesia muertos.

Viene después el punto tan destacado y tan llamativo de la caridad entre todos los miembros de la comunidad. Un amor puramente espiritual, ciertamente, cuando asegura que todos no formaban más que “un solo corazón y una sola alma”. En toda la Biblia no hay una afirmación más bella que ésta. Pero era un amor efectivo, no teórico, porque todos se volcaban sobre los que tenían necesidad. Como decíamos antes, esto, asegurado sobre hechos reales, es más bien un programa y un ideal de vida en los creyentes, pues vemos cómo en aquella Iglesia primera llegó a haber quejas por el abandono en que se sentían algunos, lo que dio origen a la institución de los diáconos.

Aparte de estos puntos, hemos de notar que la Iglesia de Jerusalén se sintió misionera desde el principio, como lo comprueba el hecho de Felipe en Samaría (*Hechos 8,4-8*)

Es igualmente notable la conducta valiente de los apóstoles en la persecución. El pueblo respetaba a los discípulos, pero las autoridades judías no tardaron en promover las persecuciones (*Hechos 5,17-41*). Sin embargo, los apóstoles se mostraron fieles seguidores del querido Maestro, que ya les había prevenido: “Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán” (*Juan 15,20*)

Es una delicia leer este libro de los Hechos de los Apóstoles. Sí; es una delicia; pero sobre todo es un estímulo grande. ¿Por qué no ser los cristianos de hoy como eran los cristianos de ayer?...

088. La Conversión de Pablo. *Un hecho trascendental en la Iglesia.*

El hecho más importante que sucedió en la Iglesia primitiva fue ciertamente la conversión de Saulo, el gran perseguidor de los cristianos, para ser después el apóstol San Pablo, el hombre más grande que ha tenido el Cristianismo. Hoy vamos a ver cómo se realizó aquel prodigio de la gracia, que habría de tener consecuencias tan grandes en la Iglesia de todos los siglos.

¿Cómo quieren que hablemos de la conversión de San Pablo, el hecho quizá más trascendental en la Historia de la Iglesia?... Nos pudo dejar encantados la lección anterior sobre la vida de la Iglesia primitiva, la de aquella primera comunidad de los creyentes en Jerusalén. Pero el idilio duró muy poco. Jesús había muerto y resucitado el año 30, y en el 34, poco más o menos, se desató la persecución y vino el correr de la primera sangre, como nos cuentan los Hechos en los capítulos del 6 al 8. El diácono Esteban fue la primera gloria martirial de la Iglesia. Al atestiguar que Jesús era el Cristo y que lo estaba viendo a la derecha de Dios en la gloria del Cielo, todos en el Sanedrín se taparon los oídos ante blasfemia tan horrible, lo sacaron de la Asamblea, y Esteban moría en las afueras de la ciudad bajo una lluvia de piedras.

Entre los testigos de la ejecución, destacaba un hombre joven, de unos treinta años, llamado Saulo, que guardaba entre sus manos los mantos de todos los que apedreaban al blasfemo Esteban, el cual se puso de rodillas, y gritaba: “¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!”... “Señor, no les tengas en cuenta este pecado”... Con palabras tan tiernas y tan generosas en sus labios, “se durmió”, esta palabra emplean los Hechos: “se durmió” en el Señor.

¿Quedaba satisfecho aquel testigo llamado Saulo, llamado también Pablo, con un segundo nombre, como la mayoría de los judíos helenizados? No. Ahora, ante “blasfemos” semejantes como Esteban, tenía las manos más libres, y nos dicen los Hechos. “Saulo aprobaba su muerte. Aquel día se desató una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén. Todos se dispersaron por las regiones de Judea y Samaría, a excepción de los apóstoles. Entre tanto, Saulo hacía estragos en la Iglesia; entraba por las casas, se llevaba por la fuerza hombres y mujeres, y los metía en la cárcel” (*Hechos 1-3*)

¿Por qué Saulo actuaba de esta manera? ¿Era un gran pecador que obrara contra su conciencia, como aquellos fariseos hipócritas que conocemos por los evangelios? No. Hemos de acudir a sus mismas palabras: “Han oído hablar de mi conducta anterior en el judaísmo, cuán encarnecidamente perseguía a la Iglesia de Dios para destruirla, y cómo superaba en el judaísmo a muchos compatriotas de mi generación, aventajándoles en el celo por las tradiciones de mis padres” (*Gálatas 1,13-14*). Este perseguidor de los creyentes en Jesús, reconocerá humilde: “Encontré misericordia porque obré por ignorancia cuando no era creyente” (*1Timoteo 1,13*)

¿Y cómo fue el encuentro de Saulo con ese Jesús a quien perseguía con tanta saña?... Tres veces lo cuentan los Hechos de los Apóstoles, la primera en el capítulo 9, y otras dos

más en los capítulos 22 y 26 relatado por el mismo Pablo, que atestigua: “Del sumo sacerdote y del consejo de los ancianos... recibí cartas para los hermanos judíos de Damasco y me puse en camino con intención de traer también encadenados a Jerusalén a todos los que allí había para que fueran castigados”.

Ya tenemos, pues, a Saulo camino de Damasco, ante cuyas puertas le esperaba el Señor. Va caminando con el grupo que le acompaña, cuando de repente les envuelve, caídos todos en tierra, una luz del cielo más resplandeciente que el sol, y se oye una voz que sólo oye Saulo, la cual le habla con imperio en lengua hebrea: “Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues? Te es duro dar coces contra el aguijón”. El judío celoso, pregunta desconcertado: “¿Quién eres tú, Señor?”. Y oye una respuesta que le deja desconcertado: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”.

Hay que meterse en este momento dentro de la mente de Saulo. En un instante lo ve todo. Se le desploma todo su mundo: -¡Pues tenía razón Esteban, y la tienen todos los seguidores del Nazareno! El Crucificado, el maldito de Dios porque colgó de un madero, ¡ese Jesús es el Cristo, es el Hijo de Dios!... Este discurrir de Saulo no dura unos segundos, y contesta con inmensa generosidad: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”... Jesús, con una mirada y una sonrisa que a nosotros nos estremece de emoción, le manda: “Levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer”.

Los acompañantes del grupo estaban desconcertados. Levantan del suelo a Pablo, que no ve nada porque aquella luz cegadora le ha formado una especie de escamas en los ojos, y agarrado de la mano lo entran en la ciudad de Damasco, donde permanece tres días sin comer ni beber.

Entre tanto, un judío anciano, piadoso, creyente, tiene una visión paralela. Se le aparece el Señor, y se entabla un diálogo entre los dos:

- Ananías, vete a la calle principal, a casa de Judas, y allí vas a encontrar a Saulo de Tarso, que está en oración.

- ¡Señor! Si yo he oído todo el mal que este individuo ha hecho a tus santos que están en Jerusalén. ¿Qué voy a hacer con él?

- Vete, y no temas. Porque yo lo he elegido para que lleve mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto tendrá que padecer por mi nombre.

Bautizado, Saulo tomó alimento y recobró las fuerzas.

¿Qué va a ser de Saulo después? Seguiremos sus pasos con verdadera pasión. De momento, Saulo, Pablo, se retira a Arabia, en el Sureste de Damasco, al Este del Jordán, donde quizá predica moderadamente en sus ciudades helenísticas. Pero sobre todo quiere meditar, orar, comprender, ¡si es que puede!, lo que le ha ocurrido, y prepararse para lo que el Señor le ha dicho por Ananías: ¡Ha de llevar el nombre de Jesús a todas partes!...

Después de esos dos años y medio o tres de retiro, se presenta en las Iglesias de Damasco y de Jerusalén, en esta última para ponerse en contacto con los Apóstoles. De momento, todos le tienen miedo, porque no olvidan al antiguo perseguidor. Pero encuentra a un hombre providencial, a Bernabé, que lo acompaña y responde por él.

Lucas, en los Hechos, resume lo de Damasco con estas palabras: “En seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas, asegurando: Éste es el Hijo de Dios”. Y sobre la estancia

en Jerusalén: “Andaba con ellos predicando con valentía el nombre del Señor. Hablaba y discutía también con los helenistas, pero éstos intentaban matarle. Los hermanos, al saberlo, le llevaron a Cesarea y le enviaron a Tarso”.

¿Qué decir ahora de la conversión de Pablo? Los enemigos de Jesús que negaban la Resurrección del Señor, se encuentran aquí sin palabra. La vida de San Pablo, que veremos en lecciones sucesivas, no se explica sin esta aparición de Damasco, y la aparición no tiene explicación sin el Señor Resucitado.

Pablo, reconociendo que todo fue una gracia de Dios, una elección libre del Señor, confiesa con humildad profunda: “El Señor se me apareció el último a mí, que soy como un aborto, un nacido fuera de tiempo. Pues yo soy el último de los apóstoles, y ni merezco llamarme apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios. Sin embargo, he trabajado más que todos ellos, aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo” (*1Corintios* 15,6-10)

Y la mayor prueba de la legitimidad de su apostolado la ve en el cumplimiento de esas palabras que el Señor le dirigió a Ananías: “Yo le mostraré cuánto va a padecer por mi nombre”. Pablo nos hace una descripción de todas las persecuciones. Una página tan estremecedora como gloriosa. Les escribe a los de Corinto, comparándose con sus adversarios que le difamaban: -“Sé que voy a decir una locura, ¡pero la digo! He sufrido más que todos ellos. Más en trabajos, más en cárceles, muchísimo más en azotes; muchas veces, en peligros de muerte. Cinco veces recibí de los judíos los cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez lapidado; naufragué tres veces; un día y una noche los pasé en alta mar. Viajes frecuentes; peligros de ríos; peligros de salteadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros de falsos hermanos; trabajos y fatigas; muchas veces, noches sin dormir; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez” (*2Corintios* 11,23-27). Esto lo escribe diez años antes de morir, y le faltaban por lo mismo muchas más persecuciones, las dos cárceles de Cesarea y Roma con dos años en cada una, y finalmente la espada que le cortarían la cabeza...

Pablo es único e inmenso. Con su manera de concebir el Evangelio tal como se lo inspiró el Señor, fue enorme su influencia en la Iglesia, que sería otra en su modo de proceder sin la providencia que tuvo Dios al suscitar a Pablo como maestro y doctor de todas las gentes.

089. La Iglesia de Antioquía. *La primera comunidad cristiana de la dispersión.*

¿Queremos saber cuál fue la consecuencia mejor de la muerte de Esteban y de la persecución desatada contra los creyentes en Jerusalén? Miremos la Iglesia de Antioquía, que floreció esplendorosa desde el principio, gracias al entusiasmo de los primeros creyentes de la Diáspora. Allí nació el nombre “cristiano”, y de allí arrancó de manera imparable la evangelización de los pueblos gentiles.

Abrimos el capítulo once de los Hechos de los Apóstoles y nos encontramos con la fundación de la Iglesia de Antioquía, una página que nos llega a entusiasmar. Es la primera comprobación en la Historia de la Iglesia de aquel dicho célebre y tan repetido que más tarde formulará Tertuliano: “La sangre de los mártires es semilla de cristianos”. ¿Qué ocurrió con la muerte de Esteban y la persecución furibunda contra los creyentes de Jerusalén?

Los apóstoles se quedaron en su puesto, pero vino la dispersión de muchos discípulos, conforme al consejo del mismo Jesús: “Cuando les persigan en una parte, márchense a otra” (*Mateo* 10,23). Los que huían eran judíos helenistas, que por Fenicia, Chipre y Siria iban anunciando el nombre de Jesús a los judíos en sus sinagogas.

Pero entre los fugitivos había también creyentes salidos de entre los prosélitos, gentiles incircuncisos, adoradores de Dios y ahora creyentes en Jesús. Llegaron éstos a Antioquía, capital de la Provincia Imperial de Siria, y, entusiastas de su fe, comenzaron a predicar el nombre de Jesús a los gentiles. ¡Qué sencillo todo, pero qué providencial también!

Antioquía, con más de medio millón de habitantes, era la tercera ciudad más importante del Imperio, después de Roma y Alejandría. La Iglesia que nacía en esta ciudad iba a tener una resonancia enorme en todas las comunidades eclesiales que le seguirían, nacidas de ella. Los Hechos empiezan por decir: “La mano del Señor estaba con ellos, y un crecido número recibió la fe y creyó en el Señor” (*Hechos* 11,21)

Los apóstoles, sin moverse todavía de Jerusalén, supieron por Bernabé lo que allí pasaba, y daban a todo su aprobación, porque ya tenían la experiencia, con el bautismo de Cornelio, que Dios llamaba a los gentiles y los admitía en la Iglesia igual que a los judíos.

Bernabé, “hombre bueno, lleno de Espíritu santo y de fe”, “vio el don de Dios, se alegró, y exhortaba a todos a permanecer unidos al Señor, con firme propósito”.

Sin embargo, ¿qué ocurría de especial en la Iglesia de Antioquía, muy diferente que en la de Jerusalén? Los nuevos discípulos, salidos de entre los gentiles, no estaban por sujetarse a la Ley de Moisés, a dejarse circuncidar ni a ligarse con el Templo de Jerusalén. Para ellos no contaba sino la fe en el Señor Jesús. Bernabé, que se había convertido en la figura central de la nueva comunidad, participaba de esta idea, y sabía que el convertido Saulo era de la misma opinión. Entonces, decidió ir a buscar a Saulo, que se hallaba en Tarso desde

su salida de Damasco y Jerusalén. Saulo, indiscutiblemente, predicaba en su ciudad natal a Jesús, pero por cuenta suya, sin constituir una nueva Iglesia. Ahora, acompañando a Bernabé, se insertaba en una comunidad que, por otra parte, compartía sus mismas ideas de libertad sobre la Ley.

En Antioquía, durante un año entero, “instruyeron a una gran muchedumbre”. Es decir, lograron formar un grupo grande de discípulos, que pronto los paganos llegaron a diferenciarlos de los muchos judíos que había en las distintas sinagogas antioqueñas. Y así, para distinguir a los unos de los otros, a los nuevos creyentes les dieron el nombre de “cristianos”. ¡Bendita ocurrencia la de aquellos paganos! No sabían la palabra nueva que creaban. Llamarse “cristiano” sería en adelante, y por muchos siglos, el mayor timbre de gloria de millones y millones de hombres y mujeres en toda la tierra...

La vida de la comunidad cristiana se desarrollaba pujante. Y Dios le quiso dar la gloria de ser la Iglesia más misionera en los principios del Evangelio. Estaban un día celebrando el culto bajo la dirección de los jefes de la Iglesia, y oyen clara la inspiración del Espíritu Santo: “Sepárenme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los tengo llamados”.

No había duda. El Espíritu quería romper los cercos que aprisionaban todavía a las primeras comunidades y constituir una Iglesia ya sin fronteras. Los responsables, en señal de aceptación del querer de Dios y representando a toda la comunidad que los bendecía, impusieron las manos a los elegidos y los enviaron allá adonde les dirigiera el soplo del Espíritu. Los dos capítulos 13 y 14 de los Hechos están llenos de las peripecias divinas de esta primera misión por tierras de Chipre y del Asia Menor.

Empiezan por la isla de Chipre, con la conversión del procónsul Sergio Pablo, convencido en último término de la fe cristiana por la travesura de Saulo con el mago judío Elimas, que se enfrentaba a la naciente fe del procónsul: “Hijo del diablo, ¿cuándo dejarás de oponerte a los caminos del Señor? Te vas a quedar temporalmente ciego, hasta que aprendas”. El pobre mago y hechicero iba dando vueltas entre las tinieblas que se le echaron encima, mientras que Sergio abría plenamente sus ojos a la luz de la fe cristiana.

Desde este momento, Saulo ya no se llama Saulo, sino que acepta sólo su segundo nombre latino de Pablo. Y otro incidente: Bernabé, que hasta ahora ha figurado como primero en la Iglesia de Antioquía y en la designación de la misión, pasa a segundo lugar, y en adelante la primacía la ostenta Pablo, aceptada generosamente por Bernabé.

La primera ciudad evangelizada en el Asia Menor fue Antioquía de Pisidia. Para nosotros tiene especial importancia porque nos da el croquis del sistema evangelizador de Pablo y de Bernabé, ya que lo van a desarrollar igual en todas partes. Visita a la sinagoga judía; predicación de Pablo conforme a un esquema a base de la Escritura hasta llegar a Jesús, el Mesías prometido; ofrecimiento de la salvación de Dios por la fe en Jesucristo. Y acaba todo, con la reacción de los oyentes: unos judíos aceptan el mensaje; otros lo rechazan, y hasta mueven persecución contra los dos apóstoles; hasta que éstos, ante el rechazo de los judíos, que se hacen indignos de la salvación, se pasan a evangelizar a los gentiles, que

creen y dan origen a una nueva Iglesia, llenos de alegría en el Espíritu Santo. Vale la pena leer ese capítulo 14 con lo ocurrido en Antioquía de Pisidia para saber lo que sucederá poco más o menos en todas partes evangelizadas.

Pablo y Bernabé se detuvieron bastante tiempo en Iconio, ciudad que se dividió entre todos sus habitantes por causa de la nueva predicación, unos a favor de los creyentes en Jesús, y otros a favor de los judíos. Los jefes de la ciudad y los judíos tramaron apedrear a los apóstoles, los cuales, al saberlo, marcharon a la ciudad de Listra. Aquí, lo de todas partes: ¡a anunciar la Buena Noticia de Jesús! Y esta vez, con un buen augurio al principio, aunque después se convirtiera en tragedia. ¿Qué ocurrió?...

Pablo se dirige a un tullido que le escucha con fe, y le ordena: “¡Ponte en pie!”... Se alza el enfermo completamente curado, y viene la reacción de toda la ciudad: “¡Unos dioses, Júpiter y Mercurio, han llegado hasta nosotros!”... Pasan de las palabras a las obras, y preparan el sacrificio y la fiesta a las divinidades que les visitan. Consternados Pablo y Bernabé, les convencen de que no son dioses, sino unos pobres mortales, que les traen el anuncio del Dios verdadero... A duras penas se calma la gente y se vuelve convencida a sus casas. Pero los judíos venidos de Antioquía e Iconio revuelven a los habitantes, se apoderan de Pablo, lo sacan fuera de la ciudad, lo lapidan y lo dejan allí por muerto. Llegan los nuevos discípulos a recogerlo, ¡y no estaba muerto!... Lo toman de la mano, y lo conducen con Bernabé a la cercana ciudad de Derbe, a la que también evangelizaron.

Pablo no era quién para rendirse tan fácilmente. De Derbe regresa a Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia, animando a todos los discípulos con las valientes palabras suyas que leemos en los Hechos: “Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios”. Dejan consolidadas a aquellas jóvenes Iglesias, y en Atalía se embarcan hacia Antioquía de donde habían partido para este primer viaje apostólico.

En la Iglesia de Antioquía son recibidos con gran gozo, “y ellos se pusieron a contar todo cuanto Dios había hecho juntamente con ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe”.

¿Había sido estéril la sangre de Esteban?...La persecución que los creyentes helenistas sufrieron en Jerusalén, ¿detuvo el empuje del Espíritu?... Los evangelizadores de Antioquía, ¿acertaban o no acertaban al desligarse de la antigua Ley y vivir sólo de la fe en el Señor Jesús?... Los creyentes antioquenos, ¿podían estar orgullosos del sobrenombre que unos paganos les echaron encima? ¡Cristianos! ¡Los seguidores de Cristo!...

090. Pedro librado de la cárcel. *Persiguen a los jefes de la Iglesia.*

Vimos la primera persecución contra la Iglesia naciente, cuando murió lapidado Esteban. Pero después vino otra peor, contra los apóstoles en persona, y es la que vamos a ver hoy, tal como nos la trae el libro de los Hechos. Muere Santiago, es encarcelado Pedro, y todos los apóstoles tienen que dispersarse. Pero la Iglesia saldrá fortalecida, porque estará siempre segura en el Señor.

Tenemos muy vivo en la memoria lo que fue aquella persecución de la Iglesia, que tuvo en Esteban al primer mártir, y de la que arrancó precisamente la conversión de Saulo, convertido en el apóstol Pablo. Ahora bien, a los apóstoles no les pasó nada en aquella persecución, que fue toda dirigida contra los creyentes judíos helenizados, es decir, los que procedían de las sinagogas formadas por los judíos venidos de la Diáspora, refractarios a seguir con la Ley de Moisés, con la circuncisión y con el culto del Templo.

Los creyentes judíos de Jerusalén permanecían tranquilos sin que les molestaran mucho, ya que seguían fieles al Templo y a muchas prácticas de la Ley. Pero ya se ve que aquella paz no podía durar. Empezaban las primeras conversiones de los gentiles, como la del centurión Cornelio, y los cristianos que venían de otras Iglesias de fuera traían sus ideas de libertad respecto de la Ley.

Esas nuevas ideas y prácticas no pasaban desapercibidas a las autoridades judías, sumos sacerdotes, ancianos, escribas y fariseos..., a los que conocemos bien desde la vida de Jesús. E hicieron lo que un día u otro tenía que llegar. En el año 41 el emperador Claudio nombra rey de Judea y Samaría, con toda Palestina suya, a Agripa I, de unos cincuenta años, nieto del rey Herodes el Grande. ¿Qué hace el nuevo rey? Naturalmente, ante todo congraciarse con sus súbditos. Y el Sanedrín, que por lo visto estaba muy al acecho de la oportunidad mejor, le pide que acabe con la secta de los seguidores de Jesús.

Había que comenzar por decapitar a la Iglesia, acabando con sus jefes. Y así, en el año 42 lo más probable, el rey manda matar a Santiago, que cae al filo de la espada. Por lo visto, Santiago, el apóstol “hijo del trueno”, hermano de Juan, era uno de los más celosos entusiastas del odiado Nazareno, y los sanedritas le piden a Agripa su cabeza.

Los jefes judíos no pueden con su satisfacción. Era cuestión de seguir adelante, ya que Agripa, por propias conveniencias suyas, los quería complacer en todo. Y esta vez, apuntan al más interesante de todos los apóstoles, a Pedro, bien conocido de ellos desde aquellos días de su comparecencia ante el Sanedrín con Juan, y después al frente de los Doce. Ahora se dicen con criminal regocijo: ¡Ya lo tenemos! ¡Esta vez no se nos escapa!...

El rey Agripa había tomado bien todas las medidas necesarias. Eran los días de los Azimos. Encarcelado Pedro, confió su custodia a cuatro escuadras de cuatro soldados cada una. La seguridad era total, pues los soldados sabían que les caía pena de muerte si se dejaban

robar la presa. El rey tenía la intención de presentarlo al pueblo apenas pasada la fiesta de la Pascua. Son muy interesantes todos los detalles que nos da el capítulo doce de los Hechos.

Pedro debía descansar en una paz total, confiado en el Señor, pues la última noche, horas antes de que fuera presentado al pueblo por Herodes, estaba durmiendo tranquilo, atado con cadenas entre dos soldados, mientras “toda la Iglesia oraba intensamente por él a Dios”.

Dormía, dormía..., cuando nota que le dan unos golpes en el costado. Se despierta, y oye una voz decidida: “¡Levántate aprisa!”. Se le caen las cadenas de las manos, y de nuevo la voz, seca y cortante: “Cíñete, y ponte las sandalias”. Pedro obedecía, para oír otra vez: “Ponte el manto, y sígueme”. El preso se decía: “¿A qué viene la visión de este ángel?”... No se le ocurría que era realidad lo que estaba pasando. Atraviesan los dos la primera y segunda guardia, llegan a la puerta de hierro que se abre sola hacia la ciudad, recorren juntos una calle, y el ángel que desaparece...

Pedro, solo en el silencio de la noche, se da cuenta de que ni soñaba ni contemplaba una visión, y se dice asombrado: “¡Pues, es cierto! Ahora me doy cuenta realmente de que el Señor ha enviado su ángel y me ha librado de las manos de Herodes y de todo lo que esperaba el partido de los judíos”.

Ante la realidad de las cosas, empieza a deambular por las calles oscuras bajo la luz de la luna llena pascual, y llega a la casa de María, la madre de Juan Marcos, donde estaban muchos reunidos y en oración. Llama, y viene la escena divertida. Sale una muchacha, Rode, equivalente a nuestra “Rosita”, reconoce a Pedro, de pura alegría no abre la puerta, y va a comunicar a todos: “¡Es Pedro! ¡Pedro está en al puerta!”.

No le creen, naturalmente, y le hacen bajar la voz: “¡Cállate, loca!”. Piensan que Rosita tiene la visión de Pedro que vuelve de la muerte. La pobre Rosita insiste. Y ellos, dándole algo de razón, mientras Pedro sigue llamando impaciente, reponen al fin: “Quizá, si; a lo mejor es su ángel”. Bajan a abrir al que llama, lo reconocen, se quedan pasmados, y ya todos dentro, Pedro explica la aventura. Sin embargo, ante la emergencia, sabiendo que apenas amanezca lo buscarán en todos los escondrijos de la ciudad al no encontrarlo en la cárcel, encarga: “Comuniquen todo a Santiago y a los hermanos”. A toda prisa, sacan de casa a Pedro y lo encaminan hacia un lugar desconocido.

Aquí podemos terminar nuestra relación. Aunque añadimos con los Hechos lo que ya se puede suponer. Al no hallar en la cárcel al preso, el rey detuvo a los guardias, los hizo juzgar y mandó ejecutarlos. El mismo Agripa, cuando unos dos años después se disponía a recibir honores casi divinos, murió de repente, y los Hechos dan la razón del castigo: “Le hirió el ángel del Señor porque no había dado la gloria a Dios, y, convertido en pasto de gusanos, expiró”.

¿A qué viene una relación como ésta de los Hechos, que parece hallarse fuera de todo lugar? Está ciertamente cargada de importantes intenciones en la mente del autor.

Ante todo, la importancia de Pedro entre todos los apóstoles. Es el cabeza, elegido por el mismo Señor, que lo puso al frente de toda la Iglesia. Es lo de hoy el Papa como lazo de unión entre todos los Obispos, los pastores del Pueblo de Dios.

La Iglesia se siente obligada con Pedro, y emociona la observación de los Hechos: “toda la Iglesia oraba intensamente por él a Dios”. La oración por el Papa sigue siendo un dicho-deber de los cristianos.

Llama la atención la paz de que goza Pedro en la prisión. Como si no le importase nada la muerte que le espera el día siguiente.

La liberación de Pedro por el ángel es muy significativa. Es el cumplimiento de la promesa del Señor: “Los poderes del infierno no podrán contra la Roca”. Si es preciso, Dios acudirá al milagro. Pero no se pulverizará la Roca sobre la que se asienta la Iglesia.

Es también muy significativa la belleza del reencuentro de Pedro con los suyos. Hoy esto lo vemos en la alegría con que los creyentes se apiñan en torno al sucesor de Pedro.

Quizá la intención más importante de los Hechos está en esta última frase, que parece no tener importancia alguna: “Pedro salió y se fue a otro lugar”. Era cuestión de abrir más fronteras a la Iglesia, y desligarla para siempre de Jerusalén como símbolo de la sujeción a la Ley antigua. Pedro se va, pero es para fortalecer a las demás Iglesias, visitando a sus respectivos pastores, “confirmando a los hermanos en la fe”. Es lo que hoy sigue haciendo el sucesor de Pedro. ¿Qué significan esos viajes a todas partes, que llenan de gozo y confirman en la fe a todas las Iglesias que peregrinan hacia el Señor por todo el mundo?...

De este suceso narrado tan simpática y tan meticulosamente por los Hechos, nosotros aprendemos a conocer mejor lo que es Pedro, lo que significa en la Iglesia el sucesor del primer Vicario suyo, elegido e instituido por el Señor Jesús en persona.

091. El concilio de Jerusalén. *Libertad de la Iglesia ante los judaizantes.*

En aquella Iglesia primitiva de los apóstoles hubo un acontecimiento en verdad importante, como fue el llamado “Concilio de Jerusalén”, del que nos vamos a ocupar hoy. En aquella Iglesia primera, a pesar del gran amor que reinaba entre sus miembros, no faltaron disensiones muy serias, y la principal de todas se originó por la aceptación o rechazo de la antigua Ley. ¿Obligaba, si o no? ¿Había que continuar con ella, o rechazarla? ¿Seguiríamos esclavos de ella, o seríamos libres?...

Hemos de decir desde un principio que la lección de hoy es muy importante, porque trata de un hecho trascendental en la Iglesia primitiva y de consecuencias ya irreversibles en la Iglesia de todos los siglos.

Nos encontramos, dentro de los Hechos de los Apóstoles, con un acontecimiento que resultaba capital para la Iglesia: ¿Había que continuar con la Ley de Moisés, sí o no? Los creyentes en Jesús, ¿seguiríamos esclavos, o seríamos libres? ¿Tenían razón los cristianos judíos de Jerusalén, aferrados siempre a la Ley, o la tenían los cristianos helenistas, los judíos venidos de la Diáspora, que no la querían observar, igual que los paganos que se habían convertido?

Ésta era la cuestión tan debatida, y había que darle una solución definitiva, además de rápida, mientras aún se contaba con la autoridad de los Apóstoles. Y a esto vino el Concilio o Asamblea de Jerusalén, que se tuvo lo más probable el año 49, poco más o menos.

Pero, antes, y para situarnos mejor después, recordamos lo que le pasó al mismo Pedro, jefe indiscutido de la Iglesia, tal como nos cuentan el episodio los capítulos 10 y 11 de los Hechos. Iba evangelizando las ciudades de la costa mediterránea de Palestina, y un día le llega la invitación de ir a Cesarea, llamado por un centurión romano, pagano. Poco antes de la inesperada visita de los soldados que vienen a a buscarlo, Pedro, sentado en la terraza al calor del mediodía, tiene la visión extraña de aquel lienzo lleno de animales impuros según la Ley, y oye la voz: “Mata, y come”. Pedro, asustado: “¿Yo, que jamás lo he hecho, comer esos animales impuros?... ¡No, eso yo no lo hago!”. Y la voz: “¿Y por qué tú llamas impuro lo que Dios ha purificado?”. El lienzo misterioso, agarrado por las cuatro puntas, era subido a las alturas y desaparecía recibido en el cielo...

Después de esta visión, los soldados emisarios del centurión se le presentan y le invitan a ir con ellos a Cesarea. Ya en casa de Cornelio, Pedro le habla del Señor Jesús, y en medio de la plática se siente el retremblar de la casa y el descender visiblemente del Espíritu Santo como en Pentecostés. Pedro entiende la visión del lienzo con los animales. Ante Dios no hay nadie impuro, cuando lo limpia el Espíritu Santo, que baja sobre un pagano igual que sobre un judío. Y se dice: “¿Cómo voy a negar el bautismo a quienes ha santificado el mismo Espíritu Santo?”. Bautiza a Cornelio, a su familia y al grupo allí reunido. Eran, oficialmente, los primeros paganos entrados en la Iglesia.

Pero al ir a Jerusalén, el pobre Pedro se encuentra con la oposición cerrada de los cristianos judíos: “¡Qué escándalo! ¡Entrar un judío como Pedro en casa de un pagano, comer con él y hasta bautizarlo!”... Pedro explica todo lo sucedido: la visión del lienzo, el bajar del Espíritu Santo, y replica: “¿Quién era yo para poner obstáculos a Dios, que ha regalado a los paganos el mismo don que a nosotros por haber creído en el Señor Jesucristo?”. La asamblea se calmó, aceptó las razones de Pedro, y exclamó gozosa: “¡También Dios ha dado a los gentiles la conversión que lleva a la vida!”. Acabó bien el incidente de Pedro con el centurión Cornelio. Pero, secretamente, la escisión seguía abierta.

La Iglesia de Jerusalén, aunque una sola, contaba con dos comunidades bastante diferenciadas. La de los cristianos judíos procedentes de la misma Jerusalén y Judea, que seguían apegados a la Ley de Moisés, al frente de los cuales estaba Santiago, el pariente del Señor; y a su lado había un grupo muy notable de cristianos judíos, pero helenistas o griegos, procedentes de la Diáspora, muy liberales respecto de la Ley, los cuales no querían la circuncisión y se alejaban del Templo. Además, los cristianos procedentes del paganismo en las nuevas Iglesias del Asia no practicaban para nada la Ley antigua, sino que vivían sólo de la fe en el Señor Jesús.

¿Cómo se originó entonces el problema que dio origen al concilio de Jerusalén? Algunos judíos cristianos de Jerusalén, se presentaron en Antioquía exigiendo la circuncisión de los paganos convertidos, obligándoles a observar la Ley mosaica, y, lo que era más grave, enseñando que eso era absolutamente necesario para la salvación. Pablo y Bernabé se les opusieron enérgicamente, y al fin no hubo más remedio que decidirse a ir a Jerusalén para tratar el asunto con los apóstoles y los presbíteros o ancianos que gobernaban la Iglesia madre. El capítulo 15 de los Hechos nos relata este acontecimiento, importantísimo en la historia de la Iglesia.

Pablo y Bernabé visitan en su viaje las Iglesias de Fenicia y Samaría relatando lo que Dios había hecho por su medio entre los gentiles de Asia, y en todas partes producen alegría grande noticias semejantes. También en la comunidad de Jerusalén. Pero aquí se alzaron algunos cristianos salidos de la secta de los fariseos, proclamando: “Es necesario circuncidar a los gentiles que se convierten y obligarles a guardar la Ley de Moisés”. Se origina una gran discusión, y la cuestión han de dirimirla los apóstoles y los presbíteros.

El primero en tomar la palabra es Pedro, que empieza por contar lo que todos ya saben: la vocación de Cornelio y su bautismo después que ya había recibido el Espíritu Santo. A los judíos exigentes de la Ley, les lanza unas amenazas serias.

Les dice ante todo: “Dios no hace ninguna distinción entre los paganos y nosotros los judíos, pues purificó sus corazones con la fe”. “Nosotros nos salvamos por la gracia del Señor Jesús, del mismo modo que ellos”.

Después habla con tono muy duro contra los rigoristas defensores de la Ley: “¿Cómo tientan a Dios, queriendo imponer sobre el cuello de esos discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros padres pudimos llevar?”.

La intervención de Pedro fue más bien dura. Vienen ahora Pablo y Bernabé, y suavizan los ánimos, pues se limitan a contar los prodigios, como señales de Dios, que han acompañado la aceptación de la fe por los gentiles, cosa que en todas partes ha arrancado acciones de gracias a Dios.

Finalmente, toma la palabra el más temido, Santiago, el pariente del Señor que lidera a los judíos intransigentes. Contra lo que podría esperarse, da sin más la razón a Pedro, a Pablo y Bernabé, y así queda zanjada la cuestión: los paganos que se convierten quedan justificados por la fe en Jesús, y no tienen obligación alguna de aceptar la Ley de Moisés.

Aunque el mismo Santiago, como algo disciplinar y que no afectaba a la fe, propone escribir una carta a los cristianos venidos del paganismo pidiéndoles que se abstengan voluntariamente de algunas cosas que chocan más con la mentalidad judía. Con este respeto mutuo entre los hermanos, quedará restablecida siempre la paz entre las dos tendencias, la más severa de los judíos y la más liberal de los helenizantes y paganos. Aunque Lucas mete esta carta entre los acuerdos del concilio, es posible que su redacción sea algo posterior, no dentro del mismo concilio, aunque redactada en presencia de Pedro y de Pablo.

Todo acabó muy bien. Pablo referirá más tarde con satisfacción: “Santiago, Pedro y Juan, que eran considerados como las columnas, nos tendieron la mano en señal de comunión a mí y a Bernabé, para que nosotros fuéramos a los gentiles y ellos a los circuncisos judíos. Sólo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres, cosa que he procurado cumplir” (*Gálatas 2,9-10*)

¡Lección hermosa de verdad ésta del capítulo 15 de los Hechos! La libertad del cristiano quedaba para siempre sellada en la Iglesia. Este concilio, sin ser el primeo de la Iglesia hablando técnicamente, vino a ser el tipo o modelo de los que celebraría la Iglesia a lo largo de los siglos. La frase de Lucas en los Hechos, cuando narra el final de las discusiones y de la resolución tomada, es magnífica: “Nos ha parecido a nosotros y al Espíritu Santo”. Un Concilio de la Iglesia, de los Obispos unidos en Pedro, el Papa, cuenta con el Espíritu Santo como animador de todo. Y el Espíritu guía muy bien a la Iglesia, sin equivocación posible...

092. Las Cartas de San Pablo. *Los documentos magistrales del Cristianismo.*

Las Cartas de San Pablo, que vienen a ser los mejores escritos que tenemos en la Biblia después de los Evangelios, son el tema que hoy va a ocupar nuestra atención. La Iglesia nos las propone innumerables veces en la celebración del culto. Porque las Cartas de San Pablo, además de explicarnos tan profundamente el misterio cristiano, son todo fuego y producen un volcán de amor a Jesucristo en nuestros corazones. ¡Conozcamos las Cartas de San Pablo!

Quiero hablar hoy de las Cartas de San Pablo, y empiezo con un exabrupto, con unas palabras de enojo aprendidas de uno de los mayores Obispos y Doctores que tuvo la Iglesia en la antigüedad:

-¿Cómo es posible que haya cristianos que no saben el número de las cartas que Pablo nos dejó escritas?... ¿Cómo no sienten afán por abrir la Biblia para leer los mejores mensajes que Jesucristo nos manda por medio de su apóstol más grande? ¿Y cómo teniendo en sus manos esas cartas no se les enciende el corazón?...

Todos sabemos quién fue y qué hizo Pablo, cuya conversión ocupó una de nuestras clases anteriores. El judío más judío, defensor feroz de la Ley y perseguidor furibundo de la Iglesia naciente, se convierte en el mayor amante de Jesucristo y en su apóstol más formidable, que llena del Evangelio todos los rincones del Imperio Romano.

Judío de la Diáspora, había nacido en Tarso, ciudad grande, culta y próspera de Cilicia en el Asia Menor. Su familia, netamente judía, debía ser algo acomodada, como fabricantes de tiendas de campaña, o más bien, quizá, eran curtidores de cuero. A su hijo le pudieron dar una esmerada educación, y de joven lo mandaron a las escuelas rabínicas de Jerusalén, bajo la dirección del gran maestro Gamaliel el Viejo. Dominaba a perfección las dos lenguas de la Biblia, el hebreo y el griego. Él usaría siempre la versión griega alejandrina, llamada de los Setenta. Con una cultura excelente, y una sicología tan rica como la suya, era un instrumento muy apto para la misión que Dios le quería encomendar.

Pero, ¿qué es lo que ha hecho del apostolado de Pablo algo permanente, universal, algo actual siempre, algo que no pasa?... Son sus Cartas, que no nos cansamos de leer, y que son proclamadas continuamente en las celebraciones de la Iglesia.

Pablo escribía sus Cartas a las Iglesias particulares que había fundado, para responder a situaciones concretas, para animar a los vacilantes en la fe, para corregir errores o arreglar conductas, para exponer el Misterio de Cristo, para preparar su visita a nuevas cristiandades...

¿Conocemos esas Cartas?... En las celebraciones del culto son proclamadas continuamente, porque, después de los Evangelios, son las joyas más ricas que contiene y nos ofrece la Biblia.

Hemos oído siempre estos nombres: -Carta a los Tesalonicenses, a los Corintios, a los Gálatas, a los Romanos, a los Filipenses, a los Efesios, a los Colosenses, a Timoteo, a Tito, a Filemón...

La de los Hebreos, también de origen paulino, está sin duda redactada por algún discípulo suyo, quizá Bernabé o Apolo, pero no es propiamente suya.

Pablo las escribió con ese orden que las acabamos de citar, aunque en el Nuevo Testamento llevan otro orden distinto, y no precisamente el cronológico.

La primera carta a los de Tesalónica, que es el primer escrito del Nuevo Testamento, la escribió el año 51, y las dirigidas a sus discípulos Timoteo y Tito son de sus últimos años, poco antes de que Pablo muriera al filo de la espada en Roma el año 67, durante la persecución de Nerón contra los cristianos.

No nos damos cuenta de lo que a Pablo pudo costar el escribir semejantes cartas. Un muy conocido y autorizado historiador de Jesucristo y de San Pablo, nos da detalles preciosos.

Pablo escribía al dictado, por medio de un amanuense. Lo dice él mismo, por ejemplo, en la primera carta a los de Corinto, que acaba: “El saludo va de mi propia mano, Pablo”. Y la de los Romanos termina con esta deliciosa nota: “Os saludo en el Señor también yo, Tercio, que he escrito esta carta”. Y el mismo Pablo, muy explícito, en la segunda a los de Tesalónica: “El saludo va de mi mano, Pablo. Esta es la firma en todas mis cartas; así escribo”.

Pues, bien; dado el trabajo que llevaba Pablo, ya que pasaba el día tejiendo lonas para tiendas de campaña, ganándose así el pan de su vida, podía emplear para escribir dos o tres horas al anochecer. Utilizaba los famosos papiros de Egipto, lo hacía en griego, y se podían escribir por minuto tres sílabas, unas setenta y ocho palabras por hora.

A este paso, estudiado todo con cálculos muy probables y precisos, la primera carta a los Tesalonicenses, con 1.472 palabras, le tuvo que costar diez folios de papiro y veinte horas de escritura.

El billete a Filemón, que es como una carta de las nuestras, con 335 palabras, le supusieron tres folios y más de cuatro horas de escritura.

Y la incomparable carta a los de Roma, con 7.101 palabras en el original griego, se le llevó unos cincuenta folios de papiro y noventa y ocho horas de dictado al amanuense (*Ricciotti*)

Datos curiosos y muy interesantes, que nos hacen apreciar más el esfuerzo enorme que le costó al Apóstol el dejarnos escritos tan inapreciables.

Pablo escribe a veces doctrina tan alta, que el apóstol San Pedro llega a decir que, efectivamente, hay cosas en las cartas de Pablo que cuesta bastante entender (*2Pedro 3,16*)

Pero, a la vez que expone doctrina tan divina, en todas sus cartas se muestra tan humano, que llega a muchos detalles tiernos, comprensibles, y de tal cariño, que hacen también de Pablo un caballero excepcional, a pesar de sus formas a veces violentas y algo rudas. Por ejemplo, baste citar uno sólo, cuando escribe a sus queridos fieles de Filipos: “Todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud o valor, ténganlo en aprecio. Todo cuanto han aprendido y recibido y oído y visto en mí, pónganlo por obra, y el Dios de la paz estará con ustedes” (*Filipenses 4,8-9*)

Sobre todo, quien quiera aprender vida cristiana y encenderse en amor a Jesucristo, que lea, que lea sin cesar las Cartas de Pablo, el cual tiene acentos sublimes e inimitables, como por ejemplo:

- ¡Mi vivir es Cristo!...
- Vivo yo, pero ya no soy yo el que vive, sino que es Cristo quien vive en mí.
- Me glorío de no conocer más que a Jesucristo, y Jesucristo crucificado.
- Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por pura basura para ganar a Cristo.
- ¡Que nadie me moleste más! Porque yo llevo impresas en mi carne las llagas del Señor Jesús.
- Deseo la muerte para estar con el Señor, que es con mucho lo mejor.
- Saldremos arrebatados al encuentro del Señor..., y así estaremos siempre con el Señor.
- ¿Quién nos separará del amor a Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... ¡No, nada ni nadie nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro!...

Nosotros, los creyentes, leemos las Cartas de Pablo con el afán con que leemos las cartas de los seres queridos. En esas cartas de fuego comprobamos aquello que de él decía San Juan Crisóstomo: “el corazón de Pablo era el corazón de Cristo”. Y la verdad es que, al leerlas, también nuestro corazón se va pareciendo cada vez más al Corazón del Señor...

093. Por el Asia Menor. *Pablo con los Gálatas.*

Acabado el concilio de Jerusalén y de vuelta ya en Antioquía, Pablo se dispone a emprender su segundo viaje apostólico por las tierras del Asia Menor, en el cual le vamos a acompañar con la lección de hoy. Las primeras Iglesias fundadas anteriormente habían dado magníficos resultados. ¿Por qué no ampliar su radio de acción, llegando hasta la Galacia central? Es lo que se propone Pablo: llenar del Evangelio todas aquellas tierras tan prometedoras.

Pasado el concilio de Jerusalén, dejamos a Pablo en Antioquía, punto de arranque y centro de sus misiones. Ya se ve que Pablo no era quien para estarse quieto en un punto determinado. Su campo de acción era el mundo entero.

Hasta que un día del año 49 ó 50 le propone a Bernabé: “¿Por qué no vamos a visitar aquellas comunidades que dejamos instituidas en el Asia Menor?”. Estamos en el capítulo 16 de los hechos. Se suscita entre los dos un altercado por causa de Juan Marcos, el pariente de Bernabé que los había abandonado en el primer viaje, y Pablo toma consigo a Silas, con el cual emprende la marcha, encomendados los dos y bendecidos por la comunidad antioqueña. Ambos misioneros recorren las Iglesias fundadas anteriormente, a las que entregan el decreto conciliar, que las llena de alegría, a la vez que “se afianzaban en la fe y crecían en número de día en día”.

En Listra, donde Pablo había sido lapidado y dejado como muerto, Dios le tiene guardado un regalo de primera: Timoteo, un joven que era una joya, hijo de padre pagano y de madre judía. Timoteo será el discípulo más querido de Pablo hasta el final. En este viaje, los misioneros suben hacia el centro norte, la Galacia propiamente dicha, donde Pablo cae enfermo, y, mientras es bien atendido, aprovecha la ocasión para evangelizar a los gálatas, que le serán tan queridos, pero que le van a dar también más de un quebradero de cabeza.

¿Qué iba a pasar? Sólo para entendernos mejor, nosotros adelantamos algunos acontecimientos y los unimos todos con la Carta a los Gálatas, escrita por Pablo años más tarde.

Contra los planes personales de Pablo, el Espíritu Santo no le dejó continuar en Asia y lo mandó a Macedonia, en Grecia, para introducir el Evangelio en Europa. Y cuando ya había abandonado el Asia, y Galacia en concreto, se presentaron por allí los judaizantes, “los falsos hermanos”, como los llama Pablo, con la misma cuestión de antes del concilio de Jerusalén: “¡Para salvarse, hay que circuncidarse y observar la Ley!”. Los gálatas, buenos pero muy volubles de carácter por temperamento, iban cediendo a los nuevos predicadores, a la vez que abandonaban la doctrina sana y de libertad que les había enseñado Pablo. Por el año 54, el apóstol hace una visita especial a Galacia, y por el 57 escribe, lo más probable desde Corinto, la magnífica Carta a los Gálatas: todo, para salvar y fortalecer la fe vacilante de aquellos buenos pero inconstantes cristianos.

¿Qué decimos ahora de la Carta a los Gálatas? Parece algo improvisada, pero es riquísima, porque expone las ideas que Pablo está elaborando para la que será su epístola más grandiosa, la de los Romanos.

En esta Carta a los Gálatas nos aparece un Pablo lleno de preocupación por la pureza de la fe; un hombre enérgico, que no cede ante su deber de denuncia; un apóstol y un padre lleno de ternura; un teólogo y un místico que vive en las mayores alturas de Dios. Las cartas de Pablo, empezando por la de hoy, hay que leerlas primero de un tirón y, después, detenidamente, saboreando cada versículo, para llenarse completamente de Dios.

La energía que Pablo derrocha desde le principio es notable: “¿Cómo han abandonado al que les llamó por la gracia de Cristo, para pasarse a otro evangelio?... Les repito lo que les tengo dicho: Si alguno les anuncia un evangelio distinto del que han recibido, ¡que sea maldito!” (1,8-9)

Empieza por justificar lo que él llama “mi evangelio”, es decir, el mismo Evangelio de Jesús, el mismo enseñado por los demás apóstoles, pero dándole bien clara la interpretación de que para salvarse basta la fe en el Señor Jesús, sin necesidad de observar la Ley antigua.

Para dejarles bien claro este punto, Pablo relata su conversión, de antiguo fariseo fanático y de perseguidor de la Iglesia, en apóstol del Señor para predicar precisamente este “su” evangelio. Les recuerda una vez más el concilio de Jerusalén, que aprueba plenamente su punto de vista y declara a los nuevos cristianos libres de la circuncisión y de la Ley.

Para probar esta doctrina básica, Pablo recurre a la Biblia, al ejemplo de Abraham. El patriarca fue justificado, santificado y declarado amigo de Dios, muchos siglos antes de que viniera la Ley de Moisés. ¿Por qué? Porque creyó a Dios contra toda esperanza, y esa fe le valió la santidad y la salvación. Y si esto le pasó a Abraham, ¿cuánto más no le va a valer al cristiano la fe en Cristo Jesús? Tiene por lo mismo razón Pablo al reprocharles: “¡Insensatos gálatas! ¿Quién les ha fascinado a ustedes, ante cuyos ojos fue presentado Jesucristo crucificado? ¿Tan insensatos son?” (3,1-3)

Los gálatas, al volverse hacia la Ley judía, eran unos insensatos porque se pasaban voluntariamente a la esclavitud de la Ley, que les obligaba si es que aceptaban la circuncisión. Entonces venían a perder la libertad cristiana, porque regresaban a una Ley que no había sido más que una preparación para la fe. Ahora ya no había distinción alguna bajo la ley del Espíritu, “pues todos son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que han sido bautizados en Cristo, han sido revestidos de Cristo, en el que ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos son uno en Cristo Jesús” (3,26-28)

En esta Carta a los Gálatas tiene Pablo un pasaje fabuloso cuando compara las dos leyes, la del pecado y la del Espíritu. ¿Qué hace el hombre no regenerado, que se deja llevar por sus instintos? Es obrador de toda acción mala: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, ambición, divisiones, rivalidades, borracheras, comilonas y cosas semejantes..., sabiendo que quienes hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios”. Muy feo resulta este cuadro. Pero Pablo le contrapone el cuadro de la luz. ¿Qué

obras produce el bautizado que ha recibido la fe y se deja llevar del Espíritu? La lista es bellísima y enardecedora: “Los frutos del Espíritu son amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí. Contra esto, no existe ley alguna” (5,14-23). El cristiano, guiado por el Espíritu, es el ser más libre, porque no está bajo ninguna ley (5,14)

Pablo, tan enérgico en esta carta, hace gala también de una ternura sin igual. “Hijitos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en ustedes. Quisiera hallarme ahora en medio de ustedes para poder acomodar el tono de mi voz, pues no sé cómo hacerlo”. Al escribirles estas palabras tan amorosas, les recuerda a ellos la generosidad que derrocharon con él durante su enfermedad: “Yo mismo puedo asegurarles que ustedes se hubieran arrancado los ojos, de haber sido necesario, para dármelos a mí” (4,15-20)

Esto lo dice Pablo, tan humano y tan santo, que nos apunta en esta carta los principios más altos de la mística cristiana. Leemos palabras como las siguientes.

“Por la fe estoy crucificado con Cristo”.

“Y vivo yo, pero ya no soy yo el que vive, sino que es Cristo quien vive en mí”.

“Esta vida en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo a la muerte por mí” (2,19-29)

“Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo”.

“En adelante, que nadie me moleste, pues llevo en mi cuerpo las llagas de Jesús” (6,14-17)

Hemos adelantado la presentación de esta carta, que no fue la primera de Pablo. Conocemos bien lo que fue para Pablo la misión por Galacia, en el centro del Asia Menor, después de haber recorrido las Iglesias fundadas en el primer viaje apostólico. El problema que le ocasionaron los gálatas con su inconstancia nos ha valido a nosotros esta carta maravillosa, cuyas enseñanzas nos llenan todavía hoy de delicia espiritual.

.094. Filipos. Pablo, en Grecia. Entrada en Europa.

Con la fundación de la Iglesia de Filipos entramos en una de las páginas más bellas de los Hechos de los Apóstoles. ¡Qué dirección la que marca el Espíritu Santo! ¡Qué ilusión la de Pablo! ¡Qué acogida por los habitantes de la ciudad! ¡Qué escena la de la cárcel de Pablo y Silas! ¡Qué recuerdo tan agradecido el de aquellos cristianos! ¡Qué carta de Pablo que merecen los buenos filipenses! En fin, una Iglesia modelo y llena de encantos.

Pablo mantenía el plan de dejar misionadas todas las ciudades importantes del Asia Menor, y, saliendo de la Galacia en el centro-norte, se dirigía a las costas mediterráneas dispuesto a emprender su audaz tarea. Pero el Espíritu Santo en persona le vino a cortar el paso, y le hacía fracasar cuando Pablo menos lo esperaba. Lucas emplea en los Hechos estas expresiones: “El Espíritu Santo les había impedido predicar la palabra en Asia”. “Pero no se lo permitió el Espíritu de Jesús”.

Pablo no atinaba en el porqué de estos estorbos que se le presentaban. Hasta que una noche tuvo una visión. Se le presenta un macedonio, que, de pie delante de él, le pide suplicante: “¡Pasa a Macedonia, y ayúdanos!”. Ni tardo ni perezoso, Pablo se embarca en Tróade, y llega hasta Filipos, la ciudad principal de la colonia romana en la demarcación de Macedonia. Aquí aparece por primera vez Lucas, el querido Lucas, que se introduce sin más diciendo, sin citar su nombre: “En esta ciudad nos detuvimos algunos días”. Va a ser un compañero inseparable y fidelísimo de Pablo, y autor de este precioso libro de los Hechos.

Ya tenemos a Pablo en Macedonia, la tierra de Alejandro Magno, el conquistador; en Grecia, la cuna sabia de la civilización occidental; en Europa: la de Roma, y la Germania, y las Galias, y de la Iberia... ¡Qué momento éste para el Evangelio que trae Pablo!...

¿Y qué hacemos al llegar nosotros aquí? ¿Nos entretenemos en contar los episodios tan hermosos y emotivos de la predicación de Pablo en Filipos, o nos metemos sin más en la carta que escribirá un día a sus queridísimos filipenses?... En el libro de los Hechos podemos leer, con fruición inolvidables, el encuentro primero con aquellas simpáticas mujeres griegas, con Lidia a la cabeza, que escuchan junto a la margen del río en aquel atardecer, y son las primeras en recibir el bautismo;

la aventura de la muchacha pitonisa o adivina, que trae a sus amos buenas cantidades de dinero, hasta que Pablo le echa el demonio que la joven lleva dentro, y la furia de sus amos al perder las pingües ganancias que sacaban con la esclava curada por Pablo;

el tumulto creado contra Pablo y Silas, que paran en la cárcel, de la que se ven libres por aquel terremoto casi divertido en mitad de la noche;

el miedo de las autoridades romanas por el disparate que habían cometido al azotar a semejantes ciudadanos, y cómo Pablo y compañeros salieron de la ciudad, dejando fundada una Iglesia tan prometedora...

No nos detenemos en la narración detallada de estos casos, que podemos leer con placer en el capítulo 16 de los Hechos. Preferimos pasar a la carta que años más tarde escribirá Pablo a esta Iglesia de tantos recuerdos.

Es una carta sencilla, efusiva, de lo más genuino que nos ha dejado Pablo. Aunque a los estudiosos les plantea muchos problemas, que no nos afectan a nosotros. ¿Cuándo y dónde la escribió Pablo? ¿Es una sola carta, o son tres pequeñas cartas unidas después en una sola? Hasta ahora se pensó siempre que Pablo la escribió mientras estaba preso en Roma; después se pensó en la cárcel de Cesarea; hoy, se inclinan algunos por que fue escrita en Éfeso. Se debió al agradecimiento de Pablo por la ayuda que sus queridos neófitos le mandaron para sus necesidades. Fue ésta una ayuda que Pablo, contra toda su costumbre, aceptó complacido. Era principio suyo irrenunciable el no recibir nada como recompensa por sus trabajos apostólicos. Pero con los filipenses, que actuaban con un cariño tan grande, hizo Pablo también una grande excepción. Y estando preso, en Roma o en Cesarea o en Éfeso, es igual, la ayuda llegada de Filipos le solucionaba providencialmente sus problemas.

Si pasamos ya a la Carta, ¿qué vemos en ella? Ante todo y sobre todo, un corazón que ama, que agradece, que se desahoga, que bendice, pues escribe nada más empezar: “Les llevo en mi corazón, tanto en mis cadenas como en la defensa y consolidación del Evangelio. Dios me es testigo de cuánto les quiero a todos ustedes en el afecto entrañable de Cristo Jesús” (1,7-8)

No es una carta doctrinal precisamente, sino familiar, aunque tiene conceptos elevadísimos sobre el Señor. Por eso nosotros, más que fijarnos en doctrina, detenemos nuestra atención en frases sueltas, en conceptos aislados, esparcidos a lo largo de todo el escrito, y que son joyas de elevadísima vida espiritual.

A Pablo le duelen los enemigos de siempre, los judaizantes, pero aquí se encuentra con otros rivales. Son los que le tienen envidia, y, para fastidiarle, se dedican también a predicar el Evangelio sólo con el fin de meterle celos a Pablo. ¡Pobres, no saben con quién se encuentran! Pablo se alegra por el fruto de esta rivalidad, y miremos su respuesta: “Lo hacen con intenciones torcidas, pensando aumentar el dolor de mis cadenas. ¿Y a mí qué? Lo hagan con hipocresía o con sinceridad, allá ellos. Lo que a mí me importa es que Cristo sea anunciado. Esto es lo que me interesa y llena de alegría” (1,15-18)

Tiene a continuación una frase que es todo un mundo: “Para mí el vivir es Cristo”. Es decir, Cristo es la razón de todo mi ser, sentir, pensar, y actuar en mi vida, “y el morir me resulta una ganancia”. ¿Entonces? No sé qué escoger, si el vivir o el morir. “Para mí, mucho mejor el morir, pues así estaré con Cristo, mientras que seguir viviendo es necesario por ustedes” (1,21-24)

A sus queridos filipenses los quiere humildes, sencillos. Y para ello, les propone el ejemplo de Jesús: “Tengan dentro de sí los mismos sentimientos que Cristo”. ¿Y cómo se lo explica? Insertando un himno que es una de las joyas más valiosas del Nuevo Testamento: “Cristo Jesús, siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de esclavo. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y una muerte de cruz! Por eso Dios lo exaltó, y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre, para que al

nombre de Jesús toda rodilla se doble, en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el SEÑOR para gloria de Dios Padre” (2,5-11). Esto es sublime a más no poder.

Fijémonos en otros pensamientos sueltos de Pablo en esta carta.

“Todo lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida en comparación de Cristo. Más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, y lo tengo todo por basura a cambio de ganar a Cristo”. “Por eso, continúo mi carrera para alcanzarlo, como Cristo Jesús me alcanzó a mí” (3,7-8.12)

“Nosotros tenemos la ciudadanía del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará nuestro pobre cuerpo a imagen de su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas” (3,20-21). Hay algo en estas palabras que llama mucho la atención. La “ciudadanía” está expresada con una palabra griega muy interesante: “políteuma”, es decir, la cédula, el carnet de identidad. Y al hablar del esplendor futuro de nuestro cuerpo, igual que el de Jesús Resucitado, Pablo piensa en lo que él vio a las puertas de Damasco: ¡Qué cuerpo el de Jesús glorificado!...

A todo esto, no quiere ver cabizbajos a sus queridos filipenses, y les manda seriamente: “Estén alegres siempre en el Señor; se lo repito, ¡estén alegres!” (4,4)

Y es muy notable en esta Carta aquel párrafo en que les encarga, diríamos, ser unos caballeros, unas damas: “Por lo demás, todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud o valor, ténganlo en aprecio. Todo cuanto han aprendido y recibido y oído y visto en mí, pónganlo por obra” (4,8-9)

En fin, la historia de la Iglesia de Filipos y la Carta de Pablo a los Filipenses constituyen unas páginas que son de lo más bello y estimulante que encierra el Nuevo Testamento.

095. Tesalónica. *Una Iglesia buena y prometedora.*

Tesalónica, una ciudad griega de la Macedonia, fue evangelizada por San Pablo cuando éste marchó de Filipos, y resultó también una Iglesia muy buena y prometedora. El apóstol la quiso mucho y fue la primera a quien Pablo dirigió dos cartas, que son los escritos más antiguos que tenemos en el Nuevo Testamento. Hoy nos toca entrar en Tesalónica, una Iglesia en verdad muy fiel desde el principio.

El capítulo 17 de los Hechos nos lleva a la fundación de otra Iglesia que va traer a Pablo muchas alegrías, por la fidelidad con que iba a responder al Evangelio.

Los inicios de la misión de Pablo en Europa no pudieron ser más felices, a pesar de que Filipos trajo azotes, cárcel y expulsión de la ciudad. Pablo y sus compañeros salen con la ilusión de haber dejado allí bien establecida una Iglesia auténticamente encantadora.

Y dirigen sus pasos a otra ciudad cercana, también de la Macedonia. Se llamaba Tesalónica, por la hermana de Alejandro Magno, y desde la conquista romana era ciudad libre, con magistrados propios, y próspera por el animado comercio de sus habitantes.

Pablo la visita el año 50 ó 51, y se dirige primero, como siempre, a la sinagoga judía. Tres sábados seguidos discutiendo con los judíos, probándoles, con la Biblia en la mano, el Evangelio que él predicaba, cuya síntesis nos han conservado los Hechos: -Convénzanse, Cristo tenía que padecer, morir y resucitar. Ese Cristo es Jesús, a quien yo les anuncio.

Un grupo de judíos, más bien pocos, aceptaron el mensaje, mientras que lo abrazaban muchos prosélitos y griegos, con bastantes señoras importantes, gozosos todos con la fe en el Señor Jesús.

A unos principios tan esperanzadores no podía faltarles la consabida persecución, que vino, como siempre, de los judíos envidiosos, que se lanzaron a la calle y empezaron a reunir a gente maleante que llevase a cabo el tumulto programado. Se presentan en la casa donde se hospedan Pablo y Silas, y, al no encontrarlos, agarran al dueño y lo arrastran entre la multitud alborotada hasta el tribunal de los magistrados romanos. Llevan muy bien preparada la acusación: -Este Jasón ha hospedado a esos revoltosos que se han presentado aquí como en otras partes. Todos ellos actúan contra los derechos del César, pues afirman que hay otro rey, ese Jesús.

Los judíos supieron escoger las palabras de la acusación: Jesús, rival y enemigo del Emperador. Mentían descaradamente. Porque los cristianos no daban a Jesús el título de “rey”, expresamente para no meter ideas contra el César de Roma, sino que lo llamaban siempre “El Cristo” o “El Señor”.

Los magistrados romanos y el pueblo más sensato se alarmaron, como es natural, ante esta acusación. Y, recibida como garantía una fuerte fianza de Jasón, dejaron marchar a Pablo y compañeros, que, de escondidas por la noche, salían hacia la vecina ciudad de Berea, donde Pablo evangelizó con un éxito muy rotundo precisamente entre los judíos. Pero en Tesalónica quedaba establecida una Iglesia entusiasta y segura.

¿Y qué decimos de las dos cartas de Pablo a los tesalonicenses? Son ciertamente las dos primeras que escribió el apóstol, casi seguro que en el año 51. ¿Y cuál fue el motivo? Pablo se hallaba ya en Corinto, y aquí le llegó Timoteo, que regresaba de Tesalónica adonde ha-

bía sido enviado desde Atenas para informarse de los rumores algo preocupantes que llegaban. Las noticias traídas por Timoteo fueron muy buenas. Pero siempre existían algunos reparos sobre la conducta moral de algunos tesalonicenses y también sobre ciertas desviaciones doctrinales. Pablo quiso ir personalmente, “pero me lo ha impedido Satanás” (2,18), es decir, se le presentaron dificultades muy serias. Entonces, suplió el viaje con dos cartas providenciales. Digo “providenciales” en el sentido de que a nosotros nos ha venido muy bien el que Pablo tuviera esa iniciativa de escribir unas cartas, éstas y otras después, que iban a ser luz esplendorosa para la Iglesia de todos los siglos.

Miremos cómo presenta Pablo la primera: “Ustedes se han convertido en modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya. Partiendo de ustedes, ha resonado la palabra del Señor, y su fe en Dios se ha difundido por todas partes, de manera que nada nos queda por decir” (1,7-8). Y les añade con verdadera ternura: “Aunque pudimos imponer nuestra autoridad como apóstoles de Cristo, nos mostramos amables con ustedes, como una madre cuida con cariño de sus hijos. Tanto les queríamos que estábamos dispuestos a entregarles, no sólo el Evangelio de Dios, sino nuestras propias vidas. ¡Han llegado a sernos entrañables!” (2,7-8). Y les daba la razón: “Porque al recibir la palabra de Dios que les predicamos, la acogieron no como palabra de hombre, sino como es en verdad, como palabra de Dios, que permanece activa en ustedes los creyentes” (2,13)

Sin embargo, Pablo pasa a un punto que le preocupa: la vida moral que algunos llevan, porque no acaban de romper con ciertas costumbres paganas. Y les escribe un párrafo precioso, tan repetido en la Iglesia: “Saben las instrucciones que les dimos de parte del Señor Jesús. Porque ésta es la voluntad de Dios: su santificación. Que se alejen de la fornicación; que cada uno de ustedes sepa poseer su cuerpo con santidad y honor, y no dominado por la pasión, como hacen los que no conocen a Dios. Que nadie falte a su hermano ni se aproveche de él en este punto, pues el Señor se vengará de todo esto, como se lo dijimos ya y se lo atestiguamos, pues no nos llamó Dios a la impureza sino a la santidad. Así, pues, el que esto desprecia, no desprecia a un hombre sino a Dios, que les hace el don del Espíritu Santo” (4,2-5)

Como se ve, todo trata del pecado de impureza. Al decir “su cuerpo” parece que se refiere a la propia esposa. El cristiano, con ella tiene bastante para ser feliz. Utilizar a otra u otro, es un pecado del que se vengará el Señor. Pero, dando la vuelta a la hoja, Pablo presenta toda la belleza de la pureza con su razón más alta: el Espíritu Santo que llena el cuerpo y todo el ser del cristiano.

Ese punto moral fue el primer motivo de la carta. Pero había otro estrictamente doctrinal que preocupaba a los tesalonicenses: la suerte de los difuntos. Y Pablo los tranquiliza con esas palabras que tantas veces se nos proclaman en los santos Oficios: Jesucristo que resucitó, nos resucitará con Él. Ni los vivos ni los ya difuntos tienen ventaja los unos sobre los otros, porque en el último día todos, revestidos de inmortalidad, saldremos al encuentro de Jesucristo que vendrá, “y así estaremos siempre con el Señor” (4,13-18)

Estos dos eran los puntos centrales a los que se dirigía toda la epístola. ¿Y qué efecto consiguió? Muy bueno, como era de esperar de los queridos tesalonicenses. Pero surgieron también dudas, incomprendimientos, y malos entendidos. Al cabo de unos dos o tres meses, se enteró Pablo y viene una segunda carta. Una carta que hoy ha sido muy discutida: ¿La escribió Pablo? ¿Fue un falsario? ¿Era una carta posterior?... La autorizadísima Biblia de Jerusalén, viene a decir: Sí; es de Pablo, como siempre lo ha creído la Iglesia. ¿Cómo podría disimularse un estilo tan igual, tal igualísimo, al de la primera carta?

Pero, a todo esto, ¿a qué vino esta segunda misiva de Pablo? Fue originada por la cuestión de los difuntos. Algunos tesalonicenses, interpretando mal lo que Pablo les había escrito, sacaron una mala consecuencia: Si el Señor está cerca, si va a venir pronto para el Juicio, ¿vale la pena preocuparse por el porvenir?, ¿vale incluso la pena trabajar?... Pablo tranquiliza y reprende, las dos cosas. -A los haraganes, que viven entre ustedes “sin trabajar nada, pero metiéndose en todo”, les aviso serio: “si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma” (3,10-11)

Y a todos les enseña la doctrina: -No hagan caso de lo que algunos les aseguran, apoyados incluso en cartas que dicen he escrito yo. “Que nadie les engañe de ninguna manera”. La verdad es ésta: No está cerca el Día del Señor. Antes ha de venir una apostasía general y ha de manifestarse el Adversario, el Anticristo, “que estará señalada por el influjo de Satanás”, ahora sujeto por una fuerza muy superior. Esos que creen en esas mentiras lo hacen impulsados por “un poder seductor, para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la verdad y prefirieron la iniquidad” (2,1-12)

A partir de esta carta de Pablo, la Iglesia ha tenido muy clara la cuestión de la Vuelta del Señor, bien indicada también en los Evangelios. Nadie sabe cuándo será. Puede que falten muchos milenios. El Evangelio ha de llegar antes a todas las gentes. Vendrá después una apostasía muy general. Y todas las fuerzas del Infierno, simbolizadas en lo que siempre se ha designado como el “Anticristo”, darán la última batalla a la Iglesia, al Reino, que se concluirá gloriosamente con la venida del Señor.

Esto fue la Iglesia de Tesalónica, y esto son las dos cartas de San Pablo a Los Tesalonicenses, las primeras que salieron de su pluma para tanto bien de la Iglesia.

096. Corinto. Su Iglesia y las dos Cartas de Pablo.

Son muchas las veces que oímos en la Iglesia: “Lectura de la carta de San Pablo a los Corintios”. ¿No es verdad? Pues hoy nos vamos a ocupar de la Iglesia de Corinto y de las dos Cartas que les escribió San Pablo, tan extensas, tan ricas, tan interesantes. Esta historia y estas cartas son de lo más clásico en la vida del apóstol.

Llegamos hoy a la ciudad de Corinto, después del fracaso que tuvo Pablo en Atenas, en cuyo Areópago se dio cuenta de lo inútil que era predicar el Evangelio con filosofía y palabras de ciencia humana. Ahora, ¡a predicar a Jesucristo Crucificado, y nada más!... Así lo va a hacer en Corinto, que se lleva buena parte del capítulo *dieciocho* de los Hechos de los Apóstoles.

¿Y por dónde comenzamos nosotros? Corinto, al oeste de Atenas, y ya en la península de Acaya, era una de las ciudades más clásicas de Grecia. Comerciante y cosmopolita, con tantas gentes que se arremolinaban en su puerto, llevaba fama, tristemente merecida, de ser una ciudad libre para toda inmoralidad, expresada con una palabra griega que entonces era bien conocida: “corinciáceszai”, “vivir a lo Corinto”, es decir, con todo libertinaje. No había para menos. Su famoso templo de Afrodita, la Venus griega, tenía un templo al que servían mil “sacerdotisas”, mil prostitutas que vivían de su oficio... En esta ciudad cosmopolita, negociante, libre y divertida, con una numerosa colonia judía, entra Pablo, al que le dice el Señor una noche en visión: “No tengas miedo, sigue hablando y no te calles, porque yo estoy contigo; yo me preparo un pueblo numeroso en esta ciudad”. Un año y seis meses va a demorar Pablo en Corinto, entregado a un apostolado intenso.

Como no podía ser menos, Pablo empieza por los judíos, “dando testimonio de que Jesús es el Cristo. Pero como ellos se opusieron y profiriesen blasfemias, Pablo sacudió sus vestidos, y les dijo: Su sangre recaiga sobre su cabeza; yo soy inocente, y desde ahora me voy a los gentiles”. Y con los gentiles, pobres la mayoría, de moral muy baja, pero abiertos a la palabra de Dios, pasará Pablo un año y seis meses, entregado a un apostolado intenso que va a producir mucho fruto.

Cuando Pablo esté evangelizando Éfeso, tendrá siempre el recuerdo de Corinto en la mente, seguirá las peripecias de esta Iglesia, que tantas alegrías y tantos quebraderos de cabeza le habrá dado, y desde Éfeso, en el año 56, con la diferencia de unos meses, escribirá sus dos grandes cartas a los corintios.

Estas cartas son de lo mejor que tenemos para conocer lo que era la vida de las Iglesias fundadas por Pablo: ricas de fe, de dones de Dios, de santidad, de amor, de generosidad; y, a la vez, con una fuerte dosis de debilidades humanas, porque había cristianos que no acababan de dejar por completo sus anteriores costumbres paganas.

Las dos cartas de Pablo a los Corintios son unas muestras palpables de tanta gracia de Dios y también de miserias humanas. En estas dos cartas Pablo se muestra lleno de amor, de agradecimiento, de energía, de dolor, de todos los sentimientos del corazón a la vez.

Más que en otras ocasiones, ahora hemos de decir que, en vez de muchas explicaciones, leamos, leamos estos escritos de Pablo, llenos de tanta sabiduría divina, y con las sombras que se cernían desde el principio sobre la Iglesia. Además, al mirar estas dos cartas, nosotros vamos a dejar aparte, expresamente, los problemas literarios o cronológicos que suscitan, y hasta las vamos a considerar como si fueran una sola carta, es decir, el mensaje de Pablo a la Iglesia de Corinto.

La Primera Carta fue motivada por las noticias que le llegaron a Pablo desde Corinto a Éfeso, unas noticias bonísimas, con otras algo preocupantes.

Los problemas eran principalmente los siguientes.

El trato con los de malas costumbres: “No se mezclen con los impuros..., con quien llamándose hermano, es impuro, avaro, idólatra, borracho o ladrón. Con éstos, ¡ni comer” (IC. 5,9-11)

Divisiones en la comunidad: “Que no haya entre ustedes divisiones; antes bien, que estén unidos en una misma mentalidad y en un mismo juicio” (IC. 1,10)

El apiñarse cada uno con grupos particulares de evangelizadores, aunque la culpa no era de éstos, muy buenos todos: “Existen discordias entre ustedes, porque cada uno dice: ‘Yo soy de Pablo’, ‘Yo, de Cefas’, ‘Yo, de Apolo’, ‘Yo, de Cristo’... ¿Es que está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por ustedes?” (IC. 1,13)

Divisiones incluso en la celebración del culto: “Al reunirse en la asamblea, hay entre ustedes divisiones, y ya no es para comer la cena del Señor” (IC.11,17-20)

Inmoralidad, partidismos, desunión... Todo esto preocupó seriamente a Pablo. Pero, junto a esos problemas, ¡cuánta gracia de Dios en la Iglesia de Corinto! Por ejemplo, veamos lo siguientes aspectos.

A la par de la inmoralidad denunciada, se metió hondamente el ideal de la virginidad y celibato: “Me preguntan a ver si el hombre puede abstenerse de mujer”. O la mujer no buscar marido, es igual. Pablo les admira, pero, sensato y muy humano, les dice: “Yo les quisiera como yo”, célibes. “Pero cada uno tiene su propio don de Dios. Y, por lo mismo, que cada uno permanezca en la situación en que estaba cuando abrazó la fe”: el casado, casado; el célibe está libre, y haga lo que más le convenga... Todo el capítulo *siete* de la Primera Carta resulta una maravilla por el ideal de la pureza, tanto virginal como conyugal.

Estaba también el uso de los carismas, porque el Espíritu Santo se había derramado sobre la Iglesia de Corinto de una manera pasmosa, ya que han “sido enriquecidos en todo” (IC.1,5), y el capítulo *doce* de la Carta Primera es luminoso y plenamente válido para la Iglesia de todos los tiempos sobre este punto de los dones del Espíritu.

La caridad con los pobres brilló esplendorosa cuando la gran colecta para la necesitada Iglesia de Jerusalén: “Me glorío ante los macedonios diciéndoles que Acaya está preparada desde el año pasado, y su celo ha estimulado a muchísimos” (2C. 9,2)

Todos estos puntos, los negativos como los positivos, inspiraron a Pablo páginas de doctrina sublimes, como la Eucaristía, la Resurrección, la Caridad, el Ministerio apostólico.

Sobre la Eucaristía nos dio el primer testimonio escrito del Nuevo Testamento: “Yo recibí del Señor lo que les transmití: que el Señor Jesús tomó el pan..., tomo el cáliz..., Esto es mi cuerpo..., esta es mi sangre... Por lo mismo, cada vez que coman este pan, cada vez que beban este cáliz, anuncian la muerte del Señor hasta que vuelva” (1C. 11,23-27)

Sobre la Resurrección de Jesús y la futura resurrección nuestra tiene Pablo todo el capítulo *quince* de la Primera Carta, que resulta arrebatador, y lo concluye: “Así pues, hermanos míos amados, manténgase firmes, incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que su trabajo no es vano en el Señor” (1C. 15,58)

Y sobre la caridad, ¿qué dice? La caridad, el amor cristiano, ha tenido en Pablo un panegirista y un cantor ni superado ni superable. Es imposible escribir algo más grande que ese capítulo 13 de la Primera Carta. “Si no tengo amor, no soy nada... La caridad no acaba nunca”.

¿Y sobre el Ministerio apostólico? Los capítulos *dos* al *seis* de la Carta Segunda resultan grandiosos, igual que sus intuiciones sobre la vida eterna. Entusiasman, sencillamente.

Y los capítulos *once* y *doce* de esta misma Carta Segunda, al hacer la defensa de su ministerio contra los enemigos que se han levantado contra él, se convierten en la mayor apología de los apóstoles y misioneros de la Iglesia en todos los tiempos.

¿Para qué seguir más? En estas dos cartas, quizá porque Pablo no escribía del todo seguido, se mezclaban unos asuntos con otros, y el desorden es el único orden que hay que buscar en ellas, aunque las dos cartas resultan formidables. Al fin y al cabo, Jesucristo lo llena todo, y todo queda compendiado en aquel apóstrofe arrebatador, que escribe de su puño y letra después de la firma de la Carta Primera: “Y si alguno no ama a nuestro Señor Jesucristo, ¡que sea maldito!”. Y añade, para los que crean que Pablo es muy enojado: “Les amo a todos en Cristo Jesús”.

097. Éfeso. Pablo en la cumbre de su apostolado.

Hoy vamos a ir con San Pablo a Éfeso, ciudad donde pasará tres años desarrollando un apostolado intenso, y que extenderá eficazmente a bastantes puntos más del Asia Menor. La estancia de Pablo en Éfeso está llena de episodios muy interesantes, y con el nombre de Éfeso figura en el Nuevo Testamento una carta dirigida a esta comunidad cristiana tan privilegiada, carta que nosotros examinaremos también para edificación nuestra.

Pablo había escrito a los de Corinto: “Se me ha abierto una puerta grande y prometedora” (IC. 16,9), ¡y tan prometedora!, porque aseguran los Hechos: “Pudieron oír la palabra del Señor todos los habitantes de Asia” (I9,10)

¿A qué se refería Pablo? A la fundación de la Iglesia de Éfeso, la espléndida capital de la provincia romana de Asia, abierta con su puerto al Mediterráneo, el “Mar nuestro” del Imperio, ciudad en la que Pablo va a pasar tres años de un apostolado muy fecundo, irradiado a otras ciudades del valle del Lico, como Colosas, evangelizadas o por Pablo en persona o, más bien, por los compañeros que Pablo tiene a su disposición como colaboradores incondicionales.

Resulta sumamente interesante la actividad de Pablo en Éfeso, conservada en los capítulos *dieciocho*, *diecinueve* y *veinte* de los Hechos.

Pablo gasta tres meses anunciando a Jesús en la sinagoga judía, con tan pocos resultados y tantas contradicciones, que al fin la abandona y se dirige con su grupo de colaboradores a la escuela de Tirano donde cada día, precisa una nota antigua, de once de la mañana a cuatro de la tarde, enseñaba sin cesar a los paganos y donde cosechó frutos muy abundantes.

Entre los episodios curiosos de estos tres años está, ante todo, el de los exorcistas judíos, de los cuales el demonio se rió descaradamente, al arremeter contra ellos, y dejarlos desnudos y cubiertos de heridas, porque para su magia utilizaban los nombres de Jesús y de Pablo. El demonio les soltó: “Sé quién es Jesús y quién es Pablo. Pero ustedes, ¿quiénes son?”...

Aunque el caso más sonado de todos fue la revuelta que originó en la ciudad el principal orfebre de estatuas de Diana, o Artemisa, la diosa que veneraba Éfeso y toda su comarca. Está descrita con detalle en los Hechos aquella revuelta o manifestación tan imponente como insensata, que llevó a todos los habitantes de la ciudad hasta el anfiteatro, donde se pasaron dos horas gritando desaforadamente, sin saber por qué motivo: “¡Grande es Artemisa, la gran diosa de los efesios!”. Todo había sido organizado por los negociantes de la diosa, que veían cómo el negocio se les mermaba gravemente por la nueva fe que predicaba Pablo. El valiente apóstol no se arredró y quiso presentarse ante la multitud allí congregada. Pero los compañeros, temerosos de que lo iban a linchar, le disuadieron y hasta le aconsejaron que saliera de la ciudad. Pablo entonces dejó Éfeso y se dirigió hacia Corinto en visita muy oportuna.

Como ya hemos hecho en otras clases al relatar la fundación de las Iglesias, vamos también en ésta a alterar el orden, y a presentar ya desde ahora la Carta de San Pablo a los Efesios. Carta profunda, quizá como ninguna otra de Pablo, con enseñanzas magistrales, pero también con problemas difíciles de resolver.

¿Cuál es la fecha de su composición? Si fue escrita por el mismo Pablo, hay que situarla en Roma durante la primera prisión del apóstol en los años 61-63. Es posible que Pablo encomendara la redacción a un discípulo suyo, dotado de buena imaginación creadora, pero bajo la supervisión directa del mismo Pablo.

Esta carta tiene unas afinidades sorprendentes con la dirigida a los de Colosas, de la que toma muchas cosas, ya que fue escrita primero la de los colosenses, aunque en la Biblia figura después de Efesios y con la de Filipenses intercalada entre las dos.

Parece lo más seguro que Pablo no dirigió esta Carta directamente a los de Éfeso, sino que fue una carta circular para todas las Iglesias o centros misionados por Pablo en aquellas ciudades aledañas a la Capital romana del Asia, por lo cual se ha pensado que esta carta es la misma de Laodicea, citada por Pablo en la de los Colosenses (4,16). Para nosotros es igual. Esas otras cuestiones se las dejamos a los estudiosos especializados.

¿Qué nos dice Pablo en la riquísima Carta a los Efesios? Nada más empezar la carta, al describirnos el plan divino de la salvación, empieza con un himno grandioso: “¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado con toda clase de bendiciones celestiales en Cristo, porque nos eligió en él antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos, inmaculados, y amantes en su presencia!”...

Este himno, incluye esas palabras que tantas veces repetimos: El misterio, o plan de Dios, es “recapitular en Cristo todas las cosas”, es decir, Dios quiere que “todas las cosas tengan a Cristo por cabeza, lo mismo las del cielo que las de la tierra” (1,10). En Cristo encuentra todo su unidad, y todo lo que no está con Cristo y en Cristo está lejos de Dios. Este es el pensamiento fundamental de toda la Carta a los Efesios.

Por eso, Dios empezó por desplegar todo su poder en Cristo, “resucitándole de entre los muertos y sentándole a su derecha en los cielos”. Jesucristo es muy superior a todos los ángeles. Por eso, “Dios le sometió todo bajo sus pies y lo constituyó cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo” (1,20-23)

Los paganos que han aceptado el Evangelio, y a los que va dirigida la Carta, saben muy bien que antes no eran el pueblo de Dios, sino que lo eran los judíos. Pero ahora ha venido Jesucristo, el cual ha hecho de los dos pueblos uno sólo. Es magnífico ese párrafo en que compara la suerte de los dos pueblos: “En otro tiempo ustedes, los gentiles, estaban lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora, en Cristo Jesús, los que antes estaban lejos, han llegado a estar cerca por la sangre de Cristo..., porque él ha derribado el muro que los dividía..., y ha creado en sí mismo de los dos un Hombre Nuevo” (2,11-15)

Entonces, los cristianos venidos del paganismo se consideran como piedras vivientes en el edificio de la Iglesia: “Ya no son extraños ni forasteros, sino conciudadanos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo mismo la piedra angular, en quien todos ustedes están siendo edificados para ser morada de Dios en el Espíritu” (2,19-22)

Abismado Pablo en lo que contempla, pide a Dios Padre que les conceda conocer, mediante la acción del Espíritu, “que Cristo habita por la fe en sus corazones, para que fundamentados y arraigados en el amor, puedan comprender con todos los santos la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, y les llene de toda la plenitud de Dios” (3,16-19)

Doctrina tan sublime sobre la vocación cristiana, sobre Cristo y su Iglesia, ¿se va a quedar toda en teoría? No. Ahora se va a traducir en vida genuinamente cristiana.

De unión fraterna, ante todo. Y para eso les da las razones más profundas que pueden pensarse: “Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como es una la esperanza a la que y han sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos” (4,4-6). Ante esto, ¿cómo sería posible no amarse?

Se fija Pablo especialmente en la moral familiar, para la cual da también una razón suprema, como es la unión de Cristo con su Iglesia: “Como la Iglesia está sumisa a Cristo, así las mujeres a sus maridos en todo... Y ustedes, maridos, amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (5,21-25). A los hijos, a los amos, a los siervos..., a todos les dirige una palabra para mantener vigorosa la familia como institución de Dios (6,1-9)

Y acaba: ¿Quieren mantenerse firmes siempre? Tomen en sus manos la armadura de Dios, como el soldado en el frente de batalla. Describe Pablo esa armadura, consistente en la verdad, la justicia o santidad, el celo por el Evangelio, la fe, la oración en el Espíritu... (6,10-18)

Ciertamente que, en conjunto, esta Carta a los de Éfeso resulta una de las más difíciles de seguir, pero es también una de las más aleccionadoras epístolas de Pablo.

098. Colosas. *Las Cartas a los Colosenses y a Filemón.*

La Iglesia de Colosas nos mereció dos cartas preciosas de Pablo: la dirigida a los Colosenses y otra a un cristiano en particular: Filemón. Son los dos escritos que hoy van a ocupar nuestra atención, ambos de enseñanzas magníficas, sobre el misterio de Cristo la primera, y la otra sobre la dignidad de la persona humana. Dos joyas más de Pablo.

Al hablar de la misión de Pablo en Éfeso vimos cómo su actividad se expandió hacia las ciudades de todo el Valle del Lico, evangelizadas por sí mismo o por sus colaboradores más inmediatos. Esto ocurrió con la ciudad de Colosas, que parece fue evangelizada por Épafras y algún otro de sus colaboradores más señalados. El caso es que Pablo no fue el fundador directo de la Iglesia colosense, aunque fuera tan querida de él, y a la que posteriormente dirigió esta Carta magnífica sobre el misterio de Cristo.

La ciudad de Colosas no tenía la importancia ni la significación política o social de Éfeso, por ejemplo; había sido en otro tiempo una población grande, y ahora, venida a menos, estaba compuesta de griegos, de judíos y de una gran colonia de indígenas frigios. Toda su riqueza le venía de la industria derivada de la cría de ovejas, con sus numerosos y nutridos rebaños.

En Colosas se desarrolló una ejemplar Iglesia cristiana, que nunca había sido visitada por Pablo. Entonces, ¿dónde, cómo y por qué fue escrita esta carta? ¿Y la otra a Filemón, un cristiano particular de Colosas?

Hemos de decir cosas muy iguales que las afirmadas sobre la Carta a los Efesios. Las dos parecen hermanas gemelas. Y por más que en la Biblia figura la de Efesios antes que la de Colosenses, fue escrita primero la de Colosas y después la de Éfeso.

Dejando que los especialistas aclaren los puntos discutidos, digamos que es cierto eso de que el estilo de esta carta no se parece al de Pablo en aquellas cartas anteriores, que ya conocemos o vamos a conocer también con la de los Romanos, escrita mucho antes que ésta a los colosenses. Las ideas son todas de Pablo, aunque el estilo es diferente. Y es que han pasado algunos años y Pablo está en Roma mucho más tranquilo, preso pero con custodia libre. Cambiadas las circunstancias, cambia también el estilo de hablar y escribir.

Por más que la carta a los Romanos fue bastante anterior a éstas de Efesios y Colosenses, nosotros estudiamos éstas dos junto con la evangelización de Pablo en estas Iglesias. La de Colosenses, como la de Efesios, fue escrita casi seguro en Roma entre los años 61 y 63, durante la primera prisión de Pablo en la Capital del Imperio.

¿Y por qué la escribió Pablo? Épafras fue a visitar a Pablo en su prisión llevándole noticias sobre la situación de la Iglesia en Colosas. Se habían introducido doctrinas erróneas sobre los ángeles y potestades celestes, como dominadores del mundo e intermediarios de Dios. Estas ideas eran debidas a unas corrientes de pensamiento griegas sobre misterios

extraños, mezcladas además con otras apocalípticas judías, y que comprometían la supremacía de Cristo.

Según esas extrañas teorías grecojudías, muy propias de los frigios, aunque aquellas potestades actuaban en el mundo. Pero Pablo enseña ahora que todas están sometidas a Cristo, el cual es no sólo Cabeza de la Iglesia sino también el “pléroma”, o sea, la *plenitud* de todo lo creado.

Cuando Pablo haya expuesto todas estas sus ideas, deducirá aplicaciones muy oportunas sobre la vida cristiana, ya que Jesucristo es la Cabeza de todos los cristianos, que con Él no forman sino un solo cuerpo.

Si tenemos claro todo esto, podemos meternos sin más en la lectura de esta Carta tan profunda sobre el misterio de Jesucristo y que tiene párrafos tan sugerentes y normas de vida tan prácticas.

Para saber cómo eran los colosenses y lo bien que se conservaban, basta leer estas palabras del saludo de Pablo: “Damos gracias sin cesar a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por ustedes en nuestras oraciones, al tener noticia de su fe en Cristo Jesús y de la caridad que tienen con todos los santos” (1,3-4). Semejantes cristianos no infundían ningún miedo.

Preocupaba a Pablo el que se dejaran arrastrar por esas teorías sobre la suprema autoridad y poder de los ángeles y potestades superiores sobre Jesucristo, y Pablo les escribe unas palabras auténticamente colosales:

Jesucristo, “es imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades: todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia, . Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todas las cosas: las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz” (1,15-20)

Como vemos, este párrafo es de lo más grandioso que hay sobre Jesucristo en la Biblia, y con ello quedaba zanjada toda la cuestión que preocupaba a los de Colosas: Jesucristo es lo primero; Jesucristo es lo supremo; Jesucristo es principio y fin de todo; Jesucristo es el centro en el que todo converge y todo se apoya; Jesucristo es el único que tiene la salvación; Jesucristo es no sólo Cabeza de la Iglesia, sino la plenitud de todas las cosas creadas.

Ahora bien, si esto es Jesucristo sobre todo para nosotros, miembros de su cuerpo, ¿qué relación hemos de tener con Jesucristo ya en este mundo, aunque Él esté en el Cielo? Nos lo dice Pablo con otro párrafo también formidable: “Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Aspiren a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios.

Cuando aparezca Cristo, que es su vida, entonces aparecerán también ustedes gloriosos con él” (3,1-4).

Con semejante doctrina sobre Jesucristo y sobre nosotros mismos, ya se ve el poco caso que hay que hacer de los que nos vienen con teorías de purificaciones, ayunos y prácticas inútiles para la salvación. Por eso Pablo, en el capítulo tres nos da tales consejos de vida cristiana que son de lo más precioso y estimulante. Podemos traer aquí frases sueltas de toda la Carta, tan sugerentes, aunque sea sacándolas de su contexto.

“Procedan de una manera digna del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios”.

“Dios los ha reconciliado para presentárselos delante de Él santos, inmaculados e irreprehensibles”.

En Cristo “reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y ustedes alcanzan toda la plenitud en él”.

“Cristo es todo en todos”.

“Por encima de todo, revístanse del amor, que es el broche de la perfección”.

“La palabra de Cristo abunde en ustedes en toda su riqueza”.

“Todo cuanto hagan, de palabra o de obra, háganlo todo en el nombre del Señor Jesús”.

“Sean perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias”.

Dichos como éstos son todo un mundo para meditar, orar, y llenarse de Cristo y de Dios.

¿Y qué decimos de la carta dirigida a Filemón? Era éste un distinguido cristiano de Colosas, a quien se le escapó un esclavo, Onésimo, el cual podía esperar un tremendo castigo si su amo daba con él... Mientras Pablo está prisionero, convierte y bautiza a Onésimo, y escribe por él a su dueño: “Te ruego a favor de mi hijo, a quien engendré entre cadenas, Onésimo... Te lo devuelvo como mi propio corazón, aunque yo lo querría retener conmigo”.

Esta carta tan breve de Pablo es una joya de valor inapreciable. Resultan inútiles todos los comentarios. Léida, nos descubre el corazón inmenso de Pablo, el cual le da dentro de la Iglesia a la esclavitud antigua una puñalada de muerte. Con los principios establecidos por Pablo y el ejemplo vivo de Filemón, la esclavitud caerá por sí misma de manera irreversible allí donde se introduzca o llegue la influencia de la Iglesia.

Colosas. Una ciudad no evangelizada por Pablo. Pero que nos ha merecido del Apóstol dos cartas preciosas de verdad.

099. La Carta a los Romanos. *Pablo preparando su visita a Roma.*

Hoy vamos a ver a San Pablo escribiendo la Carta a los Romanos. A los Romanos y a todos nosotros, pues esa epístola sigue siendo un faro luminoso para la Iglesia de siempre. En ella vemos brillar en todo su esplendor el plan de la salvación trazado por Dios, fundamentado en la fe, realizado en Cristo, y que se traduce en una vida santa de todos los creyentes.

En este momento que estamos viendo de los Hechos de los Apóstoles, no conocemos nada de la Iglesia de Roma, a no ser alguna referencia lejana y confusa. ¿Quién la fundó? ¿Cuándo? ¿Quién está al frente de ella?... Por Pablo, al escribirle a Roma la más grandiosa de sus Cartas, sabemos que en Roma había una Iglesia fuerte y ejemplar, pero nada más.

Entonces, ¿qué hacemos hoy? Nos limitaremos a conocer esa Carta que es el escrito cumbre de Pablo, redactada y enviada como un anuncio de su proyectada visita a la Roma imperial.

Conocemos ya la Iglesia de Corinto, a la que Pablo ha escrito también dos Cartas magnificas. Acabada su misión en Éfeso, el invierno del año 1957-1958 lo pasa en Corinto, estaba que aprovecha para escribir esta carta, antes de ir a Jerusalén y de aquí a Roma.

Nos damos cuenta, por lo mismo, de que en las lecciones anteriores hemos alterado el orden cronológico, al haber presentado y estudiado las cartas a los Efesios, Colosenses y Filemón, las cuales fueron escritas varios años después que la de los Romanos.

¿Y qué decimos de la carta a los Romanos? El mismo Pablo nos da la razón de ella. Pablo no ha estado nunca en Roma, a pesar de que le ilusiona enormemente ir a la Capital del Imperio, de cuya Iglesia ha oído maravillas: “Su fe es alabada en todo el mundo... Incesantemente me acuerdo de ustedes... Ansío verlos, para sentir entre ustedes el consuelo mutuo de la fe común: la suya y la mía” (1,8-13)

Según su costumbre inalterable, no quiere ir a un terreno ya sembrado por otro. Como en Roma ya existe una Iglesia fuerte, bien organizada y muy fiel al Evangelio, Pablo no tiene que hacer allí nada. Por lo mismo, la visita que proyecta es de pura cortesía, de gran afecto, de desahogo divino, y no quiere privarse del gran placer de estar con los Romanos que forman una Iglesia modelo: “No teniendo ya campo de acción en estas regiones, y deseando vivamente desde hace muchos años ir a verlos, cuando me dirija a España, espero verlos al pasar, y ser encaminado por ustedes allá, después de haber disfrutado un poco de su compañía” (15,23-24)

Pablo escribe esta carta en Corinto, desarrollando lo que había escrito en Gálatas. Es el escrito cumbre de Pablo, la carta más pensada, la mejor sistematizada, el legado doctrinal más denso salido de su pluma.

Después de los obligados saludos y presentación, Pablo pasa a exponer la tesis, es decir, el principio de donde arranca toda la doctrina que va a desarrollar a lo largo de la epístola. Y lo condensa en esta sola frase: “El justo vive de la fe” (1,17). Es decir, la justicia, la san-

tidad, la salvación, nos vienen por la fe en Jesucristo, “para todos los que creen”, “pues todos, absolutamente todos pecaron y están privados de la gracia de Dios” (3,22-23). ¿Es cierto esto de que todos pecaron? En el capítulo *uno* presenta un cuadro aterrador de los vicios de los paganos, y en el capítulo *dos* acusa sin piedad a los judíos, que pecaron lo mismo que los paganos a pesar de la Ley que tenían de Dios. Total, que todos pecadores por igual.

Entonces, ¿por dónde nos va a venir la salvación? Los paganos no la tenían de ninguna manera. Los judíos no la obtuvieron por la Ley de Moisés. No queda más que la fe en Cristo Jesús. Éste es el pensamiento que Pablo desarrolla entre los capítulos del *tres* al *siete*.

Hemos de decir noblemente que cuesta a veces seguir a Pablo en su argumentación. A nosotros nos basta ahora tener clara esa idea: la salvación la tenemos por la fe en Jesucristo, “que fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación” (4,25)

En estos capítulos primeros sobre el pecado y la Ley, destruido por Dios con la gracia que nos da generosamente en Jesucristo, tiene Pablo sentencias preciosas y profundas, como éstas, que sacamos de su contexto:

“Donde abundó el delito sobreabundó la gracia” (5,20)

“Habiendo recibido de la fe la justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo” (5,1)

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (5,5)

“El salario del pecado es la muerte; pero el don de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (6,23)

Todo lo que Pablo dice del pecado suplantado por la gracia, lo podríamos ver compendiado en esos versículos sobre la resurrección de Jesús y bautismo del cristiano: “Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte ya no tiene señorío sobre él. Así también ustedes, considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús” (6,8-11)

Toda esa primera parte confluye en el capítulo *octavo*, que resulta auténticamente grandioso. La vida en el Espíritu, nuestra filiación divina, la vocación a la gloria..., los trata Pablo de manera arrebatadora. Pero es arrebatador sobre todo el himno triunfal sobre el amor de Dios en Jesucristo, con que concluye todo:

“¿Qué diremos a todo esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?... ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿la angustia? ¿la persecución? ¿el hambre? ¿la desnudez? ¿los peligros? ¿la espada?... En todo esto salimos más que vencedores por aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro (8,31-39)

Aquí y así acaba la exposición doctrinal de esta carta única. Pero Pablo sigue hablando, pues no está sino a la mitad de su escrito. Y en la segunda parte de la carta aborda temas importantes, el primero de los cuales es la suerte de los judíos, el pueblo elegido, que de momento se ve alejado de la entrada en el Reino del tan suspirado Mesías. ¿Por qué Israel no acepta a Jesús? ¿Por qué Dios permite ese alejamiento? Los capítulos *nueve, diez y once* se ocupan de este asunto lacerante. Sin embargo, la conclusión es del todo consoladora. Esa obstinación del pueblo judío es sólo temporal. Cumplido el designio de Dios, Israel reconocerá y aceptará a Jesús como el Cristo esperado. Y entonces, ¡hay que ver cómo será la plenitud de la gracia sobre el pueblo elegido! “Todo Israel será salvo. En cuanto que fueron elegidos, son muy amados en atención a sus padres. Porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables” (11,26-29)

Considerados también como doctrinales esos tres capítulos sobre los judíos, viene la última parte de la carta, del capítulo *doce* al *dieciséis*, llamada “parenética”, es decir, de exhortación, moral, práctica, de consejos para la virtud cristiana.

Y comienza con un versículo tantas veces repetido en la Iglesia: “Les exhorto, hermanos, a que se ofrezcan ustedes mismos como una hostia viva, santa, agradable a Dios, porque éste será su culto espiritual”. El cristiano está unido a Cristo en un mismo y único sacrificio. Ya no se trata en el culto cristiano de los sacrificios de la Ley antigua, corderos y toros que sustituían a la persona. No. Ahora la víctima es el mismo cristiano, que al no acomodarse al mundo, “se conforma con la voluntad divina, haciendo siempre lo bueno, lo agradable a Dios, lo perfecto” (12,1-2)

De este principio, ¡el cristiano una víctima que se ofrece de continuo a Dios!, se seguirá todo lo que añade Pablo hasta el final de la carta: la humildad y la caridad; la sumisión a las autoridades civiles; el servicio a todos, conforme a los propios carismas y dones de Dios. Todos sus consejos, los ofrecerá Pablo resumidos en unas palabras geniales: “Con nadie tengan otra deuda si no es el amor mutuo. Pues el que ama al prójimo ha cumplido toda la ley. Ya que la caridad es la ley en toda su plenitud” (13,8-10)

¡Hay para agradecer a Dios el que inspirara a Pablo una carta como ésta a los Romanos!...

100. Pablo en Jerusalén. *La última visita a la Iglesia madre.*

Volvemos con Pablo a Jerusalén, en su último viaje a la Ciudad Santa. Con la visita de Pablo, es la última oportunidad que tiene el pueblo judío de escuchar el Evangelio de Jesús como hasta ahora no se le había anunciado, con una publicidad que nos remonta a los días de Pentecostés. El testimonio del apóstol es valiente, decisivo, lleno de amor a su pueblo. Nosotros lo seguimos con verdadera emoción.

Hemos acompañado a San Pablo en sus correrías y nos hemos deleitado con sus cartas. Hoy, seguimos con él en su viaje último a Jerusalén, con todas las peripecias que nos narra Hechos de los Apóstoles desde el capítulo *veintiuno* al *veintiséis*. Dios le da a Pablo la ocasión de dar un testimonio sobre Jesucristo que podría ser, hablemos así, como el resumen y el compendio de todos los que ha dado en tantas sinagogas de los judíos.

Para los habitantes de Jerusalén, esta visita de Pablo será la última oportunidad de oír el mensaje del Evangelio de una manera tan solemne y tan popular, antes de que venga sobre la Ciudad Santa la catástrofe anunciada y temida desde los tiempos de Jesús. A partir de este hecho, Jerusalén ya no va a salir más en los escritos del Nuevo Testamento. Por eso le dedicamos al viaje de Pablo esta lección expresa en nuestro Curso.

Todos sabemos lo valiente que es Pablo, el cual no se doblega por nada. Sin embargo, es un hombre que, como Jesús ante Jerusalén o en el Huerto de Getsemaní, no puede ocultar sus temores y hasta miedo por lo que le espera. Es emotiva de verdad la despedida que hace a los presbíteros y ancianos de Éfeso en Mileto: “Encadenado en mi espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; solamente sé que el Espíritu Santo en cada ciudad me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones”. Al final, “todos rompieron a llorar y, arrojándose al cuello de Pablo, le besaban, afligidos sobre todo por lo que les había dicho: que ya no volverían a ver su rostro. Y fueron acompañándole hasta la nave” (*Hechos* 20,22-23; 36-38)

En medio del viaje, sigue otra escena emocionante, atestiguada por Lucas, el autor de Hechos. Al llegar a Cesarea, se hospedan en casa de Felipe, aquel diácono y evangelizador, y viene a ellos Ágabo, un hermano de Jerusalén que profetizaba. Dejamos la palabra a Lucas, el testigo presencial: “Se acercó Ágabo a nosotros, tomó el cinturón de Pablo, se ató sus pies y sus manos, y dijo: ‘Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al hombre de quien es este cinturón. Y lo entregarán en manos de los gentiles’. Al oír esto nosotros, le rogamos que no subiera a Jerusalén. Entonces Pablo contestó: ‘¿Por qué han de llorar y destrozarme el corazón? Pues yo me encuentro dispuesto no sólo a ser atado, sino a morir también en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús’. Como no se dejaba convencer, dejamos de insistir y dijimos: Hágase la voluntad del Señor” (*Hechos* 21,10-14)

Éste era Pablo. Y en Jerusalén sucedió lo que tenía que suceder. La comunidad cristiana lo recibió con la alegría del hermano que así predicaba y convertía a los gentiles. Pablo les entregó oficialmente la gran colecta que había hecho en todas las Iglesias a favor de los pobres de la comunidad de Jerusalén. Pero hubo de sufrir la amargura de los que persistían

en la conveniencia, aunque no en la necesidad, de que los gentiles convertidos aceptaran las costumbres de la Ley. Fue ésta una amargura muy grande para Pablo, que disimuló, calló, y se preparó para lo que le esperaba de parte de los judíos.

Por hacer caso a lo que le proponían de entrar en el Templo con unos hermanos judíos que habían hecho un voto, vino lo que vino. Reconocido Pablo por unos judíos enemigos, se armó el motín y se levantó en manifestación tumultuosa toda la ciudad, con gritos desahorados: “¡Ánimo, israelitas! Éste es el hombre que va enseñando por todas partes contra el pueblo, contra la Ley y contra este Lugar santo”. A punto ya de lincharlo, avisan al tribuno romano en la Torre Antonia: “Toda Jerusalén está revuelta”.

Llegaron a tiempo los soldados romanos, que ligaron a Pablo con cadenas y, para salvarlo, alzado en hombros lo llevaron hasta el cuartel, mientras la multitud seguía vociferando: “¡Mátalo, mátalo!”. Encima ya de las escaleras de la Torre Antonia, Pablo pide hablar ante la muchedumbre; se lo concede el tribuno romano, y, al empezar su discurso en lengua hebrea, se hizo un silencio sepulcral, mientras Pablo narraba su conversión. Pero cuando llegó a decir el encargo del Señor: “Yo te voy a enviar lejos, a los gentiles”, la multitud vociferaba hasta el paroxismo: “¡Quita a ése de ahí, que no merece vivir!”...

Un incidente con el centurión va a ser la gran providencia de Dios con Pablo. Cuando ya lo habían ligado con correas para azotarlo y sacarle la verdad, Pablo sale por sus derechos: “¿Pueden ustedes azotar a un ciudadano romano sin haberle juzgado?”. ¡Santos cielos el susto del centurión! Le avisa al tribuno, que tiembla ante la orden que había dado: “Pero, ¿que tú eres ciudadano romano? Yo adquirí la ciudadanía con una fuerte suma de dinero”. Y Pablo: “Pues yo la tengo por nacimiento”. A partir de este momento, las autoridades romanas se pusieron sin más de parte de Pablo, y los judíos, a pesar de todas sus argucias y maquinaciones, no iban a conseguir nada.

La escena del día siguiente en el Sanedrín resultó casi cómica. Pablo, listo como él solo, empieza a hablar ante los sumos sacerdotes, ancianos y componentes de la Asamblea: “Soy fariseo de la más pura raza, y me juzgan por mi esperanza en la resurrección de los muertos”. No mentía, porque predicaba a Jesús Resucitado. Y como los fariseos afirman la resurrección, y los saduceos la niegan, se armó la tremenda en el Sanedrín, y a Pablo no le pasó nada, aunque cuarenta fanáticos se juramentaron no comer ni beber nada hasta haber matado a Pablo.

Pero aquella noche Pablo, agotado, perseguido por todos lados, tuvo la aparición del Señor, que le dijo: “¡Ánimo! Pues así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, lo vas a dar también en Roma”.

Cómo empezaron a respetar a Pablo las autoridades romanas, se ve por el descubrimiento de la conjura de aquellos cuarenta que lo iban a asesinar. El tribuno de la Torre Antonia organiza una expedición militar en regla para proteger a Pablo, que con doscientos soldados y setenta lanceros lo mandaba en mitad de la noche al Procurador romano residente en Cesarea. Allí quedaba custodiado en el mismo palacio de Herodes, convertido en residencia

del Procurador. Aquí recibió Félix a los acusadores judíos, encabezados por el Sumo Sacerdote Ananías y un abogado que presentaba oficialmente la acusación. Cuando le tocó a Pablo su defensa lo hizo muy bien, y los judíos no sacaron nada. El Procurador Félix, que estaba al tanto de lo que era “El camino”, la nueva religión cristiana, dio largas a los judíos y se quedó con Pablo, al que concedió una prisión moderada, bajo la custodia de un soldado, y con la orden de que nadie le impidiera recibir a los suyos. Así, hasta que al cabo de dos años Félix fue sustituido por Festo.

El nuevo Procurador recibió a los judíos acusadores, y, queriendo congraciarse con ellos, propuso a Pablo: “¿Quieres subir conmigo a Jerusalén para ser allí juzgado?”. Pablo no cayó en la trampa, y llegó para él, ciudadano romano, el momento decisivo: “Yo no he cometido delito alguno ni contra la Ley de los judíos ni contra el Templo ni contra el César. Si soy reo de algún delito o he cometido algún crimen que merezca la muerte, no rehúso morir. Pero si eso de que éstos me acusan es falso, nadie puede entregarme a ellos. Apelo al César”. Festo no tuvo más remedio que responder: “¿Al César has apelado? Pues, al César irás”. Los judíos no tuvieron nada más que hacer. Habían perdido no una batalla, sino la guerra contra Pablo. Pablo tendrá que ir a Roma.

¿Qué vino después? Es magnífica la actuación de Pablo cuando se presentó ante el rey Agripa y su esposa Berenice, en presencia también de Festo, el Procurador romano. Pablo habló magistralmente, relató de nuevo la aparición de Damasco, y dejó admirados a todos, empezando por Agripa, que le contesta con humor: “Por poco me convences para que me haga yo también cristiano”. A lo que replica Pablo: “Quiera Dios que por poco o por mucho, tú y todos los que me escuchan hoy. llegaran a ser tales como soy yo, a excepción de estas cadenas”. Y todos convinieron: “Debería quedar libre este hombre si no hubiera apelado al César”.

Así que ya lo sabemos: nos espera un viaje con Pablo hasta Roma...

101. Pablo en Roma. *Las Cartas Pastorales.*

Pablo soñaba en ir a Roma, y a Roma fue. ¿Qué hizo en Roma? Hoy lo vamos a ver. Preso por dos veces en la Capital del Imperio, su apostolado entre las cadenas fue muy intenso y eficaz. Hablaba, predicaba, escribió cartas. Era el Pablo de siempre. Así, hasta que selló su misión con la sangre de sus venas.

Acompañamos a Pablo hasta Jerusalén, y lo dejamos en Cesarea esperando emprender con él su soñado viaje a Roma. Aquí, preso entre cadenas, va a escribir: “La palabra de Dios no está encadenada” (2Timoteo 2,9). ¡Qué bien dicho! Porque lo estaba viendo y palpando con sus propios ojos. En Roma hablaba con los judíos, se comunicaba con los paganos, escribía cartas... Pareciera que Dios había estropeado todos los planes de Pablo desde que dejó Éfeso y Corinto, y emprendió el viaje a Jerusalén. En realidad, y de modo en apariencia desconcertante, Dios le colmaba a Pablo todos sus sueños. Pongamos un poquito de orden en esta lección.

No contamos las peripecias del viaje por mar, desde Cesarea hasta Roma, porque parecen sacadas de una novela, contadas por Lucas, testigo presencial, en los dos últimos capítulos de los Hechos.

Los cristianos de Roma, aunque no conocían personalmente a Pablo, salieron hasta bien lejos a recibirlo, gozosos de encontrarse con el apóstol que les había escrito aquella carta tan admirable. Lucas nos relata: “Cuando entramos en Roma se le permitió a Pablo permanecer en casa particular con el soldado que le custodiaba”. En esa casa podía recibir a quien quisiera, además de que tenía libertad para circular por la ciudad ligado a la cadena que sujetaba el soldado.

Lo primero que Pablo hace en Roma, igual que hacía en todas aquellas ciudades del Asia, es invitar a los judíos principales, que tienen su sinagoga a las orillas del Tíber, y en cuyas cercanías está también la casa alquilada por Pablo. El final de los Hechos está dedicado en exclusiva a estas entrevistas de Pablo con sus paisanos, a los que anuncia la Nueva Noticia de Jesús. ¿Los resultados? Como en todas partes: unos aceptan, otros rechazan, y los oyentes quedan divididos entre sí. Pablo, al comprobar un éxito tan exiguo, sentencia con dolor: “Sepan, pues, que esta salvación de Dios ha sido enviada a los gentiles; ellos sí que la oirán”.

Los Hechos concluyen de esta manera: “Pablo permaneció dos años enteros en una casa que había alquilado y recibía a todos los que acudían a él, predicando el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo con toda valentía, sin estorbo alguno”.

Los dos años de Pablo en Roma, aunque preso del 61 al 63, fueron de una actividad apostólica muy intensa. Al ser juzgado por los tribunales romanos, fue declarado inocente y recobró la libertad plena.

Como se desprende de esas palabras con que terminan los Hechos, tan bellas como conmovedoras, Pablo se mostró incansable. Aquí escribió las cartas a los Colosenses, Efesios y Filemón, que ya conocemos, y tal vez también la de los Filipenses. Y aunque no dicen nada los Hechos, es de suponer que Pablo se sintió dentro de la Iglesia romana acogido con amor muy grande. En medio de sus cadenas, y quizá tal vez por ellas, Pablo tiene ocasión de evangelizar a sus soldados, de modo que se despide en la carta a los de Filipos: “Les saludan todos los santos, especialmente los de la casa del César”. Es decir, a los que están al servicio del Emperador, lo mismo soldados que otros empleados.

¿Y qué hizo Pablo cuando quedó libre? Por la Biblia no sabemos nada más. Pero sí que tenemos documentos históricos irrefutables sobre su proyectado viaje a España, provincia romana fuertemente ligada a la capital del Imperio. San Clemente, tercer sucesor de San Pedro, escribe desde Roma: “Pablo murió después de haber llegado hasta los extremos límites de Occidente”, es decir, a España. Y el famoso canon de Muratori, el investigador italiano, documento antiquísimo que atestigua: Lucas, por no haberlos presenciado, no pudo contar en Hechos “la prisión de Pedro y el viaje de Pablo cuando fue de Roma a España”.

Tenemos entonces dos hechos ciertos: que Pedro y Pablo coincidieron en Roma. Y por la historia de siempre, certificada de manera irrecusable por la arqueología, los dos murieron en Roma el año 67, bajo la persecución de Nerón iniciada el año 64. Los dos salieron de la cárcel Mamertita. Pedro para ser crucificado, como un simple esclavo judío, en una colina que se alza sobre la Ciudad, y ser después enterrado en la necrópolis del Vaticano. Pablo, como ciudadano romano, fue ejecutado a golpe de espada en Aquas Silvias a las afueras de Roma y sepultado junto a la Vía Ostiense.

Pablo fue ciertamente a España, a Tarragona en el Noreste o a la Bética en el Sur, y regresó a Roma, donde cayó de nuevo preso cuando la persecución de Nerón. ¿Qué hizo durante esta segunda cautividad romana, que acabaría en el martirio? No lo sabemos. Tenemos únicamente las referencias de las cartas a Timoteo y Tito, llamadas “Cartas Pastorales”, escritas por Pablo en el último tiempo de su vida, y completadas y divulgadas quizá por un discípulo después de la muerte de Pablo. Nosotros nos dejamos de las cuestiones que suscitan estos últimos escritos de Pablo, y les dirigimos una breve pero intensa mirada.

Las dos cartas Primera a Timoteo y la de Tito son, diríamos, burocráticas. Contemplan la recta organización de la Iglesia y miran a la santidad de sus miembros. Del entusiasmo carismático del principio se está pasando a una comunidad fuertemente supervisada por los obispos y presbíteros, que deben ser modelos acabados de sus encomendados.

La Segunda a Timoteo es muy diferente, y contiene párrafos autobiográficos conmovedores. El estilo con que escribe no se parece al de aquellas cartas que antes nos entusiasmaron. Ahora se le ve firme, como siempre, pero gustando la amargura de ciertos fracasos. Aunque tiene el consuelo de amigos fidelísimos. Y así escribe: “Apresúrate a venir a mí cuanto antes. Lucas es el único que está conmigo. Toma a Marcos y tráelo contigo, pues me es muy útil para el ministerio. En mi primera defensa nadie me asistió, sino que todos me abandonaron. El Señor me salvará guardándome para su Reino celestial” (4, 9-18)

Como hemos hecho con otras cartas de Pablo, traemos ahora algunos dichos más sobresalientes y que más nos pueden servir para nuestro bien espiritual.

Con el pensamiento en la querida familia de Timoteo, le escribe: “Recuerdo la fe que tú tienes, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y sé que también ha arraigado en ti” (1,5)

Timoteo es joven, y le anima como a tal: “No te avergüences del testimonio que has de dar de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero, sino, al contrario, soporta conmigo los sufrimientos por el Evangelio, ayudado por la gracia de Dios” (1,8)

Y lo quiere valiente en las luchas de la vida: “Soporta las fatigas conmigo, como un buen soldado de Cristo Jesús” (2,3)

Para ello, nada mejor que tener delante el ejemplo supremo: “Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos; por él estoy sufriendo hasta llevar estas cadenas como un malhechor. Pero la palabra de Dios no está encadenada” (2,8-9)

Pablo, como en varias otras ocasiones, recurre a los juegos olímpicos para exhortar: “Corre al alcance de la justicia, de la fe, de la caridad, de la paz, en unión de los que invocan al Señor con corazón puro” (2,22)

¿Y un medio muy grande de perfección?... “Toda Escritura, por ser inspirada por Dios, es útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia” (3,16)

Pablo se siente ahora campeón en las Olimpiadas: “Estoy a punto de ser sacrificado y es inminente el momento de mi partida. He combatido en noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Ya no me espera sino la corona que me entregará el Señor, el justo Juez, y no sólo a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su venida” (4,5-8)

Hemos seguido a Pablo en bastantes de nuestras lecciones, desde la puerta de Jerusalén, donde asiste consciente y responsablemente a la lapidación de Esteban, hasta ahora en sus días últimos de Roma, donde coronará con el martirio su vida heroica e incomparable. Nos vienen ganas de dirigirle una plegaria: *San Pablo apóstol, predicador de la verdad y doctor de todas las gentes. Ruega, ruega por nosotros ante el Señor, que te eligió.*

102. La Carta a los Hebreos. *Cristianos, ¡a perseverar!*

Hoy nos toca ver un escrito admirable del Nuevo Testamento: la Carta a los Hebreos. Un escrito que ha figurado siempre entre las Cartas de San Pablo, pero que ciertamente no es de San Pablo, sino quizá de algún discípulo suyo. Todo este precioso escrito se podría resumir en un grito apasionante: ¡Perseverancia en la fe de Jesucristo!

¿Qué decimos sobre la Carta a los Hebreos, ese escrito fascinante del Nuevo Testamento? Vamos a poner orden en nuestra explicación de hoy para aprovechar todo lo posible la lectura de estas páginas tan brillantes, tan sublimes, tan orientadoras, que abren horizontes vastísimos a la mente cristiana.

Ante todo, ¿qué es la “Carta” a los Hebreos? Todo, menos “carta”. ¿Es una homilía, es un discurso, es una arenga? Digamos, como lo más atinado, que es un “sermón” perfectamente organizado, hablado, de un orador excelente, y que después, escrito, se conservó y fue enviado a las Iglesias. ¿E iba dirigido a los Hebreos? Tampoco. Se le llamó así por las citas continuas del Antiguo Testamento y las descripciones del culto judío. Más, no usa la Biblia hebrea, sino la traducción griega de los Setenta.

¿Y quién es el autor? Ciertamente que no es Pablo. Aunque el pensamiento de Pablo recorre todo el escrito de punta a punta. Se adivina con toda claridad que el autor, culto, de hablar elegante, fue un judío helenizado, que dominaba el griego a perfección, conocedor profundo de la Biblia. Entre los discípulos de Pablo, ¿fue Bernabé? ¿fue Apolo? ¿fue Lucas?... Es inútil querer saberlo.

Parece ser que el escrito fue redactado en Italia, en los años *sesenta*, antes de la destrucción del Templo y de Jerusalén, y destinado probablemente a alguna comunidad, judía o helenista, que se encontraba en situación delicada de persecución o incluso de cansancio y apostasía.

Todo lo que se propone el autor se podría resumir en esta llamada urgente y apremiante: ¡A perseverar!...

En fin, nosotros teníamos que decir todo esto antes de meternos en el escrito, que se centra todo en Cristo y en la Fe con que nos adherimos a Él.

Ante todo, ofrece una breve introducción sobre los ángeles y Jesucristo. ¿Tienen razón los que se emboban ante los ángeles, como si fueran los seres supremos y mediadores salidos de la mano de Dios? No. Por encima de todos ellos está Jesucristo. Los ángeles son meros espíritus, mientras que Jesucristo es **Dios**. Los ángeles son unos siervos, mensajeros de Dios, mientras que Jesucristo es el **Hijo** de Dios. ¡Y hay mucha diferencia entre un hijo y un criado!... Por lo mismo, lo que Cristo enseñó y mandó está muy por encima de la Ley de Moisés que, decían los judíos, la habían transmitido los ángeles en el Sinaí (1,5, - 2,4)

Conocida esta introducción, nos metemos ya en el cuerpo del escrito, que, como hemos dicho, fue primero una exhortación, un sermón, pasado después a los papiros, con una riqueza teológica sublime y extraordinaria.

Los primero que asegura en un párrafo inolvidable es que Cristo es Sacerdote. Y que para ser sacerdote quiso asemejarse en todo a sus hermanos, compartir todos sus sufrimientos, incluso la muerte, para liberar a los que eran unos esclavos toda la vida por el miedo a la muerte. Y así resume el escrito este punto sobre Jesús: “Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que toca a Dios, y expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo pasado él la prueba del sufrimiento, puede ayudar a los que la están pasando” (2,5-18)

Ante un sacerdote así, como Jesús, que ha aguantado todas nuestras pruebas, ¿puede justificarse el cansancio, el abandonar el primer fervor de la fe, y poner en peligro el entrar en el descanso de Dios? “Somos compañeros de Cristo a condición de que mantengamos firme hasta el fin aquel fervor del comienzo” (3,14). ¿Y qué hacer si nos sentimos débiles? Acudir a Jesús. “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, ya que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado. Por lo tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar el favor de un auxilio oportuno” (4,14-16)

Todo esto, ¿por qué? Porque sigue siendo sacerdote en el cielo como lo fue en la tierra, pues le dijo Dios: “Tú eres sacerdote para la eternidad, a la manera de Melquisedec”. Y es que Jesús “en los días de su vida mortal ofreció ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas, y fue escuchado por su actitud reverente; y aun siendo Hijo, por los padecimientos aprendió la obediencia; y llegado a la perfección, de sacerdote y de víctima, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen” (5,6-10)

Todo esto es sublime, ¿no es verdad? Pero el mismo autor reconoce: “Sobre este particular tenemos muchas cosas que decir, aunque difíciles de explicar” (5,11). Le da miedo de que sus oyentes se “hagan torpes de oído”, no quieran escuchar, y caigan en el pecado de la apostasía, que es una catástrofe irreparable: “Porque es imposible que los que fueron una vez iluminados, gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo..., y a pesar de todo cayeron, se renueven otra vez crucificando al Hijo de Dios y exponiéndolo a pública vergüenza” (6,4-6)

Este lenguaje es durísimo, porque al autor le infunde miedo el abandono de la Iglesia en que sus oyentes fueron bautizados y gustaron los mayores dones de Dios; por eso añade palabras de consuelo: “Pero de ustedes, queridos, aunque hablemos así, esperamos cosas mejores y conducentes a la salvación” (6,9)

Pasa ahora el autor, en los capítulos del *siete* al *diez* a exponer la superioridad del sacerdocio de Jesucristo sobre el de la Antigua Alianza. El de Leví y Aarón da lugar al de Jesucristo. Igual que los sacrificios de la Ley, los cuales, inútiles del todo, quedan anulados por el de Jesucristo. Con pinceladas bellísimas retrata a nuestro Sumo Sacerdote, Jesús: “Así es el sumo sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado sobre los cielos” (7,26). Y ahora está en el Cielo “siempre vivo para interceder por nosotros” (7, 25)

Después dice de su sacrificio: “Cristo, como sumo sacerdote, penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una salvación definitiva” (9,11-13)

¿Qué se sigue de todo esto? Una gran confianza en Jesucristo nuestro Sacerdote y Mediador, a la vez que un prudente y necesario temor.

Confianza, porque Jesús nos salva: “Acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe, purificados los corazones de conciencia mala” (10,22)

Y perseveremos en la fe bautismal, “porque si voluntariamente pecamos después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por los pecados, sino la terrible espera del juicio y el fuego ardiente, pronto a devorar a los rebeldes. ¡Es terrible caer en las manos del Dios vivo!” (10,26-31)

Después de toda esta exposición sobre Jesucristo, con las exigencias que entraña, viene con el capítulo *once* y parte del *doce* un verdadero himno a la fe que nos salva contando con nuestra perseverancia, como victoria de la fe. Puesto que “el justo vive de la fe”, como dijo también Pablo a los Romanos (10,38), ahora lo demuestra haciendo desfilar ante nuestros ojos en cortejo impresionante a todos los santos del Antiguo Testamento, y concluye con estas palabras: “Teniendo en torno nuestro tan gran número de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con constancia la carrera que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma nuestra fe, el cual, por el gozo que se le proponía, soportó la cruz sin mido a la ignominia y ahora está sentado a la derecha de Dios” (12,1-2)

El capítulo *trece* se va todo en consejos prácticos de vida cristiana, con frases que son también lapidarias, como éstas: “Jesucristo es el mismo hoy, ayer y por los siglos”. “No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura”.

En fin, este sermón tan brillante, que ahora tenemos escrito en la Biblia, es para escucharlo y leerlo no una sino muchas veces, sabiendo que siempre nos va a repetir: “Es necesaria la constancia para cumplir la voluntad de Dios y conseguir lo que se nos promete. Porque nosotros no somos cobardes para perdición nuestra, sino personas de fe para la salvación del alma” (10,36-39). ¡Ánimo, que vale la pena el perseverar!...

103. La Carta de Santiago. *La autenticidad de la vida cristiana.*

La Carta de Santiago, que vamos a ver hoy, es la carta circular de un discípulo insigne del Señor, enviada a las Iglesias para exhortarles a vivir con autenticidad su fe. Quiere que la fe cristiana sea una fe viva, seria, auténtica, manifestada y testimoniada por las obras de cada día. Los consejos que da parecen tomados de las mismas palabras de Jesús, vivas todavía en la primera comunidad de Jerusalén.

Al querer tratar la Carta de Santiago, lo primero que se nos ocurre es preguntarnos: ¿Quién es ese Santiago? No es ciertamente el apóstol Santiago, hijo de Zebedeo y hermano de Juan. ¿Es el otro Santiago, también apóstol, llamado el Menor? Quizá sí, quizá no. Porque ese Santiago el Menor, ¿es el mismo Santiago que estaba al frente de la Iglesia de Jerusalén, el pariente del Señor? Respondemos lo mismo: posiblemente sí, posiblemente no. Entonces, la carta, ¿de quién es? La discusión sigue abierta. Pero la mayoría de los especialistas se inclina por Santiago el pariente del Señor.

¿Y cuándo fue escrita? Santiago murió asesinado por los judíos el año 62. De ser original de Santiago, tuvo que ser anterior a esta fecha. Pero si es de un discípulo suyo, que dominaba muy bien el griego y aprovechó toda la doctrina del maestro, fue posterior.

Esta carta se presta a interpretaciones muy interesantes.

Sin citar para nada al Jesús del Evangelio, las enseñanzas que nos da se asemejan mucho a las de Jesús: sueltas, de moral práctica. Como si estuvieran tomadas de la tradición viva del Señor tal como se conservaban en la Iglesia de Jerusalén, y tienen mucho parecido al Evangelio de Mateo.

Porque parece, eso sí, que la carta sale de la Iglesia de Jerusalén, y va dirigida “a las doce tribus de la Dispersión”, es decir, a los muchos judíos cristianos que se hallaban fuera de Palestina.

Es muy notable la diferencia que esta carta establece entre lo que dijo San Pablo y lo que ahora asegura Santiago sobre la fe y las obras de la Ley, como si los dos estuvieran en verdadera lucha.

Llama también mucho la atención la posición que Santiago toma a favor de los pobres y en su denuncia contra los ricos.

Nosotros vamos a mirar esta carta, atribuida a Santiago, como lo que es: un escrito inspirado por Dios, que forma parte de la Biblia en el Nuevo Testamento, dentro de los escritos apostólicos llamados “Cartas Católicas”. Todas esas otras cuestiones interesan mucho a los especialistas que trabajan tan meritoriamente en el estudio de la Palabra de Dios. Así, que vamos a lo nuestro, siguiendo el mismo orden de la carta.

¿Qué pretende Santiago? Una sola palabra lo condensa todo: “Autenticidad” de la fe, de la religiosidad. Sin mencionar para nada a Jesús, parece como si Santiago nos recordara la palabra del Señor en el Sermón de la Montaña: “No el que me dice ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los Cielos, sino sólo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”.

En este sentido, traemos aquí, como lo primero de todo, la famosa cuestión de la fe y de la Ley según San Pablo y según Santiago.

Dice San Pablo: “El hombre es justificado por la fe, independientemente de las obras de la ley” (*Romanos 3,28*)

Dice Santiago: “La fe, si no tiene obras, es una fe muerta” (*Santiago 2,17*)

Aparentemente se contradicen, pero los dos vienen a decir lo mismo.

Según San Pablo, la fe tiene que ir acompañada de las obras, ya que los que no cumplen la ley no se salvan. Un texto entre muchos, diríamos negativo: “No se lleven a engaño: ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los explotadores heredarán el Reino de Dios” (*1Corintios 6,9-10*). Es necesario que las obras de la ley acompañen a la fe. ¿Por qué es así? Lo dice con otro texto sumamente positivo: Porque “siendo de Cristo Jesús”, sólo “tiene eficacia la fe que actúa por la caridad” (*Gálatas 5,6*)

Según Santiago, las obras demuestran que se tiene fe, pues dice: “Muéstrame tu fe sin obras, y yo por mis obras te mostraré mi fe” (*Santiago 2,18*). De hecho, pues, las obras nacen de la fe.

Uno y otro, Pablo y Santiago, dicen lo mismo: Las obras nacen de la fe, la fe tiene que ir acompañada de las obras.

Ahora vendrá Santiago, y en toda su carta exigirá “autenticidad” de la persona en su conducta.

¡Cuidado con esa religiosidad que puede ser una farsa!

¡Cuidado con esa lengua con la cual pueden asesinar al hermano!

¡Cuidado con la ley aparente, si no la vivifica la fe!

¡Y cuidado con una fe que no cumple la ley!

Recorremos la carta de Santiago, y vemos que toda ella no hace sino desarrollar este pensamiento de la autenticidad de la fe.

“Pongan por obra la palabra y no se contenten sólo con oírla, engañándose a sí mismos”. Y lo confirma con aquella tan graciosa y conocida comparación: “Porque si alguno se contenta con oír la palabra sin ponerla por obra, se parece al que contemplaba su rostro en el espejo; se vio, dio media vuelta, y al momento se olvidó de cómo era” (*1,22-23*)

El autor, aunque sin orden alguno, y mezclando unas cosas con otras, como recogidas de las conversaciones familiares, pasa a la aplicación de este principio suyo: ¡pongan el práctica la palabra que ya conocen!

Habla de la oración, ante todo, y encomienda: “Quien carezca de sabiduría, que la pida a Dios, el cual la da generosamente. Pero que la pida con fe y sin vacilar” (*1,5-6*)

Se dirige a ricos y pobres, y a cada uno le da motivo de reflexión: “El hermano de condición humilde, que se alegre de la exaltación que le espera; y el rico que piense en sus humillación, pues se secará como flor o hierba bajo la fuerza del sol, y se pierde su hermosa apariencia; así el rico se marchitará en sus proyectos” (*1,9-11*)

Es ésta la primera advertencia a los ricos, porque Santiago es implacable con ellos. “Su riqueza está podrida y sus vestidos están apolillados, su oro y su plata están tomados de herrumbre, que devorará sus carnes como fuego” (5,2-3)

Se fija Santiago sobre todo en los salarios injustos, y pone el grito en el cielo: “El salario de los obreros que segaron sus campos y que no han pagado, está gritando, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos” (5,4)

Pero lo que Santiago no tolera es que en la Iglesia haya preferencias de ricos sobre los pobres, desde el momento que “Dios ha escogido a los pobres como ricos en la fe y herederos del Reino” (2,5). Por eso, advierte serio: “Supongamos que entra en su asamblea un hombre rico y un pobre andrajoso, y dicen al rico: ‘Tú, siéntate aquí, en un buen sitio’, y al pobre: ‘Tú, quédate ahí de pie’, o ‘Siéntate a mis pies’. ¿No sería esto hacer distinciones entre ustedes y ser jueces con criterios malos?” (2,2-4)

Así es este Santiago. Parece un amargado de primer orden. Como cuando habla de los males de la lengua: “La lengua es fuego, es un mundo de iniquidad. Es un mar turbulento, está llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Señor y padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios” (3,6-9)

Aunque el severo y autor intercala también entre expresiones amargas algunas palabras dulces: “¡Feliz quien soporta la prueba! Porque recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a los que le aman” (1,12)

“Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes” (4,8)

“La oración ferviente del justo tiene mucho poder” (5,16)

Mira sobre todo al Juicio, y anima a la confianza: “Tengan paciencia, fortalezcan sus razones, porque la Venida del Señor está cerca” (5,8)

Ciertamente que Dios no nos habla por Santiago con la dulzura de Juan o la comprensión y generosidad de Pablo. Pero nos pone delante un buen espejo para ver cómo somos en nuestra realidad cristiana. ¿Y no vale la pena mirarse en él?...

104. Las Cartas de Pedro. *Un recuerdo del primer Papa.*

Las dos Cartas del apóstol San Pedro que vamos a ver hoy nos brindan unos puntos de reflexión muy aleccionadores para nuestra vida cristiana. Estas páginas del que era Vicario de Cristo en la primitiva Iglesia rezuman bondad, esperanza, amor. Parecen un eco de la mansedumbre del Señor, y nos trasladan a aquella comunidad romana que dio testigos tan grandes de la fe en la primera de las persecuciones del Imperio. Hoy las leemos con verdadera devoción.

Al presentar las dos Cartas de San Pedro, hay que ver el gusto con que diríamos: “¡Tenemos las primeras encíclicas de los Papas!”... Pero San Pedro no escribió ninguna encíclica, sino cartas en un plan muy familiar.

La primera carta es de Pedro, aunque la redacción se deba a un discípulo suyo más versado en el griego. Podría ser de Silvano, el discípulo de Pablo y secretario de Pedro. Está fechada en Roma, llamada “Babilonia” ya entonces por los cristianos.

La segunda parece ser de un discípulo del círculo del apóstol, que asume el nombre y la autoridad de Pedro, cosa entonces muy común. El autor se presenta como Pedro en el saludo y afirma haber sido testigo de la Transfiguración del Señor en el Tabor (2P. 1,18). Con ella sale al frente de algunos errores o inquietudes que se iban introduciendo en las Iglesias.

La tan ponderada Biblia de Jerusalén retrasa la segunda carta hasta los años *ochenta* del siglo primero, mientras que coloca la primera en los *sesenta*, sabiendo que Pedro fue martirizado antes del *setenta*, hacia el final de la persecución de Nerón.

Es muy interesante ver cómo estas cartas de Pedro, en especial la segunda, aprovecha ya muchas ideas de San Pablo y, sobre todo, de la Carta de San Judas, que figura en la Biblia como la última de las “Católicas”, pero que es anterior a la de Pedro. Quiere decir que los cristianos tenían como inspirados esos escritos, los cuales pasaron a formar parte indiscutible de las Sagradas Escrituras.

Para nosotros no hay duda de que estas Cartas de Pedro fueron aceptadas desde siempre por la Iglesia, y que tienen por autor o por fuente al mismo Pedro, el cabeza de los Apóstoles y primer Vicario de Jesucristo en la Sede de Roma.

¿Qué pretendían una y otra carta, ambas de una notable sencillez, de buena riqueza teológica, y eminentemente prácticas para la vida cristiana?

La carta primera se fija muy especialmente en Cristo que sufre y muere, pero que después resucita. Parece que Pedro intenta alentar a cristianos que están padeciendo o persecución o menosprecio o marginación precisamente por ser “cristianos”. Emplea precisamente esta palabra, acuñada en Antioquía hacía ya bastantes años, y lo dice con un párrafo precioso: “Que ninguno de ustedes tenga que sufrir ni por criminal ni por ladrón ni por malhechor ni por entrometido; pero si es por ser *cristiano*, que glorifique a Dios por llevar este nombre” (1P, 4,15-16)

La segunda carta intenta, de manera evidente, salir contra los falsos doctores que se meten en la Iglesia con doctrinas gnósticas embaucadoras, y contra los que inquietan a los discípulos con profecías infundadas sobre la inminente Vuelta del Señor.

Hechas todas estas observaciones sobre las dos Cartas de Pedro, podríamos citar muchos textos bien hermosos. Podemos leerlos con tranquilidad y con mucho provecho. Traemos algunos nada más.

Como se dirige a cristianos que están sufriendo persecución o marginación, les llega hasta felicitar. “Si sufren por causa de la justicia, ¡dichosos ustedes!” (IP. 3,14). “Si obrando el bien soportan el sufrimiento, ¡esto es meritorio ante Dios!”, puesto que les asemeja a Jesús, “un modelo para que sigan sus huellas”. Porque “él no cometió pecado, e insultado no respondía con insultos, ni amenazaba al padecer, sino que en el madero llevó nuestros pecados en su propio cuerpo para que vivamos en la santidad” (IP. 2,20-24)

¿Qué son los sufrimientos de esos cristianos que están padeciendo? Son “la prueba de la calidad de su fe, mucho más preciosa que el oro percedero, el cual pasa por el fuego purificador, y esa su fe tan probada se convierte en motivo de alabanza, de gloria y de honor” (IP. 1,6-7)

A estas palabras siguen otras de valor extraordinario para los amantes de Jesucristo, porque “le aman sin haberle visto; creen en él aunque de momento no le vean, rebosando de alegría inefable y gloriosa, y alcanzan así la meta de su fe, la salvación de las almas” (IP. 1,8-9). Este texto no tiene precio. ¡Creer en Él y amarlo con pasión sin haberlo visto!... Esto es una gloria inmensa para Jesús, a la vez que para nosotros es un mérito incalculable.

Hablando del perdón de los pecados por el Bautismo, les dice las palabras que tantas veces se nos predicán: “Han sido rescatados no con algo caduco, como el oro o la plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo” (IP. 1,18-20)

Pedro da a los destinatarios de la carta un consejo magnífico, y siempre actual: “Den culto al Señor Jesucristo en sus corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que les pida razón de su esperanza. Pero háganlo con dulzura y respeto” (IP. 3,15-16)

Acerca de las Sagradas Escrituras tiene Pedro un párrafo notable de verdad (2P. 1,19-21). Empieza por recomendarlas vivamente a sus destinatarios: “Tenemos la firmísima palabra de los profetas, a la cual hacen bien en prestar atención, como lámpara que luce en lugar oscuro”. La Sagrada Escritura es, pues, la luz que alumbra nuestro camino durante toda nuestra vida, porque añade: “hasta que despunte el día y se levante en nuestros corazones el lucero de la mañana”. ¡Qué belleza!...

Sin embargo, sigue un advertencia grave: “Pero tengan presente que ninguna profecía de la Escritura puede ser interpretada por cuenta propia; porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres, movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios”. La cosa está clara. Aquí, “profecía” es lo mismo que “palabra”. Y la advertencia de Pedro es muy diáfana también: sólo el Espíritu Santo dicta la verdad de la Sagrada Escritura, con una clarísima alusión a la tradición apostólica. ¿Quiere decir esto que no podemos leer la Sagrada Escritura en forma privada? ¡Cierto que la podemos y la debemos leer! Pero con la intención recta de que seguimos fielmente la enseñanza de la Iglesia, cuyo Magisterio, venido de los Apóstoles, es el depositario de la palabra de Dios.

Es muy notable en las cartas de Pedro, sobre todo en la segunda, la importancia que da a la Venida del Señor en el último día. Lo hace porque había quienes se burlaban de la fe de los creyentes, que la esperaban y no acababa de llegar, como si fuera una cosa inminente. Y da la razón de esta doble espera. Primera: sí, está muy cerca, aunque parezca muy lejana, ya que “ante el Señor un día es como mil años, y mil años como un día”. Sobre todo, Dios retrasa esta Venida porque quiere la conversión de todos: “ya que el Señor usa de paciencia, no queriendo que algunos se pierdan, sino que todos alcancen la salvación” (2P. 3,8-9)

Después de una afirmación como ésta, y hablando con lenguaje apocalíptico, dice cómo será el fin del mundo: “Los cielos se desharán con ruido ensordecedor; los elementos se disolverán abrasados; y se consumirá la tierra y cuanto ella contiene”. ¿Y después?... “Nosotros esperamos, según se nos tiene prometido, unos cielos nuevos y una tierra nueva, en los que habite la justicia o santidad” (2P. 3,10-13)

¿Y qué hemos de hacer todos en orden a la salvación de los hermanos y servicio de la Iglesia? Nos lo dice con unas palabras muy hermosas, que vienen a declararnos el fin que el Espíritu Santo tiene con los carismas que nos otorga a cada uno de nosotros: “Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de los diversos dones de Dios. El que habla, lo haga con palabras de Dios; el que presta un servicio, que lo realice en virtud del poder recibido de Dios, a fin de que Dios sea glorificado en todo por Jesucristo” (1P. 4,10-11)

Estas dos Cartas de Pedro están llenas de consejos para la vida cristiana. ¡Qué bien haremos en leerlas y asimilarlas para bien nuestro y de los hermanos!...

105. La Carta de Judas. *Un alerta contra falsas doctrinas.*

La Carta de San Judas que vamos a tener hoy en nuestras manos es uno de los escritos más breves de todo el Nuevo Testamento. Es un sencillo pero enérgico grito de alerta contra ciertos falsos doctores que se van metiendo en la comunidad y que llevan a una conducta nada digna del cristiano. No hay que olvidar las amenazas contra los prevaricadores. ¡La salvación es lo primero!

Hoy tenemos delante la Carta de San Judas, el penúltimo escrito del Nuevo Testamento, antes ya del Apocalipsis. Es un escrito tan pequeño como desconcertante cuando no se ha estudiado algo, pero que resulta muy interesante cuando se sabe su origen y adónde va.

Ante todo, ¿quién era este que se autofirma Judas y se llama “hermano de Santiago”, el pariente del Señor?

Hoy está admitido por todos que no es el Judas Tadeo, apóstol, pues él mismo en la carta se desliga del grupo de los Doce: “Acuérdense de las enseñanzas de los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo” (17), quiere decir que él no era apóstol. Pero, ¿era hermano del Santiago, el jefe de la Iglesia de Jerusalén? Lo más probable que tampoco, sino que era un admirador o un discípulo que se amparaba, cosa muy común entonces, en la autoridad de un gran maestro.

Sea quien sea el autor de esta carta tan simpática, escrita por los años *sesenta*, y ciertamente antes de la Segunda Carta de Pedro, para nosotros está inspirada, forma parte de la Biblia y es, por lo mismo, Palabra de Dios cargada de enseñanzas.

¿Por qué decimos que está escrita antes que la última de Pedro? Porque, con una clara e innegable dependencia, la de Pedro copia al pie de la letra dichos de Judas. Son dos gemelas con rasgos muy comunes a las dos.

Veamos ya, porque la carta es muy pequeña, el fin que persigue y su contenido.

El escrito no va dirigido a una Iglesia particular, sino que es una circular enviada a diversas comunidades, parece que formadas principalmente de judeocristianos, en las cuales se han metido ya errores muy peligrosos y que alteran la conducta moral de los cristianos, porque los falsos doctores que las enseñan son ellos mismos unos inmorales.

Esto es claro, aunque hay que decir también que el autor exagera algo con el tono que usa en su lenguaje. Escribe sin piedad, amenaza de manera implacable, aunque, como no podía ser menos en lo que es Palabra de Dios, ofrece gracia y misericordia del Señor.

Empieza manifestando el motivo de la carta. Se siente preocupado desde hace tiempo con la salvación de algunos cristianos que ve inclinarse hacia el error y la mala conducta. Quería escribirles, y al fin lo hace aunque no sea con la extensión que él desearía: “Tenía mucho empeño en escribirles acerca de nuestra común salvación y me he visto en la necesidad de hacerlo para exhortarles a combatir por la fe, que ha sido transmitida a los santos de una vez para siempre” (3)

¡Cuánta enseñanza en palabras tan breves!... Si las examinamos, vemos las siguientes cosas.

Ante todo cuál es la preocupación primera, lo más importante: ¡la salvación! Con la salvación no se puede jugar.

Después, la necesidad de luchar. La fe lleva consigo el ir contra corriente del mundo, y sólo quienes luchan perseveran.

Y tercero, algo muy importante: esa fe es la de los Apóstoles, es decir, la del Señor, que se nos dio de una vez para siempre. Esto es intangible: ¡hay del que la cambia!, porque ha de seguir igual hasta el fin del mundo. Las sectas que entonces empezaban, como las de todos los tiempos, juegan con la Palabra de Dios, que es inmutable.

Esos falsos doctores que introducen semejantes doctrinas, “son impíos, convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan al único Dueño y Señor nuestro Jesucristo” (4)

Judas no se queda en chiquitas, y pasa a anunciar los castigos que esperan a los tales. Lo hace con tres ejemplos tomados del Antiguo Testamento y de otras tradiciones judías extra-bíblicas.

Primero, les espera el castigo de los salidos de Egipto bajo Moisés, y que no entraron en la Tierra prometida por su infidelidad. Por lo mismo, que esos falsos doctores temen por su propia salvación.

Trae después el caso de los ángeles rebeldes, los cuales, nada más creados, se enfrentaron contra Dios, “abandonaron su propia morada, y Dios los tiene guardados con cadenas eternas bajo tinieblas para el juicio del gran Día”. De nuevo para esos maestros la amenaza de perder la salvación eterna...

Finalmente, la maldición de Sodoma, Gomorra y ciudades vecinas, que por sus pecados de lujuria intolerable de homosexualismo “fornicaron, fueron tras una carne diferente, y padecen la pena de un fuego eterno. ¡Que sirvan de ejemplo!” (5-7)

Como vemos, estas palabras son fuertes como ellas mismas. Ahora las aplica a esos falsarios y a los que viven dentro de la misma comunidad con una conducta indigna del cristiano.

“¡Hay de ellos!... Son una mancha cuando banquetean desvergonzadamente en sus ágapes, y se apacientan a sí mismos” (11). Estas palabras han dado mucho que pensar. Por lo visto, esos maestros y quienes los seguían, no se iban de la comunidad, sino que continuaban en ella de manera egoísta e indigna, parece, incluso, en el ágape o banquete de la Eucaristía...

A estos tales, los describe con imágenes poéticas, antes de augurarles la condenación que les espera, porque “son nubes sin agua zarandeadas por el viento, árboles de otoño sin frutos, doblemente muertos, arrancados de raíz; son olas salvajes del mar, que echan la espuma de su propia vergüenza, estrellas errantes a las que está reservada la oscuridad de las tinieblas para siempre” (12-13). Mucha poesía, pero la suerte que espera a los tales no es halagüeña que digamos...

¿Muy dura esta Carta? Ciertamente. No lo podemos negar. Pero ya no sería Palabra de Dios si no acabara ofreciendo misericordia, gracia, paz...

Se dirige a los que perseveran fieles y les anima cariñosamente: “Ustedes, queridos, se acuerdan de las predicciones de los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo” (17). La perseverancia en la fe de la Iglesia en que fuimos bautizados, confiada a los Obispos unidos en el Papa, y morir en el seno de la Iglesia, es la garantía más firme de la salvación. Cuanto más problemática y terrible es la apostasía de la Iglesia, tanto más consoladora es la perseverancia en ella.

Por eso sigue animándoles: “Ustedes, queridos, edificándose sobre su santísima fe, y orando en el Espíritu Santo, manténgase en el amor de Dios, aguardando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna” (20-21)

Si analizamos estas palabras descubrimos en ellas tres elementos muy hermosos.

Primero, vuelve a la firmeza de la fe. ¡No duden! ¡No vacilen! ¡No hagan ningún caso con los que les vienen con teorías nuevas!...

Segundo, alude a esa idea tan querida de San Pablo: los fieles somos las piedras vivas con que el Espíritu Santo va edificando el templo de Dios para la eternidad.

Y tercero, pide que aviven la esperanza en el Señor Jesús, el cual cuando vuelva en su Segunda Venida al final de los tiempos será para salvarnos, no para condenarnos.

Y tiene un final precioso para todos, hasta para aquellos que son causa de los problemas que están padeciendo: “A unos, a los que dudan, traten de convencerlos; a otros, traten de salvarlos arrancándolos del fuego; y a otros, muéstrenles misericordia con cautela, odiando incluso la túnica manchada con su carne” (22-23)

La cosa está clara: ¡Salven, salven a todos! Pero con los endurecidos en su error y en su mala conducta, que no muestran la menor buena voluntad, ¡con esos, nada!, porque acabarán contaminándolos a ustedes...

Esta Carta de Judas es tremenda, simpática y bellísima, las tres cosas. Toda se resume en un grito angustioso y esperanzador a la vez: ¡La salvación, la salvación ante todo y sobre todo!...

106. Las Cartas de Juan. *El Evangelio hecho vida en la Iglesia.*

Las Cartas de San Juan, que vamos a ver hoy, son unas verdaderas joyas que hallamos engastadas en las últimas páginas del Nuevo Testamento. Ellas, sobre todo la Primera, vienen a robustecer la fe y el amor que se manifestaron tan espléndidos en el cuarto Evangelio. Al leerlas, sentimos latir muy cerca de nosotros el Corazón de Cristo, que parece repetirnos lo de la Última Cena: “Si alguien me ama, vendremos y haremos en él nuestra morada”.

Juan, el querido Juan del cuarto Evangelio, nos viene ahora con tres cartas que son una delicia. Dos de ellas, la segunda y la tercera, son chiquitas, como dos billetes. Las tres están íntimamente unidas al cuarto Evangelio, del que son una defensa o una aclaración.

¿Y qué pretenden estas tres cartas? Juan había escrito ya su Evangelio, con la afirmación clara de que Jesús era el Hijo de Dios hecho hombre.

Pero a finales del siglo primero, en la última década de los *noventa* al *cien*, se habían infiltrado en bastantes comunidades los “gnósticos”, esos herejes que se tenían por los nuevos sabios, y que negaban la divinidad de Jesucristo.

Para ellos, el Jesús nacido de la Virgen no era Dios; tenía un cuerpo sólo aparente; y si poseía un cuerpo verdadero, en el Jordán Dios había asumido al hombre Jesús y lo había abandonado en la cruz... Entonces, todo lo de Jesús resultaba una mentira. Era inútil esperar de Jesús la salvación. El cristianismo entero se derrumbaba...

¿Qué hace entonces Juan? A todos esos mentirosos los desenmascara y los llama sin más “Anticristos”. Y a los fieles viene a pedirles fidelidad a la doctrina recibida de los apóstoles y perseverancia

La Carta Primera es un escrito de lo más importante en el Nuevo Testamento, confirmación de todo lo dicho en el Evangelio de Juan, y escrito seguramente por el mismo Juan en Éfeso, aunque no se descarta que la redacción última, tan pulida, sea de un discípulo del grupo de Juan el apóstol.

¿De qué trata? ¿Qué pretende?... Las ideas de la carta entera son las mismas de todo el Evangelio, centradas en las palabras clave de Juan: Luz, Vida, Verdad, Palabra, Fe, Amor, Mandamientos, Pecado, Mundo, Alegría...

A lo largo de toda la carta se siente latir el mismo Corazón de Cristo. ¡Y aún hay quienes atacan esa verdad de Cristo el Señor!... Esos “Anticristos” deberían desaparecer para siempre, y sin embargo van a estar siempre atacando Jesucristo.

Son los que niegan que Jesucristo sea el Cristo: “¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesucristo es el Cristo?” (1J 2,22)

Son los que niegan que Jesucristo sea hombre verdadero, el nacido de María: “Han venido al mundo muchos seductores negando que Jesucristo haya venido en carne mortal”.

Son los que niegan que Jesucristo es verdadero Dios: “Jesucristo, el Hijo del Padre” (2J 3). “Todo el que niega al Hijo, no posee al Padre” (1J 2,23)

Todos los negadores de esas verdades de Jesucristo son la encarnación del Anticristo, “de quien han oído que iba a venir, ¡y ya está en el mundo!” (1J 4,3)

La afirmación más terrible de Juan es que esos anticristos han nacido de la misma Iglesia. “Hijos míos, han aparecido muchos anticristos, por lo cual nos damos cuenta de que ya es la última hora. Salieron de los nuestros, pero no eran de los nuestros. Si hubieran sido de los nuestros, hubieran permanecido con nosotros” (1J 2,18-19). Se marcharon porque ni creían en Jesucristo ni amaban a los hermanos: “Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros” (3,23). La Fe y el Amor resumen toda esta Carta Primera de Juan.

El Anticristo, que opera ya en el mundo, combate siempre a la Iglesia, porque es inflexible en profesar y enseñar la verdad de Jesucristo Nuestro Señor, el cual es tan Hombre verdadero como es verdadero Dios.

¿Recuerdan las palabras clave de esta carta, que hemos citado, iguales a las del cuarto Evangelio, el de Juan? Es un placer el analizarlas y ver las aplicaciones que de hace Juan para nuestra vida cristiana: Luz, Vida, Verdad, Palabra, Hijos, Mandamientos, Pecado, Mundo, Fe, Amor, Hermano, Alegría...

Las palabras **Luz, Verdad, Vida, Palabra**, no se le caen a Juan de los labios. “Dios es Luz, y en él no hay tiniebla alguna” (1,5). “La Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio, y les anunciamos la Vida eterna que estaba junto al Padre y que se nos manifestó” (1,2). “Y esta es la promesa que él les hizo, la Vida eterna” (2,25). “El Espíritu es quien da ese testimonio, porque el Espíritu es la Verdad” (5,6). “Hemos visto con nuestros ojos, hemos contemplado, y hemos palpado con nuestras manos la Palabra de vida” (1,1)

Los discípulos son **Hijos** verdaderos de Dios. “Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado todavía lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejante a él, porque lo veremos tal como es él” (3,2)

Los **Mandamientos** tienen en Juan mucha importancia: “En esto sabemos que le conocemos, en que guardamos sus mandamientos. Quien dice ‘Yo le conozco’ y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso” (2,3-4)

¿Y qué es para Juan el **Pecado**?... Es el mandamiento de Dios no cumplido. Desde el principio, nos dicta estas palabras tan serias: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos” (1,8-9). Dios pide verdad y humildad. ¿Y por qué nos perdona si reconocemos que somos pecadores? Porque “tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo, el Justo”, el Inocente (2,1)

El **Mundo**, en Juan, está muy ligado al pecado. “No amen al mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo: la concupis-

cencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas, no viene del Padre sino del mundo, y el mundo y sus concupiscencias pasan” (2,15-17)

La **Fe** es para Juan un mandamiento primerísimo de Dios. “Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros” (3,23). “Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe” (5,4). “Nosotros hemos creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él” (4,16). La Fe y el Amor resumen toda esta Carta Primera de Juan.

Pero lo que destaca en Juan como nada es el **Amor**. “Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó en nosotros el amor de Dios: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero y envió a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados” (4,8-10)

En esta Carta de Juan, los **Hermanos** tienen una importancia enorme. ¡Hay que ver cómo habla de la caridad!... “Si caminamos en la luz, estamos en comunión unos con otros” (1,5-7). Es decir, la unión con Dios se reconoce en la fe y en el amor fraterno. De este amor al hermano habla muy seriamente. “Si alguno dice: ‘Yo amo a Dios’ y odia a su hermano, es un mentiroso. Porque quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (4,20)

Una última palabra que llama la atención, igual que en el Evangelio de Juan, es la **Alegría**. “Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa” (1,4). Había dicho Jesús en la Última Cena: “Su tristeza se convertirá en gozo... Volveré a verles, se alegrará su corazón y su alegría nadie se la podrá quitar” (*Juan 16,20-22*)

¿Para qué seguir citando textos y más textos? Leamos esta Carta de Juan, que nos hará mucho bien.

107. El Apocalipsis. *Visión de la Iglesia en el último libro de la Biblia.*

Entramos en una lección muy suspirada: el Apocalipsis. Es el último escrito de la Biblia, bello y sugerente como pocos. Se lee mucho, se entiende poco, y, sin embargo, está lleno de enseñanzas muy grandes para la vida cristiana. El Apocalipsis de Juan nos hace ver lo que es la Iglesia, sus luchas y sus triunfos, y acaba llenando nuestro espíritu de nostalgia por la patria futura, la Jerusalén celestial a la cual dirigimos en marcha incesante.

Nos encontramos hoy con el Apocalipsis, el último libro de la Biblia, el escrito más fantástico, el más genial, el más misterioso, el más fascinante, y también el más difícil de leer e interpretar. Pero también, fascinante, que se lee con verdadera pasión. Pongamos orden en nuestra presentación, para no divagar y decir lo más posible en el breve espacio de tiempo de que disponemos.

¿Quién lo escribió, dónde y por qué? Juan el apóstol o un discípulo de su grupo, en el Asia Menor. Dice el autor que en la isla de Patmos, lo más probable el año 95, durante la persecución sangrienta del emperador Domiciano. Los cristianos estaban preocupados, y se preguntaban: ¿Dónde está la promesa de Dios a favor de su Iglesia?... El libro del Apocalipsis viene a tranquilizarlos con lo que es el mensaje de todo el libro: ¡No teman! Caerá el emperador que se proclama Dios; caerá la Bestia, es decir, el Imperio Romano perseguidor; la Iglesia seguirá siempre la senda del desprecio, de la marginación, de la persecución, igual que Jesús. Pero el triunfo final será de Jesucristo. ¡No teman!...

El título de “Apocalipsis” lo toma de un género literario que desde hacía tres siglos estaba muy en boga entre los judíos. “Apocalipsis” significa “revelación”, “manifestación de cosas ocultas”, pero procedentes de Dios. Y lo hace todo con símbolos, con imágenes, y no precisamente con palabras. Las palabras, las ideas, las expresa con imágenes; y, puesta la imagen, hay que descifrar y volver a palabras la idea que quería expresar.

Como este punto de las imágenes va a salir continuamente, ponemos un ejemplo por todos.

Nada más comenzar, dice el autor que vio a Jesucristo, el eterno, vestido de sacerdote y de rey, lleno de ciencia divina, sin que nadie lo pudiera derribar de su trono, gobernando a las siete iglesias del Asia Menor a las que se dirige, y amenazando con poder irresistible a los cristianos infieles.

Esto está en el primer capítulo, y les pregunto: ¿A que ninguno de ustedes lo encuentra y me lo lee? ¿Y saben por qué no lo va a encontrar? Porque no lo dice así, sino de otra manera. Lo dice todo en símbolo, con imágenes, y describe de este modo a Jesucristo: “*Vi a un Hijo de hombre, es decir a Jesucristo; vestido de una túnica larga, es decir de sacerdote; con ceñidor de oro, es decir de rey; con cabellos blancos como la lana, como la nieve, de un anciano antiquísimo, es decir, eterno; sus ojos centelleantes, como de fuego, es decir, sapientísimo; con siete estrellas en la mano, es decir, con las siete iglesias bajo su poder; con una espada afilada en la boca, es decir, con la amenaza del juicio divino contra los rebeldes.*”

Esto es lo que dice y lo que quiere decir el Apocalipsis con esa imagen. Hubo un artista que pintó a Jesucristo tal como lo describe esta visión, y resultó un cuadro horrible, como no podía ser menos.

Con este ejemplo nos hemos entendido para todo el libro: no miremos lo que dicen las imágenes, aunque nos entusiasman y son bellísimas, sino lo que el autor quiere decir con esos simbolismos. Los colores, los animales, los números..., todo eso no son más que figuras, símbolos e imágenes para expresar ideas altísimas, que en el Apocalipsis vienen a significar siempre lo mismo: Dios y su Cristo están sobre todo, y la victoria no la tiene el enemigo, sino que la tenemos nosotros.

Ya hemos dicho cuál es el mensaje que nos transmite todo el Apocalipsis: es una reflexión teológica de lo que es y va a ser la historia de la Iglesia: perseguida como Jesucristo, pero al final triunfante como Jesucristo también, muerto y resucitado, el que dice: “Estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos” (1,18)

Como se ve desde el principio, el Apocalipsis no es para ser explicado en una clase, ni en varias clases, sino para ser leído con detención, teniendo en cuenta siempre ante los ojos la estructura del libro y el significado general de los símbolos. Esta explicación es la que nosotros ofrecemos brevemente.

¿Cuál es la división del libro? Tiene tres partes bien definidas.

Primera (1,4-3-22,5), las cartas a las siete Iglesias del Asia Menor a las cuales van dirigidas. Unas Iglesias son muy buenas y se mantienen fieles a la doctrina recibida y al primer entusiasmo; pero otras se han enfriado, por haber admitido en su seno doctrinas heréticas, como las que vimos en la carta primera de Juan. Estas siete cartas del Apocalipsis son avisos muy serios, aplicables a tantas comunidades cristianas de todos los tiempos, y también a nivel personal. Dios nos pide fidelidad a todos.

Segunda (4,1-22,5), es la parte central del Apocalipsis: la historia de la Iglesia, interpretada proféticamente. ¿Qué decimos de toda esta parte, tan extensa?

Los capítulos *cuatro* y *cinco* resultan grandiosos. Con imágenes fantásticas nos describen a Dios como dueño de la Historia. Nada va a ocurrir que no esté bajo su control divino. Por lo mismo, ¡fuera miedos! Los himnos que se intercalan nos introducen en la liturgia celestial, y elevan nuestra oración a la mayor esperanza. El Cordeo degollado no es un derrotado, sino un vencedor.

Vienen después los capítulos *seis* y *siete*, los de los sellos y las imágenes de los caballos. Son muy grandes las plagas que azotan a la humanidad y a la Iglesia, simbolizadas en esos caballos desbocados e indómitos, de colores fieros, pero al fin aparece el caballo blanco, con jinete experto, el mismo Jesucristo, que, resucitado, acaba vencedor.

Los capítulos *ocho* y *once* constituyen el ciclo de las trompetas. Grandiosa también esta exposición. Dios entra personalmente en la Historia. La creación entera se estremece, con

fenómenos imponentes, y se entabla lucha encarnizada entre ese Dios que salva y las fuerzas satánicas que quieren arrebatarse a Dios el triunfo.

El capítulo *doce*, hasta el *dieciséis*, es el de la Mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y la corona de doce estrellas sobre su cabeza. Es el signo espléndido de la Iglesia, que, asistida también por los siete ángeles, lucha de manera decisiva contra el dragón infernal. Aparece la muchedumbre de los santos que cantan victoriosos el canto liberador de Moisés y el canto del Cordero.

El capítulo *diecisiete* empieza con la gran prostituta, que se transforma en bestia y para siendo la ciudad de Babilonia. Así, hasta el capítulo *veintidós*, se nos muestra la gran opositora de la Mujer, es decir, de la Iglesia. La gran seductora es el poder de la Roma imperial, que con su idolatría y sus persecuciones intentó aniquilar a la Iglesia. Pero la Roma pagana desapareció con todos sus encantos, fue vencida, y de ella no quedó nada... Es la historia profética de todos los poderes absolutos y dictatoriales, que se alzarán siempre contra la Iglesia, pero que serán irremediablemente vencidos.

Con el capítulo *veintidós* llegamos a la Tercera parte, el epílogo y conclusión del libro, escrito para las asambleas cristianas, que aclaman a Cristo el vencedor, y, llevadas del Espíritu, gritan ansiosamente: “¡Ven, Señor Jesús!”. La Iglesia no suspira sino en encontrarse con su Esposo en la Jerusalén celestial.

El libro nació durante una persecución del Imperio Romano contra la Iglesia, cuando el poder del Emperador, divinizado, parecía inmovible. Pero el visionario del Apocalipsis veía mucho más allá, y se dirige a los perseguidos desanimados: ¡No teman! La victoria no será de ellos, sino nuestra. Jesucristo es el Alfa y Omega, el principio y el fin, y nadie le arrebatará el triunfo de su mano...

108. “Tú, sígueme”. El Pedro del Evangelio.

¿Quién es Pedro? Lo sabemos todos muy bien: el apóstol elegido por Jesús como cabeza de los demás Apóstoles, Vicario suyo, y Roca sobre la que iba a fundar su Iglesia. Hoy vamos a fijarnos en Pedro tal como nos lo traen los Evangelios. ¿Qué significado tuvo en vida de Jesús? ¿Qué significó en la primitiva Iglesia? ¿Qué significa todavía hoy?

Entre la presentación de todos los libros del Nuevo Testamento, dedicamos una lección especial a la prisión y liberación de Pedro tal como nos la describen los Hechos de los Apóstoles. Esto indicaba la importancia que Pedro tenía en la Iglesia primitiva. ¿A qué era debida? Hoy, sin salirnos para nada de la Biblia, vamos a examinar la figura de Pedro en el Nuevo Testamento. ¿Era uno como cualquiera de los demás Apóstoles, o tenía una relevancia especial, querida, pretendida y causada por el mismo Jesús? Al final, nos preguntaremos también: ¿Y sigue Pedro en la Iglesia de hoy con la misma importancia que tenía en la Iglesia primera, la del Evangelio y la de los Hechos de los Apóstoles? Si la tiene, ¿por qué será?...

Después de Jesús, Pedro es el nombre más usado por el Nuevo Testamento: sale hasta 154 veces con las variantes de Pedro, Simón, Simón Pedro, Cefas... ¿Por qué será?...

Viniendo ya a los Evangelios, hay cinco ocasiones en que Pedro aparece intencionadamente como figura de apóstol primero, principal, con un cargo específico señalado por el mismo Jesús.

Nada más se lo presentan a Jesús junto a las márgenes del Jordán, mirándole el Señor fijamente, le dice: “Tú eres Simón, pero te llamarás Cefas, Roca”, Pedro (*Juan 1, 42*)

Cesarea de Filipo es un momento culminante del Evangelio, cuando Jesús le dice: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y los poderes del Infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos, y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos” (*Mateo 16,18-19*)

Habla Mateo de la constitución de la Iglesia, y es Pedro quien pregunta al Señor, y el Señor quien responde a Pedro: “No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (*Mateo 18, 22*)

Muere Jesús, resucita, y hay vacilaciones entre los discípulos, que, sin embargo, aseguran: “Es cierto, y se ha aparecido a Simón” (*Lucas 24,34*). Y Pablo: “Se apareció a Cefas, y luego a los Doce” (*1Corintios 15,5*). Indica una primacía sobre los demás Apóstoles, expresamente buscada por Jesús.

Y finalmente, a las orillas del lago en aquella aparición tan singular, cuando le confiere el primado que le tenía pronosticado y prometido: “Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos”. Hasta donde yo te diga. Hasta dar tu sangre como yo por el rebaño. “Tú, sígueme” (*Juan 21,15-19*)

¿Qué indican estas cinco escenas del Evangelio? Dejamos aparte otras muchas en las que Pedro puede aparecer como los demás, aunque sean tan significativas como la Transfiguración, el Lavatorio de los pies en la Última Cena o la Oración en Getsemaní. Para Jesús era la elección de Pedro como Jefe o Cabeza de los Apóstoles y como Roca visible sobre la que Él edificaba su Iglesia. Y siempre, en todos los catálogos de los Doce, sin variación alguna, Pedro es el primero, aunque varíen de orden los demás. No reconocerlo es cerrarse voluntariamente los ojos para no ver, y no discurrir porque no se quiere entender.

Pasamos ya a los Hechos de los Apóstoles. Subido Jesús al Cielo, ¿quién está al frente del grupo, cómo se desarrolla la vida de la Iglesia? Todo gira en torno a Pedro. ¿Por qué?

Hay que sustituir a Judas el traidor, y es Pedro quien propone la cuestión en el grupo y dirige la elección que recae en Matías (*Hechos 1,15-26*)

Desciende el Espíritu Santo en Pentecostés sobre los Doce y todos los del grupo, pero es Pedro quien toma la palabra y se dirige a la multitud (*2,14-41*)

En el primer milagro del parálitico, frente Sanedrín, ante las conversiones en Samaría, Pedro lleva la iniciativa o asume la última responsabilidad (*Hechos 3-8*)

Y la máxima relevancia la adquiere con la conversión del centurión Cornelio, el primer pagano admitido oficialmente en la Iglesia (*Hechos 10-11*)

Viene la persecución de Herodes Agripa que corta la cabeza a Santiago, y asesta el golpe más fuerte quitando a la Iglesia al que es su Jefe. Pero mientras “Pedro estaba custodiado en la cárcel, toda la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él”, y Dios escuchó a la Iglesia (*Hechos 12,1-17*)

En el concilio o asamblea de Jerusalén, hablan Pablo, Bernabé y Santiago, pero Pedro es la autoridad primera (*Hechos 15,7-11*)

Pablo, después de su conversión, siente la necesidad de ponerse en comunicación con la Iglesia, y atestigua: “Subí a Jerusalén para conocer a Cefas y permanecer quince días con él” (*Gálatas 2,18*)

Pero, ¿qué decir del incidente de Pablo con Pedro en Antioquía? Pablo dice: “Le resistí abiertamente porque era reprehensible”. Es cierto. ¿Y de qué se trataba? No de doctrina, ya que los dos estaban enteramente de acuerdo de que no obligaba la Ley y bastaba sólo la fe. Se trataba de un asunto práctico. A pesar de lo acordado en Jerusalén, los judeocristianos seguían con su costumbre de observar la Ley de Moisés mientras que los cristianos venidos del paganismo se sentían libre de la Ley. Pedro, por una falsa prudencia, y hasta Bernabé el gran compañero de Pablo, disimularon y se apegaron a los judíos. Pablo vio el peligro de que Pedro, precisamente el Jefe de la Iglesia, condescendiera en un asunto tan delicado, y se le enfrentó con toda energía. La cosa no pasó adelante, y todo quedó en paz (*Gálatas 2,11-21*). Este hecho, comentado por los racionalistas del siglo *diecinueve* como enfrenta-

miento doctrinal entre Pablo y Pedro, no hay estudioso que lo tenga hoy en consideración, fuera de quienes se empeñan en hacer decir a Pablo lo que Pablo no dice.

Nos queda un último texto de la Biblia sobre Pedro: una frase cortísima pero que nos interesa tanto. Librado de la cárcel de Jerusalén aquella noche, dicen los Hechos de los Apóstoles sólo estas palabras: “Salió, y marchó a otro lugar” (*Hechos* 12,17). ¿A dónde? ¡Cuánto que nos gustaría saberlo con toda precisión! Pero ya no tenemos más datos en el Nuevo Testamento, aunque, afortunadamente, por la Historia sabemos con toda certeza bastantes cosas más, y precisamente para lo que más nos interesa.

Era el año 42, y Pedro marchó lo más probablemente a Roma, donde moriría el año 67, veinticinco años después. Es curiosa la afirmación de San Jerónimo, que asegura como cosa sabida: “Pedro pontificó en Roma por espacio de 25 años”, que no hay que considerarlos seguidos. El año 49 lo encontramos en el concilio de Jerusalén, pero es que el Emperador Claudio había expulsado de Roma a los judíos el año 47. Nerón volvió a admitirlos, y casi seguro que Pedro regresó a Roma de la que era Obispo. Una cosa es cierta, certísima, y que nadie pone en discusión, ni amigos ni enemigos de la Iglesia: que Pedro y Pablo murieron en Roma, lo más seguro que el año 67, hacia el final de la persecución de Nerón contra los cristianos, y que fueron sepultados, Pablo junto a la Via Ostiense, y Pedro en la necrópolis de la colina vaticana.

¿Cuál es la gran consecuencia de todo esto? El Papa, es el sucesor directo de Pedro en la Sede de Roma. De aquel Pedro a quien Jesús le dijera en el Evangelio: “Sobre esta Roca edificaré yo mi Iglesia, y los poderes del Infierno no prevalecerán sobre ella”. ¿Se ha cumplido la palabra de Jesús? ¿Se sigue cumpliendo? Llevamos ya dos mil años de experiencia. ¿Podemos seguir creyendo en la palabra de Jesús?...

109. “¡Volverá!”. *La Parusía o Segunda Venida del Señor.*

No podemos dar por finalizado nuestro Curso de Biblia sin dedicar una lección a la Segunda Venida del Señor al final de los tiempos. Jesús lo dijo: Volveré. Y estamos ciertos, ¡no faltaba más!, de que cumplirá su palabra. Entonces, ¿cómo hay que prepararse para recibir al que vendrá para juzgar al mundo? En la mente de los apóstoles no era un día de terror, sino el triunfo de Jesucristo, que volverá para glorificar a su Iglesia y llevarnos consigo a su gloria.

“Y de nuevo vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos”, confesamos en el Credo. ¿Por qué? Con esa profesión de fe recogemos la palabra de los dos ángeles que se les aparecieron a los Apóstoles mientras miraban embobados a Jesús que se subía al Cielo desde el Monte de los Olivos el día de la Ascensión: “Galileos, ¿qué hacen aquí mirando de esa manera al cielo? Ese Jesús, tal como lo han visto subir, así volverá un día” (*Hechos 1, 1*)

El mismo Jesús, en el Evangelio, lo dice de sí mismo: “Verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes con gran poder y gloria” (*Marcos 13,26*). Y San Pablo añade por su parte: “Seremos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor, y así estaremos siempre con el Señor” (*1 Tesalonicenses 4,17*)

La fe en la Segunda Vuelta de Jesucristo al final de los tiempos, para realizar el Juicio, cerrar la Historia, transformar el mundo e inaugurar la nueva creación, es un punto de fe profundamente arraigado en la mente y en la predicación de los Apóstoles, que lo legaron a la Iglesia como una de las verdades más claras enseñadas por el Señor.

Nosotros lo traemos hoy como una lección muy señalada de la Biblia, después de haber estudiado todos los libros del Nuevo Testamento. ¿Cómo aparece aquel día, “El Día del Señor”, en los Evangelios y en todos los escritos de los Apóstoles?

Con la palabra “Parusía” significamos técnicamente la Segunda Venida del Señor, y con “Escatología” lo último de todo, lo que sucederá al final de los tiempos. Los textos del Nuevo Testamento que nos hablan del final son innumerables; por eso, nos limitaremos sólo a algunos más significativos.

Ante todo, ¿cómo hablan del último día Jesús y los Apóstoles? Lo hacen con lenguaje apocalíptico y simbólico. Valga por todos este texto de Lucas: “Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra angustia de la gente, trastornada por el estruendo del mar y de las olas. Los hombres se quedarán sin aliento por el terror y la ansiedad ante las cosas que se abatirán sobre el mundo, porque la tierra y los cielos se tambalearán” (*Lucas 21,25-26*) Y comenta Pedro: “En aquel día, los cielos se desharán con ruido ensordecedor; los elementos se disolverán abrasados y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá” (*2 Pedro 3,10*)

¿Cómo hay que entender esto? ¿Es real o simbólico? Ciertamente que en la Iglesia ha vencido siempre la idea de que ese cambio del mundo se producirá de forma *realista*. Será

cierto lo de una catástrofe universal. Aunque San Pablo, diciendo lo mismo, suaviza la imagen: “La creación vive la esperanza de ser liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (*Romanos* 8,21). Los dos, Pedro y Pablo, esperan un Mundo Nuevo: Pedro con la destrucción total del viejo; Pablo, con la transformación de lo corruptible en inmortal o imperecedero.

Punto central del último día lo constituye la resurrección de los muertos. En esto, Jesús como los Apóstoles son en sus afirmaciones claros hasta la evidencia. Dice Jesús: “Llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz, y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y los que hayan hecho el mal, para una resurrección de condenación” (*Juan* 5,28-29). Sobre los buenos, que se habrán alimentado de su mismo Cuerpo, dice el mismo Jesús: “Tienen vida eterna, y yo los resucitaré en el último día” (*Juan* 6,54). De este modo, cuando los sepulcros devuelvan vivos a todos los que tienen presos, la muerte habrá quedado vencida del todo: “El último enemigo en ser destruido será la muerte” (*1Corintios* 15,26)

Realizada la resurrección de los muertos, Jesús “enviará a sus ángeles y reunirá de los cuatro vientos a los elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo” (*Marcos* 13,27). “Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre” (*Mateo* 24,39), la Cruz victoriosa. Y vendrá Jesús “en su gloria acompañado de todos sus ángeles y se sentará en su trono de gloria” (*Mateo* 25,31). Bajarán todos los ángeles del Cielo y comparecerán también todos los demonios del Infierno. Lo sabemos expresamente por los Apóstoles. San Pablo lo dice sin duda alguna: “¿No saben que juzgaremos también a los ángeles?” (*1Corintios* 6,3). Y mucho más explícitamente: “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, precipitándolos en los abismos tenebrosos del Infierno, los entregó para ser custodiados hasta el Juicio” (*2Pedro* 2,4). E igualmente claro: “A los ángeles que no se mantuvieron en su puesto, los tiene guardados con ligaduras eternas bajo tinieblas para el juicio del gran Día” (*Judas* 6)

En medio de todo esto, llegamos al momento central: al Juicio propiamente dicho. Y aquí, conforme a toda la catequesis de los Apóstoles, acudimos a Mateo, que cita las palabras textuales de la sentencia que pronunciará Jesús ante los dos grupos irreconciliables en que habrá separado a todos. A los unos dirá: “Vengan, benditos de mi Padre, a poseer el Reino que les está preparado desde el principio del mundo”. Mientras que a los otros dirá con palabra estremecedora: “Lejos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para Satanás y sus ángeles”. Pronunciada la sentencia, se realizará sin más la ejecución: “E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (*Mateo* 25,46)

Todo lo anterior constituye ciertamente la catequesis de los Apóstoles sobre el último día, “El Día del Señor”, uno de los puntos básicos de la predicación en la Iglesia primitiva.

Ahora bien, en toda esta manera de hablar, ¿qué hay de parábola y qué hay de palabra textual y directa? Es difícil precisarlo. Pero una cosa es cierta: que la Segunda Venida del Señor será grandiosa por demás. Será un espectáculo inimaginable. Aquel día será el triun-

fo total y definitivo de Jesucristo y de su Iglesia. Aplastados todos los enemigos, “puestos como escabel de sus pies”, Jesús quedará constituido Rey universal de los siglos.

Se habrá cumplido al pie de la letra lo que Jesús respondió al sumo sacerdote ante el Sinedrín en la noche de su pasión: “Verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo y sentado a la derecha de la Majestad de Dios” (*Mateo 26,64*)

El Juicio Universal con todas las circunstancias que lo rodearán ha excitado siempre nuestra curiosidad, igual que la excitó a los Apóstoles, y nos hemos formulado muchas veces esas preguntas: ¿Cuándo será? ¿Cómo lo podemos prever? ¿Cómo se desarrollarán esos acontecimientos que describe nuestro Señor? Sin embargo, somos incapaces de responder a preguntas semejantes. Jesús y los Apóstoles se limitaron a respondernos a una sola pregunta, la que menos veces nos formulamos: ¿Qué tenemos que hacer ante el Juicio que ciertamente nos va a venir y al cual nos vamos a ver sometidos?

Jesús nos dice solamente: “Estén preparados porque no saben cuando vendré. Miren que se lo he predicho”. “Ese día es un secreto que se ha reservado Dios”. “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (*Marcos 13, 23.31-32*)

San Pablo nos pide únicamente vivir de tal manera que aquel día sea para nosotros de esperanza plena: “Vivan irrepreensibles hasta el Día de nuestro Señor Jesucristo” (*1Corintios 1,8*).

Para los elegidos, el Día del Señor no es nada terrorífico, sino todo lo contrario. San Pablo lo expresa de manera gozosa: “Seremos arrebatados al encuentro del Señor en las nubes, y así estaremos siempre con el Señor” (*1Tesalonicenses 4,17*)

Y concluye Jesús, después que nos ha descrito todas las catástrofes que precederán al Juicio del gran Día: “Y cuando vean suceder todas estas cosas, ¡ánimo!, y levanten la cabeza, porque se acerca su liberación” (*Lucas 21,28*). Que tiemblen los malos que se hayan de perder. Nosotros, los fieles de Jesucristo, soñamos en aquel Día y exclamamos continuamente con el final del Apocalipsis: “¡Ven, Señor Jesús!”...

110. Cuando entregue el Reino a Dios y Padre. *El fin sin fin.*

En esta última lección de nuestro Curso de Biblia vamos a hablar de Jesucristo en la toma definitiva de posesión del Reino de los Cielos, o, si queremos, del principio de lo que será el Reino definitivo de Jesucristo. Con esto acaba la Historia de la Salvación, contenida en la Biblia, y con esto queremos finalizar nosotros el estudio que durante muchas clases hemos tenido de las Sagradas Escrituras.

Con la lección de hoy damos fin a nuestro Curso de Biblia. Rendimos muchas gracias a Dios porque nos ha permitido llegar a este momento. Seguirán con su favor otras lecciones complementarias, que nos hagan conocer y saborear las Sagradas Escrituras, pero el “Curso”, como tal, lo finalizamos hoy. Y la última lección tiene por tema la palabra con que San Pablo concluye toda la Historia de la Salvación llevada a cabo por Jesucristo: “Cuando entregue el Reino a Dios y Padre”, derrotados y vencidos todos los enemigos (*1Corintios 15,24*). Biblia en mano, ¿qué significa eso que confesamos en el Credo: “Y su Reino no tendrá fin”?...

¿A quién vamos a tener por guía en esta lección? Como en ninguna otra de nuestras clases, se van a enlazar unos con otros muchos textos de la Sagrada Biblia, todos del Nuevo Testamento. Será Él, el Señor, quien nos hable sobre lo que va a ser nuestro fin sin fin en su Reino, en el Reino del que tomará posesión definitiva el día de su Segunda Venida, como veíamos en nuestra lección anterior.

¿Es Rey Jesucristo? ¿tiene un Reino? ¿será Rey para siempre?... Estas preguntas tienen su respuesta adecuada en muchos textos de la Sagrada Biblia. En el Antiguo Testamento lo profetizaba de manera misteriosa Daniel. Pero ahora nos lo confirma la Palabra de Dios de manera irrefutable. En el Apocalipsis lo leemos a cada paso. El famoso ángel de la séptima trompeta clama triunfante: “Ha llegado sobre el mundo el Reinado de nuestro Señor y de su Cristo; y reinará por los siglos de los siglos” (*Apocalipsis 11,15*). A lo que respondía un eco jubiloso en los cielos: “Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, porque has asumido tu inmenso poder para establecer tu reinado” (*Apocalipsis 11,15-18*)

Era la respuesta de Juan en Patmos a lo que había escrito Pablo muchos años antes: “Luego, el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino, después de haber destruido todo principado, dominación y potestad” (*1Corintios 15,24*). Sigue por lo mismo el vidente de Patmos: “Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la soberanía de su Cristo” (*Apocalipsis 12,10*). La cosa es clara: Jesucristo es Rey, y su Reino queda establecido definitivamente en los Cielos.

¿Por qué Jesucristo es Rey? Porque es Dios y Señor. Hemos de entender bien lo que significa en la Biblia la palabra “Señor”. Para un judío, no había más que un solo Señor: Dios.

Recordemos la escena de Jesús con sus enemigos, cuando les propone la cuestión citando el salmo 109: Si el Mesías es hijo de David, ¿cómo es que David le llama “Señor” a su

hijo? El salmo es claro: “Dijo el Señor a mi Señor”... Si el Mesías es ‘Señor’, es decir, ‘Dios’, ¿cómo es hijo de David?...

Los enemigos de Jesús, escribas y fariseos, quedaron mudos, sin respuesta. Jesucristo, aunque hombre tan sencillo, se declaraba Señor, Hijo de Dios, Dios como el mismo Yahvé. Por más que a los tres días iba a parar en la cruz. Pero, precisamente al obedecer a Dios hasta la muerte, y muerte de cruz, “Dios lo exaltó, y le dio el Nombre sobre todo nombre, ante el que se ha de doblar toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, porque Cristo Jesús es el SEÑOR” (*Filipenses 2,10-11*)

La primera Comunidad de Jerusalén lo reconoció, y Pablo lo transmitió a las Iglesias: “Marana tha”: ¡Señor, ven! (*1Corintios 16,22*)

Y Pablo explana para nosotros este título de manera conmovedora: “Porque ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí mismo. Pues si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor. Por lo mismo, tanto que vivamos como que muramos, somos del Señor. Pues para esto murió y resucitó Cristo: para reinar sobre los muertos y los vivos” (*Romanos 14,7-9*)

Es la profesión de fe más viva que repetimos mil veces, tomada del recalcitrante Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!” (*Juan 20,28*)

Aunque en su vida mortal pasó Jesús como un hombre cualquiera, en la Resurrección fue entronizado oficialmente como Señor: “Sepan, pues, todos con certeza que Dios ha constituido Señor y Cristo a ese Jesús a quien ustedes crucificaron” (*Hechos 2,36*). “Lleva escrito un nombre en su manto y en su muslo: Rey de reyes y Señor de señores” (*Apocalipsis 19,16*)

El mismo Jesús lo cuenta en el Apocalipsis: “Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono” (*Apocalipsis 3,21*)

Sí; Jesucristo es Rey porque es Dios y Señor. Sin embargo, nosotros nos preguntamos: ¿Y cómo es que tiene tantos enemigos, enemigos que, con Satanás su Jefe e inspirador, detentan tanto poder en el mundo? Es ésta una pregunta inquietante a la que muchos no saben dar respuesta. Y hemos de decir que no deja de ser un misterio de Dios.

Satanás opera en el mundo y tiene multitud de aliados que le llevan adelante sus malditos planes. Son, con palabra de Jesús, los que siembran la cizaña en medio del trigo. Pero tienen la sentencia echada: al final, “el Hijo del hombre mandará a sus ángeles, que recogerán de su Reino todos los escándalos y a los obradores de iniquidad, y los arrojarán en el horno de fuego” (*Mateo 13,41*)

Es evidente. Sus enemigos “harán la guerra al Cordero, pero el Cordero, como es Rey de reyes y Señor de señores, los vencerá en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles” (*Apocalipsis 17,14*). “Tengan entendido que ningún fornicario o impuro o codicioso, que es como ser idólatra, participará en la herencia del Reino de Cristo y de Dios” (*Efesios 5,5*)

“Venga a nosotros tu Reino”. Es el principio y el fin de la oración. El Reino es la realidad que irrumpe en la tierra con Cristo y se consumará total y definitivamente en el último

día. Con la venida de Jesús al mundo se inició la salvación, que acabará de modo pleno y perfecto “cuando entregue el reino a Dios y Padre”.

Cara al Reino eterno de Jesucristo, miramos ahora nosotros nuestra suerte. Jesucristo, “que ha hecho de nosotros un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre” (*Apocalipsis* 1,6). “Has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de sacerdotes y reinarán sobre la tierra” (*Apocalipsis* 5,10). “Porque él nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino de su Hijo querido” (*Colosenses* 1,13)

Así nos llegará el fin, del que nos dice Dios: “¡Dichosos los que mueren en el Señor! Desde ahora, dice el Espíritu, sí, que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan” (*Apocalipsis* 14,13)

“De ellos es el reino de los Cielos”. “Porque ellos verán a Dios”. “Seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es Él”. Son sentencias de la Biblia que nos sabemos muy bien. Y comenta el Catecismo de la Iglesia Católica: “La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua” (1045)

El Concilio (*LG* 51), con preciosos textos del Apocalipsis (21,23; 5,12-13), nos describe lo que será nuestro fin sin fin: “Cuando Cristo se manifieste y tenga lugar la gloriosa resurrección de los muertos, la gloria de Dios iluminará la ciudad celeste, y su lumbrera será el Cordero. Entonces toda la Iglesia de los santos, en la felicidad suprema del amor, adorará a Dios y al Cordero que fue inmolado, proclamando con una sola voz: Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, gloria, imperio por los siglos de los siglos”.

El Catecismo de la Iglesia Católica (1060) concluye muy bien: “Al fin de los tiempos, el Reino de Dios llegará a su plenitud. Entonces, los justos reinarán con Cristo para siempre, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo material será transformado. Dios será entonces ‘todo en todos’”.

Aquí acaba el Nuevo Testamento

TEMAS COMPLEMENTARIOS de reflexión bíblica

Cincuenta lecciones sobre puntos determinados de la Sagrada Biblia.

No llevan ningún orden.

Van del número **111** al **160**.

Nos enseñan a pensar sobre temas concretos de la Palabra de Dios.

Se ofrecen también en forma de lección, igual que el Curso y con el mismo sistema didáctico: exposición monologada y dialogada, ésta más apta para difusión radiada o para trabajo de grupo.

**Siguen en las páginas siguientes esos
50 Temas Complementarios de reflexiones bíblicas.**

Se trata de puntos determinados, libres y sin orden alguno. Nos ayudan a reflexionar sobre textos o pasajes específicos e ideas fundamentales de la Revelación, para formarnos a pensar habitualmente con las Sagradas Escrituras.

111. El “Misterio” de Dios. *Todo “hacia”, “desde” y “en” Jesucristo.*

Cansado de tanta guerra, injusticia y pobreza, el mundo busca hoy un punto central que una a todos los hombres para acabar con tanto mal. Nuestra pregunta es: ¿Puede ser Jesucristo ese punto de unión, sobre el cual gravite la felicidad de todos los hombres? No lo dudemos. Dios quiso desde toda la eternidad centrar todas las cosas en su Hijo hecho hombre. ¿Podemos trabajar nosotros por llevar todo hacia Jesucristo?

Hace ya muchos años que están establecidas y funcionan las Naciones Unidas, que se propusieron como fin acabar con tantos conflictos internacionales, promoviendo la justicia y el bienestar en todos los pueblos. A pesar de haber trabajado laudablemente, ¿han conseguido aquellos objetivos?

Tomamos este hecho humano e histórico de nuestros días como una comparación. Porque nosotros nos preguntamos: ¿Podemos decir, a la luz de la fe, y con la Biblia, con la Palabra de Dios en la mano, que Dios se propuso el mismo plan, y que, a pesar de la obra del pecado, Dios lo va a conseguir un día?... Desde el principio respondemos categóricamente que sí. Y lo sabemos de cierto porque Dios nos ha revelado su “Misterio”, como lo llama San Pablo, y que no es otro sino “recapitular”, “hacer converger” “centrar” todas las cosas en Jesucristo.

¿Qué significa esto? Que un día, falten los milenios que falten, se dará eso en que sueñan los hombres y no lo pueden conseguir: el Reino de Dios llegará a su consumación, y no habrá más que una unión perfecta de todos los hombres, “cuando Dios será todo en todos”, “una vez entregado por Jesucristo el Reino al Padre” (*1 Corintios 15, 24 y 28*). Y eso lo va haciendo Dios ya ahora con todos los elegidos, que, al unirse con Cristo, se unen también entre sí de manera irrompible en la realidad de la Iglesia, que forma “un solo cuerpo y un solo Espíritu” (*Efesios 4,4*)

Al meternos hoy en una lección tan hermosa de la Biblia, empezamos por traer las palabras grandiosas de San Pablo: “Dios me concedió, por una revelación, el conocimiento del misterio de Cristo, misterio que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido revelado ahora a los santos apóstoles y evangelizadores por el Espíritu: la gracia de anunciar y esclarecer cómo se ha dispensado el misterio escondido desde hace siglos en Dios” (*Efesios 3,11*)

¿Cuál era este “misterio”? Que los paganos, como los judíos, iban a formar un solo pueblo en Cristo, mediante la Iglesia, sin posibles divisiones ya entre los hombres. Por eso le pide ahora Pablo a Dios para sus discípulos: “Que les conceda fortalecerse interiormente, mediante la acción de su Espíritu, para que Cristo habite por la fe en sus corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en el amor, puedan comprender con todos los santos la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, y les llene de toda la plenitud de Dios” (*Efesios 3,10-19*)

Es un amor tan inmenso el de Dios y el de Cristo que es imposible llegar a sus riberas, porque es infinito en todas sus dimensiones.. Ancho más que todo el mundo, y abarca a todos los hombres. Largo, sin que jamás se alcance su fin. Profundo, que resulta insondable. Alto, que llega hasta las cumbres más inalcanzables de Dios.

San Pablo había escrito ya antes sobre este “Misterio” que Dios se guardaba muy secreto, de modo que no lo conocieran los ángeles caídos, porque hubieran echado a perder el plan de Dios: “Hablamos de una sabiduría de Dios misteriosa, escondida, desconocida a todos los jefes de este mundo, pues, de haberla conocido, no hubieran crucificado al Señor de la Gloria” (*1Corintios 2,7-8*).

Es decir, las autoridades humanas, y más aún, los demonios que rigen el mundo, obraban con toda malicia respecto de Jesús. Pero Dios, de aquella sentencia tan injusta a muerte, sacó la Redención humana. De haber conocido el “Misterio” secreto de Dios, los demonios no hubieran incitado a los hombres a crucificar a Cristo. Lo hicieron, y cayeron en la trampa.

Ahora sí; ahora lo ven todo en la Iglesia, como lo atestigua San Pablo: “La sabiduría de Dios es manifestada a los principados y a las potestades en los cielos, mediante la Iglesia, conforme al designio eterno realizado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (*Efesios 3,10*). Cristo, crucificado y resucitado, viviente en su Iglesia y en cada uno de sus miembros, es el centro en el cual converge todo el plan salvador de Dios.

Esta unión de todos los hombres en Cristo no se puede conseguir sin la unión estrecha, íntima, irrompible, de cada uno de nosotros con el mismo Señor Jesucristo. Por eso, miremos de acrecentar esta unión que ya se realizó en nuestro Bautismo, pero que nosotros queremos hacer cada vez más intensa, hasta poder asegurar como Pablo: “Vivo yo; pero ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí” (*Gálatas 2,20*)

Al estar cada uno estrechamente unido a Cristo en la Iglesia, viene el unirse de modo necesarísimo todos los cristianos entre sí, y es imposible prescindir de esa unión. “Son edificio de Dios” (*1Corintios 3,9*), por estar “edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también ustedes están siendo edificados para ser morada de Dios” (*Efesios 2,21-22*). San Pedro, igual: “También ustedes, como piedras vivas, entran en la construcción de un edificio espiritual” (*1Pedro 2,5*)

El Papa San Gregorio Magno nos ha recordado esta verdad con una comparación muy atinada, traída por el Papa Benedicto XVI en una de sus catequesis: “«En una casa una piedra sostiene la otra, pues se pone una piedra sobre otra, y quien sostiene a otro es a su vez sostenido por otro. De este modo, precisamente de este modo, en la santa Iglesia cada quien sostiene y es sostenido».

Si la unión de cada uno en Cristo lleva a este fin, la Iglesia, proyecto de Dios para la salvación de cada uno, lleva también necesariamente a la unión de todas las gentes en un solo pueblo, una unión que los hombres de mejor buena voluntad, como pudieron ser los fundadores de las Naciones Unidas, no consiguen jamás.

Sobra entonces decir, analizando esas palabras de la Biblia en la Carta de Pablo a los de Éfeso, que por nosotros mismos, por nuestra propia salvación, y por el bien de todos los hombres, lo más grande, seguro y provechoso que podemos hacer es adherirnos cuanto más a Cristo Jesús, cooperando así con Dios a la realización de aquel “Misterio” tan grandioso que tenía proyectado y escondido desde toda la eternidad.

Esa unión con Cristo la han expresado muchos santos con fórmulas inolvidables. Empezando por un San Pablo, que confiesa: “No quiero saber otra cosa que a Cristo” (*1 Corintios* 2,2), de modo que San Juan Crisóstomo dirá del Apóstol, con frase ya famosa: “El corazón de Pablo era el corazón de Cristo”.

El antiguo y célebre monje San Macario, aseguraba: “Cristo me hace las veces de alma”.

Santa Catalina de Siena, Doctora de la Iglesia, afirma: “Yo no tengo alma; yo no tengo corazón; porque mi corazón y mi alma son los de Jesucristo”.

Y otro Santo, Antonio María Claret, lo expresaba de manera verdaderamente audaz: “Después de la comunión, le digo a Jesús: Toma este mi pobre corazón; cómetelo, como yo te como a ti. Con las palabras de la consagración la sustancia del pan y del vino se convierte en la sustancia de tu Cuerpo y Sangre. ¡Señor omnipotente! Conságrame. Habla sobre mí, y conviérteme del todo en ti”.

Si queremos, todos estos testimonios son exageraciones en las palabras. Pero en su realidad responden al plan inmenso de Dios. Los grandes patriarcas del Antiguo Testamento, como nos dice la Carta a los Hebreos (11,13), sospechaban los designios de Dios. No los veían, y morían en la fe, “viendo de lejos, y saludando la promesa”, esa Promesa que era el Cristo futuro. Antes de Cristo, todo se dirigía “hacia” Él; llegado Cristo, todo arranca “desde” Él; ahora, todo se centra y se sostiene “en” Él.

Para bien propio y del mundo entero, ¿cómo es nuestra unión con Cristo, dentro del “Misterio” de Dios?...

112. Creo, Señor. *La Biblia en el Credo de nuestros labios.*

¿Cuál es el himno del cristiano? El Credo, que encierra las verdades fundamentales de la fe. Hoy vamos a ver cómo la Biblia confirma todo lo que profesan nuestros labios, y cómo al recitar el Credo no hacemos sino proclamar en voz alta todo lo que la Biblia nos enseña y pretende a lo largo de sus muchas páginas. Quien profesa el Credo de la Iglesia Católica profesa la Biblia entera.

¿El Credo y la Biblia? ¿Es que tienen alguna relación, o qué?... Alguien podría formular esta pregunta, nada más escuchado el título que hemos dado a nuestra lección. Y desde el principio hemos de decir que sí, que se compenetran mutuamente el uno con la otra.

El apóstol San Pablo tiene unas palabras que se repiten mucho, sobre todo en el tiempo pascual, cuando escribe: “Con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación” (*Romanos 10,10*)

La fe, que es la adhesión a la Palabra de Dios, anida en lo más íntimo del alma; por ella nos apegamos a Dios, lo admitimos, lo queremos, nos entregamos a Él. Pero esa fe se convierte en grito de júbilo, y estalla en los labios que confiesan: “¡Jesús es el Señor, el resucitado por Dios de entre los muertos!” (*Romanos 10,9*)

Así lo ha creído y repetido siempre la Iglesia, desde que San Pablo escribiera esas palabras. Lo confirma el hecho tan significativo de un soldado romano, en tiempo de las persecuciones. Un oficial sabía muy bien esto de la Biblia, y fue instigado por sus compañeros: “No reniegues de tu fe cristiana. Guárdatela en el corazón, pero calla y no digas nada”. El valiente militar se demostró más valiente cristiano aún, y contestó: “El que me dio el corazón, me dio también la lengua” (*Gordiano, mártir*). No podemos leer un comentario mejor a esas palabras tan repetidas de San Pablo. De este modo, el Credo viene a convertirse en la Biblia puesta en nuestros labios. Todo lo que la Biblia nos dice lo creemos, y en nuestros labios se convierte en confesión, en proclamación vigorosa de la fe que anida en el corazón. Por eso también, el Credo es un himno que recita quien acepta toda la Biblia, toda la palabra de Dios; y es la síntesis y como el compendio de la Biblia entera, de toda la Palabra que Dios ha revelado.

Decimos “toda” la Palabra de Dios. Porque el Credo es como la semilla que encierra todas las ramas en que después se expandirá el árbol. Aunque no se digan con las palabras todas las verdades expresamente una por una, en el Credo está “toda” la verdad, como están en la semilla todas las ramas, todos los frutos del árbol.

Ponemos como ejemplo: “Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica”. Es como decir: “Y creo en todo lo que la Iglesia es, enseña y manda, porque en ella todo arranca de los Apóstoles, que transmitieron fielmente a la Iglesia “todo” lo que Jesús les confió. Y ponemos un ejemplo de este ejemplo: la Eucaristía. No se dice nada de ella en el Credo. Pero, ¿no está la Eucaristía en el Credo? Nos basta decir “Creo en la Iglesia, que es apostólica”, para saber que la Eucaristía está en esa semilla del Credo, porque es uno de los puntos fundamentales que los Apóstoles enseñaron y legaron a la Iglesia.

Pero, volvemos a la pregunta primera: ¿Todo lo del Credo, que es la Tradición más pura de la Iglesia, está en la Biblia? No lo dudamos solo instante. Podríamos repasar artículo tras artículo del Credo para encontrarlo en la Biblia de una manera evidente. ¿Lo intentamos?...

Dice el Credo: “Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”, Y la Biblia, en su primera línea: “En el principio creó Dios el cielo y la tierra” (*Génesis 1,1*)

Sigue el Credo: “Y en Jesucristo, su único Hijo nuestro Señor”. Se acumulan los textos de la Biblia sobre cada una de estas palabras. Escogemos algunos nada más. “Este es el mandamiento de Dios: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo” (*1Juan 3,23*). “Hemos contemplado su gloria, como de Hijo Unigénito, *único*, del Padre” (*Juan 1,14*). “Para nosotros, no hay más que un solo Señor, Jesucristo” (*1Corintios 8,6*)

Otro artículo: “Que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen”. ¿Dice esto mismo bien claro la Biblia? Para San Pablo: “Dios, envió a su Hijo, nacido de mujer” (*Gálatas 4,4*), esa mujer, “María, de la cual nació Jesús” (*Mateo 1,16*). María, que afirma no mantener relaciones conyugales, y recibe la respuesta: “No temas, el Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (*Lucas 1,35*), y lo confirma otro evangelista: “Lo engendrado en ella es del Espíritu Santo”, “para que se cumpliera la Escritura: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo” (*Mateo 1,20-23*)

Continúa el Credo con los artículos sobre el Sacrificio redentor de Cristo, formulado de esta manera: “Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos”. Cada una de estas palabras está muy bien pensada y tiene un significado bien profundo y determinado. “Pilato, entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuera crucificado” (*Marcos 15,15*). “Jesús, cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado el Calvario, y allí lo crucificaron” (*Juan 19,17-18*). Jesús dijo: ‘Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu’. Y dicho esto, expiró” (*Lucas 23,46*). “José de Arimatea lo descolgó de la cruz, y lo puso en un sepulcro excavado en una roca, e hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro” (*Marcos 15,46*). “Jesús bajó a las partes inferiores de la tierra”. “Hasta a los muertos fue anunciada la Buena Nueva” (*1Pedro 4,6*)

Vienen después los grandes artículos sobre la glorificación de Jesucristo: “Al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”. Los textos de la Biblia son también innumerables. “Buscan a Jesús, el Nazareno, el Crucificado, ¡ha resucitado, no está aquí!” (*Marcos 16,6*). “Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo” (*Lucas 24,51*). “Y se sentó a la derecha de Dios” (*Marcos 16,19*). “Este Jesús, que les ha sido arrebatado al cielo, volverá así, tal como le han visto marchar al cielo” (*Hechos 1,11*)

La tercera parte del Credo, después de las dos primeras sobre el Padre y Jesucristo, contiene los artículos del Espíritu Santo y su obra. “Creo en el Espíritu Santo, en la santa Igle-

sia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna”. ¿Están confirmados todos estos artículos por la Biblia? Veamos. “El Espíritu de la verdad, que procede del Padre, dará testimonio de mí” (*Juan 15,26*). “Van a ser bautizados con Espíritu Santo” (*Hechos 1,5*)

Acerca de su gran obra, dice Jesús: “Sobre esta roca edificó yo mi Iglesia” (*Mateo 16,18*), “Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad” (*1Timoteo 3,15*). En ella está vigente la Comunión de los santos, ante todo en las cosas santas: “Se mantenían constantes en la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan, y en las oraciones” (*Hechos 2,42*). Y comunión en la unión de las personas santas: “La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma” (*Hechos 4,32*)

¿Y sobre el pecado? Un gran regalo del Resucitado: “A quienes perdonen los pecados les quedan perdonados” (*Juan 20,23*). ¿Y la resurrección de la carne? “Sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles” (*1Corintios 15,52*), “los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, los que hayan hecho el mal para una resurrección de condenación” (*Juan 5,29*). “E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (*Mateo 25,46*)

Como vemos, el Credo es la Biblia sintetizada, y no hay afirmación en el Credo que no esté confirmada por textos y más textos de la Biblia, sobre todo del Nuevo Testamento. Con el Credo proclamamos nuestra fe a todos los vientos.

El Credo es nuestro “santo y seña” del soldado. En las guerras antiguas, se daba cada día a toda la compañía, batallón o división el santo y seña del día, una consigna hecha con dos o tres palabras escogidas que podían ser, por ejemplo: “¡Hoy venceremos!”, y permanecía secreta entre los soldados. Si se presentaba en medio de la batalla o se filtraba en retaguardia un soldado sospechoso, y se decían: ¿Es nuestro, o es enemigo?..., pronto se salía de dudas cuando se le preguntaba: “¿Santo y seña?”... En su respuesta firmaba su propia sentencia. ¿No lo sabía? Era enemigo: y quedaba prisionero o muerto quizá.

Y esto es el Credo: un santo y seña que nos distingue a los católicos. Porque sólo la Iglesia Católica ha sido capaz de formular todo lo que cree por la Biblia y por su Tradición, sintetizado en un Credo que, bajo diversas fórmulas, se remonta hasta los primeros días de la misma Iglesia bajo los Apóstoles. Credo y Biblia, Biblia y Credo, son hermano y hermana gemelos inseparables, los dos con unos rasgos fisiológicos inconfundibles.

113. Pasión y muerte redentoras. *El Sacrificio de la Cruz.*

El cristiano mira continuamente a Jesús Crucificado. Y es lo que haremos nosotros hoy: mirar a Jesús clavado en la Cruz, pero no recorriendo los pasos dolorosos de su pasión, sino tratando de descubrir su sentido redentor. ¿Por qué padeció y murió Jesús? Queremos descubrir el sentido que tienen las palabras de ese himno tan bello: “Este es el leño de la cruz, en el cual estuvo pendiente nuestra salvación. ¡Vengan, y adoremos!”.

¿Qué decimos de Jesús Crucificado? ¿Cómo lo podemos contemplar en una clase de Biblia como la nuestra? La Pasión nos la sabemos de memoria, porque hemos recorrido muchas veces sus pasos desde el Huerto de Getsemaní hasta el final del drama en el Calvario. La estudiamos ya con detalle en una lección anterior. Hoy la queremos mirar desde otro punto de vista. ¿Qué significó aquella pasión y muerte, impregnada de un amor infinito? Veremos cómo las reflexiones doctrinales sobre la muerte de Jesús se multiplican sin cesar.

Y empezamos por preguntar: ¿Sabía Jesús que lo iban a matar? Y si lo sabía, o lo sospechaba con toda seguridad, ¿cómo y por qué aceptó la muerte?

Ante todo, Jesús valoraba lo que le estaba ocurriendo con las autoridades judías, los sumos sacerdotes, los senadores, los principales escribas y los fariseos. Hubo hechos en la vida de Jesús que no le perdonaron sus adversarios. Jesús violaba el sábado, día sagrado en Israel; hacía milagros por arte de magia en nombre de Beelzebul, el príncipe de los demonios; se arrogaba autoridad sobre el Templo, al purificarlo expulsando a los vendedores; trataba con los publicanos y prostitutas, pecadores públicos, dándoles el perdón de Dios, y asegurando, como ante el paralítico, que lo hacía con autoridad propia; blasfemaba al asegurar que venía de Dios, haciéndose Hijo de Dios y anterior a Abraham...

Todo esto le creó tal enemistad con los dirigentes del pueblo, que veía claro cuál iba a ser su destino final: Moriré en Jerusalén, como todos los profetas... (*Lucas 13,33*). Todos esos motivos eran de orden religioso.

Modernamente han querido muchos ver a Jesús enfrentado con las autoridades civiles, de modo que el desenlace de su vida fue, dicen ellos, por motivos sociopolíticos. Nada más falso. A las autoridades las trató con respeto.

La misma expulsión de los mercaderes del Templo no indicaba ninguna revuelta, de modo que los soldados romanos, que estaban a un paso en la Torre Antonia, no hubieron de intervenir para nada.

A Pedro le manda que pague el tributo del Templo por los dos: por Jesús y por el mismo Pedro.

Ante el delicado problema del tributo al César, responde de manera que sus mismos enemigos se quedaron asombrados: “Den al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”.

Si Pilato condena a Jesús a muerte, es por pura cobardía al ver que peligraba su puesto cuando le proponen los judíos: *-Eres tú enemigo del César si perdonas a éste, pues se ha hecho rey, y todo el que se hace rey es enemigo del Emperador.* Pilato cede por miedo ante esta falsa acusación, ya que el mismo Jesús, al ser preguntado judicialmente, le ha declarado: “Mi reino no es de este mundo”. Pilato ve que le han traído a Jesús por envidia, y lo condena contra toda su conciencia.

Jesús, por lo mismo, sabe que su vida peligraba por ser fiel a su misión, la que ha traído del Padre. Está tan seguro de ello, que advierte a los apóstoles con toda claridad acerca de lo que le espera: “Miren que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles; se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y lo matarán, pero a los tres días resucitará” (*Marcos 10,33-34*)

Por otra parte, cuando hace este tercer anuncio de su Pasión, ha pasado ya la escena de la Transfiguración, en la cual aparecieron Moisés y Elías hablando con él de la pasión y muerte que tenía ya próxima en Jerusalén (*Lucas 9,30-31*)

Sabiendo Jesús todo esto, y teniendo conciencia de la misión con que había venido al mundo como Hijo de Dios hecho Hombre, ¿con qué espíritu, con qué sentimientos acepta la pasión y la cruz? Hay muchos textos del Evangelio y de los Apóstoles que nos lo hacen ver.

El mismo Jesús dice de sí mismo: “El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por todos” (*Marcos 10,45*)

Como recordábamos en una clase anterior, al llegar el momento, exclama: “Mi alma está angustiada. ¿Y qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero, si he venido para esto precisamente” (*Juan 12,27*). Antes había dicho: “Tengo que ser bautizado con un bautismo, ¡y qué angustiado estoy hasta que se cumpla!” (*Lucas 12,50*). Aquel bautismo de sangre estaba ya encima...

Jesús, conocedor como nadie de las palabras de los profetas, preveía lo que iba a ser su pasión. Se sentía el “Siervo de Yahvé” descrito por Isaías, y es muy probable que se aplicara antes de su pasión aquella descripción patética:

“Despreciado, marginado, hombre doliente y enfermizo, como de taparse el rostro para no verle. Nosotros lo vimos azotado, herido de Dios y humillado. Ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus heridas hemos sido curados. Todos nosotros éramos como ovejas errantes, y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue arrancado de la tierra de los vivos, herido por las rebeldías de su pueblo. Indefenso se entregó a la muerte y fue contado con los malhechores, cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes” (*Isaías 53,2-12*)

Aunque no lo digan los Evangelios, no nos equivocamos mucho si pensamos que estos eran los presentimientos de Jesús en estos días.

¿Y por qué Jesús sentía así, y se entregaba libremente a los tormentos? La Carta a los Hebreos nos lo dice con unas palabras preciosas. Era el Espíritu Santo el que le empujaba a ser valiente y generoso para derramar su sangre por la salvación de los hombres sus hermanos: “Por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios” (*Hebreos 9,14*)

Jesús se ofrece en sacrificio sangriento, en sustitución de aquellas víctimas de la ley antigua que eran incapaces de perdonar los pecados. Lo expresa el mismo Jesús horas antes de ir a la muerte cuando instituye la Eucaristía en la Última Cena: “Este mi cuerpo, que se entrega por vosotros” (*Lucas 22,19*). “Esta mi sangre que es derramada por todos para perdón de los pecados” (*Mateo 26,28*)

Y en definitiva, ¿qué es lo que mueve a Jesús a ir a la pasión y a la muerte con semejante generosidad? El amor, el amor inmenso que le tiene a su Padre y que nos tiene a nosotros.

Lo dice Él mismo en el Cenáculo al dirigirse hacia el Huerto de Getsemaní: “Para que el mundo sepa que amo al Padre..., levántense y vámonos de aquí” (*Juan 14,31*). Por amor al Padre, y cumpliendo sumisamente su voluntad, Jesús satisfacía a Dios por el pecado de la Humanidad rebelde.

Y San Pablo dirá por su parte: “¡Que me amó, y se entregó a la muerte por mí!” (*Gálatas 2,20*)

Desde mucho antes de la Pasión, Jesús estaba imbuido de estos sentimientos. En la parábola del Buen Pastor lo dice veladamente, pero con claridad suficiente para que lo entendieran los fariseos a los cuales se dirigía: “El buen pastor da la vida por las ovejas... Yo conozco a mi Padre, y doy mi vida por mis ovejas” (*Juan 10,11 y 15*)

Jesús vino al mundo para salvarlo con su propio sacrificio, que coronó su vida entera en la cima del Calvario, conforme a lo que intuyó y anunciara el profeta del Jordán: “Miren ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (*Juan 1,29*)

Así obró Jesús el misterio de la redención: con un sacrificio sangriento, entregando su cuerpo y derramando su sangre, satisfacía a Dios; y el pecado de la humanidad quedaba remitido y pagado para siempre.

114. Sal y Luz. *Cómo nos quiere Jesucristo para el mundo.*

“Sal” de la tierra y “Luz” del mundo. Esto quiere Jesucristo que seamos sus seguidores, y esto es lo que vamos a ver hoy. ¿Qué significa a la luz de la Biblia ser luz y ser sal? La luz y la sal son dos elementos de los cuales nos servimos continuamente para la vida. Y eso es lo que quiere Jesucristo para el mundo: que sepa y pueda aprovecharnos a los suyos como luz que lo alumbraba y como sal que lo sazona.

Jesús nos dice que somos la “sal de la tierra” y la “luz del mundo”, dos expresiones clásicas e inolvidables del Evangelio. Aunque sea invirtiendo el orden, hablemos primero de la Luz y después hablaremos de la Sal.

De Sí mismo dijo Jesús: “Yo soy la luz del mundo” (*Juan 8,12*). Y a sus discípulos les comunicó: “Ustedes son la luz del mundo” (*Mateo 5,14*). En la sola palabra “luz” encerró Jesús una parábola inmortal. Dios es la Luz. Jesucristo es Luz de Luz, “esplendor de la gloria del Padre” (*Hebreos 1,3*), y el cristiano es Luz que “brilla como antorcha en medio de la oscuridad del mundo” (*Filipenses 2,15*), desde el momento que por Dios “fue librado del poder de las tinieblas y trasladado al Reino de su Hijo querido” (*Colosenses 1,13*)

Si examinamos la Biblia, ¿qué significa la luz, y qué nos exige Jesús cuando nos dice que somos, que debemos ser, la Luz del mundo, exactamente tal como lo es Él mismo?

La luz ha sido cantada siempre por los poetas, y en la Sagrada Escritura se habla continuamente de ella. ¡Es una criatura tan pura, tan inocente, tan bella cuando pinta de colores todas las cosas!... Para la Biblia, la luz es la primera criatura salida de la boca y de la mano de Dios, independiente del sol, que no fue creado hasta el cuarto día. La luz, por sí misma, llena la creación entera. Así piensa la Biblia.

Y discurriendo siempre con la Biblia, la luz del rostro es imagen de la felicidad o alegría, como cuando dice de Dios: “¡Yahvé, dichoso el que camina a la luz de tu rostro!” (*Salmo 88,16*). Y otro: “¡Que Dios nos bendiga, que nos muestre su rostro radiante!” (*Salmo 66,2*). En todos estos pasajes, y en muchos más, se confunden luz y alegría o felicidad, que son la misma cosa.

La luz es la ciencia o el conocimiento de Dios, que sobrepasa el saber de los sabios: “Vino sobre mí la sabiduría..., y preferí tenerla como luz, porque su claridad no se apaga nunca” (*Sabiduría 7,5-10*)

La luz entonces se convierte en vida: “Porque en ti está la fuente de la vida, y en tu luz vemos la luz” (*Salmo 36,10*)

¿Por qué la Biblia dice todo esto de la luz, que es felicidad, ciencia y vida? Porque todo eso, englobado en la palabra “sabiduría”, no es más que reflejo de Dios, llamado “la luz eterna”, conforme al texto precioso: “La sabiduría es... reflejo de la luz eterna, espejo inmaculado de la actividad de Dios e imagen de su bondad” (*Sabiduría 7,24-26*)

Esto era lo que el pueblo judío entendía por la palabra “luz” según la Biblia en el Antiguo Testamento: claridad, alegría y felicidad, sabiduría y vida.

Viene ahora Jesús, y se lo aplica todo a Sí mismo: “Yo soy la luz del mundo; y el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida” (*Juan 8,12*)

Con estas palabras, Jesús da un paso de gigante en su enseñanza como Formador de los suyos, a los que dice: “Ustedes son la luz del mundo”, como si añadiera: “¡Igual que lo soy yo!”. Con esto les exige ser luminosos como lo es una vida sin tacha; alegres y felices que esparcen paz por doquier; concedores de Dios, porque Dios los ha escogido y se les ha revelado; llenos de la vida del mismo Dios que se les ha comunicado por el Espíritu Santo, derramado en sus corazones. Donde va un cristiano, allí se adivina la presencia de Dios, porque el seguidor de Cristo es “una ciudad colocada sobre el monte, y no se puede esconder; es una lámpara, que no se mete dentro del recipiente que mide el grano, sino que alumbraba a todos los de la casa. ¡Sean luz, igual que lo soy yo!

Pero viene la pregunta: ¿Y cuál es la luz del cristiano? Parece como si Jesús se hiciera suyas las palabras del gran profeta: “Comparte tu pan con el hambriento, da cobijo al que vive sin techo, viste al que ves desnudo. Entonces surgirá tu claridad como la aurora, y entre las tinieblas brillará tu luz” (*Isaías 58, 7-10*)

Esta es la luz que nos exige Cristo. Un filósofo alemán ateo, amargado, blasfemo, nos lo dijo con palabra mordaz a los cristianos: “Si la Buena Noticia de su Biblia estuviese escrita en su rostro, no tendrían necesidad de insistir para que se acepte la autoridad de la Biblia, porque ustedes mismos serían una Biblia viviente” (*Nietzsche*)

¡Grandeza de Jesucristo! Se confiesa la “luz del mundo”, y viene a decir: “No crean que en el firmamento hay lugar sólo para un Sol. Yo quiero que brillen en el firmamento azul tantos soles como son mis seguidores. Ellos y yo juntos, ¡que inmensidad de luz la que irradiaremos sobre todo el universo!”...

Antes de declararnos Jesús “luz del mundo”, nos había dicho: “Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? No vale ya para nada sino para ser tirada afuera y ser pisoteada por los hombres” (*Mateo 5,13*). ¿Qué significa para nosotros ser sal de la tierra? Hagamos lo mismo que con la luz. ¿Qué significa la sal en la Biblia?

Hay un pasaje en la Biblia que da miedo, y es cuando Jesús, en el contexto de la Gehenna, dice de los condenados que serán “salados con fuego” (*Marcos 9,49*), es decir, el fuego será como la sal que los conservará en su estado de desesperación.

Pero dejamos este aspecto negativo para ver cómo la sal, en la Biblia, es lo que da sabor a la vida, hace gustar la sabiduría celestial, es fuerza y vigor de la virtud, es signo de amor irrompible y de perseverancia en la pureza de la oblación cristiana a Dios.

La sal, entonces como ahora, es lo que daba sabor a los alimentos, y así pregunta irónicamente Job a sus contrincantes: “¿Acaso se come un alimento soso sin antes sazonarlo con sal?” (*Job 6,6*)

Los antiguos orientales, en el tiempo de Jesús, hacían entre ellos el llamado “un pacto de sal”, una alianza irrompible, de modo que aún hoy, entre los árabes beduinos, existe esta expresión entre dos que se quieren: “te amo como amo la sal”.

Porque la sal era signo de vida fuerte, de modo que al nacer una criatura la frotaban vigorosamente con sal. Ezequiel le echa en cara al Israel infiel: “Al nacer ni te lavaron con agua, ni menos te frotaron con sal” (*Ezequiel 16,4*), y así saliste de flojo y de cobarde.

La sal servía en muchos sacrificios para purificar más y más la carne ofrecida a Dios y que se había de consumir en convite pacífico o guardar para los sacerdotes.

La sal era expresión de jornal vida, de ahí el llamado “salario”, lo que había ganado con el esfuerzo el soldado en el campo de batalla, o el regalo gratuito para vivir, del que Esdras habla al generoso rey Artajerjes: “Nosotros comemos la sal del palacio real” (*Esdras 4,14*)

La sal, según el mismo Jesús, es símbolo de la paz entre dos o más personas: “Tengan sal entre ustedes y mantengan la paz unos con otros” (*Marcos 9, 50*)

Finalmente, San Pablo quiere que el cristiano “use un lenguaje lleno de gracia, sazonado con la sal de la prudencia para saber responder siempre con sabiduría” (*Colosenses 4,6*)

Esta era la mentalidad judía sobre la sal. Cuando Jesús nos dijo: “Ustedes son la sal de la tierra”, ¿a qué se refería?... Lo más obvio, lo que salta más a la vista, es que Jesús nos quería decir: “Den sabor agradable a todas las cosas. Sobre todo, guarden de la corrupción al mundo”. Pero, ¿quedaban excluidos todos los demás aspectos que tanta sabiduría inspiraban en Israel?... Jesús quería que fuéramos para la tierra lo que la sal tiene de bueno en todos sus aspectos para la vida.

“Luz del Mundo”. “Sal de la tierra”... ¡Las cosas y las lecciones que Jesús nos dio con sólo dos palabras, tan cortitas, de sólo tres letras cada una!...

115. María del Evangelio. *La colmada de todas las gracias.*

¿Qué dice el Evangelio sobre la Virgen María? ¿Lo queremos saber? ¿Podemos hablar hoy de ello? Cuando llenamos de elogios a la bendita Madre de Jesús, ¿exageramos o nos quedamos en los límites que nos ha señalado el Espíritu Santo? ¿Estamos conformes con la Biblia al ensalzar a la Virgen, o contradecemos a la Palabra de Dios? Hoy vamos a ver a María tal como aparece en el Evangelio.

Una buena amiga, que no comulgaba con la Iglesia Católica, me dijo una vez con sinceridad y cierto despecho: “¿María? Una mujer de la que Dios se sirvió para venir al mundo. Por lo demás, como una mujer cualquiera”. No me callé, desde luego, y le respondí como era mi deber. Evangelio en mano, yo le iba citando textos, ante los cuales ella guardaba silencio porque no los podía contradecir, pero siguió tan cerrada como antes ya que los prejuicios se imponían a la razón.

¿Creen ustedes que podemos dar una clase de Biblia sobre la Virgen María, sin salirnos para nada de la Palabra de Dios? Es lo que vamos a intentar hoy: ¿Qué nos dice de María el Evangelio?...

Sin embargo, no voy a empezar por el Evangelio, y me voy a remontar sin más al paraíso. Veces y más veces repetimos el texto famoso, cuando Dios se dirige a la serpiente astuta, a Satanás el vencedor: “Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya” (*Génesis 3,15*). No hay nadie, ni entre católicos ni entre no católicos, que niegue el carácter cristológico de estas palabras. Dios se refería, sin más, al Cristo que iba a enviar, un Cristo nacido de mujer. Estas palabras eran el primer anuncio de la salvación, y por eso se las ha llamado justamente el “Protoevangelio”, el primer Evangelio de la Biblia.

Para que lo supiera bien Satanás desde el principio, el descendiente de la Mujer le machacaría la cabeza, y habría enemistades irreconciliables entre él y la Mujer que traería al Cristo prometido.

¿Qué se sigue de aquí? La fe y la piedad cristiana no se equivocaron nunca: entre Satanás y María no podría existir jamás un pacto; María tendría que ser triunfadora total del demonio; por fuerza, no cabría en Ella la más mínima mancha, y, por lo mismo, aquí se vislumbraba con claridad inequívoca la Concepción Inmaculada de María.

En este “Protoevangelio”, Dios ha llamado a Jesucristo el “descendiente de la mujer”. ¿Es esto cierto? ¿se realizó o no? Abrimos el Evangelio y San Pablo, y nos encontramos con textos sorprendentes. San Pablo, habla de “Dios que envió al mundo a su Hijo nacido de mujer” (*Gálatas 4,4*), mujer que no es otra sino María. Mateo nos asegura que “de María nació Jesús, llamado el Cristo” (*Mateo 1,16*), porque, como afirma Juan, el Hijo eterno de Dios, el Verbo, “se hizo hombre, y habitó entre nosotros” (*Juan 1,14*), y fue en el instante en que aquella jovencita nazarena, saludada por el ángel como la “llena de gracia”, dijo que sí, que “se cumpla en mí lo que el Señor ha dicho” (*Lucas 1,28-38*), a pesar de mantenerme

virgen. ¿Es posible más claridad en el Evangelio, en los Apóstoles, y en Isaías que había profetizado: “la virgen concibe y da a luz un hijo”?...

¡Cualquiera diría que no hemos dicho nada con tan pocas palabras!...

Empezamos por lo último de todo, por la profecía de Isaías: “Mirad que la virgen concibe y da a luz un hijo, y le pone por nombre Emmanuel, que significa Dios-con-nosotros” (*Isaías 7,14*). Por si alguien quisiera dudar sobre el significado de estas palabras, está el mismo Evangelio. Mateo, cuando rompe la descendencia de José sin pasar a Jesús, sino que da el salto a María su esposa, “de la cual nació Jesús, el Cristo”, añade: “Así se cumplió la profecía de Isaías”, es decir, la concepción virginal del Hijo de Dios (*Mateo 1,23*). Lucas lo dice más explícitamente: “No temas, María. El Espíritu Santo descenderá sobre ti y te cubrirá la sombra del Altísimo” (*Lucas 1,34*)

Si fue virginal la concepción de Jesús, lo fue también el nacimiento en Belén. Lucas, el finísimo médico Lucas, lo asegura con su característica delicadeza: “dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre”. ¿Dónde aparece aquí una mujer que le ayude en este momento? En ninguna parte. ¿Cómo pudo hacerlo todo por sí misma? Porque se vio libre de todo impedimento que ocurre en un alumbramiento normal.

Y que María permaneció después Virgen toda la vida, es una cuestión fuera de toda duda.

Analizadas tantas expresiones del Evangelio, las consecuencias sobre la teología mariana surgen a montones. ¿Citamos algunas, casi al azar?

“María, de la cual nació Jesús” (*Mateo 1,16*). Si Jesús es Dios, y María es su Madre, se sigue necesariamente que María es Madre de Dios.

“¡Salve, llena de gracia!” (*Lucas 1,28*). ¿Llena del todo? ¿Plenitud de gracia? Entonces, María está colmada de todos los favores de Dios.

“Aquí está la esclava del Señor. Que se cumpla en mí lo que has dicho” (*Lucas 1,38*). Por lo mismo, María se entrega *libremente* a Dios para colaborar en la salvación del mundo. La Virgen no fue un instrumento *pasivo*, un “robot”, como decimos hoy, del cual Dios se sirviera sin el consentimiento pleno de la criatura.

“¡Dichosa tú, que has creído!” (*Lucas 1,45*). Y traemos ahora la escena del Evangelio, cuando María y sus parientes fueron a verlo: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y mirando en torno a los que estaban sentados a su alrededor, dice: Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (*Marcos 3,31-31*). Esta escena, que hace las delicias de los enemigos de la Virgen, nos dice claramente: María es más Madre de Jesús que nadie por haberlo engendrado biológicamente, y por haber sido la mayor creyente.

“¡Dichosa me llamarán todas las generaciones”. “Porque el Poderoso ha hecho en mí cosas grandes” (*Lucas 1,49*). No nos inventamos nosotros los privilegios de María. Son ple-

namente objetivos, realizados por Dios en la que es su Madre. Además, nuestro amor y devoción a María han sido profetizados y son queridos expresamente por Dios.

“Y encontraron al niño con su Madre” (*Mateo 2,11*). Al aceptar a María, hallamos siempre a Jesús. En todo el Evangelio María aparece siempre con Jesús. María no se da ni un instante sin su Jesús.

“Jesús vino con ellos a Nazaret, y les estaba sujeto” (*Lucas 2,51*). María fue la formadora de Jesús como hombre y, como Madre, le mandaba con verdadera autoridad hasta que el Hijo fue mayor de edad.

“María conservaba todas estas cosas, meditándolas de continuo en su corazón” (*Lucas 2,19 y 51*). María es la gran conocedora de Jesús. Como madre, y como psicóloga profunda.

“Haced lo que él os diga” (*Juan 2,5*). María siempre nos lleva a Jesús. Es su gran evangelizadora, y nos indica cuál sea la voluntad del Salvador sobre nosotros.

“Ahí tienes a tu hijo; ahí tienes a tu madre” (*Juan 19,26-27*). Jesús nos dio por Madre a María y nos confió a su amor materno. Fue el testamento del Redentor moribundo. Cuando nacía la Iglesia del costado de Jesús, el nuevo Adán muerto en el árbol de la Cruz, María, la nueva Eva, se convertía en la Madre de todos los vivientes según la gracia. Por eso, Jesús confiaba la Iglesia a María, a la vez que confiaba María a la Iglesia.

“Perseveraban en la oración con María la madre de Jesús” (*Hechos 1,14*). Vemos a María en medio del grupo como Madre de la Iglesia naciente. La autoridad de la Iglesia la mantienen los Apóstoles unidos en Pedro; pero el corazón, con la suprema jerarquía del amor, lo constituye María, la Madre de la Iglesia por voluntad expresa de Cristo.

En la guerra que libramos por defender la verdad sobre María, estos puntos son de eficacia sobrehumana. No hay nadie que pueda contradecirlos, a no ser que se empeñe en enfrentarse con la evidencia de la Palabra de Dios. Un hermano separado, Jungnickel (¡qué seguro debe estar en el seno de Dios, y qué feliz contemplando a María!), escribió una frase famosa: “A nosotros nos falta María. ¡Oh, sí, volvamos a nuestra Madre María!”... Esto es sinceridad y nobleza.

Según la Biblia, así es María, la Madre de Dios y la Madre nuestra.

116. “El justo vive de la fe”. *El plan de Dios y la respuesta del hombre.*

Hemos leído y escuchado muchas veces las palabras del apóstol San Pablo: “El justo vive de la fe”. ¿Queremos examinar ahora lo que estas palabras significan en nuestra vida? Si las entendemos y las sabemos después vivir, habremos aprendido una de las lecciones más importantes de la Biblia: Dios quiere de nosotros fe, una fe viva, incommovible, fiel hasta la muerte.

Un Santo de nuestro tiempo, San Leopoldo Mandić era una miniatura de hombre: no medía más que un metro cuarenta centímetros escasos, aunque era llamado “El pequeño gran Santo”. Sacerdote capuchino, se pasaba en el confesonario hasta catorce horas diarias atendiendo a innumerables penitentes. Y a todos, a todos, les repetía siempre con insistencia machacona: “¡Fe, fe, tenga fe en Dios!”. ¿Por qué lo haría así este gran Santo moderno? ¿Acaso no respondía a la primera necesidad del mundo de nuestro tiempo?...

Una lección capital de Biblia se cifra en estas palabras del profeta Habacuc, que hace suyas el apóstol San Pablo: “El justo vive de la fe”. Lo repite la Carta a los Hebreos, además de remarcarlo en forma negativa: “Sin la fe es imposible agradar a Dios”. Jesús, en quien se concentra la fe, lo había dicho ya de manera categórica: “El que no cree, ya está condenado” (*Habacuc 2,4. Romanos 1,17. Hebreos 10,38; 11,6. Juan 3,18*). Mucha importancia debe tener la fe en la Biblia cuando sólo en el Nuevo Testamento sale 242 veces. ¿Por qué será?...

Si la fe es tan importante, hemos de tener bien claro lo que significa la fe y lo que exige de nosotros, resumido en estas dos afirmaciones: es, primero, creer en el plan de la salvación trazado por Dios; y segundo, aceptarlo traduciéndolo a todas las obras de nuestra vida, de modo que respondan al plan de Dios sobre nosotros. Es *creer* y *actuar* en el amor: “Vivir en el amor la verdad” en que hemos creído (*Efesios 4,15*). Desde el principio hay que tener bien en cuenta: Fe no es simplemente “creer” lo que Dios ha dicho y contiene la Biblia; sino entregarse a Dios “haciendo” lo que Dios nos pide como “respuesta” a lo que Él nos dice y nos propone. “La fe sin obras es una fe muerta”, dice Santiago, y añade unas palabras temibles: “También los demonios creen y tiemblan” ante la venida o la presencia del Señor (*Santiago 2,17-19*)

La fe versa sobre cosas que no vemos, pero creemos porque Dios las ha revelado y prometido. “Es la fe garantía de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve” (*Hebreos 11,1*) “Pues nuestra salvación es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, porque, ¿cómo se va a esperar una cosa que se ve?” (*Romanos 8,24*)

Con esta noción bien clara, miramos ahora el plan de Dios, el cual nos ha hablado por sus obras y sus palabras asegurándonos lo que Él es, y manifestándonos lo que nos pide, para que con nuestra fidelidad nos fiemos del que es el Fiel que cumplirá sus promesas.

El plan de Dios se nos enseña en la Biblia de manera esplendorosa. No deja ninguna duda. Nos creó destinados a una felicidad eterna. Caída la humanidad por instigación de Sata-

nás y esclava de aquel pecado de origen, en el mismo paraíso promete Dios un Salvador que machacará la cabeza del demonio. Para realizar su promesa, llega un momento en que Dios se mete en la Historia con Abraham y le asegura que en un descendiente suyo serán bendecidas todas las gentes. Dios confía esta promesa a Israel, el pueblo nacido de Abraham. E Israel, con el que Dios hace alianza en el Sinaí, es el depositario de la promesa, que se concentra en un descendiente de David.

Durante mil doscientos años Dios ha exigido al rebelde Israel fe, fe como la de su padre Abraham. Por Moisés, Dios se manifestó a Israel dándole su Ley, cuyo cumplimiento sería el signo de la confianza que tenía en su Dios, el Fiel que cumpliría su promesa si su pueblo le obedecía. “¡Fíate de mí!”, le dice continuamente por medio de los profetas.

A pesar de tanta infidelidad del pueblo, Dios es el Fiel y, al llegar la plenitud de los tiempos establecidos, manda su Hijo al mundo. Lucas nos planta en aquel momento dichoso. Y el primer anuncio, el del ángel a Zacarías, está envuelto en una fe muy a medias, muy imperfecta, que exigía pruebas... Y le cae un castigo corrector: “Por no haber creído a la primera, vas a quedar mudo y no podrás hablar hasta que todo se cumpla”. Todo al revés de María, que, a pesar de ser virgen y manifestar su intención de virginidad perpetua, contesta a la primera y sin titubear: “Aquí está la esclava del Señor. Que se cumpla en mí según tu palabra”. En ese instante se hizo hombre el Hijo de Dios, y María mereció pocos días después el elogio de Isabel, inspirada y llena del Espíritu Santo: “¡Dichosa tú que has creído, porque se va a cumplir todo lo que el Señor te ha dicho!” (*Lucas* 1, 18-20; 34-38; 45). Y aquí tenemos, definida por María, la fe que Dios nos va a exigir a todos al proponernos a Jesucristo como Salvador y Maestro: fe pronta, fe incondicional, fe que no duda, fe que se fía plenamente de Dios, fe que acepta sin dudar y sin discutir lo que Dios pide y le propone a cada uno.

Con esto, nos plantamos ya en Jesucristo, en su Persona, “autor y consumidor de nuestra fe” (*Hebreos* 12,2). Todo el plan de Dios lo vamos a ver desde ahora en Jesucristo, el cual reclamaba para Sí, para su Persona, la misma fe, la misma docilidad y la misma obediencia que Dios en el Antiguo Testamento: “Quien no cree en mí ya está juzgado y condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios” (*Juan* 3,18). ¿Y cuál es la fe en su Persona que exigía Jesucristo?

Empezó por manifestar su misión y su autoridad con los milagros, portentos que sólo Dios podía hacer: “Si no hago las obras de mi Padre no me crean. Pero si las hago, crean por la obras. Ellas dan testimonio de mí” (*Juan* 10,37-38; 5,36). Y ésta era la primera fe que excitaba con sus milagros. Fe que era confianza: “Tu fe te ha salvado”, decía a los favorecidos, como si les dijera: “Tenías confianza de que yo podía hacerlo”. Con ello, hacían un acto de fe en su Persona, la cual no podía venir más que de Dios. Y aquí radicó también el pecado de los judíos, los jefes del pueblo: veían, y no creían; hasta lo atribuían todo a Beelzebul, príncipe de los demonios. “Por eso, les dice Jesús, moriréis en vuestro pecado” (*Juan* 8,21). Quien rechaza a Jesucristo no tiene esperanza de salvación.

Pero, digamos ante todo: ¿Qué significa creer en Jesucristo, aceptar su Persona? Es lo más importante de todo lo que debemos saber. E implica estos elementos. Ante todo, “saber” quién es Jesucristo, según lo que Él mismo nos ha dicho y tenemos bien claro en los Evangelios y Apóstoles. O sea: es Dios y es Hombre, es el Salvador.

Con esto, viene el “fiarnos” de Jesucristo. Si es Hombre y es Dios, y viene para salvarnos, ¿qué es lo primero que merece? Es ciertamente la “confianza”. Si de un hombre que al mismo tiempo es Dios y Salvador no nos fiamos, ¿de quién nos vamos a fiar? Merece confianza en todo lo que nos dice, por imposible que a nosotros nos parezca. Aceptamos su Persona, y con su Persona aceptamos su palabra, nos diga lo que nos diga, por imposible que nos parezca. Lo ha dicho Él, ¡tenemos bastante, sin discurrir más!

Esto hace que la fe sea “radical”, es decir, total, que abarque “todo” lo que Jesús ha dicho. Negar “una sola” verdad de las que Él enseñó es negar el Evangelio entero, porque es lo mismo que rechazar a su Persona, rechazarle a Él. Esto es lo que en la Iglesia se ha tenido siempre por “herejía”: la negación de una verdad enseñada por Jesucristo. Por ese único hecho queda el hereje fuera de la comunión de la única Iglesia fundada por Jesucristo.

Naturalmente, no tenemos bastante con decirle a Jesucristo que nos fiamos de Él, que lo aceptamos, que le creemos. Damos un paso más exigente, y le decimos que le “obedecemos”. Si es El Señor, no discutimos su autoridad y nos rendimos a su voluntad. Hacemos todo lo que nos manda, nos guste o no nos guste.

Aunque nos gusta todo lo suyo, porque lo amamos de verdad. Y entonces, la fe llega a su máximo grado, a lo que es la fe completa y perfecta, a lo que nos ha dicho San Pablo: “Practicamos por amor toda la verdad que creemos” (*Efesios 4,15*)

La fe no tiene que morir, como nos dice el mismo Dios: “La perseverancia en cumplir la voluntad de Dios les es necesaria para conseguir lo prometido” (*Hebreos 10,36*). Sin la fe es imposible agradar a Dios. Pero con la fe, ¡cómo agradamos a Dios nuestro Padre, cómo vivimos de su vida, cómo nos aseguramos la salvación!...

117. “Son sacerdocio real”. *El Pueblo sacerdotal.*

El sacerdote ha sido tenido siempre en gran estima dentro de la Iglesia. Pero, ¿ya sabemos que todos los bautizados somos sacerdotes, con sacerdocio verdaderamente real? La Biblia nos lo dice con toda claridad. Y es lo que vamos a ver hoy. El Pueblo cristiano es un pueblo de sacerdotes, que ofrecen a Dios un culto sumamente agradable a la Divinidad con el cual llenan de gracia al mundo.

¿Qué pensamos nosotros del sacerdote? Que es un hombre todo de Dios dentro de la Iglesia. Eso pensamos. Así es. Y así debe ser. Pero, ¿ya pensamos que todos los bautizados somos sacerdotes, porque todos participamos del Sacerdocio de Cristo, que todos somos unos consagrados para el culto, que todos somos y debemos ser santos, como personas verdaderamente consagradas?

No es esto una manera bonita de hablar. A ninguno se nos ocurriría asegurar esto de no decírnoslo la Palabra de Dios en la Biblia. El pueblo de la Antigua Ley era un pueblo sacerdotal. Y lo es en grado mucho mayor el pueblo cristiano, el de la Nueva Alianza.

A los antiguos israelitas les dijo Dios por Moisés: “Serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa” (*Éxodo* 19,6). Israel era el pueblo escogido para tributar un culto grato a Dios.

A los cristianos nos dice Dios por el apóstol San Pedro: “Ustedes son linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido..., para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por medio de Jesucristo” (*IPedro* 2,9 y 5), y el Apocalipsis lo confirma reiteradamente: Jesucristo, “que nos ama, ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes”. Y añadirá después: “Has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes, y reinan sobre la tierra” (*Apocalipsis* 1,5-6; 5,10)

Hemos de tener sobre esto una noción bien clara desde el principio. Sacerdote no hay más que uno: Jesucristo. Pero Jesucristo nos ha hecho a todos nosotros participantes de su único sacerdocio de una doble manera. A unos, los ha escogido para ser en su Iglesia sacerdotes “ministros”, los consagrados por un Sacramento especial, el Sacramento del Orden. A otros, los ha unido a Sí con sacerdocio real, verdadero, general a todos los bautizados.

Empecemos por Jesucristo. No era de la tribu de Leví, la sacerdotal, sino de la de Judá, y por eso el Evangelio nunca lo llama sacerdote. Pero por su sacrificio redentor en la cruz, se muestra el Sumo Sacerdote por excelencia, de modo que dirá la Carta a los Hebreos: “Cristo Jesús es nuestro Sacerdote apropiado: santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y encumbrado por encima de los cielos” (*Hebreos* 8,26)

Jesucristo, ascendido al Cielo, dejó en su Iglesia sacerdotes “ministros”, que hicieran sus veces, ofrecieran en su nombre y su Persona el mismo sacrificio del Calvario y santificaran con sus Sacramentos y Palabra al pueblo de Dios.

En la Última Cena consagró sacerdotes ministros a los Apóstoles, y éstos a sus sucesores, obispos, presbíteros, diáconos, a los que, con la imposición de las manos, constituyen sacerdotes servidores de la nueva Alianza.

La Iglesia se gloria de sus sacerdotes ministros como el antiguo Israel se ufanaba de los suyos, descendientes de Aarón, el consagrado por Moisés, y del que dice la Biblia cuando lo ha visto ofrecer el sacrificio de los animales sobre el altar: “¡Qué glorioso era cuando, rodeado del pueblo, salía del Santuario! Como lucero del alba, como la luna llena, como sol radiante, como el arco iris, como rosal florecido y como un lirio, como cedro del Líbano, como el aroma del incensario, como vaso de oro macizo cuajado de piedras preciosas, como olivo cargado de frutos, como ciprés que se eleva hacia las nubes” (*Eclesiástico* 50,5-10).

El autor sagrado no sabe cómo multiplicar las imágenes poéticas para ensalzar la belleza del sacerdote de la Antigua Alianza. ¿Qué diríamos nosotros de nuestros sacerdotes si quisiéramos hacer poesía, al verlos con el Pan y el Vino en las manos, ofreciendo al Padre en el Espíritu al mismo Jesucristo de la cruz?... Pero no vamos a hablar ahora nada del sacerdocio ministerial, sino que nos limitaremos al sacerdocio de los bautizados, el de los laicos en la Iglesia, que son verdaderos sacerdotes, aunque con un sacerdocio esencialmente distinto del ministerial.

¿De veras que los laicos son sacerdotes? Miremos cómo nos lo enseña la Iglesia por el Concilio: “Los bautizados son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como sacerdocio santo, para que ofrezcan sacrificios espirituales” (*LG* 10). El único sacerdocio de Cristo, participado con un Sacramento especial por los sacerdotes ministros, se ha derramado sobre todos los bautizados y confirmados, para ofrecer todos juntos el único sacrificio de Jesucristo, y realizar en el mundo todas las demás funciones sacerdotales del Sumo y único Sacerdote Cristo Jesús.

¿Y cuáles son estas funciones sacerdotales de los bautizados, según la misma Biblia y tal como las entiende la Iglesia?

Ante todo, los fieles ejercen su sacerdocio ofreciendo la Eucaristía en unión de los sacerdotes ministros, que se encargan de advertirles: “Que ese sacrificio mío y de ustedes, de todos por igual, sea agradable a Dios Padre”.

Tiene una gran importancia la entrega personal a Dios, cuando el cristiano se le ofrece como hostia viviente con una vida santa, tal como nos lo dice San Pablo, con un texto tan repetido: “Les exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que se ofrezcan ustedes mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: éste es su culto espiritual” (*Romanos* 12,1). Una vida santa es, sin más, el mayor sacrificio que ofrecemos a Dios junto con el del Señor Jesús sobre el Altar.

Tiene también mucha importancia, según la Biblia, el culto de la oración. La alabanza, la acción de gracias, es el sacrificio de los labios puros, que sube a la presencia de Dios, como pedía el salmista: “Que mi oración sea como incienso para ti, mis manos alzadas, como sacrificio de la tarde” (*Salmo* 140,2). Y lo vemos cómo lo practicaba la primera comunidad

de Jerusalén con los apóstoles: “Se mantenían constantes en las oraciones... alabando a Dios” (*Hechos 2, 42 y 47*)

Aparte del ejercicio de su sacerdocio al unirse a la Eucaristía, los fieles ejercen también su sacerdocio en la recepción de los Sacramentos, realizados siempre por Jesucristo mediante sus ministros, con los fieles como participantes y beneficiarios la gracia sacramental. Esto se ve de manera muy especial en la celebración del Matrimonio, cuyos ministros son los mismos contrayentes, y no el sacerdote asistente en nombre de la Iglesia.

Jesucristo, al hacernos a todos partícipes de su sacerdocio, pide ante todo el unirse a Él en su sacrificio redentor: “Quien quiera venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga” (*Mateo 16,24*). Entonces, el cumplimiento del deber, con todo lo que exige, ya no es una carga insostenible sino un participar generoso en la oblación de Jesús.

Igualmente, invita a los suyos a cumplir otra función sacerdotal suya, como es el llevar el mensaje de la salvación a los demás: “Tú, vete a anunciar el Reino de Dios” (*Lucas 9,60*)

Pide también la vida de testimonio: “Serán llevados ante los tribunales para dar testimonio de mí” (*Mateo 10,17*), igual que el mismo Jesús en su pasión, a la cual se verán unidos los discípulos quizá hasta la efusión de la sangre.

El Concilio nos ha expresado estas últimas exigencias de nuestro sacerdocio con estas palabras: “Los fieles, en virtud de su sacerdocio, lo ejercen mediante el testimonio de su vida, en la abnegación y por medio de la caridad que actúa” (*LG 10*), es decir, con las palabras de Jesús: llevando la cruz, dando testimonio de vida cristiana y anunciando a todos el Reino de Dios.

¡Qué riqueza de pensamiento para un cristiano laico el saberse y sentirse sacerdote! ¿A quién puede envidiar, dentro de la misma Iglesia? Sea hombre o mujer, por su sacerdocio es una persona toda de Dios y toda para los demás. ¿Qué mayor grandeza?...

118. El fin sin fin. Jesucristo enseña la Vida Eterna.

Ante las dudas que hoy expresan muchos sobre lo que nos espera después de este mundo, nosotros nos preguntamos: ¿Existe la Vida Eterna? Y aquí no podemos discurrir por nosotros mismos, pues nadie de nosotros ha venido de ultratumba para decirnos lo que hay más allá del sepulcro. Es Jesucristo el único que tiene la palabra. Esa palabra que nosotros encontramos tan abundante y tan clara en toda la Biblia, pero sobre todo en los Evangelios y los Apóstoles. Sí, existe un más allá de felicidad o de reprobación, según hayan sido las obras que nos llevemos de este mundo.

El Apocalipsis tiene unas palabras que inspiran una confianza sin igual, cuando nos dice: “Oí una voz que decía desde el cielo: ¡Dichosos los que mueren en el Señor! Desde ahora, dice el Espíritu, que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan” (*Apocalipsis* 14,13). Por otra parte, escuchamos a Jesús, que nos dice: “Temán al que puede echar a la perdición cuerpo y alma en el fuego” (*Mateo* 10,28)

Tenemos, por lo mismo, un destino de felicidad o de desgracia eternas. La moda de pensar hoy será la que sea, pero la Palabra de Dios permanece siempre igual. Y a esta Palabra es a la que acudimos nosotros hoy para hablar de la Vida Eterna. Nuestros maestros van a ser únicamente Jesucristo y sus Apóstoles en lo que llamamos la “escatología”, es decir, lo que nos espera al fin, y que siempre se ha dividido en estos cuatro puntos: la Muerte, el Juicio, el Infierno y el Cielo. ¿Qué nos dicen sobre estos cuatro asuntos Jesucristo y los Apóstoles?

Ante todo, sobre la **Muerte**. Jesucristo no nos dice nada directamente sobre ella, a no ser una sentencia muy grave: “¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su vida?” (*Mateo* 16,26). Y también la parábola del rico avaro, que no sabe qué hacer con la enorme cosecha, la cual le asegura la felicidad para muchos años: “¡Necio! Esta noche vas a morir, y lo que has acumulado, ¿para quién será?” (*Lucas* 12,20)

Como vemos, Jesús no teoriza sobre la muerte, sino que hace ver los bienes del mundo de una manera muy relativa: acabarán un día, queramos que no. Y entonces, viene el consejo de Jesús, muy repetido: “Estén preparados, porque no saben ni el día ni la hora” (*Mateo* 25,13)

Es cierto, sin embargo, que Jesús, con las parábolas del ladrón a media noche, del amo que se va de viaje o de aquella tan deliciosa de las diez muchachas, habla de su segunda venida (*Mateo* 24 y 25); pero, para cada uno en particular, la venida del Señor es en el día de la propia muerte, ya que la segunda venida no cambiará para nada la sentencia recibida en la venida primera.

Respecto de la muerte, hemos de acudir a los Apóstoles, sobre todo a San Pablo, para el cual, pecado y muerte van siempre unidos: “Por el pecado entró la muerte, la cual alcanzó a todos, porque todos pecaron” (*Romanos* 5,12). Entonces, la muerte hay que aceptarla con humildad y como una penitencia impuesta por Dios.

Pero con la resurrección de Cristo cambió por completo nuestra mirada a la muerte. Ya no nos da ningún miedo, porque la muerte no es sino el paso hacia una vida mejor, algo que

expresa San Pablo de manera magnífica: “Para mí la muerte es una verdadera ganancia, porque me lleva a estar con Cristo” (*Filipenses 1,21*). Total, que al pensar en la muerte, volvemos a lo de Jesús: “Estén preparados, porque no saben el día ni la hora”. Estando siempre dispuestos, ¿qué miedo va a dar el morir?...

Lo que sigue, el **Juicio**, es algo más serio. “Está determinado que los hombres mueran una sola vez, y después, el juicio” (*Hebreos 9,27*). Es una realidad que al final de la vida se nos aplicará a cada uno lo de Jesús en la parábola: “Rinde cuentas de tu administración” (*Lucas 16,2*). Explíquese como se quiera, existirá al final de la vida un encuentro con la conciencia propia y con Cristo, porque, según Pablo, “todos habremos de comparecer ante el tribunal de Cristo” (*2Corintios.5,10* y *Romanos 14,10*)

Lo más probable es que estos textos se refieren al Juicio Final. Pero, para cada uno, su juicio será en el momento de su muerte, con sentencia irrevocable. La segunda audiencia no modificará lo determinado en la primera instancia... Al final, vendrá ¡el Día del Señor!, tan clásico en la doctrina apostólica.

¿Y qué decir del **Infierno**, hoy tan negado por muchos? A la luz del Evangelio, negarlo resulta una intentona inútil. Dicen que son catorce las veces en que Jesús, directa o indirectamente, habla del castigo eterno. ¿Cuántas no se lo calla el Evangelio escrito?... El sarmiento seco “será cortado, echado al fuego, y arde”... (*Juan15,6*). “Allí será el llanto y el rechinar de dientes”... (*Lucas13,28*). “Donde el gusano no muere ni el fuego se apaga” (*Marcos 9,48*). Y toda la catequesis apostólica está sintetizada en la sentencia del Juicio: “Apártense de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para Satanás y sus ángeles” (*Mateo 25, 41*). El pensamiento está claro. Y la sentencia contiene estos elementos:

- separación definitiva de Dios;
- maldición plena de Dios, síntesis de todos los males, pues la Palabra de Dios es creadora;
- fuego, ¿real? ¿simbólico?... Lo mismo da. Es la expresión de un tormento inimaginable;
- eterno, ¡para siempre!, un ¡jamás! aterrador;
- con el demonio, al que se vendió voluntariamente por el pecado, con su misma suerte. ¡Espantoso!...

Jesús y los Apóstoles hablan con lenguaje escatológico y apocalíptico. Pero, demos a las imágenes el valor que queramos, todas ellas expresan esto: un tormento terrible.

Finalmente, tenemos el **Cielo**. Para nosotros, es la misma gloria de Jesús, como se lo pide Él mismo al Padre: “Quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo, para que contemplen mi gloria, la que tú me has dado” (*Juan 17,24*). “Me voy a prepararles un lugar, porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas”, dice Jesús (*Juan 14,2*). A esta su casa nos llamará el Señor un día: “Vengan, benditos de mi Padre, a poseer el Reino que les está preparado desde el principio del mundo” (*Mateo 25,34*)

Por San Pablo (*1Corintios 2,9*), con palabras de Isaías que el Catecismo de la Iglesia Católica (*CEC 1027*) atribuye a la gloria del Cielo, nos dice de la gloria que nos espera: “Ni el ojo vio, ni el oído escuchó, ni en cabeza humana pudo haber lo que Dios tiene preparado

para aquellos que le aman”. Se refiere a los bienes de la Redención, que culminan todos en la gloria de una vida eterna.

Aunque nos sea imposible toda explicación de lo que será aquella felicidad futura, podemos decir, ¡nada menos!, que allí quedarán saciados TODOS los deseos del corazón. Nos espera cosa buena...

Queda pendiente un punto que no hemos de pasar por alto: el **Purgatorio**. ¿A qué llamamos Purgatorio? Es el paso que hay entre la muerte y el Cielo para los que han muerto en la Gracia de Dios y tienen segura la salvación, pero no pueden entrar en la Gloria por no estar plenamente purificados, ya que dice la misma Palabra de Dios que en aquella Jerusalén celestial “no entrará nada profano” (*Apocalipsis 2,27*). Una simple manchilla impediría la visión de Dios por siempre.

San Pablo insinúa la existencia del Purgatorio con aquellas sus palabras: “Si resiste lo que uno ha construido sobre el fundamento, que es Cristo, recibirá premio; si arde, será castigado; sin embargo, él se salvará, pero como a través del fuego” (*1Corintios 3,14*)

La Iglesia no ha dudado jamás de esta purificación de las almas después de la muerte. Si no existiera, ¿quién podría entrar en el Cielo?... El Papa Juan Pablo II lo explicaba así: “El encuentro con Dios exige una pureza absoluta”. “Toda señal de apego al mal debe ser eliminada; corregida toda deformidad del alma; la purificación debe ser completa, y esto es lo que la Iglesia entiende por *purgatorio*”.

¿Qué decimos al acabar esta exposición sobre la Vida Eterna enseñada por Jesucristo? Más que con palabras propias, es preferible terminar con una catequesis del Papa Juan Pablo II, en Mayo de 1999, y que se hizo famosa. Cita ante todo el Apocalipsis: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el cielo y la tierra anteriores habían pasado” (*Apocalipsis 21,11*)

Y sigue el Papa: “Este estado de la nueva creación exige un empeño de santidad con radicalidad absoluta, como dice la carta de Pedro: “Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que sean en su santa conducta y en la piedad, esperando y acelerando la venida del Día de Dios?” (*2Pedro 3,11*). “La tensión hacia este acontecimiento final se vive con serena esperanza, empeñándose durante el tiempo presente en la construcción del Reino de Dios... Por lo tanto, estamos convencidos de que “nuestra patria está en los cielos, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo”. Peregrinos, y en busca de una morada definitiva, debemos aspirar, como nuestros Padres en la fe, a una patria mejor, es decir, a “aquella del cielo”.

119. “Quien tenga sed, que venga”. *El agua en la Biblia.*

Una de las palabras que más salen en la Biblia y más cargadas de significado es el “Agua”. Y esta sola palabra, tan importante también en nuestra vida, es la que va a ocupar nuestra lección de hoy. En el agua no vemos solamente un elemento muy ansiado en Israel, sino el símbolo de las maravillas más grandes obradas por Dios.

Unas palabras del Evangelio de Juan han inspirado la lección de hoy, y les aseguro desde el principio que puede ser una de las materias más ricas de la Sagrada Biblia.

Se celebraba en Jerusalén la Fiesta de los Tabernáculos. Cada día se iba a buscar procesionalmente el agua a la fuente de Siloé y llevada al templo en ánforas de plata y oro. El último día, el más solemne, se hizo igual. Y viendo Jesús la procesión y a la gente que la seguía curiosa y devota, alzó la voz en medio de la explanada del Templo, y dijo: “Quien tenga sed, que venga a mí, y beberá. Del seno de quien cree en mí correrán ríos de agua viva” (*Juan 7,38*)

A luz de la Biblia, estas palabras no tienen precio. ¿Qué significó el agua en la tierra de Israel y en su historia? ¿Qué símbolos tiene en la Biblia? ¿Cómo mirar el agua según el Nuevo Testamento?

¿Empezamos por lo que menos pueden esperar algunos? El agua, tan anhelada en el desierto, la estepa y la tierra árida de Judea, tenía un significado de terror cuando se trataba de “las grandes aguas”, es decir, del mar, de un gran lago o de un río imponente. Morada de los monstruos marinos y de los poderes superiores incontrolados, eran la morada más terrible y tenebrosa del mal. Por eso, las tempestades que se formaban en ellos, o las embarcaciones perdidas, eran consecuencia de esas fuerzas ingentes contra las cuales sólo podía Dios. Aquello de que el mar se dividiera en dos para que Israel saliese de Egipto y pasara hacia el Sinaí, fue considerado siempre como la fuerza suprema que Dios desplegó a favor de su pueblo.

Ya en el Evangelio, el que Jesús caminara sobre las olas embravecidas, subiera a la nave donde los discípulos estaban aterrados, y que se calmara el mar con sólo decir el Maestro: “¡Calla, enmudece!”, fue tomado como el milagro mayor presenciado por aquellos hombres del lago, que exclamaron atónitos: “¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?” (*Marcos 4,39-41*)

Y el Apocalipsis, al describir el triunfo final de Jesucristo, y ya en posesión de la Jerusalén celestial, dirá: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el cielo y la tierra de antes desaparecieron, y el mar ya no existió más” (*Apocalipsis 21,1*). Es decir, el mal ya no existirá más, porque su morada, el mar, habrá desaparecido para siempre. Esa morada del mal personificado en el demonio, la adivinamos en el milagro del endemoniado de Gerasa. Los demonios, que eran “legión”, pidieron a Jesús entrar en la enorme pira de cerdos, y los dos mil se precipitaron en el mar, su habitación apropiada” (*Marcos 5,11-14*)

Entre tantos textos de la Biblia que traen a Dios como dominador de “las grandes aguas”, basten estas palabras del salmo: “Más que el ruido de las aguas caudalosas, más imponente que el oleaje del mar, más potente en el cielo es el Señor” (*Salmo 92,4*)

¿Qué decimos de todo esto? Según la Biblia, no nos da miedo ningún mal, por poderoso y temible que sea, si contamos con la fe en Dios y en Jesucristo, vencedores absolutos de las fuerzas enemigas más grandes.

Considerado este punto, de tanta importancia en la Biblia para los antiguos israelitas y para los primeros discípulos, pasamos al “agua” tal como la considera también la Biblia en sus aspectos positivos y en sus simbolismos tan expresivos.

El agua es el principio de la vida, es la vida misma. Para el judío que después de la fertilidad de Egipto se encontró en el desierto, en la estepa y en en la Palestina montañosa, el agua era la mayor bendición que le regalaba el cielo con la lluvia, la tierra con sus fuentes, y los pozos que el mismo hombre podía abrir.

Los textos de la Biblia son preciosos. “Yahvé abrirá para ti los cielos para dar a su tiempo a la tierra la lluvia, su rico tesoro” (*Deuteronomio 28,12*). “Riegas los montes desde tu alta morada, con la humedad de tu cámara saturas la tierra; haces brotar hierba para el ganado, y las plantas para el uso del hombre” (*Salmo 103,13-14*). “Tú, oh Dios, riegas la tierra, la acequia de Dios va llena de agua, riegas los surcos, tu llovizna los deja mullidos, coronas el año con tus bienes” (*Salmo 64,10-11*)

Una fuente de agua era para el judío la mayor bendición de Dios. Si no había en el lugar fuente natural, se abrían los pozos, a los que conducían los caminos de las caravanas y eran el lugar preferido para los encuentros. La Biblia pone junto a ellos las grandes ocasiones para las mayores bendiciones de Dios. Eliécer, el criado de Abraham, da junto al pozo con Rebeca, la muchacha destinada para Isaac (*Génesis 24,15-21*). Moisés encuentra mujer junto al pozo de Madián (*Éxodo 2,16-21*), y la Samaritana se topa con Jesús junto al pozo de Siquem (*Juan 4, 5-7*)

El agua, necesarísima para el organismo, era una bendición especial de Dios para el hombre justo, que “tendrá su fortaleza en un picacho rocoso, con provisión de agua” (*Isaías 33,16*). Mientras que la falta de agua para beber se considerará una maldición de Dios, como lo pensó Israel en el desierto: “¡Moisés, danos de beber! ¿Está Yahvé entre nosotros, si o no?” (*Éxodo 17,1-7*). Y el castigo máximo que el condenado Epulón de la parábola expresa es su terrible sed: “Manda a Lázaro que moje en agua la punta de su dedo en un poco de agua y me refresque la lengua, porque me atormentan estas llamas” (*Lucas 16,24*)

El agua era en la Biblia del todo necesaria para las purificaciones, desde las abundantes prescritas en el Levítico hasta las innumerables impuestas después por los fariseos. Trasladada el agua al plano simbólico espiritual, el inigualable salmo “Miserere” lo expresa como ningún otro texto de la Biblia: “Lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Rocíame con el hisopo, quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve” (*Salmo 50,4 y 9*)

Para el judío piadoso, el agua era símbolo especial de sus ansias de Dios. Otro salmo lo expresa de manera sublime: “Como ansía la cierva las corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de mi Dios” (*Salmo 41,2-3*). Y otro salmo: “Mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra desierta, reseca, sin agua” (*Salmo 63,2*)

Con el profeta Jeremías, que hablaba a todo Judá, la Biblia establece la enorme diferencia que existe entre el judío piadoso que busca a Yahvé su Dios y al necio o impío que lo abandona: “Me han dejado a mí, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas agrietadas, que no pueden retener el agua” (*Jeremías 2,13*). Para el judío, “agua viva” era el agua pura del manantial, en contraposición del agua inmunda estancada.

Es casi imposible citar tantos y tantos textos de la Biblia como podríamos aducir. Nuestra Biblia trae el agua en unos 1.500 versículos del Antiguo Testamento y en 430 del Nuevo. ¡Hay que ver lo que era el agua para la Biblia!

Jesús, con las palabras que han motivado esta lección, se declara a Sí mismo como la fuente del agua de la salvación: “Quien tenga sede y cree en mí, que venga y beba”. “Y esto lo decía del Espíritu Santo que iban a recibir los que creyeran en él” (*Juan 7,37-39*)

En el pozo de Jacob, le dice a la Samaritana: “Si tú supieras quién es el que te dice ‘dame de beber’, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva”. Y le añade: “Quien beba de esta agua, volverá a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, porque el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que, como un surtidor, saltará hasta la vida eterna” (*Juan 4,10-14*)

Y el valor supremo se lo dará Jesús al agua cuando la tome como signo y medio para infundir en los creyentes por el Bautismo la Vida divina: “Vayan, y bauticen a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo” (*Mateo 28,19*)

Dios, poder sin medida. Dios, vida y pureza. Dios, ansia eterna de las almas que esperan. Dios, que da sed de su Palabra (*Amós 8,11*). Todo eso nos dice el agua cuando leemos sabiamente la Biblia. El Obispo, Doctor y Padre de la Iglesia San Gregorio Nacianceno, decía tan acertadamente: “Dios tiene sed de que se tenga sed de Él”. Por eso lo ha expresado tan abundantemente en la Biblia con el simbolismo del agua. Y así terminamos nuestra lección con la petición de la Samaritana a Jesús: “Dame de beber de esta tu agua, para que no tenga ya más sed”.

120. “Tú, ven y sígueme”. *Jesucristo, líder.*

La palabra “Líder” entusiasma mucho a los jóvenes. Y me pregunto: Jesucristo, ¿es líder? ¡Naturalmente que sí! Y es lo que vamos a ver hoy: a Jesucristo como líder, como dirigente de nuestras vidas. Siguiéndole, no vamos a equivocarnos el camino. Siguiéndole, tendremos siempre ilusión por ser cada día mejores.

Un grupito de jóvenes, que ha seguido con interés nuestro Curso de Biblia, me propuso con una carta simpática: “Por qué no nos habla un día de Jesucristo líder?”. Me hizo gracia la petición, naturalmente. Yo les respondí que comprendieran, pero en la Biblia no existía un tema semejante. Discurrí después, y aunque me mantuve en mi opinión, seguí discutiendo hasta preguntarme: Ciertamente que este tema no está en la Sagrada Escritura; pero, ¿no aparece Jesucristo en todo el Nuevo Testamento como líder, y un líder muy superior a cualquier otro dirigente?... Estudié algo, ¡y claro que Jesucristo es todo un líder en el sentido más propio, en el que me lo pedían aquellos magníficos muchachos! Es lo que vamos a hacer en esta clase: mirar a Jesucristo como un líder de la vida cristiana, y hasta de la vida meramente humana.

Empezamos por decir que Jesús se consideraba a Sí mismo un líder. A uno que le pone alguna dificultad cuando lo llama, le responde severo: “Tú, sígueme” (*Lucas 9,59*). A cuatro pescadores del lago, acomodados con barcas propias, les propone sin más: “Vénganse conmigo” (*Mateo 4,19*). Ve a Mateo sentado en su mesa de cobrador de impuestos, y lo mismo: “Sígueme” (*Mateo 9,9*). Una vez ya resucitado, se impone a Pedro: “Tú, sígueme”, después de indicarle que el seguirlo sería hasta la muerte en la cruz (*Juan 21,19*). Y lo hace con tal fuerza moral, con mirada tan firme, que los llamados le siguen sin más. Jesús, por lo mismo, se siente líder y actúa desde el principio como dirigente eficaz.

¿Qué condiciones le pedimos a uno para que sea líder? ¿Poseía Jesús esas condiciones?

Un líder, para ser tal, necesita ante todo poseer una gran personalidad, netamente superior al resto de la masa, en cualidades simplemente humanas, tanto intelectuales como morales. ¿Era Jesús un tipo así de privilegiado? Para ser honestos nosotros en nuestras afirmaciones, no haremos una sola sin poder comprobarla con el Evangelio.

Tipo carismático, arrastraba sin más. Sus mayores enemigos lo reconocen, y al pedir a Pilato que ponga guardia en el sepulcro del Crucificado, usan esta palabra: “Aquel embaucador dijo que resucitaría” (*Mateo 27,63*)

Su inteligencia, junto con una imaginación vivísima, nos pasma a lo largo de todo el Evangelio. Muchachito precoz, a los doce años deja embobados a los mayores doctores de la Ley, que estaban “estupefactos por su inteligencia y sus respuestas” (*Lucas 2,44*). Ante el doctor que le pregunta que quién es el prójimo, inventa sin más la parábola del Buen Samaritano, que es, simplemente, genial (*Lucas 10, 27-39*). Igual que son geniales las respuestas, improvisadas, en el sentencia de la adúltera: “El que de ustedes esté sin pecado que tire la

primera piedra” (*Juan 8,7*), y la dirigida a los fariseos: “Den al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios” (*Mateo 22,21*)

Los discursos de Jesús y las parábolas muestran una inteligencia tan superior como no ha habido otra, a la vez que un sentido poético de lo más sublime: “Miren los pájaros del cielo cómo se alimentan sin haber trabajado..., miren los lirios del campo cómo visten sin hilar, y ni el rey Salomón en su mayor esplendor vistió como uno de ellos” (*Mateo 6,26-29*). Jesús es reconocido, hasta por sus mayores enemigos, como un genio jamás igualado por nadie.

A la vez que una inteligencia superior, el líder tiene que demostrar una conducta tan coherente con su doctrina que no se le pueda tachar ni de una sola mancha moral. Y en esto es Jesús también único. A sus enemigos que le han observado paso por paso, les desafía del todo seguro: “¿Quién de ustedes me puede tachar de pecado?” (*Juan 8,46*). Y al Sumo Sacerdote que lo juzga ante el Sanedrín: “Yo nunca he hablado a escondidas. Pregunta a los que me han oído. Ellos saben lo que he dicho” (*Juan 18,20-21*)

Junto con esta coherencia entre doctrina y vida, el líder se distingue por su valentía. No tiene miedo a nada. Convencido de la rectitud de su enseñanza y seguro de que nadie puede señalarle con el dedo en su conducta, es un valiente también único. Y este es el rasgo por el cual la juventud moderna ha optado muchas veces tan decididamente por Jesucristo. Los ejemplos del Evangelio podríamos multiplicarlos a montones.

Sabe que Herodes Antipas le quiere meter en una emboscada. Y Jesús le hace llegar a sus oídos: “Díganle a ese zorro que yo iré a Jerusalén cuando yo quiera, porque es allí donde yo he de morir” (*Lucas 13,13*). A los suyos, a quienes exige: “Quien quiera venir detrás de mí, que tome su cruz de cada día y me siga” (*Lucas 9,23*), les da ejemplo poniéndose delante de esos sus seguidores generosos, y “levantada la frente y con rostro sereno se decidió a ir a Jerusalén” (*Lucas 9,51*). Y ya en Jerusalén, ante la obstinación de sus enemigos, les apostrofa frente a la muerte que le preparan: “Escribas y fariseos hipócritas... colmen ustedes la medida de sus padres, ¡serpientes y raza de víboras” (*Mateo 23, 29-33*). En los tribunales es el mismo Jesús quien firma su sentencia de muerte. En el tribunal religioso, responde al Sumo Sacerdote: “Sí, yo soy el Hijo de Dios, y un día me verán sentado a la derecha de la Majestad de Dios” (*Marcos 14,62*). Y a Pilato, en el tribunal civil: “Aunque mi reino no es de aquí, sí, yo soy rey” (*Juan 18,36-37*)

Esta firmeza de carácter, no le exime al líder de ser un hombre de corazón, al contrario, se le exige esta cualidad más que a nadie. Y en este terreno, ¿quién puede ganar a Jesús? Al invitar a su seguimiento, expresa intencionadamente lo que Él es: “Vengan a mí, que soy manso y humilde corazón” (*Mateo 11, 29*). ¿Lo era de verdad? Que lo diga la pobre prostituta: “Vete en paz, tus pecados te son perdonados porque amas mucho” (*Lucas 7,47-50*). O la adúltera: “Yo tampoco te condeno. Vete, y no peques más” (*Juan 8,11*). O Zaqueo, a quien felicita: “¡Hoy ha entrado la salvación en esta casa!” (*Lucas 19,9*). Y la rebelde Jerusalén, a la que echa en cara: “¡Jerusalén, Jerusalén, la que matas a los profetas y apedreas a

los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no has querido!” (*Mateo 23,37*)

En lo que se nota a Jesús verdadero líder es en la formación de los apóstoles. Primero, los elige bien. Se pasa toda una noche en oración, y muy conscientemente los llama “para que estén conmigo y poder después enviarlos” (*Marcos 3,13-14*). Jesús, como líder magnífico, tiene muy claro el objetivo que persigue: llevar adelante el Reino de Dios que Él mismo instituye. Ha de llegar hasta su consumación en el fin del mundo, y necesita unos seguidores de su obra en todo semejantes a Sí mismo. Grupo pequeño, pero selecto: “Instituyó Doce”, muy diferentes de aquellos otros Setenta y dos (*Lucas 10, 1.17-20*)

Bien formados por Él, los dejará en el mundo y ellos llevarán adelante su obra con verdadera responsabilidad, aunque Él les promete su presencia invisible: “Yo estoy con vosotros hasta el final de los tiempos” (*Mateo 28,20*). Para que el grupo de los Doce funcione a perfección, Jesús se demuestra, aparte de formador, un organizador excelente. Uno, que haga sus propias veces: “Tú eres Pedro, y sobre esta roca yo edificaré mi Iglesia” (*Mateo 16,18*). Para que los demás no tengan ni envidia ni celos, les da lecciones soberanas: “El que quiera ser el mayor, que se haga el servidor de todos, como yo, que no he venido a ser servido sino a servir, y a dar la vida por todos” (*Marcos 10,43-45*)

El término feliz de un líder será siempre el transformar a sus seguidores en unos perfectos imitadores suyos. ¿Lo consiguió Jesús? Fueron tres años de duro trabajo con los Doce. Pero de tal modo cambió a sus elegidos que cuando, ya desaparecido el Maestro, sufrieron los azotes ante el Sanedrín, brincaban de alegría al salir de la Asamblea, “contentos de haber padecido aquella afrenta por el nombre del Señor Jesús” (*Hechos 5,41*)

Tendiendo mucho más la mirada: ¿No ha ocurrido nada en el mundo en los dos mil años últimos?... Esas legiones de héroes salidos de todos los estamentos sociales, santos sin número, mártires incontables, hombres y mujeres, ancianos y niños, que siguen a Jesús incondicionalmente, ¿no demuestran que Jesucristo fue un Líder como no ha habido ni habrá otro jamás?...

121. Yahvé - Jesús. *El Nombre del Dios que salva.*

¿Cuál es el Nombre propio de Dios?... Dios se llamó a Sí mismo “Yahvé”, que quiere decir: “Yo soy”, El que es, El Fiel, El que salva... Lo vamos a ver en la lección de hoy: “YAHVE, el Nombre de Dios”. Esto que Dios dijo a Moisés en el monte Sinaí, un día lo completará Dios al anunciar por el ángel a María y a José que a su Hijo hecho hombre le pusieran el nombre de JESUS, que significa: “Yahvé, Dios que salva”. ¿No nos interesa y no nos dice mucho el Nombre de Dios?...

La lección bíblica de hoy la voy a comenzar con dos anécdotas de dos muchachas que no tienen nada que ver con la Biblia... Dos muchachas de alma muy selecta.

La primera es una muchachita adolescente que se pasa muchos ratos en la primera banca de la iglesia ante el Sagrario. Una de las señoras que limpian y adornan el templo, le dice un día: -Pero, ¡váyase! ¿Qué hace aquí tanto tiempo?

Y la jovencita, amable: -¡Ay, señora! Es que nos queremos tanto...

Esa jovencita, tan amiga de Jesús, es una santa que está en los altares: Isabel de la Trinidad.

La segunda es una chica que hace todo al revés. Se coloca siempre en la última banca. Parecía el publicano de la parábola. Y un día siente una voz que le venía desde delante de todo: -¿Cómo quieres que hable con mi amiga, si se me pone tan lejos?...

Esta actitud de familiaridad de las dos muchachas con Dios la vemos hoy como la cosa más natural. Pero, ¿fue siempre así? Leyendo bien la Biblia nos bastará conocer los nombres con que Dios se dejó llamar y con el que se llamó a Sí mismo, “Yahvé”, para ver quién es Dios y cómo quiere ser tratado por nosotros.

En la Biblia, nos encontramos con que a Dios le llamaban “El”. Significa simplemente DIOS. Y puede ser un dios cualquiera, el verdadero como uno falso.

Después los hebreos le llamaron “Elohim”, en plural: LOS DIOSES, es decir, un Dios superlativo: Dios de dioses. El Dios de Israel era único, un Dios que no admitía otros dioses a su lado.

A Abraham se le revela Dios como “El-Sadday”, que quiere decir el DIOS OMNIPOTENTE, el que lo puede todo y está como Soberano sobre todas las cosas.

Pero llega un momento grandioso en la Biblia, que nos narra el capítulo *tres* del Éxodo. Moisés está apacentando el rebaño en el monte Horeb, ve una zarza ardiendo que no se consume entre las llamas, y se dice: -¿Qué es esto? ¿Una zarza que arde y arde, sin que el fuego se apague ni la zarza se consuma? Voy a verlo...

Camina intrigado, pero se detiene paralizado ante la zarza al oír esta voz imperiosa que sale de ella: -¡Moisés, Moisés! No te acerques. Quitate primero las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado. Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob...

Moisés se aterra pensando que va a morir porque ha visto y oído a Dios. Así pensaban los judíos (*Éxodo* 33,20). Pero, no; Moisés no va a morir, porque recibe de Dios el encargo:

-He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto. ¡Vete allí, y arranca de las garras del faraón a mi pueblo esclavizado!

Moisés tiembla ante la misión que recibe, y pregunta angustiado: -¿Y qué diré a los israelitas? Cuando me pregunten quién me ha enviado, ¿qué les responderé?

Aquí viene el punto clave. ¿Quién es Dios y cómo se llama?... El mismo Dios le da a Moisés su propio Nombre: -Yo soy YAHVÉ. Soy Yo.

Es como decir: “Soy el único Dios. Soy yo, y nada más”. Es como si viniera a decir también: “Yo soy y hago lo que quiero, porque puedo hacerlo. Y ahora voy a hacer algo muy grande”.

Viene Dios a revelarse así como un Dios personal, grande, poderoso, activo, y, sobre todo, el FIEL, el que va a cumplir aquella promesa antigua de dar a la descendencia de Abraham la tierra prometida y a constituir un pueblo por el que serán bendecidas todas las naciones.

El Catecismo de la Iglesia Católica (203-221), interpretando el Nombre de Yahvé según la Biblia, y tal como se lo reveló al mismo Moisés, nos hace notar estas notas tan significativas.

- *Indica grandeza y santidad.* Dios es el Santo, alejado de todas las cosas, y, por lo mismo, incontaminado, purísimo. Dios es el trascendente, el que está sobre toda la creación. Dios es el que habita en el cielo, el invisible, el que nadie ve sin peligro de morir. De aquí el miedo que infundía, como expresó Isaías: “¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!” (*Isaías 6,5*). Y San Pedro: “Aléjate de mí, que soy un hombre pecador” (*Lucas 5,8*)

- *Indica misericordia y amor,* pues a pesar de la infidelidad del pueblo, le hace exclamar a Moisés, al adivinar su presencia: “¡Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado!”.

- *Indica, sobre todo, fidelidad,* que es la nota predominante en la aparición a Moisés: Dios va a cumplir la palabra de salvar a su pueblo sacándolo de la esclavitud de Egipto. Lo ha prometido y lo va a cumplir. El que ES Dios y lo puede todo, va a ACTUAR como Dios, sin que nadie se le resista.

Este es el Nombre con que Dios se revela y se da a conocer: Yahvé. Cuando pase el Destierro de Babilonia, por respeto a su Dios y para que nadie profane su nombre comparándolo con el de otros dioses, los judíos lo sustituirán con el nombre de “Adonai”, el Señor.

Pero el nombre propio se lo callarán siempre. Es inefable, no se debe pronunciar jamás. Es augusto. Es sagrado. Lleno de misterio. Merece un respeto sumo. Tanto es así, que se conservarán las consonantes hebreas de YHWH, pero, al no pronunciarlo, se perderá hasta el sonido verdadero del nombre. Posteriormente se le ha llamado Jehová, con una transcripción ciertamente equivocada.

Pero nosotros vamos a dar ahora un salto de siglos hacia adelante. ¿Cómo va a llamar Dios a su Hijo cuando se haga hombre? Lo sabemos todos de memoria: JESUS. “Le pondrás por nombre Jesús”, dice el Ángel a María. Y a José, al darle el mismo mandato, le da la razón: “Porque él salvará a su pueblo de los pecados”. Jesús, Jehoshuà. Es decir: “Yahvé que salva”, “Dios salvador”.

Y Dios, en Jesús, ya no será el misterioso ni el terrible del Sinaí, que nos dé miedo hasta en su mismo nombre. Todo lo contrario. El nombre de Jesús nos llenará la boca y el corazón. Porque será el Dios hecho hombre. Un hombre como nosotros, hermano nuestro, cercano a más no poder.

Al mandar Dios a María, y después a José, que le pusieron por nombre JESUS al niño que iba a venir, no hacía otra cosa que darle el nombre que le tocaba como propio de la misión que traía al mundo: ser Dios Salvador. Con ello quedaba cumplida el ansia de los siglos, expresada por Isaías con la plegaria famosa: “Cielos, dejad caer vuestro rocío. Nubes, haced caer vuestra lluvia. Tierra, ábrete, haz brotar al Salvador y que germine al Justo” (*Isaías 45,8*). Y sigue el profeta animando a todos en la esperanza de su venida, con palabras que pone en labios de Dios: “Mi victoria no está lejos, y no tardará mi Salvador, que yo levantaré como gloria de Sión” (*Isaías 46,13*)

A Jesús le llamamos con su nombre propio: JESUS, aunque con diversos matices. Si decimos sin más “Jesús”, le damos el nombre familiar, como a nosotros nos llaman Rosy, Javier o Luis. Es el hermano, es el amigo...

Si le llamamos “Cristo”, indicamos su misión: es el Mesías, el Ungido Sacerdote, Profeta y Rey. Cristo es un nombre lleno de Majestad.

Y si le decimos “Jesucristo”, unimos las dos cosas: la majestad del Cristo y la familiaridad del Jesús...

Aquellas dos muchachas de la iglesia nos lo han dicho con lección inolvidable, y nos han enseñado la distancia inmensa que media entre el Antiguo Testamento y el Nuevo: cómo se le trataba a Dios antes, cómo quiere que le tratemos ahora. Ahora Dios: el Salvador, el Dios con nosotros, el “Em-ma-nu-el”, Jehoshuà, JESÚS, es el mismo Dios santísimo y omnipotente y eterno del Horeb, pero tan cercano, tan familiar, tan nuestro, tan mío, *que hasta lo puedo tocar... ¡Jesús está aquí!...*

122. El Adversario. Victoria de Jesucristo sobre el demonio.

En muchas páginas de la Biblia sale Satanás, el demonio, el adversario. ¿Qué decimos de él? Desde el momento que Jesucristo le venció, ¿cuál es la actitud cristiana ante el enemigo de nuestra salvación?

El apóstol San Pedro tiene una recomendación famosa: “Vigilen. Su adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resístanle firmes en la fe” (1 Pedro 5,7-8). Si es “enemigo” y tan fiero como un “león rugiente”, hay para tenerle miedo; pero si nuestra fe es más fuerte que él, tenemos para reírnos del diablo si nos viene en ganas. Unos en pro, otros en contra, el caso es que hoy el diablo está de moda en la sociedad hasta con el culto satánico, y también en algunas partes de la Iglesia con los exorcismos. ¿Cómo tenemos que mirar nosotros al demonio según la Biblia?

El Antiguo Testamento cuenta ciertamente con el demonio, pero la idea va avanzando poco a poco. Unas palabras de Isaías han sido siempre interpretadas con la caída del ángel más grande cuando al principio los ángeles recién creados se rebelaron contra Dios: “¿Cómo has caído de los cielos, Lucero, hijo de la Aurora! Dijiste: ‘Subiré a las alturas, me asemejaré al Altísimo’. ¡Ya! Al infierno has sido precipitado, a lo más profundo del abismo” (Isaías 14,12-15). Isaías habla del hundimiento del rey de Babilonia, o tal vez de un rey asirio anterior, pero lo hace con las palabras que describen la caída de Satanás al rebelarse contra Dios.

Sin embargo, hay que remontarse antes al paraíso. La Serpiente es la personificación de Satanás: “Un descendiente de la Mujer te machacará la cabeza” (Génesis 3,15), lo interpreta el Apocalipsis con estas palabras: “Ha sido arrojado el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado él a la tierra y sus ángeles con él” (Apocalipsis 12,9)

En el Levítico, como puede verse en todo el capítulo 16, se consideraba el desierto como la morada del demonio Azazel, y a él se le enviaba el macho cabrío que había cargado con los pecados de todo el pueblo.

Viene después Job y presenta a Satán, el Adversario, Satanás, como decimos nosotros, y lo vemos reclamándole a Dios el favor que presta al justo. Más tarde, Tobías practica el primer exorcismo que vemos en la Biblia, y expulsa al demonio llamado Asmodeo: “El olor del perfume expulsó al demonio, que escapó por los aires hasta la región de Egipto. Fue el ángel Rafael a su alcance, lo ató de pies y manos, y, en un instante, lo encadenó” (Tobías 8,3)

Satanás es el que empujaba a hacer el mal, como le ocurrió a David con el censo: “Se alzó Satán contra Israel, e incitó a David a hacer el censo del pueblo” (1 Crónicas 21,1).

Por esto de que Satán es el incitador al mal, el profeta Zacarías nos cuenta que, cuando el ángel de Dios lo vio junto al altar para hacer el mal al sacerdote, lo arrojó con una imprecación violenta: “¡Yahvé te reprima, Satán! ¿No eres un tizón salido del fuego?” (Zacarías 3,1-2)

Dejamos el Antiguo Testamento, donde se va perfilando cada vez más la figura del demonio, para ver ya, en el Nuevo Testamento, lo que de él pensaron Jesucristo y los Apóstoles. En este punto debemos aclarar bien las cosas.

Ante todo, para Jesús el demonio es alguien personificado: es un ser maligno. No se trata, como pensaban los judíos, de enfermedades físicas o psicológicas que atribuían al demonio, aunque los Evangelistas hablan de muchos milagros en ese sentido popular y atribuyen a posesión diabólica lo que no era tal. Hay casos clarísimos de los Evangelios en que se trata de verdadera posesión diabólica, y es entonces cuando se enfrentan cara a cara Jesús y el demonio. Debemos tener esto bien claro desde el principio.

El demonio empieza a aparecer en el Evangelio de manera indiscutible con las tentaciones de Jesús. En ellas se trata de una discusión, de un combate, de persona a persona. El demonio no sabe que Jesús es “El Hijo de Dios”, que Jesús es “Dios”. Sospecha, eso sí, que Jesús es el Mesías, el Cristo, Hijo de Dios por excelencia. Y trata de desviar su mesianismo hacia sus propios gustos diabólicos: comodidad, placer, ostentación, riqueza, poder político... Los Evangelistas son claros: “Se le acercó el tentador”, dice Mateo. Marcos escribe: “Y estuvo en el desierto cuarenta días tentado por Satanás”. Y Lucas: “Durante cuarenta días fue tentado por el diablo”. Y Mateo recalca el rechazo enérgico de Jesús: “¡Retírate, Satanás!” (*Mateo 4; Marcos 1; Lucas 4*)

Se podrían citar algunos de los milagros o exorcismos en los que se ve claramente la presencia del demonio. Entre ellos, el endemoniado de Cafarnaún: “¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú, el Santo de Dios”. Y Jesús, imperioso: “Cállate, y sal de él” (*Marcos 1,24-25*). Y es evidente también el endemoniado de Gerasa, al que pregunta Jesús: “¿Cuál es tu nombre?” -“Me llamo Legión, porque somos muchos. No nos saques de aquí, pero si nos echas permítenos entrar en esos cerdos”. Jesús se lo permitió, y la enorme piara de dos mil cerdos se precipitó barranco abajo hasta el fondo del mar de Galilea (*Lucas 8,30-33*)

Jesús se declara vencedor de Satanás, el cual se creía seguro sobre el mundo desde su victoria en el paraíso, pero, confiesa Jesús: “Si es que yo expulso al demonio en nombre de Dios, es porque el Reino de Dios les ha llegado. Cuando uno fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están seguros; pero si llega otro más fuerte que él y le vence, le quita las armas en que confiaba, y reparte sus despojos” (*Lucas 11,21-22*). Con esta seguridad sobre el demonio, afirmará Jesús unos días antes de la Pasión: “Ahora el Príncipe de este mundo va a ser derribado” (*Juan 12,31*)

El demonio, que después de las tentaciones de desierto “se alejó hasta el tiempo más propicio” (*Lucas 4,13*), va a dar a Jesús el último asalto en Getsemaní y en la Cruz, pero, el tonto de él, a pesar de lo listo que es, se tragó el anzuelo y, con la Redención de Jesús, hubo de devolver todas sus víctimas, que tenía prisioneras por el pecado y la muerte.

Pero, ¿acabó definitivamente Jesús contra Satanás? Sí, y no. La victoria final del Señor es segura, porque Satanás y el inmenso ejército de demonios “serán arrojados al lago de

fuego y azufre, donde serán atormentados día y noche por lo siglos de los siglos” (*Apocalipsis* 21,10). Aunque esto no será hasta el final. Satanás y los suyos siguen en lucha con la Iglesia de Jesucristo, a la que combaten continuamente. Saben los demonios, ¡vaya que si lo saben!, que a la Iglesia no la podrán destruir, pero están empeñados en hacerle todo el mal posible. Por eso, en los escritos de los Apóstoles abundan las alusiones a esta lucha entre Satanás y el cristiano.

Fue Jesús el primero en poner en nuestros labios la plegaria con que acaba el Padrenuestro: “No nos dejes caer en la tentación. Y líbranos del mal”. Propiamente: “del Malo, del Maligno” (*Mateo* 6,13). Porque es Satanás el principal instigador de los que siembran doctrinas falsas con las que seducen a muchos: “El Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos muchos apostatarán de la fe entregándose a espíritus engañosos y a doctrinas diabólicas, por la hipocresía de embaucadores que tienen marcada a fuego su propia condenación”, asegura San Pablo; y sabemos que los “últimos días” son los tiempos mesiánicos, o sea, los de la Iglesia (*1 Timoteo* 4,1-2)

Satanás es el que instiga a la incredulidad y a obrar el mal, porque es “un poder seductor que les hace creer en la mentira, para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la verdad y prefirieron la iniquidad” (*2 Tesalonicenses* 2,11-12)

Los ataques del demonio contra la Iglesia serán constantes y el cristiano se verá siempre sometido a la tentación diabólica. Pero no hay que tener miedo, pues, como a todos anima San Pablo, “el Dios de la paz aplastará bien pronto a Satanás bajo sus pies” (*Romanos* 16,20)

Y a propósito de todo esto del demonio en la Biblia, ¿qué pensar nosotros? Se ha metido la moda de negar la existencia del demonio, y han dicho algunos teólogos muy desaprensivos que el demonio no existe, sino que es una palabra sólo destinada a personalizar el mal, sin que exista por eso un demonio que sea eso, una persona. El poeta alemán Goethe expresó muy bien esto mismo: “La gente no se da cuenta del diablo ni tan siquiera cuando el mismo diablo los tiene agarrados por el cuello”. El Papa Pablo VI salió al frente de esos atrevidos negadores del diablo, y enseñó muy seriamente y muy autorizadamente: “El mal no es sólo una deficiencia, sino la eficiencia de un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor”.

Sin embargo, la Iglesia, y cada cristiano en particular, no le tienen miedo al demonio, “el Príncipe de este mundo”, como le llamó Jesús; porque Jesús mismo, en la Última Cena (*Juan* 16,33), nos aseguró: “¡Ánimo! Al mundo lo tengo yo vencido!”: al mundo ya su Príncipe.

123. “He venido para salvar al mundo”. *¡El mundo tiene remedio!*

¿Para qué vino Jesucristo al mundo? ¡Para salvarlo! Es palabra del mismo Jesucristo. ¿Y cómo se va a salvar este mundo moderno, que nos preocupa tanto?... ¿Cómo le ayudaremos a Jesucristo en esta tarea? En la Biblia tenemos orientaciones muy preciosas, que hoy vamos a examinar. Con nuestra decidida colaboración, el mundo, tan querido de Dios, mejorará, se salvará. No lo dudemos un instante.

El Papa Pío XII pronunció una arenga a los jóvenes que se hizo famosa: “Corre por el mundo un grito de renacimiento, un grito de recuperación: será la restauración cristiana. Vosotros queréis una reconstrucción nueva sobre las ruinas acumuladas por quien prefiera el error a la verdad. ¡El mundo debe ser reconstruido en Jesús!”.

Cinco años antes de pronunciar estas palabras, había dicho el mismo Papa en otro discurso célebre: “El mundo camina sin saberlo hacia derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos”. De aquí que “Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos; lo que es preciso transformar de selvático en humano, de humano en divino, según el Corazón de Dios”.

Nuestra clase de Biblia de hoy Biblia la queremos comenzar planteándonos esta situación del mundo. Porque pareciera que Jesús, y Juan su discípulo más querido, tuvieron presentes estas palabras del que sería dentro de dos mil años un Papa y Vicario tan excelso de Cristo.

Juan nos ofrecía así el espectáculo del mundo en sus días: “Todo el mundo está puesto bajo el poder del Maligno”. “Todo lo que hay en el mundo no es sino concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y la jactancia de las riquezas, y esto no viene del Padre” (*1Juan 5,19; 2,16*). Traducido en otras palabras: tanta corrupción no puede venir de Dios, pues Dios la aborrece. El planteamiento de Juan sobre la situación del mundo es ciertamente muy negativo. Pero el mismo Juan nos recuerda repetidamente en su Evangelio la respuesta que Dios da a esta situación tan triste.

Pablo contemplaba el mismo cuadro, y escribía a los de Corinto: Si no quieren convivir con impuros, avaros, ladrones o idólatras, no les queda otro remedio que salir de este mundo (*1Corintios 5,10*)

“Esto no viene del Padre”, afirmaba Juan. Lo que viene de Dios es todo lo contrario: el remedio para curar tanto mal. Y este remedio no es sino Jesucristo, el Hijo de Dios, como lo expresó el mismo Señor. En una ocasión, nos muestra el amor del Padre: “De tal manera amó Dios al mundo, que le entregó su propio Hijo” (*Juan 3,16*). Y lo reafirma Jesús con estas palabras dichas ante las puertas de Jerusalén: “No he venido al mundo para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo” (*Juan 12,47*)

Así contemplaron los Apóstoles al mundo en sus días. Por una parte, perdido; por otra, capaz de ser salvo con la fuerza del Evangelio. Y no se dijeron con pesimismo: “¡No hay nada que hacer!”, sino todo lo contrario: “¡Todo está por hacer! ¡Empecemos!”.

Ahora nosotros vamos a tomar la Biblia, sobre todo el Evangelio y los Apóstoles, para preguntarnos: ¿Qué pistas nos da Jesucristo para salvar al mundo de hoy, este mundo bastante perdido, pero tan amado de Dios? Y Jesucristo, con unas parábolas muy gráficas, nos dice que al mundo hay que rehacerlo desde dentro. Ha de ser transformado completamente. Y que no tengamos miedo ni nos dejemos llevar por el derrotismo, porque Él ya comenzó su obra, la cual, calladamente, va prosperando. Jesús y los Apóstoles partieron de cero. Nosotros, no; nosotros tenemos ya mucho comenzado y en marcha.

Satanás, Príncipe de este mundo, como lo llama Jesús (*Juan* 12, 31), va a ser arrojado fuera y suplantado su dominio por el Reino de Dios. ¿Y cómo es y cómo actúa el Reino de Dios, que Jesucristo encarna en su propia Persona?

Una comparación que pone Jesús es la de la semilla, descrita muy gráficamente por Marcos. “El Reino de Dios es semejante al hombre que echa el grano en la tierra: duerma el sembrador o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga” (*Marcos* 4,26-28)

Pero, ¿cuál es el grano sembrado? Jesús lo dice en otra parábola, la de la cizaña: “El que siembra la semilla es el Hijo del hombre, el mismo Jesús; el campo es el mundo; y la buena semilla son los hijos del Reino” (*Mateo* 13,37-38)

La siembra exige paciencia, hay que esperar. Y Jesús nos lo dice con otra parábola preciosa: “¿Con qué compararemos el Reino de Dios? Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es más pequeña que cualquier semilla, pero una vez sembrada, crece y se hace mayor que todas las hortalizas y echa ramas tan grandes que las aves del cielo anidan a su sombra” (*Marcos* 4,30-32)

Ya vemos lo que hay que hacer, ante todo, para cambiar al mundo: ¡sembrar! ¡hacer algo! ¡trabajar!... Y cuando se trata de semillas, darnos cuenta de que la semilla somos nosotros, los que seguimos a Cristo. Somos la simiente que Cristo echó en la tierra del mundo, y a nosotros nos toca el ser semilla fecunda y que no se echa a perder.

Pero quizá la parábola de Jesús más significativa la tenemos en la levadura. “¿A qué compararé el Reino de Dios? Es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina hasta que todo fermentó” (*Lucas* 13,20-21). En la simplicidad de estas palabras encontramos toda la fuerza del Evangelio. Miramos la masa informe de la harina, y no vemos ni notamos nada. Le metemos dentro la levadura, y pronto esa masa insípida queda convertida en una pasta sabrosa, y, horneada, es el rico pan que se sirve en la mesa.

Todas estas parábolas de Jesús nos resuelven el problema que nos habíamos planteado en esta lección: ¿No hay posibilidad de cambio en el mundo que tanto nos preocupa?... Je-

su Cristo no hablaba en broma: “He venido a salvar al mundo”. ¡Y lo salva! Pero cuenta con nosotros, que debemos arder en las mismas llamas de celo que a Él le abrasaban, como expresó con aquellas palabras emocionantes: “He venido a echar fuego en la tierra. ¡Y cuánto deseo verla ya ardiendo!” (*Lucas 12,49*)

Nuestro mundo de hoy, preocupante cuanto queramos, no es peor que el que contemplaron los profetas y los apóstoles.

Mirando el Antiguo Testamento, ¿cómo lo vio un Isaías?. “Somos impuros todos nosotros, todas nuestras obras son como paño asqueroso” (*Isaías 64,6*). Sin embargo, Dios por Isaías ofrecía limpieza inmaculada: “Si sus pecados fueran como la grana, blanquearán como la nieve. Y si fueran rojos como el carmesí, quedarán como la lana” (*Isaías 1,18*)

Para Ezequiel era el mundo un campo de huesos secos, áridos, sin vestigio alguno de vida. Pero al escuchar la Palabra de Dios, se convirtieron en un ejército de hombres vigorosos y de mujeres bellísimas (*Ezequiel 37,1-10*)

Ya en el Nuevo Testamento, da casi pánico leer lo que Pablo dice de los paganos cuando escribe a los de Roma, en el capítulo primero de su Carta. Y a los de Corinto les recuerda lo que eran antes de su conversión: “Esto eran algunos: impuros, idólatras, adúlteros, afeminados, homosexuales, ladrones, avaros, borrachos, ultrajadores, explotadores” (*1 Corintios 6,9-10*). Pero aceptaron el Evangelio con resolución firme, ¿y en qué se convirtieron? Se lo escribe el mismo Pablo: “Han sido enriquecidos en todo, de modo que no les falta ningún don de gracia”; y así, la Iglesia de Corinto sobresalía “en todo: en fe, en palabra, en ciencia, en todo interés, en caridad y en generosidad” (*1 Corintios 1,5-7; 2 Cor. 8,7*). El Evangelio había convertido a aquellos creyentes primeros, y de unos salvajes ante Dios había hecho algo humano, más, algo divino, conforme a lo que les decía Pedro: “un linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada”. Y lo eran de tal modo, que brillaban como antorchas en medio del mundo” (*Filipenses 2,15*)

¿Volvemos nosotros otra vez al principio? Modernamente han adquirido carta de ciudadanía dentro de la Iglesia expresiones como estas: “Un Mundo Nuevo”, “Un Mundo Mejor”. ¿Lo vamos a conseguir? Hasta el final, no lo habrá conseguido Jesucristo, cuando venga la renovación de todas las cosas, conforme a su palabra: “Mira que hago nuevas todas las cosas” (*Apocalipsis 21,5*). Pero ahora vamos preparando con seguridad el camino. La semilla crece. La levadura fermenta. El fuego abrasa. El caso es que nos prestemos a la obra sin cruzarnos nunca de brazos.

124. Trabajo y vida. *Dios metido en nuestro quehacer.*

¿Podemos tomar la Biblia y mirar a ver qué nos dice sobre el trabajo? Es lo que vamos a hacer ahora. Estamos hechos para trabajar y queremos saber lo que Dios quiere, lo que nos pide y lo que debemos buscar en nuestro quehacer de cada día. ¿Es el trabajo digno del hombre? ¿Nos perfecciona? ¿Nos lleva hacia la santidad cristiana? ¿Vale la pena trabajar cada día más y mejor?

¿Qué es lo que hacemos cada día? ¡Trabajar, desde luego! El trabajo centra nuestra jornada entera, por más que hacemos otras muchas cosas, todas ellas necesarias o muy convenientes para la vida. Por eso, no estará de más, sino que nos será de mucho provecho, el reflexionar sobre el trabajo a la luz de la Biblia, para saber orientarlo y vivirlo según el querer de Dios.

El tema del trabajo, desde la revolución social introducida en el mundo por el desarrollo industrial, se ha convertido en la gran preocupación de la vida humana. El “trabajo” y los “trabajadores” son el problema más entrañado que tiene la sociedad actual. Pero nosotros no vamos a orientar nuestra reflexión de hoy en el sentido sociopolítico, por mucha que sea su importancia, sino que vamos a considerar nuestro trabajo de cada día, el de nuestras propias manos, a la luz que la Biblia proyecta sobre él, sobre nuestra actividad cotidiana. ¿Qué nos enseñan las Sagradas Escrituras?

Ante todo, el trabajo entra de lleno en el plan creador de Dios. La Biblia entera viene a dar razón a lo que dirá Jesús un día en su Evangelio: “Mi Padre trabaja siempre” (*Juan 5,17*). La Biblia se abre mostrándonos a Dios como un trabajador, de cuyas manos sale la creación entera: los astros, las plantas, los animales, el hombre y la mujer... No es un dios aburrido y ocioso como los dioses babilonios, que estaban en su palacio sin hacer nada. No. El Dios de la Biblia aparece trabajando, y cuando acaba su labor contempla toda su obra, admirado de Sí mismo, y exclama gozoso: “¡Todo está bien hecho! ¡Todo ha resultado muy bueno!” (*Génesis 1,31*)

Sin embargo, aunque el trabajo no le haya costado a Dios ninguna fatiga, le pide a Dios también un descanso, y por eso atestigua la Biblia: “Concluidos el cielo y la tierra, y todo su aparato, dio por concluida Dios en el séptimo día la labor que había hecho, y en el día séptimo descansó de todo el trabajo que había realizado” (*Génesis 2,2*). Dios armonizó de una manera perfecta el descanso con el trabajo. Por eso, el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es como Dios mismo: un ser que “trabaja” y que “descansa”.

Sabemos, desde el principio, que eso del trabajo divino repartido en seis días y con un día séptimo dedicado al descanso, fue un artificio de los redactores de la Biblia para establecer como día sagrado el sábado, querido por Dios para que el hombre lo consagrara a Dios, a fin de reparar sus propias fuerzas y de no olvidarse nunca del Señor. El hombre tenía que ser, como Dios, trabajo y descanso: trabajo para sí y para completar y perfeccio-

nar la obra de Dios; y descanso para sí, para reponerse y para tener presente, sin olvidarlo jamás, al Dios su Creador, su Señor y su Padre.

Todos sabemos que el pueblo judío, en todas partes y a lo largo de toda su historia, se ha distinguido por su sabiduría, su ingenio y su tenacidad en el trabajo, que le ha dado siempre la hegemonía de la economía mundial. Porque el pueblo judío, conocedor eximio de las Sagradas Escrituras en el Antiguo Testamento, tomó el trabajo muy a pechos como querido por Dios.

Por eso, la educación entre los judíos empezaba por enseñar a trabajar, para que el hombre no fuera un ser indigno de Dios y de su pueblo; y así decía el refrán transmitido por un rabino: “El padre que no enseña al hijo un oficio, lo educa para ser un ladrón”. Por eso, los libros Sapienciales rebosan de sentencias llenas de intención, unas de elogios grandes a la laboriosidad y otras cargadas de malicia. Citamos algunas nada más, como ejemplo aleccionador.

Empieza Job diciendo: “El hombre nace para trabajar como el pájaro para volar” (*Job* 5,5). El libro de los *Proverbios*, sobre todo, es implacable cuando establecen la suerte del trabajador y la del perezoso: “El que labra su tierra se saciará de pan; pero quien se entrega al ocio es sumamente necio” (12, 11). ¡Y tan necio! Porque: “Quien es flojo y desmadejado en sus trabajos, es hermano del que despilfarra sus bienes” (18,9), además de que “La mano perezosa produce mendicidad; mientras que la mano activa acumula riquezas” (10,4). De aquí esa invitación al haragán tan irónica: “Perezoso, mira las hormigas” (6,6), esos animalitos que se pasan el verano arrastrando granos y más granos a sus escondrijos para pasar después un invierno con buenas reservas...

Uno de los salmos es especialmente bello, cuando se dirige al hombre trabajador, y le asegura: “Dichoso porque comerás el fruto de tu trabajo. ¡Dichoso tú, porque todo te irá bien!” (*Salmo* 127,2). Y viene también un himno casi grandioso a ensalzar a la mujer inteligente y trabajadora que no da descanso a sus manos, con las cuales su marido “no carecerá de nada”. Se levanta cuando aún es de noche, para dar el sustento a su familia. Examina y compra tierras, y con sus propias ganancias planta viñas. Se arremanga con decisión y trabaja con energía. Se reviste de fuerza y dignidad y no le preocupa nada el mañana. Vigila la marcha de su casa y no come de balde. Marido e hijos le agradecen el fruto de su trabajo y sus obras son alabadas en público” (*Proverbios* 31,11-31)

Como vemos, respecto de la dignidad del trabajo no hay distinción entre hombre y mujer. Ella como él son alabados sin restricción por la Palabra de Dios cuando una y otro son diligentes en el cumplimiento de su deber.

En el Antiguo Testamento, como dos exigencias del trabajo, vemos en los Profetas que exigen el salario justo y el descanso obligatorio del sábado. Sobre lo primero, amenaza Jeremías: “¡Ay del que edifica su casa sin justicia! Se sirve de su prójimo de balde y no le paga su trabajo” (*Jeremías* 22,13). E Isaías proclama la bendición de la guarda del sábado:

“Si llamas al sábado ‘Delicia’, al día santo de Yahvé ‘Honorable’ y lo honras, te alimentaré con la heredad de Jacob tu padre” (*Isaías 58,13-14*), es decir, te colmaré de bienes.

Esto era la Biblia en el Antiguo Testamento. Cuando venga Jesucristo, el trabajo quedará sublimado hasta las alturas. ¿Por qué? Porque el Dios hecho hombre, el que a Sí mismo se llama el Hijo del Hombre, nacerá en el seno de una familia trabajadora y será un trabajador más del pueblo. Jesús es “El carpintero”, “el hijo del carpintero” (*Marcos 6,3; Mateo 13,53*). De este modo, al recomendarnos la oración: “Danos hoy nuestro pan de cada día”, y la confianza en la Providencia del Padre: “Miren las flores del campo, miren los pajaritos del aire” (*Mateo 6, 7 y 25*), Jesús no los separa en modo alguno del esfuerzo personal que exige el trabajo

El apóstol San Pablo, aprendida bien la lección de Jesús, se gloria hacia el final ya de su vida: “Sabéis que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros” (*Hechos 20,30*). El mismo Pablo se había encontrado con que en su querida Iglesia de Tesalónica había algunos que se habían dado a la holgazanería, y les avisa muy grave: “Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma. Porque nos hemos enterado que hay algunos entre ustedes que viven sin trabajar nada, pero metiéndose en todo. A estos les mandamos en el Señor que trabajen con sosiego para comer su propio pan” (*2Tesalonicenses 3,10-12*). Esto, además, para dar ejemplo a los de fuera: “Ocupense en sus asuntos, trabajando con sus propias manos, como se lo tenemos ordenado, a fin de que vivan ordenadamente ante los de fuera” (*1Tesalonicenses 4,11-12*)

Mirado a la luz de la Biblia, el trabajo no es un castigo, sino una bendición. Aunque, después del pecado, el trabajo se ha convertido, ciertamente, en una penitencia y un sacrificio agradable que ofrendamos a Dios. Así nos lo enseñó nuestro Señor Jesucristo durante su vida de Nazaret: treinta años esclavo de un modesto taller. Al contemplar a semejante obrero, ¿quién tiene derecho a quejarse del trabajo, por fatigoso que sea? Más bien lo mira como una gloria, según estas bellas palabras del gran orador francés: “Que se alegren los que trabajan. Jesús es de su gremio. Jesús es su compañero, su camarada. Al trabajar con sus manos, el Hijo de Dios santifica y consagra el trabajo” (*Bossuet*)

Entonces, sacamos la conclusión: si trabajamos cada día; si el trabajo está consagrado a Dios; si Dios viene y santifica el trabajo, ¿quién puede negar que con el trabajo nos hacemos unos santos?...,

125. “¡Conviértanse!”. *En proceso de conversión continua.*

¿Sabemos lo que significa la palabra “conversión”, con la que Jesucristo inicia su Evangelio? Conversión es lo mismo que la “vuelta a Dios”. Es volver al revés el corazón. Es pensar de diferente manera a como se pensaba antes. Es actuar de modo totalmente distinto a como se hacía hasta ahora. Es mirar únicamente a Dios en vez de mirar al mundo. Es un cambio total en la orientación de la vida. Jesucristo llama a la conversión, y esta llamada se extiende a todos los hombres, hasta a los que se figuran buenos, porque siempre pueden ser mejores.

¿No nos ha llamado nunca la atención la manera cómo Jesús inicia su Evangelio y cómo los Apóstoles abren el comienzo de la Iglesia? En uno y en otros hay una palabra clave, y es ésta: “Conversión”.

Antes que Jesús, Juan el Bautista proclamaba con voz aterradora: “Raza de víboras, ¿quién les ha enseñado a huir de la ira que les viene encima? Den frutos dignos de conversión” (*Lucas 3,7-8*). Jesús va a decir lo mismo, pero con palabra mucho más suave. Se lanza a predicar por Galilea, e invita con amor: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca: conviértanse y crean en la Buena Noticia” (*Marcos 1,14-15*). El lenguaje del Bautista era espantable como el de los antiguos profetas, mientras que el de Jesús era todo dulzura, consciente de que traía al mundo toda la bondad de Dios: “Conviértanse, porque el Reino de los Cielos ha llegado” (*Mateo 4,17*)

Así comenzó Jesús a proclamar la Buena Noticia. Y los Apóstoles hicieron exactamente lo mismo. Pedro en Pentecostés, al pueblo que le escuchaba compungido: “Conviértanse, y que cada uno de ustedes se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para perdón de sus pecados y así recibir el Espíritu Santo” (*Hechos 2,38*). Y Jesús a Pablo, al confiarle su misión: “Te encargo que les abras los ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios, para que reciban el perdón de los pecados mediante la fe en mí” (*Hechos 26,18*)

Esta idea de la conversión está, por lo mismo, en la base de la predicación de la Iglesia desde sus inicios, pues arranca de Jesús y de los Apóstoles. Hay además en el Evangelio una enseñanza de Jesús muy aleccionadora. Pilato, por lo visto en uno de sus clásicos arrebatos, hizo matar en el Templo a algunos galileos mientras ofrecían sus sacrificios; y la torre de Siloé se hundió un día inesperadamente sepultando entre las ruinas a dieciocho personas. El pueblo pensaba: “¡Pecadores, pecadores, cuando así han muerto!”. Y Jesús corrige severamente a los que pensaban de esa manera: “No; no eran los mayores pecadores de Galilea y de Jerusalén. Y yo le aseguro que si ustedes no se convierten, se van a perder del mismo modo” (*Lucas 13,1-5*). ¿Qué se deduce de todo esto, cuando Jesús habla así de la conversión? Todos lo adivinamos: o conversión o condenación.

¿Es preocupante esta doctrina? Lo sería si no viéramos a Dios muy metido en ella. Pero resulta que es Dios quien tiene la iniciativa de todo, y está empeñado en atraernos hacia Sí, precisamente para conseguir nuestra salvación. Dios no ha querido nunca el mal de ninguna clase, y menos el pecado, causante de todas las desgracias de la humanidad. Sin embargo,

San Pablo tiene una palabra algo misteriosa. Sin querer Dios de ninguna manera el pecado, “Dios ha permitido que todos quedásemos encerrados en el pecado para poder usar con todos de misericordia” (*Romanos 11,32*)

Ahora viene Dios, al vernos a todos pecadores, juzgados y condenados, a revocar lo que hubiera sido una sentencia inapelable: “Pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las culpas de los hombres” (*2Corintios 5,17-19*). Esto le hace exclamar gozosamente a Pablo: “Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvados por su vida!” (*Romanos 5,10*). Y reconciliados, “ahora nos presenta ante sí santos, inmaculados e irreprochables” (*Colosenses 1,22*). ¡Ya es bondad de Dios, la que hemos recibido al ser llamados a la conversión y haber respondido a ella!

Sólo que ahora, con estas palabras últimas, nos hemos metido en un problema grave existente en la conversión. ¿Qué exige la conversión? Exige un “diálogo”, una “conversación” entre Dios y el hombre pecador. Dios, tomando Él la iniciativa, ofrece a cada uno el perdón y la salvación: “¿Quieres?”... Y está en el hombre responder “Sí” o “No”.

Es esto, diríamos, la política de Dios. Al habernos hecho “personas”, es decir, seres dotados de inteligencia y voluntad, nos ha regalado también el don de la “libertad”. Y es Dios el primero en respetarnos hasta lo sumo. Cuando oramos, al hablar con Dios, o al sentir su voz inesperadamente, parece que oímos siempre las mismas preguntas: “¿Qué te parece?”. “¿Quieres?”. “¿Te decides?”. “¿Aceptas?”... Y vendrán nuestras respuestas: “¡Sí, no faltaba más!”. “¡Oh, no; eso es mucho!”. “¿Quién sabe? ¡Esperemos algo!”. “A lo mejor, sí”...

En el Evangelio tenemos hechos que nos confirman esto a cada paso.

Jesús llama a los cuatro pescadores del lago: “Vengan, que yo los voy a hacer pescadores de hombres”. Y Pedro y Andrés, Santiago y Juan, dejan barcas, redes, criados y familia allí mismo, y siguen con decisión irrevocable a Jesús (*Mateo 4,18-2*)

Al joven estupendo, que le ganó a Jesús el corazón, le invita: “Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes, da el producto a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven, y sígueme”. Y el joven, como era muy rico, entristecido se alejó de Jesús (*Marcos 10,17-22*). La duda le echó a perder.

Con Judas, hasta el fin: “¿Con un beso me entregas?”... El “¡No te quiero!” del discípulo traidor lo llevó a la condenación, “pues mejor le fuera a ese tal no haber nacido” (*Mateo 26,25*)

Considerando el hecho de la libertad con que Dios nos deja, nos encontramos con dos casos en verdad esplendorosos.

El primero, el de Zaqueo. Rico, ladrón, pecador público. Jesús se autoinvita: “Vete, Zaqueo, a tu casa, y prepárame hospedaje, pues hoy tengo que pernoctar contigo”. Y el publicano responde durante el convite ante todos los comensales, sin que Jesús le dijera nada, a no ser con su mirada llena de simpatía indecible: “¡Mira, Señor! Doy a los pobres la mitad de todo lo que tengo, y a todos los que les he robado les devuelvo cuatro veces más”. Jesús,

que no ha rozado para nada la libertad de Zaqueo, se contenta con apostillar: “¡Hoy ha entrado la salvación en esta casa!” (*Lucas 19,1-10*)

Y la conversión más famosa ocurrida en la Historia de la Iglesia. Pablo, el perseguidor furibundo de los cristianos, ante las puertas de Damasco, derribado en tierra: “¿Quién eres tú, Señor?”... “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Pablo entonces, con generosidad total, sin poner condición alguna: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (*Hechos 9,3-5; 22,10*)

En estos dos casos de Zaqueo y Pablo, los más célebres del Nuevo Testamento, vemos cómo la conversión, enteramente generosa en su respuesta a Dios, es también “radical”. Si se trata de Dios, no se va con medias tintas. Al convertirse, dejando atrás el pecado o una vida mediana, floja, tibia, nada digna del cristiano, se opta por el Reino de manera incondicional. Quien se convierte, dice con plena convicción: “Con Dios tengo bastante. ¡Sólo Dios me basta!”.

Jesús lo expresa con la comparación famosa: “Yo les aseguro: si no se convierten y no se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos” (*Mateo 18,2*). ¿Por qué? La persona mayor, la adulta, es autónoma, se siente fuerte, no se rinde, es “ella” y nada más. Pero viene Jesús, y le dice: “¡A dejar ese orgullo! ¡A fiarte de Dios! ¡A contentarte con Él! ¡A abandonarte en Dios como el niño en los brazos del papá o de la mamá!”... Y esto es precisamente lo que hace quien se convierte: se da cuenta de que el orgullo y el pecado no le llevan a ninguna parte. Si se levanta con orgullo, Dios se le aleja. Al convertirse, se abaja, y Dios se inclina amorosamente hacia la persona humilde y pequeña, que nada puede. Pero, es precisamente entonces cuando lo puede todo en Dios.

¿Sabemos, además, cuál es un fruto muy conocido de la conversión? Trabajar para que otros se conviertan a ese Dios que ha sido tan bueno con quien se sentía perdido. Aquel del salmo lo expresaba muy bien: “Enseñaré a los rebeldes tus caminos, y los pecadores volverán a ti” (*Salmo 50,15*)

Por radical y generosa que sea una conversión, ¿cuánto dura el período de la conversión? Hoy lo expresamos muy bien con esta palabra: “continua”. Siempre la naturaleza debilitada nos quiere apartar de Dios..., y siempre nosotros nos volvemos a Dios con esfuerzo constante. Y entonces, sí: ¡hay que ver qué segura se tiene la salvación!...

126. “Los he llamado amigos”. *Nuestra amistad con Jesucristo.*

Jesús se dio a Sí mismo muchos títulos que a nosotros nos hacen pensar y nos entusiasmas. Pero hay uno que entraña un amor muy grande y muy especial: ¡Amigo! De él queremos hablar hoy. Jesús ha entablado con nosotros una amistad grande, tierna, sin igual. Y tener a Jesús por Amigo es para nosotros, aparte de un timbre de gloria, una seguridad suna en la vida y para la eternidad.

Una sentencia de la Biblia nos va a dar el tema de la lección de hoy: Jesús, nuestro Amigo.

Partamos de ese texto sapiencial: “Quien encuentra un amigo fiel, ha encontrado un tesoro. Porque el amigo fiel no tiene precio, y su valor es incalculable”. Lo es tanto, que el mismo sapiencial añade: “Pierde tu dinero por el amigo”, pues el amigo vale mucho más que todo el oro del mundo (*Eclesiástico* 6,14-15; 29,10). ¿Qué nos parece?...

Ahora bien, ¿dónde encontramos amigo semejante? Vamos al mismo Jesús, que nos dice en aquella sobremesa inolvidable de la Última Cena: “A ustedes los he llamado amigos; ustedes son mis amigos” (*Juan* 15,14 y 15).

Se lo dice con una franqueza total: “Yo los llamo amigos, porque les he dado a conocer todos los secretos de mi Padre”. Aunque les pone como condición el que cumplan siempre sus deseos: “Son mis amigos si hacen lo que les mando”. (*Juan* 15,13-15). Es así el mismo Jesús quien se confiesa amigo nuestro. ¡Por algo lo hace!

La Biblia nos ha mostrado en el Antiguo Testamento casos hermosos de amistad, con verdadera aprobación y alabanza de Dios. El hecho más llamativo es sin duda el de Jonatán con David. El hijo del rey Saúl “quedó prendado de David, y Jonatán comenzó a amarlo como a sí mismo”. E hizo pacto de amor total y por siempre con David “porque lo amaba como a sí mismo”. No se detuvo Jonatán en muestras de afecto, y llegó a regalarle “su manto, sus vestidos y hasta su espada, su arco y cinturón” (*1Samuel* 18, 1-4). Y David, en la muerte de Jonatán, lloraba inconsolable: “Estoy destrozado de dolor por ti, Jonatán, amigo queridísimo; tu amor fue para mí más delicioso que el amor de las mujeres” (*2Samuel* 1,26)

Fuera de la Biblia, acudimos a la literatura, la filosofía y la mitología griegas, y nos encontramos con que los grandes pensadores discurrieron y poetizaron sobre la amistad con intuiciones y aciertos sorprendentes. Un Aristóteles, que asegura: ¿Qué hace la amistad? “Un alma que habita en dos cuerpos”.

En una tragedia del clásico teatro griego, Orestes y Pílates se encuentran con que uno de los dos ha de ser sacrificado. Se entabla lucha entre los dos, y prefieren morir juntos antes que vivir el uno sin el otro.

Platón el filósofo idealiza la amistad presentando a los dos amigos que piden a Plutón, el dios del fuego, que funda las almas de los dos y las fusione en un solo ser.

Y vendrá el poeta latino Horacio que llamará a su amigo Virgilio: “La otra mitad de mi alma”.

Estos testimonios, tanto de la Biblia en el Antiguo Testamento como los de la literatura clásica, admirables, y de verdadero valor humano, son una sombra de la realidad obrada en Jesucristo. Porque el amigo Jesús superará todas las barreras humanas.

Y empezamos nuestro discurrir por una pregunta: ¿De dónde arranca la simple posibilidad de que Jesús sea amigo nuestro? Es algo indiscutible eso del dicho famoso: “la amistad o encuentra iguales o los hace”. Entonces, ¿cómo Dios puede establecer lazos de amistad verdadera con nosotros, hombres y simples mortales? Aquí viene la realidad de la Encarnación. El Hijo de Dios se hace hombre como nosotros, y ahora Dios y nosotros estamos en situación de llamarnos y ser verdaderos amigos.

Desde la antigüedad cristiana lo vieron así los grandes Padres de la Iglesia. Un San Ireneo, que escribía: “Toma Él nuestra pequeñez y nos da su grandeza”. Y San Agustín, el genial de siempre: “El que quiso compartir su bien contigo, empezó por participar primero de tu mal”.

Ya tenemos, pues, a Dios hecho un hombre como nosotros, y capaz de amar como amamos nosotros. En Jesucristo, Dios hombre verdadero, y entre nosotros, humildes criaturas, se va a establecer una corriente de amistad auténtica en todos los sentidos.

Y empezamos por unos términos del lenguaje para entendernos bien desde el principio. La amistad se manifiesta por el amor. Pero, ¿qué es el amor? Hoy se ha desnaturalizado el concepto del amor al sustituirlo muchas veces por el “eros”, es decir, la “amor pasión”. No es este nuestro caso. El amor tiene dos expresiones griegas vivísimas en el Evangelio y los Apóstoles, como son la “philia”, es decir, el afecto, el cariño entrañable; y el “agápe”, o sea, el amor grande de la caridad.

Aparte de los textos con que hemos empezado, Jesús da muestras a lo largo de todo el Evangelio de que es verdadero amigo, en el sentido más pleno y humano que nosotros damos a esta bendita palabra.

La amistad con Lázaro y sus hermanas Marta y María es muy notoria. “Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo”. Así, “nuestro amigo”. Y ante el sepulcro, se conmueve y rompe en llanto, de modo que comentan los judíos: “¡Miren cómo le amaba!” (*Juan 11, 11.35-36*)

Con Juan, el discípulo más joven, entabla una amistad única. “El discípulo a quien amaba”, el cual lleva su decisión y confianza hasta “recostarse sobre el pecho de Jesús”. “El discípulo a quien amaba”, repetido por tres veces, es el que recibe en herencia a la misma Madre del Jesús, y también el primero que lo reconoce a la orilla del lago: “¡Es el Señor!”... Sencillamente, eran las dos almas fusionadas en una sola (*Juan 13,23; 19,26; 21,7*)

En la Biblia, el beso era el signo por antonomasia del amor. Por eso Jesús se le queja al fariseo su anfitrión: “Al llegar, tú no me has dado el beso”, lo cual era decirle: “no me tienes por amigo”. Mientras que se goza, y declara amiga a la pobre prostituta, “porque desde que ha entrado no ha dejado de besarme los pies” (*Lucas 7,47*). Y no digamos lo que se goza con los besos que le da en los pies María la de Magdala cuando lo ve resucitado (*Juan 20,17*)

Por eso también, en Getsemaní sufrió Jesús un verdadero desgarrón del alma al verse traicionado por un discípulo bien querido, pero que ahora lo entregaba con el beso más criminal que se ha dado en la historia: “¡Amigo, ¿a esto has venido?”. “¿Con un beso me entregas?” (*Mateo 26,50; Lucas 22,48*)

No era la primera vez que Jesús sentía lo que es ver traicionada la amistad. Juan nos lo dice expresamente en el Evangelio, cuando nos narra el desenlace del discurso en la sinagoga de Cafarnaún. Al ver que se resisten a creer, y que se le marchan algunos discípulos, se queja amargamente a los Doce: “También ustedes se quieren ir?” (*Juan 6,67*)

Dejemos estos momentos dolorosos.

La escena con Pedro junto a lago es también excepcional. “Pedro, ¿me amas?”, preguntado por tres veces, para gozarse con la triple protesta de amor: “¡Señor, Tú sabes que yo te quiero!” (*Juan 21,15-17*)

El apóstol San Pablo, recogiendo toda esa tradición evangélica, y auscultando su propio corazón, acabará la gran Primera Carta a los de Corinto: “¡Y si alguno no ama al Señor Jesucristo, que sea maldito!” (*1C 16,22*)

Estos son los hechos y los dichos del Evangelio y los Apóstoles respecto de la amistad de Jesucristo con nosotros. Nada extrañan entonces las expresiones de los grandes Santos y Doctores desde la antigüedad cristiana. Un San Ambrosio que dice: “Cristo es el amor personificado”. San Agustín añadirá: “La única amistad segura es la de Cristo: sólo en él se da totalmente amistad feliz y eterna”. Y concluirá San Buenaventura: “Donde fallan los amigos, Cristo no falla jamás”

Hoy se ha metido en algunos la moda de negar valor al amor afectivo a Jesucristo. Quieren amor seco, de obras con solo sentido social. Es una equivocación completa. Eso no es ni humano, pues privan a la naturaleza, la de Jesús como la nuestra, del afecto, del cariño, expresado en el Evangelio y los Apóstoles por la escena del lago y por Pablo a los de Corinto, con el verbo griego “filein”, amor de cariño, que llena de gozo el corazón. Los que piensan así, serían incapaces de entender las gracias especiales del Espíritu Santo a muchas almas místicas, como aquella de Verona a quien se le aparece Jesucristo, y le muestra su Corazón con letras grabadas en oro: “Camila, yo te amo”.

Jesucristo es el Amigo más amante y más amado que ha existido, y nadie jamás amaré y será amado como Él. Una gloria como ésta sólo la tiene Jesús.

127. “Como Cristo amó a su Iglesia”. *Dos esposos enamorados.*

Entre tantos títulos que la Biblia da a Jesucristo encontramos el de “Esposo” de la Iglesia. Algo entrañable, como podemos suponer. Y nos afecta a todos nosotros, porque nosotros somos esa Iglesia por la cual se entregó hasta la muerte, la ama apasionadamente y la quiere ver glorificada junto a Sí en su misma gloria y felicidad. Nuestra lección de hoy es ésta. Jesucristo, el Esposo de la Iglesia.

Si no lo tuviéramos tan claro en la Sagrada Biblia, nunca nosotros nos hubiéramos atrevido a llamar a Dios el Esposo de Israel. O llamar a Jesucristo el Esposo de la Iglesia. Sin embargo, esta es la bellísima realidad que nos ha revelado Dios. La palabra más expresiva la tiene San Pablo, cuando escribe: “Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentándosela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada” (*Efesios 5,25-27*)

Esto es bellissimo. Y fue la realización plena de lo que ya se vislumbraba y se decía en el Antiguo Testamento: que Israel era la esposa de Yahvé. Aunque resultaba una esposa infiel, siempre adúltera al irse detrás de otros dioses, por más que Yahvé no cejaba en su empeño de amor, de modo que dice por el profeta: “Voy a seducirla de nuevo, voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón, y ella me responderá como en los días de su juventud, y me llamará Marido mío” (*Oseas 2,16-18*)

Aquella figura de Israel en el Antiguo Testamento se va a convertir en la realidad más espléndida cuando venga Jesús. En el Evangelio se aplicará a Sí mismo o le aplicarán otros el nombre de “esposo”, y llegará a su culminación con el Apocalipsis.

Juan el Bautista es el primero en decirlo: ¿Tener yo celos de Jesús? No. Yo soy el amigo del novio, el novio es él, y yo me alegro al oír su voz (*Juan 3,29*)

Jesús mismo toma este nombre: “¿Acaso los invitados pueden ayunar mientras el novio está con ellos”? (*Mateo 9,15*)

Y San Pablo les dirá a los de Corinto: “Estoy celoso de ustedes con celos de Dios, pues los tengo desposados con un solo esposo para presentarlos como virgen casta a Cristo” (*1Corintios 11,2*)

El Apocalipsis no puede ser más explícito, cuando nos invita con entusiasmo: “¡Alegrémonos, y regocijémonos y démosle gloria! Porque ha llegado la boda del Cordero, y su Esposa se ha engalanado con lino de blancura deslumbrante”. Y nos repite después: “Ven, que te voy a enseñar a la Novia, a la Esposa del Cordero” (*Apocalipsis 19,8; 21,0*)

Con todo esto, ¿ante qué nos encontramos? Con lo más bello, lo más idílico, que nos enseña la Biblia. La Iglesia, los hijos de la Iglesia, tenemos con Jesús la intimidad del esposo y la esposa que están verdaderamente enamorados. Y Jesús lo está de su Iglesia, y la Iglesia lo está de Jesús hasta un grado sumo.

¿Nos podemos entretener ahora en analizar esos textos bíblicos que hemos citado?

La primera palabra que ocurre es la de Pablo: “Cristo amó a su Iglesia”. Pero, ¿quién y qué era la Iglesia antes de que Jesucristo la desposara consigo en la Cruz, en la que derramó su sangre por la esposa?

Era la humanidad caída que se revolcaba en el fango. ¿Cómo podía Jesucristo escogerse novia semejante?... San Juan de Ávila nos recuerda el dicho de que “El amor es ciego”, y se pregunta a ver si a Jesucristo no le ocurría eso, y se responde que no, que Jesucristo no estaba ciego, pero disimuló, hizo como quien no veía, y al morir en la cruz por la novia que había escogido, pudo decirse: ¡Lo he conseguido!...

San Agustín, con su agudeza característica, tiene observaciones muy atinadas. “La amó no porque era hermosa, sino para hacerla hermosa”. Y aludiendo a las palabras bíblicas: “El rey está prendado de tu belleza” (*Salmo 44,12*), se pregunta: “¿Qué belleza? La que él hizo. Estabas inmunda, pero él te blanqueó”. Al haber derramado Jesús su sangre por ella, ¿qué ocurrió? Sigue San Agustín: “La amó cuando era fea, y la hizo hermosa. Derramó su sangre por la infiel y manchada, y la convirtió en fiel y la dejó pura. En la esposa ve y ama los regalos con que él la adornó”. El Papa Pablo VI lo dijo de manera muy expresiva: “En el hombre, la belleza produce el amor; en Cristo, el amor va delante y produce la belleza de la Iglesia”.

Todas esas expresiones de San Agustín o del Papa, no hacen más que glosar la gran realidad que expresa San Pablo cuando ha dicho: “Cristo se entregó por ella”. La sangre de Cristo fue un detergente poderoso que eliminó la inmundicia con que la novia venía a la boda. Por toda dote, ella traía pecado y Él le daba santidad. Por la fealdad con que ella se presentaba, Él le comunicaba una hermosura sin par.

Tanto es así, que ahora Esposo y Esposa se miran los dos sin cansarse nunca de la belleza con que ambos resplandecen.

El Esposo le dice entusiasmado: “Eres bella, amiga mía, y encantadora. Tus ojos me subyugan. Eres única, paloma mía, sin defecto alguno. Hermosa como la luna, resplandeciente más que el sol. ¡Qué bella eres! ¡Qué hermosura, amor mío, qué delicias!” (*Cantar 6,4-5, 9-10;7,7*)

La Esposa no se queda corta al expresar su enamoramiento: “Estoy enferma de amor. Mi amado se distingue entre diez mil. Dulcísimo, todo él es un encanto. MI amado es mío, y yo de mi amado” (*Cantar 5, 8.10.16; 6,3*)

¿Cuándo nacieron estos amores? Por parte de Jesucristo, desde toda la eternidad en el seno del Padre, cuando determinó hacerse hombre para redimir a la Humanidad Caída y formar su Iglesia. De hecho, siempre hemos considerado el nacimiento de la Iglesia del costado de Cristo con el pecho abierto, cuando salió, junto con la sangre, aquella agua misteriosa con la cual Jesucristo lava las almas al aplicársela en el Bautismo. Dice San Pablo: “la santificó, purificándola con el baño del agua” (*Efesios 5,27*)

Pero, ¿y eso de que la Iglesia sea tan hermosa, cuando la vemos tan llena de defectos por tantos bautizados indignos? No es ningún misterio. La Iglesia es santa y cuenta con multitud de santos e hijos suyos que viven a presión la vida de la Gracia, con los cuales la Iglesia

es la Esposa de Jesucristo santa de veras. Pero, ciertamente, eso de Pablo, que “Jesucristo se presenta a sí mismo una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino toda santa e inmaculada” (*Efesios 5,27*), no se dará sino al final, cuando todos los elegidos se vean purificados totalmente, y tomen posesión de la morada definitiva de la Esposa, la Jerusalén celestial, “en la cual no entrará nada profano, porque será sólo para los inscritos en el libro de la vida del Cordero” (*Apocalipsis 21,27*)

Una nota importantísima en esta lección: ¿Quién es la Esposa de Jesucristo? La Iglesia entera, ciertamente. Pero es y se debe considerar esposa de Jesucristo toda alma de bautizado. Cada una de nuestras almas, sin distinción de sexo o condición, está desposada con Jesucristo mediante la Gracia que recibió en el Bautismo y conserva con cuidado.

Y notamos otro aspecto muy interesante. Los esposos cristianos, “casados en el Señor” (*1Corintios 7,39*), viven sacramentalmente este desposorio de Cristo con su Iglesia. Las vírgenes consagradas al Señor, que renuncian al matrimonio para vivir en exclusiva para Jesucristo, significan de una manera especialísima y única este desposorio con Jesucristo, adelantando la vida del Cielo, “donde ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, porque serán como ángeles” (*Marcos 12,25*), y donde no habrá más desposorio que el Jesucristo con su Iglesia glorificada.

¿Qué hace ahora la Iglesia de la tierra? Suspirar continuamente por la unión con su Esposo Jesucristo, que le dice: “¡Sí, vengo pronto!”, y al cual la Esposa enamorada le responde a impulsos del Espíritu Santo: “¡Ven, Señor Jesús!” (*Apocalipsis 22, 20*). Jesucristo y la Iglesia: no pueden vivir el uno sin el otro.

Las personas que experimentan esta realidad mística, revelada por Dios, se hacen propia esa sentencia de San Juan de la Cruz, y se dicen: “Ni tengo ya otro oficio, pues ya sólo en amar es mi ejercicio”. Oración, sacramentos, trabajo, entrega a la obra del Reino... Todo es para Jesucristo. Como lo hizo María, la imagen más perfecta de la Iglesia, que desde la Encarnación del Hijo de Dios, al saber que se iba a llamar Jesús, desde aquel mismo instante, “Jesús” no se le fue ni un instante de la cabeza ni del corazón durante los cincuenta o más años de vida que le quedaban en la tierra, hasta que con su Asunción se fue a unirse con Él para siempre en el Cielo.

128. Dios quiere que todos se salven. *Su voluntad salvífica es universal.*

¿No es verdad que a todos nos preocupa el problema de la salvación? Pues, bien. Hoy vamos a ver cómo “Dios quiere que todos se salven”, y lo decimos de manera muy segura con palabras del mismo Dios por medio del Apóstol San Pablo. La salvación la tenemos en la mano. Pero, ¡eso sí!, va a depender de que nosotros colaboremos con Dios en la tarea de nuestra salvación. Dios nos la da, y nosotros la aceptamos haciendo lo que Dios nos pide.

Un negociante, metido siempre en su fábrica y su almacén revolviendo números y más números, contestó cuando se le preguntó cuál era el alma de tanto negocio:

- ¿El alma de mis negocios?... Pues, “el negocio de mi alma”. Tengo muy metido en la cabeza lo de Jesús: me importa muy poco ganar todo el mundo, si al fin me pierdo yo. Entonces, cada negocio mío está regido por una idea: no perder dinero, pero, sobre todo, no perder el alma; ganar todo el dinero que pueda, pero, sobre todo, resolver el problema de mi salvación.

Este negociante tenía toda la arazón. La salvación es el gran problema que la Biblia nos plantea a todos. En el Antiguo Testamento, significaba la salvación que otorgaba Dios a su pueblo librándolo de sus enemigos. Era una salvación puramente natural, temporal.

Para Jesús, a veces era la salud que devolvía a un enfermo con un milagro: “¡Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz!”. Así le dijo a la mujer que le había tocado el manto... (*Lucas 8,48*)

Pero la palabra “salvación” adquiere pronto en todo el Nuevo Testamento su carácter peculiar de la *salvación eterna* del hombre.

Este es el objetivo por el que Jesús ha venido al mundo: “No he venido a llamar a conversión a los justos, sino a los pecadores”, dice en casa de Mateo el publicano (*Lucas 5,32*)

Por eso, a la pobre prostituta que perdona en casa del fariseo, le dice con sentido muy diferente que a la curada de su enfermedad: “Tu fe te ha salvado; vete en paz” (*Lucas 7,80*)

Y al invitar a todos a la conversión, aclara: “Si no se convierten, todos se van a perder de la misma manera” (*Lucas 13,5*)

Como la misión de Cristo es salvar a todos, el nombre que le impone el mismo Dios ya antes de la concepción y del nacimiento, es el de “Jesús”, “Yahvé que salva”. Por eso le encarga a José: “Y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (*Mateo 1,31*)

Todo obedece a la voluntad salvífica de Dios, expresada por San Pablo con unas palabras grandiosas, las cuales son el tema que hoy queremos desarrollar en nuestra charla: “¡Dios quiere que todos los hombres se salven!” (*1 Timoteo 2,4*)

Si dice “todos”, significa que no queda excluido ninguno.

Si dice “todos”, significa que a nadie niega los medios de la salvación.

Si dice “todos”, significa que sólo se pierde el que quiere, “pues Dios no ha enviado su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que el mundo se salve por él” (*Juan 3,17*), y “Jesús se entregó a sí mismo como rescate por todos” (*1Timoteo 2,6*)

Sería interesante saber cuál es el primer pensamiento y el primer grito del que sale de este mundo. Con gran benevolencia, y ardiente deseo, nos gustaría que fuera éste: “¡Me he salvado!”... Se lo deseamos hasta a los más exaltados suicidas kamikazes, que piensan salvarse metiéndose en las Torres Gemelas con aviones secuestrados y causando miles de víctimas...

Pero es una curiosidad a la que tenemos que renunciar hasta el día del Juicio. Porque la salvación, como lo vemos en todos los pasajes del Nuevo Testamento, depende de la gracia o benevolencia de Dios, que la ofrece y la da a todos; y depende también de la voluntad del hombre, que la acepta o la rechaza con sus obras.

Al joven ilusionado, Jesús le dice: -¿Para salvarte? Guarda los mandamientos (*Mateo 19,17*)

Y añadirá Santiago: “Desechen toda inmundicia... y reciban con docilidad la palabra que es capaz de salvar sus vidas... Pongan por obra la palabra y no se contenten con solo oírla, engañándose a sí mismos” (*Santiago 1,20-22*)

San Pablo insistirá solícito con los de Filipos: “Trabajen con sumo cuidado por su salvación” (*Filipenses 2,12*), y dice de sí mismo: -Puedo haber predicado a los demás, y ser al fin reprobado (*1Corintios 9, 27*)

Ante estas afirmaciones de la Biblia, ¿cuál es nuestra posición ante el problema de la salvación?

Este tema no se limita hoy al ámbito de la Iglesia Católica, la gran predicadora de la salvación en todos los tiempos, sino que es asunto común a todas las ideologías religiosas. Las sectas hacen de él un punto de referencia obligado. De aquí, que este problema interese a todos, lo cual es ciertamente una bendición y una providencia de Dios. Aunque es necesario tener las ideas muy claras.

Ya en la antigüedad cristiana, un San Juan Crisóstomo, Obispo y Doctor de la Iglesia, desafiaba a su interlocutor: -¿Tienes por ventura dos almas, para rescatar con la segunda la primera?... Si has perdido la única que tienes, no te queda otra para pagar el cambio.

Así lo entendió el Papa medieval de aquel caso célebre. Le pide el rey una concesión que iba contra su conciencia, y el Pontífice se limita a contestar: -Si tuviese dos almas, con gusto sacrificaría una para complacer a Vuestra Majestad. Pero, comprenda, ¡no tengo más que una! (*Benedicto XII*)

Ante el problema de la salvación, y Biblia en mano, ¿qué sentimiento debe anidar en nosotros? ¿El miedo o el optimismo?...Y la respuesta justa y acertada es ésta: una prudente seguridad.

“Seguridad” de nuestra salvación, ante todo. Porque la voluntad de Dios es decidida, terminante y muy seria: Dios quiere que “todos” los hombres se salven. Por eso comentaba

un teólogo santo de nuestros días: -No hay una afirmación en Teología más segura que ésta: Dios da a todos, sin excepción, la gracia necesaria para salvarse (*Padre Arintero OP*)

De parte de Dios, por lo mismo, la cosa está hecha.

Sin embargo, la seguridad debe ser “prudente”. Porque somos nosotros los que podemos fallar y echar a perder todo el plan de Dios, al ilusionarnos con una felicidad falsa y que debería estar llena de esperanza. La belleza de la creación, la dicha del amor, la alegría del corazón, todo lo que Dios nos ha dado para nuestro disfrute, Él lo ha ordenado a una felicidad superior que está sobre todas las cosas del mundo.

Aquel escritor danés —muy alejado de Dios hasta su conversión a la Iglesia Católica—, llevado de su afición a la astronomía, cada noche escrutaba estrellas y galaxias en el cielo. Hasta que un día le hizo notar la mamá, fervorosa creyente: -Hijo mío, todas esas bellezas son muy grandes. Pero sobre todas ellas estás tú. Guarda tu alma. Nada más te pide Dios y esta tu madre (*Jørgensen*)

Providencialmente, repito, está hoy algo de moda entre muchos el hablar de la salvación. No es cosa de gente crédula o devota, sino de gente seria, sensata, equilibrada, creyente. Es de personas que están en el mundo, pero que ya no son de este mundo, sino del mundo venidero, porque su esperanza las lleva a vivir en el más allá, felices al pensar en la suerte que les aguarda. Nadie dirá que estas personas están equivocadas. Porque son las que tienen resuelto el interrogante más comprometedor: -Y después, ¿qué?... Después..., nada menos que Dios.

¡Dios! ¿Les parece poco a ustedes?...

129. Nuestro Pastor. *Una gran realidad de Jesucristo.*

“Yo soy el buen Pastor”. Lo dijo un día Jesús, y hoy vamos a tratar nosotros de desentrañar lo que encierra esta afirmación del Señor. Es una de las realidades más bellas y expresivas de toda la Biblia. Decía el Papa Pablo VI: “Es una imagen sencilla, expresiva, atractiva”. Veremos lo cierto que es aquello del Salmo tan conocido y tan cantado. “El Señor es mi pastor, nada me falta”.

¿Queremos entender en profundidad esa palabra incomparable de Jesús, “Yo soy el Buen Pastor”, tan entrañada en nuestras almas?

Para entender en todo su sentido las palabras de la Biblia y más en particular las de Jesús, empecemos por saber lo que era ser pastor en el Oriente Medio, y concretamente en la Biblia. Había dos clases de pastores: el mismo dueño del rebaño y el asalariado.

El asalariado era un simple jornalero; cumplía su oficio, recibía su salario, y basta. Naturalmente, que podía ser bueno y cuidar bien las ovejas del amo; solía tener además su pequeño rebaño, de unas cuantas ovejas y corderos propios en medio del rebaño grande del dueño, y a ese su pequeño rebaño lo guardaba con verdadero mimo. Pero, como asalariado, podía ser un aprovechado y desempeñar muy mal su oficio, ya que no le importaba nada de las ovejas y corderos.

El pastor dueño del rebaño era muy diferente. Ser “pastor” fue la gran ocupación de Abraham, Isaac y Jacob, de Moisés, de David... Y el pastor dueño del rebaño, no sólo desempeñaba un oficio, el de guardar y sacar las ovejas y los corderos a pastar, o sea, el simple cuidar del rebaño. No. El pastor era mucho más. Era el compañero de vida del rebaño de una manera total, y participaba con las ovejas y corderos las caminatas, el calor del día, el frío de la noche, la sed y todas las inclemencias.

Dios toma entonces esta imagen del pastor, y por medio del profeta nos comunica su secreto: “Yo mismo apacentaré mis ovejas, y yo las llevaré a reposar. Buscaré la oveja perdida, haré volver a la descarriada, vendaré a la que se ha herido, confortaré e la enferma y cuidaré a las robustas” (*Ezequiel 34,15-16*)

El profeta tiende la mirada lejos, y anuncia el propósito de Yahvé: “Yo suscitaré, para ponerlo al frente de las ovejas, un solo pastor que las apacentará, mi siervo David: él las apacentará y será su pastor (*Ezequiel 34,23*). Cuando escribía esto Ezequiel, hacia quinientos años que David había muerto. Hablaba del Cristo futuro, el descendiente de David, que sería el Pastor verdadero, esperado por Israel.

Esto, de parte de Yahvé. Y viene la respuesta del fiel que sabe quién es Dios, y lo canta con un Salmo que repetimos tantas veces: “El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace reposar. Me conduce a fuentes tranquilas; me guía por cañadas seguras, y no temo ningún mal” (*Salmo 22,1-4*)

Este propósito de Yahvé y este anhelo del fiel israelita, se van a ver colmados en Jesucristo, que anunciará en la explanada del Templo y ante la puerta llamada de las ovejas, con palabras imponderablemente tiernas: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. Pero el asalariado, que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, y el lobo hace presa en ellas y las dispersa, porque es asalariado, y no le importan nada las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen a mí” (*Juan 10, 11-14*)

Jesús, en esta parábola del Buen Pastor pone un detalle encantador. ¿Mira Jesús al rebaño entero sólo así, en globo, a todas las ovejas juntas? No. Jesús conoce y llama a cada oveja y a cada cordero en particular, como si no tuviera más que un solo ejemplar. “A las ovejas las conoce una por una, a cada una con su propio nombre” (*Juan 10,3*). Y comenta un gran historiador de Jesús, que pasó mucho tiempo en Palestina con los pastores de hoy, los cuales conservan las mismas costumbres que los antiguos. Al sacar las ovejas para pacer durante todo el día, “las llama desde la puerta con el nombre de cada una: ¡Tú, Blanca! ¡Eh, Linda!”...

Todo esto nos sitúa, desde el principio, en la realidad de la Iglesia. Jesús no tiene bastante con mirar a la Iglesia en su totalidad. Cada uno de nosotros está impreso en la retina de sus ojos y anida en lo más hondo de su corazón. Jesucristo, de esta manera, nos invita a confiar en Él, a ser de su propiedad personal, porque un día nos quiere poner a su derecha para llevarnos a los pastos eternos del Cielo. Así lo expresa el Evangelio hablando de los buenos y malos en el Juicio Final: “Separará a los unos de los otros, como el pastor separa a las ovejas de las cabras” (*Mateo 25,32*)

Hemos citado a Ezequiel, el profeta más expresivo del Antiguo Testamento cuando nos habla del futuro Pastor del Pueblo de Dios, el que dice: “Mi siervo David reinará sobre ellos, y será para todos ellos el único pastor” (*Ezequiel 37,24*). E Isaías lo describe con verdadera ternura: “Como el pastor pastorea su rebaño, recoge en brazos los corderitos, y lleva en su seno a las ovejas madres” (*Isaías 40,11*)

Vamos ya del todo al Nuevo Testamento, y vemos cómo Jesús extiende la mirada a todos los hombres, los paganos de los otros pueblos, y dice: “También tengo otras ovejas que no son de este redil, Las tengo que atraer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor” (*Juan 10,16*)

Formado así un solo rebaño entre Israel, el primer llamado, y los pueblos gentiles que van entrando en la Iglesia, los apóstoles llamarán a Jesús “El gran pastor de las ovejas” (*Hebreos 13,20*), y dicen a todos: “Eran como ovejas descarriadas, pero ahora han vuelto al pastor y guardián de sus almas” (*1Pedro 2,25*)

Los apóstoles llaman a Jesús “El Mayoral”, o Jefe de los pastores (*1Pedro 5,4*). Porque Jesús ha instituido en su Iglesia pastores que la guardan y la apacientan, los apóstoles y obispos que les van a suceder. Verdaderos pastores, ejercerán su oficio como representantes

de Jesús; pero no serán dueños del rebaño, sino servidores de Jesús, que les encarga sean sus vicarios, es decir, que hagan sus veces con el rebaño que Él les encomienda.

A este propósito, el pasaje más clásico del Nuevo Testamento es del lago de Genesaret, cuando Jesús confía el Primado a Pedro, y le dice por tres veces: “Pastorea mis corderos, pastorea mis ovejas” (*Juan 20,15-17*). Como si le dijera: “Corderos míos y ovejas mías; no corderos tuyos, no ovejas tuyas”. Por eso en la Iglesia, el Papa, los obispos, sacerdotes, misioneros, en una palabra, todos lo que cuidan de una manera u otra de las almas, saben que trabajan por el rebaño de Jesús y en nombre del mismo Jesús, único dueño de los corderos y las ovejas, tan amados del Señor.

El Apocalipsis avanza más, dirige la mirada al Cielo, ¿y qué ve? A Jesucristo, el Cordero inmolado que ha salvado a todos los corderos y ovejas de su rebaño, pero que es a la vez Cordero y Pastor.

Dice primeramente: “Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos... Estos son los que han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero” (*Apocalipsis 7, 9 y 14*)

Después, contempla al Cordero que es a la vez Pastor: “Porque el Cordero que está en el trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida” (*Apocalipsis 7,17*)

En la antigua Iglesia nos encontramos con un Papa como San Hipólito, que da la interpretación verdadera a estos textos del Apocalipsis: “Glorificado por el Padre como Rey eterno, Jesucristo es también Pastor de los redimidos por toda la eternidad”.

De nuevo nos viene a la mente el Salmo precioso que cantamos en nuestras celebraciones, sobre todo cuando nos acercamos al banquete de la Eucaristía: “El Señor es mi Pastor, ¡nada me puede faltar! Me conduce a fuentes tranquilas. Prepara delante de mí una mesa abundante y mi copa rebosa. Y así habitaré en la casa de Dios por días sin fin”.

130. “Por él y para él”. *Jesucristo principio y fin de todo.*

¿Por quién y para quién vivimos?. Por Jesucristo y para Jesucristo. Ya está dicho todo. Pero, ¿sabemos lo que esto significa según la Biblia? Dios constituyó a Jesucristo Principio y Fin de todas las cosas. Por lo mismo, nuestra vida entera ha de arrancar de Jesucristo y toda entera se debe encaminar hacia Jesucristo, hasta que lo poseamos plenamente en su misma Gloria.

Antes de meternos en el Nuevo Testamento para estudiar un punto grandísimo sobre Jesucristo, quiero recordar el hecho muy aleccionador de un gran sabio. Le Verrier era un astrónomo francés que se llenó de gloria al descubrir el planeta Neptuno. Católico muy ferviente, cuando por las noches iba a escrutar las profundidades del cielo con el telescopio, dirigía antes una mirada llena de fe al Crucifijo que tenía en su despacho. Porque estaba convencido: Jesucristo está en el centro del Universo; con Jesucristo lo entenderé todo, y sin Jesucristo no entenderé nada.

Haremos bien en recordar a este sabio al estudiar esta lección, tan hermosa como profunda de la Biblia, en la cual queremos ver que todo fue creado por Jesucristo y para Jesucristo: “Por él y para él”, como nos dice San Pablo (*Colosenses* 1,16). ¿Quién y qué es Jesucristo, ese Jesucristo hermano nuestro, al que llevamos tan adentro del corazón?

Si preguntamos a cualquiera medianamente instruido en religión: “¿Quién es el principio y fin de todas las cosas?”, nos responderá sin vacilar: “¡Dios!... Y dirá la verdad. Sin embargo, viene ahora Jesucristo, y nos dice de Sí mismo por tres veces en el Apocalipsis: “Yo soy el Alfa y la Omega, Aquel que es, que era y que va a venir”. “El Primero y el Último, el Principio y el Fin” (*Apocalipsis* 1,8; 21,6; 22,13)

Esto lo dice Jesucristo. ¿Por qué? Sabemos lo que significa el Alfa y la Omega. Son las letras con que comienza y acaba el alfabeto griego, y el Nuevo Testamento, escrito todo en lengua griega, expresa así la gran realidad de Jesucristo. Si dice Él de Sí mismo que es el Alfa y la Omega, se apropia un atributo que sólo le corresponde a Dios: ser el principio y el fin de todas las cosas.

Antes que lo confesara el Apocalipsis, ya había escrito San Pablo acerca de Jesucristo: “Él es Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra. Todo fue creado por él y para él; él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia” (*Colosenses* 1,15-17)

¡Qué afirmación y qué párrafo tan grandiosos del Apocalipsis y de San Pablo! Pero, ¿por qué lo escribían así? Hemos de situarnos en la historia de finales del siglo primero. Junto con el Evangelio que empezaba a difundirse por todas partes, había surgido la secta de los gnósticos, los cuales afirmaban que, entre los muchos “eones”, pobladores de los cielos, estaba también Jesucristo. Y no era precisamente el principal, sino que lo superaban esos

ángeles que ellos llamaban tronos, dominaciones, principados y potestades. Para los gnósticos, Jesucristo no era Dios, sino una criatura de Dios entre tantas.

Entendido esto, nos situamos bien para entender lo que Pablo y el Apocalipsis afirman sobre Jesucristo cuando salen al frente del error de los gnósticos; Jesucristo está sobre todas las cosas terrestres y celestes, porque todo fue creado por Él y para Él. “Por Él”, porque era Dios, y estaba con Dios su Padre cuando eran creadas todas las cosas; “Para Él”, porque Dios lo creaba todo en vistas a Jesucristo, al que iba a constituir centro de toda la creación. El Evangelio de Juan empieza diciéndonos lo mismo: “En el principio estaba el Verbo junto a Dios. Todo se hizo por él, y sin él no se hizo nada” (*Juan 1,1-3*)

Jesús sabía y sentía en su conciencia humana que Él era el Hijo de Dios. Cuando dice en el Evangelio “Soy Yo” alude a la palabra de Dios en el Sinaí a Moisés: “Yahvé”, el que es, es decir, Dios. Jesús no deja en duda a sus enemigos los escribas y fariseos, a los que les avisa con buena anticipación: “Si no creen que Yo Soy, morirán en su pecado” (*Juan 8, 24*). Los judíos entendieron perfectamente estas palabras, y por eso le preguntaron: “Entonces, ¿por quién te tienes tú?”. Y Jesús les habló más claro aún, aludiendo a su muerte y resurrección: “Cuando hayan levantado al Hijo del Hombre, cuando me hayan crucificado y yo resucite, sabrán que Yo Soy” (*Juan 8,25-28*)

¡Harto van a recordar estas palabras los sumos sacerdotes! En el juicio a que van a someter a Jesús, Caifás pregunta a Jesús: “Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios”. La pregunta no podía ser más clara. Pero tampoco dejó de ser bien clara la respuesta de Jesús, sabiendo que con ella firmaba su sentencia de muerte: “Sí, lo soy. Por eso les digo que a partir de ahora me verán sentado a la derecha del Padre y viniendo sobre las nubes del cielo” (*Mateo 26,63-64*)

Si Jesucristo es Dios, y, “a impulsos del Espíritu Santo” (*Hebreos 9,14*), muere como hombre para reconciliarnos con Dios su Padre, Jesucristo quedará constituido como centro en el que gravitarán todas las cosas. Si todo fue Por Él, ahora todo será “Para El”. San Francisco de Asís lo entendió muy bien. Le seguían las turbas como a un santo grande; había fundado sus frailes que se derramaban por todas partes; pero él, el humilde Francisco, conocedor profundo de Jesucristo, dijo a los suyos cuando iba a morir: “Yo, el Hermano Francisco, he hecho la parte que me tocaba. La parte de ustedes, que se la enseñe Cristo”. Con ello venía a confesar que Jesucristo es el Todo y el Único con quien se debe contar, porque todo viene de Él y todo es para Él.

Según la Biblia, este fue el sueño de Israel y de la humanidad entera: contar con un Cristo, con un Mesías, que llenara las aspiraciones de todos al traernos todos los bienes de Dios, y por eso le gritaba: “Cielos, dejad caer vuestro rocío, y que la tierra germine al Salvador” (*Isaías 45,8*)

Este Salvador es Jesucristo, “por quien son todas las cosas y nosotros por él” (*1Corintios 8,6*). La Biblia de Jerusalén nos dice que estas palabras de San Pablo son la abreviación de un himno bautismal, que podemos reconstruir así: “Un solo Dios, el Padre, de quien todo

viene y hacia quien vamos nosotros; y un solo Señor, Jesucristo, por quien todo viene a la existencia y por quien nosotros vamos hacia el Padre”.

Si este es el plan de Dios, ya se ve que el mundo no puede prescindir de Jesucristo, a no ser que el mundo quiera suicidarse. Con Jesucristo, el mundo lo tiene todo; sin Jesucristo no tendría nada. ¡Que Jesucristo no se ausente de nosotros!...

A este propósito, después de la Revolución Francesa, que cometió tantos crímenes contra la Religión y más concretamente contra la Iglesia, se inventó una leyenda, o una historia novelada, que es muy aleccionadora. Las turbas de París gritaban tan desahoradas que parecían una jauría de perros. Al llegar a las orillas del Sena ven flotar, corriente abajo, una imagen de Cristo Crucificado. Cambian de repente su actitud, mudados sus sentimientos. “¡Se nos va Cristo, se nos va Dios! ¿Quién salvará a Francia?”. Tratan de rescatar la imagen, cuando ella misma, llevada por las mismas aguas, se posa en un remanso de la orilla. La sacan del río. Y el líder de aquella chusma les arenga a recibirlo como la única salida a la situación caótica en que se encuentra Francia: “Le hemos pedido que se quede con nosotros y que no se vaya. Porque solo Jesucristo es nuestra salvación”.

Se expresaba bien aquel líder revolucionario. Porque Jesucristo, según la Sagrada Escritura, “sostiene todo con la voz de su mando” (*Hebreos 1,3*), y en su mano está la salvación para todos los que la quieren recibir. Esto lo dijo Pedro con valentía ante el Senado judío: “No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos” (*Hechos 4,12*)

¿Qué decimos a todo esto? Tanto individualmente como socialmente ponemos los ojos en Jesucristo. A nivel personal, hacemos nuestras las palabras de San Pablo: “Mi vivir es Cristo” (*Filipenses 1,21*), comentadas así por un eximio escritor antiguo de la Iglesia: “Que Cristo se meta por tu respirar y en toda tu vida; entonces sabrás lo que es el fruto del verdadero descanso” (*Hesiquio*). Y socialmente, cualquier empresa que prescinde de Jesucristo no prospera, y si se le pone en contra está llamada sin más al fracaso más rotundo. San Pablo afirma con vigor: “Nadie puede poner otro cimiento sino aquel que ya está puesto, Cristo Jesús” (*1Corintios 3,11*). Por eso, todo lo que se realiza, por los individuos como por los grupos, contando con Jesucristo, tiene el éxito seguro, por ser Él, Jesucristo su Principio y su Fin.

131. La Patria. *Cómo nos la presentan las páginas de la Biblia.*

Hay una palabra que la pronunciamos siempre con orgullo, y es “La Patria”. A la Patria la amamos. Por la Patria trabajamos. A la Patria la defendemos. Por la Patria estamos dispuestos a hacer cualquier sacrificio. Y nos preguntamos ahora: ¿Tiene la Biblia que decirnos algo sobre la Patria? ¡Y tanto que nos dice! En la Palabra de Dios, en el mismo ejemplo de Jesucristo, vemos cómo el amor a la Patria contiene algo de sagrado, y que están justificados todos los sacrificios que la Patria nos exige.

¿Cabe en una lección de Biblia el hablar sobre la Patria? Podemos hacer la pregunta de otra manera: ¿Podemos hablar de la Patria a la luz de la Biblia?... Abrimos el libro tan bello de Ester y nos encontramos con unas palabras patéticas de Mardoqueo a su sobrina y ahijada, cuando conoció el decreto real que ordenaba el exterminio de los judíos: “Has llegado a ser reina para este momento preciso. ¡Ora al Señor! ¡Habla al rey en favor nuestro, y líbranos de la muerte!”. ¿Y qué le pedía Mardoqueo a su querida Ester?... ¡Aunque fuera la muerte, si era preciso! Porque la respuesta de Ester había sido también categórica: “Sabes que tengo pena de muerte si me presento al rey sin haber sido llamada, y hace ya treinta días que el rey ni me llama ni sabe nada de mí. ¡Pero me presentaré ante el rey, y, si he de morir, moriré!” (*Ester* 4,8-16). Un ejemplo como éste nos pone delante sin más el heroísmo que a veces exige la Patria. ¿Está justificado el amor que lleva a semejantes extremos?...

Si queremos hablar de la Patria guiados por la Biblia, empezamos, como es lógico, por el Antiguo Testamento. Y nos encontramos ante todo con Abraham y los Patriarcas, peregrinos en tierra extraña, pero con la promesa de Dios de que esa tierra que habitaban ahora sería la tierra patria de su descendencia. Israel, en Egipto, era extranjero, pero no había muerto el recuerdo de la tierra de sus antepasados. Bajo Moisés, emprende el pueblo la marcha hacia la Tierra Prometida, de la que por fin toma posesión bajo el mando de Josué. Con David, se constituye un reino unido, e Israel goza por fin de una patria en todo el sentido de la palabra.

¡Y qué Historia la de Israel! ¡Qué héroes tan legendarios! ¡Qué amor a su tierra bendita!... Moisés, los Jueces, David, Elías, Jeremías, Ezequiel, Zorobabel, Esdras y Nehemías, los Macabeos... Un salmo precioso del Destierro sintetiza el amor del israelita por su patria: “Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión; en los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar; nuestros opresores a divertirlos: ‘Cántennos un cantar de Sión’. ¡Cómo cantar un cántico de Sión en tierra extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha; que se me apegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en el colmo de mis alegrías” (*Salmo* 136,1-6)... Después del Destierro, en la Diáspora, Israel estará disperso entre todas las naciones conocidas, con sus sinagogas en todas las ciudades. Pero los ojos de todos se dirigirán constantemente a Jerusalén, y allí irán de todas partes en peregrinación multitudes de judíos en las grandes festividades anuales de

la Pascua, de Pentecostés, de los Tabernáculos... Así fue la patria de Israel en el Antiguo Testamento.

Sin embargo, Israel vive la ilusión de su patria de una manera muy diferente a los demás pueblos. Desde los Patriarcas, sueña en una patria futura que no será como ésta en que le toca vivir de momento. Los israelitas mueren, como nos dice la Sagrada Escritura en un párrafo precioso, “sin haber conseguido el objeto de las promesas, viéndolas y saludándolas desde lejos y confesándose peregrinos y forasteros sobre la tierra. Los que así hablan, claramente dan a entender que van en busca de una patria; pues si pensaban en la que habían abandonado, podían volver a ella. Por el contrario, aspiran a una mejor, a la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de ser llamado su Dios, pues les tenía preparada una ciudad” (*Hebreos 11,13-16*)

Pasamos al Nuevo Testamento, ¿y con qué nos encontramos? Israel ha cumplido con su excelsa misión de traer al Mesías prometido, al Salvador de todos. Y Jesucristo, hijo de Israel, ¿amará a su patria como los demás conciudadanos suyos? No lo podemos dudar un instante, aunque Jesucristo, precisamente Él, será la causa de un cambio radical en la historia de Israel como patria de todo un pueblo. Jesús podía soñar, como cualquier ciudadano honesto, en que sería bien recibido por los suyos. Sin embargo, “vino a los suyos, y los suyos no le recibieron” (*Juan 1,11*). ¿Algunos casos del Evangelio?...

En Nazaret, su patria chica, recibe el primer desprecio: “¿De dónde le viene eso, esa sabiduría, y esos milagros? ¿No es éste el carpintero? Y se escandalizaban a causa de él” (*Marcos 6,2-3*)

En Galilea, a raíz del discurso en la sinagoga de Cafarnaúm, desciende tanto su popularidad, que le abandonan hasta muchos discípulos, y se queja dolorido a los Doce: “¿También ustedes me quieren dejar?” (*Juan 6,67*)

Visita varias veces Jerusalén, y al fin, “al acercarse a la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Si conocieras en este día el mensaje de mi paz!” (*Lucas 19,41*), y continuó con un lamento estremecedor: “¡Jerusalén, Jerusalén, la que matas a los profetas y apedreas a los que te son envidios! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no has querido! Pues bien, su casa se va a quedar desierta” (*Mateo 23,37-38*), “porque tus enemigos no dejarán en ti piedra sobre piedra, por no haber conocido el tiempo de tu visita” (*Lucas 19,43-44*)

Jesús fracasó *en y con* su patria. Aunque pronunció unas palabras que son la mayor esperanza de ese pueblo incomparable: “Les digo que no me volverán a ver hasta que digan: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!” (*Mateo 23,39*), porque Israel, conforme a su elección, un día reconocerá en Jesús al Cristo, “ya que todo Israel será salvo..., pues los dones y la vocación de Dios son irrevocables” (*Romanos 11,26 y 29*)

Hasta aquí, sólo hemos visto historia: lo que era la patria para Israel, lo que fue para Jesús. Debemos hacernos ahora a algunas reflexiones.

Y en primer lugar, dentro de los planes de Dios, la Iglesia, “el nuevo Israel de Dios” (*Gálatas* 6,16), ¿cuenta con una patria, con una tierra propia? No. Todo al revés. Su patria es el mundo entero, conforme al encargo de Jesús: “Vayan, y prediquen a todas las gentes, enseñándoles a guardar todo lo que yo les he enseñado”. Y añade Jesús, como ciudadano del mundo entero: “Y he aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los siglos” (*Mateo* 28,19-20). Los cristianos, por lo mismo, “no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de una futura” (*Hebreos* 13,14), “la Jerusalén de allá arriba, de la que somos hijos libres” (*Gálatas* 4, 25-26), “porque tenemos la ciudadanía del cielo, de donde vendrá a buscarnos como Salvador el Señor Jesucristo ” (*Filipenses* 3,20)

El que los cristianos esperemos una Patria futura y definitiva, ¿nos libra de tener y amar aquí una patria terrena y temporal? No; todo lo contrario. Precisamente aprendiendo de la Biblia, nosotros somos los ciudadanos más comprometidos con la patria. Como Jesús, para dar ejemplo, cumplimos los deberes ciudadanos y religiosos con más escrupulosidad que nadie, como hiciera, aunque se siente libre como Hijo de Dios, con el encargo a Pedro: “Vete, y con la moneda que saques al pez, paga el impuesto por mí y por ti” (*Mateo* 17,27)

San Pablo, consciente de los deberes ciudadanos que competen a los cristianos como a los demás, establece tres normas inmutables. *Primera*, reconocer que la autoridad civil legítima viene de Dios: “Sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios. Por lo tanto, hay que sometérselos no sólo por miedo al castigo, sino en conciencia”. Saca entonces la *segunda* consecuencia: “Por eso precisamente pagan los impuestos, porque son funcionarios de Dios, ocupados en ese oficio”. Y añade la *tercera*, que lo compendia todo: “Den a cada cual lo que se le debe: impuestos, tributo, respeto, honor” (*Romanos* 13, 1-7). Esto vale para todo régimen político que se base en el Estado de derecho. Entonces, “la soberanía es prerrogativa de la ley, no de la voluntad arbitraria de los hombres. Las leyes injustas y las medidas contrarias al orden moral no obligan en conciencia” (*Compendio CIC*, 406)

¡La Patria! ¡Qué bella aparece en la Biblia! ¡Qué ejemplos de heroísmo nos presenta para nuestra imitación! ¡Y cómo la vida ciudadana y religiosa de la sociedad hace soñar en la Patria que nos espera después, y en la que viviremos tan felices!...

132. “Yo Soy”. *Jesús es Dios.*

¿Qué y quién es Jesús? Ante todo y sobre todo, Jesús es Dios, aunque sea un Dios que se ha hecho hombre. Esto es lo primero que debemos decir y decimos de Jesús. Aquel Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, es verdadero Dios. Jesús es el ser humano más grande que ha existido, pero sobre toda su grandeza humana resalta su grandeza divina. La Biblia nos presenta a Jesús como UNO con el Padre y que tiene con el Padre un solo Espíritu Santo. En definitiva, como vamos a ver hoy, Jesucristo es Dios.

¿Sabemos cuál es el disparate que hoy han hecho correr muchos sobre Jesucristo? Nos lo han presentado como el hombre más grande, más digno de admiración, el mayor bienhechor de la humanidad, pero, ¡al tanto!, eso de que Jesucristo sea Dios, ¡eso, no!... Y este es el error más grande que se pretende decir. Si Jesucristo no es Dios, ni nos ha podido redimir del pecado, ni nos ha metido en la esfera de Dios, ni hemos sido salvados, ni podemos tener en El ninguna esperanza. Es un maestro como Confucio, como Sócrates, como Mahoma, pero no pasa de ahí. Mientras que Jesús, cuando dice en el Evangelio: “Yo soy”, reclama para Sí, y lo prueba, que es Yahvé, el Dios de Israel, el Dios-con-nosotros (*Juan 8,28.58; Mateo 1,23*)

Vamos a decir, ante todo, lo que significa “Hijo de Dios” en la Biblia cuando lo aplica al Mesías que había de venir. Era un título de amor especial de Dios a Israel. Ponemos algunos ejemplos. Uno, cuando dice: “De Egipto llamé a mi hijo” (*Oseas 11,1*). Otro: “Aquel pueblo era hijo de Dios” (*Sabiduría 18,13*). Era “hijo de Dios” especialmente el rey que descendería de David: “Tú eres mi hijo” (*Salmo 2,7*). Ya en el Nuevo Testamento, Natanael, pero con mentalidad aún judía, le dice a Jesús: “Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel” (*Juan 1,49*). Los judíos se burlan ante el crucificado: “Que Dios lo salve, ya que decía: Soy hijo de Dios”. Y el centurión y los soldados paganos, al ver cómo había muerto Jesús, exclamaron: “Verdaderamente, éste era hijo de Dios” (*Mateo 27,43 y 54*)

Así se pensaba en el Antiguo Testamento e incluso muchas veces en el Nuevo: el Cristo sería un Hijo mimadísimo de Dios, pero no “el” Hijo de Dios, y Dios como el mismo Dios. Pero viene Jesucristo, y los Apóstoles después de Pentecostés, y dicen más, mucho más. A todas esas expresiones del Antiguo Testamento les dan un sentido muy superior, trascendente, y aseguran que Jesús es Dios verdadero. ¿Cómo lo dicen?...

Jesús, ante todo, cuando habla de Dios, emplea esta expresión: “Mi Padre, y Padre de ustedes”. Entre tantos, basta un solo ejemplo: “Ve, y di a mis hermanos: Subo al Padre mío y Padre de ustedes, a mi Dios y al Dios suyo” (*Juan 20,17*). Distingue claramente la paternidad de Dios sobre Él, que es una paternidad sustancial, la de un Padre que engendra de su propia naturaleza, y la paternidad del que es Padre nuestro por adopción.

Al haber dicho Jesús repetidamente “Yo soy”, lo cual es decir lo mismo que es Yahvé, confirma las otras afirmaciones del Evangelio: “Y el Verbo de Dios, *el Hijo de Dios*, se

hizo hombre, y habitó entre nosotros” (*Juan 1,14*). Lo asegurará también solemnemente, juramentado, ante la Asamblea de los judíos: “Sí, Tú lo dices: yo soy el Hijo del Dios Bendito” (*Marcos 14,61-62*)

Los Apóstoles, a la luz de Pentecostés, lo confesarán abiertamente. Mateo, en la profesión de fe de Pedro, es clarísimo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (*Mateo 16,16*). Y aducimos un solo texto de San Pablo: “De ellos, *de los judíos*, procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos” (*Romanos 9,5*)

¿A qué viene todo esto que hemos dicho hasta ahora? Con nuestra fe en Jesucristo como Dios verdadero salimos al frente del error moderno más pernicioso, que ya se dio en los principios de la Iglesia, porque muchos confiesan a Jesús como hombre, pero le niegan ser el Cristo y ser Dios: “¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ese es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo no posee al Padre”. “El Hijo de Dios se manifestó para destruir las obras del diablo” (*1Juan 2,22-23; 3,8*)

En nuestros días son muchos los no católicos que reconocen a Jesús como un gran hombre, como el hombre más grande que ha existido. Y dicen de Él, como afirma el Papa Pablo VI: “Se dice de Jesús que es un personaje extraordinario, pero no se sabe bien quién es. Todo lo reducen a hacer de él un hombre particularmente bueno, un hombre para los demás, Se le mide con un metro humano, y se le acepta porque Jesús puede servir hoy a un fin humanitario y sociológico”.

Esto lo dice el Papa poniendo a Jesús en labios de los de fuera. Pero, lamentablemente, también algunos de dentro o mutilan o desvalorizan la verdad. Sin negar que sea Dios, miran en Jesús al Hombre capaz de transformar las estructuras sociales, sin tener en cuenta el misterio, es decir, al Cristo Señor de la Gloria, con lo cual nos despojan o nos disminuyen grandemente de toda esperanza de salvación eterna.

Todos esos no tienen en cuenta ese preciso texto tan rico del Nuevo Testamento, que se dirige a los primeros cristianos venidos del paganismo: “Sin haber visto a Jesucristo, lo aman; creen en él, aunque de momento no lo vean, rebotando de alegría inefable y gloriosa, alcanzando con ello la meta de su fe, la salvación de las almas” (*1Pedro 1,8-9*). La fe y la actividad de esos que niegan o disimulan la divinidad de Jesucristo se reducen a este mundo, sin muchas perspectivas del futuro. Con esto, un Jesucristo presentado sin vena divina y sólo con fuerza humana no construirá nunca un Mundo Mejor.

Cuando se ofrece al mundo un Jesucristo sin su misterio divino, y sólo un reformador social, se cae en la equivocación de muchos judíos de entonces: se espera un rey mesiánico triunfador, no se acepta al Cristo Crucificado, y se va al fracaso irremediable. Hoy más que nunca se necesita la fe en un Jesucristo que es Dios, el eterno, el que dijo valientemente: “Antes de que Abraham existiera, Soy Yo” (*Juan 8,58*), y porque soy eterno, “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (*Lucas 21,33*)

Por eso, los creyentes partimos ante todo y sobre todo de la Divinidad de Jesucristo, y tenemos presentes tantas palabras de Jesús. “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (*Juan 14,10*). “Yo y el Padre somos uno” (*Juan 10,30*). “Ustedes son de aquí abajo, yo soy de allá arriba. Ustedes son de este mundo, yo no soy de este mundo” (*Juan 8,23*). “Salí del Padre y he venido al mundo; ahora dejo otra vez el mundo y vuelvo al Padre” (*Juan 16,28*). Por eso, consciente Jesús de que ha venido a salvarnos para llevarnos a Dios, pide antes de morir: “Padre, quiero que los que tú me diste estén también conmigo donde yo esté, para que contemplen mi gloria, la que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo” (*Juan 17,24*)

Como vemos, Dios se hizo Hombre no por lo que podríamos llamar un “egoísmo divino”, pues no nos necesitaba para nada, sino por un amor inmenso e inconcebible, para hacernos participantes ahora de su misma vida divina y después de su misma gloria.

Todo esto ha sido posible porque Jesucristo es Dios y es Hombre

Un hombre, por grande que fuera, y siendo sólo hombre, jamás habría sido capaz de meternos en la esfera de Dios.

Un Dios, sin ser hombre como nosotros, nunca nos podría tratar con la familiaridad de padre e hijos, de hermanos y de amigos. Sin ser hombre, hubiera sido un Dios allá en la inmensidad de las alturas, digno de asombro, de temor, de admiración temblorosa, pero no de amor espontáneo, tierno, libre, capaz de saciar las ansias más profundas de nuestro corazón.

Con esta fe en Jesucristo, Hombre como nosotros, pero, ante todo y sobre todo, verdadero DIOS, trabajamos con ahínco por el mundo pero con la mirada fija en la eternidad. El mundo ha de ser digno del Dios que lo ha santificado con su presencia, sin egoísmos, ni injusticias ni guerras; y el mundo, siguiendo a Jesucristo, debe encaminarse sin desviaciones hacia el Mundo Nuevo y Mundo Mejor que solamente se dará al final.

Aquellos griegos, nos dice el Evangelio, pidieron: “¿Queremos ver a Jesús!” (*Juan 12,21*). Nosotros, dichosos porque sabemos quién es Jesucristo, le vamos repitiendo con el bonito cantar. “Te esperamos anhelantes, y sabemos que vendrás; deseamos ver tu rostro, y que vengas a reinar”.

133. Aquella espada misteriosa. *María, Asociada al Redentor.*

¿Cómo solemos contemplar a la Virgen María? Normalmente, como la Madre feliz con su niño en los brazos, o como la Reina gloriosa que se sienta en los Cielos sobre todos los ángeles y santos. Eso está muy bien, desde luego. Pero hoy la vamos a contemplar de otra manera: como la Mujer asociada a Jesucristo en su obra redentora, especialmente en el Calvario al pie de la cruz. Para la Biblia, la Virgen es una Madre tan dolorosa como llena de gloria.

En la lección de hoy vamos a proponer y examinar pocos textos de la Biblia, pero los que traigamos serán de mucha riqueza sobre una de las grandezas más excelsas de la Virgen María: la Asociada a la Redención obrada por Jesucristo.

Apenas hemos abierto el Evangelio de Lucas, y mientras contemplamos a María como la Madre más feliz, vemos cómo viene el anciano Simeón en la explanada del Templo de Jerusalén a echar un jarro de agua fría sobre la felicidad de aquella Madre encantadora: “¿Ves? Este tu hijo está puesto en el mundo como una bandera de combate, ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!” (*Lucas 2,35*). Desde este momento, María tendrá días y años felices con su Hijo en Nazaret, tan felices como no los ha tenido seguramente ninguna otra mujer. Pero en su mente, quiera que no, se cernirá de continuo el brillo siniestro de una espada misteriosa...

Nuestra consideración de hoy arranca de estas palabras de Simeón, y su mejor intérprete va a ser el Magisterio de la Iglesia con lo que nos ha dicho sobre María en el último Concilio.

Empecemos por el paraíso. Adán, representante religioso de toda la Humanidad, pierde miserablemente la amistad de Dios y nos hunde a todos en la condenación. Una mujer ha sido la instigadora de la que Satanás se ha servido para su obra perversa. Pero Dios no se deja vencer, y entonces mismo empieza a burlarse del demonio: “¿Por una mujer has hecho que entre el pecado y la muerte en el mundo? Pues, por otra mujer haré yo que entre la gracia y la Vida”.

Por eso, “llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, para que recibiéramos la condición de hijos” (*Gálatas 4,4*). Los hijos de Adán, sujetos al pecado y esclavizados por una ley de pecado, nos convertíamos en hijos que exclamamos bajo la acción del Espíritu Santo: “¡Padre!”.

¿Y cómo ocurrió esto? Al hacer Dios que su Hijo “se hiciera hombre, echando su tienda de campaña entre nosotros” (*Juan 1,14*), cuando una muchachita nazarena dijo consciente, libre y responsablemente: “Aquí está la esclava del Señor, que se cumpla en mí según tu palabra” (*Lucas 1,38*). Y en ese instante empieza la obra maravillosa que describe el mismo Evangelio: “A todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que

creen en su nombre, que no nacieron de voluntad humana, sino que nacieron de Dios”
(Juan 1,12-13)

Ya tenemos a María, la gran Mujer de la Biblia, deshaciendo la obra de la primera mujer que echó a perder de momento todo el plan amoroso de Dios. San Ireneo, uno de los primeros Obispos y Padres, lo expresó como el sentir de la Iglesia desde el principio con palabras que se han hecho inmortales y que hace suyas el Concilio: “María, obedeciendo, se hizo causa de salvación para sí y para todo el género humano. El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató Eva por la incredulidad, la Virgen lo desató por la fe”.

Con esas palabras que hemos citado de Juan, de Lucas y con esta interpretación de tan insigne representante de la Iglesia antigua, ya tenemos bien clara la idea de toda nuestra lección: Eva fue la asociada voluntaria a la catástrofe de Adán; y María fue la Asociada a la acción salvadora Jesucristo el Redentor, que destruyó la obra del maldito Satanás.

Sin embargo, hay que tener presente, presentísima, la palabra del apóstol San Pablo: “Hay un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús” (*1 Timoteo 2,4*). El Concilio nos lo advirtió con palabras muy ponderativas: “La Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, sin embargo, se entiende de manera que no quite ni añada nada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador” (*LG 62*)

Por eso mismo, para ser digna Madre Dios, para estar siempre dignamente al lado de Cristo, para colaborar con toda dignidad a la Redención de Jesucristo, María fue la primera redimida, la primera salvada del pecado de Adán, la “Toda santa”, como la llaman en la Iglesia Oriental; la “Santísima”, como le decimos nosotros. Y esto, en virtud de los méritos de la Sangre de Jesucristo, que moriría por su Madre lo mismo que por todos los hombres. Aunque la redención de María fue muy distinta de la nuestra. En virtud de la Sangre de Cristo, a nosotros nos saca Dios del pecado cuando estamos caídos en él; a María, por esa misma Sangre de Cristo, no la dejó caer en la culpa, la hizo Inmaculada y la “llena de gracia”.

Hecha digna Madre de Dios, desde el momento de la Encarnación, María estuvo indisolublemente unida a su Hijo el Redentor. El Concilio nos lo ha dicho con palabras extraordinarias, y lo más grande que el Magisterio de la Iglesia ha expresado sobre la Virgen: “Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo juntamente con su Hijo agonizante en la cruz, cooperó a la obra del Salvador de un modo totalmente extraordinario por la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, a fin de restaurar la vida sobrenatural en las almas. Por tal motivo es nuestra madre en el orden de la gracia” (*LG 61*)

Este párrafo del Concilio llega a su ápice cuando nos presenta a María al pie de la cruz. La Virgen ha acudido al Calvario con toda decisión. La espada profetizada por Simeón le destroza el alma. Pero allí se mantiene firme, inmovible, obediente a Dios, renunciando

a sus derechos maternales sobre la Víctima, repitiendo con todo el corazón la misma palabra que aquel día primero: “¡Que se cumpla tu voluntad!”. Naturalmente, ante el leño de la cruz, María es la Mujer, la que es declarada por Jesucristo moribundo Madre de todos los vivientes según la gracia, cuando les dice a ella y al discípulo: “Ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre”.

Con este gesto sublime, el Redentor proclama de manera inconfundible y que todos entendemos: Eva fue la madre de todos los pecadores; María es la Madre de todos los hijos de Dios. Es el fruto y el premio que Dios da a María por haberse asociado voluntariamente, con dolor tan inmenso, a Jesucristo el Redentor en aquel instante supremo.

Ahora viene la consecuencia más feliz para nosotros, expresada así por el Papa León XIII: “Elevada a la cumbre más alta de la gloria al lado de su divino Hijo, por haber sido cooperadora suya en la obra admirable de la redención, vino a ser para siempre la dispensadora de las gracias, fruto de esa misma redención”. ¡Qué palabras tan bellas las de este gran Papa! María sigue en el Cielo, como Asociada al Redentor, distribuyéndonos la Gracia y las gracias necesarias para nuestra salvación, merecidas por Jesucristo en la Cruz y a las cuales Ella colaboró de manera tan singular.

Nos lo asegura también así el Concilio: “Esta maternidad de María perdura hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues una vez recibida en los cielos no abandonó este oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos, por su múltiple intercesión, los dones de la salvación eterna. Con su amor materno, se preocupa de los hermanos de su Hijo que aún peregrinan y se debaten entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la patria feliz” (LG 62)

Hemos empezado hoy con Simeón y con Adán, y con Adán y con Simeón vamos a acabar también. En la noche pascual canta la Iglesia mirando a la vez al paraíso y a la Cruz: “¡Oh feliz culpa, que nos mereció semejante Redentor!”. Y nosotros añadimos, mirando al inmisericorde anciano de la explanada del Templo: “¡Oh feliz espada, por la que Dios nos regaló una Madre tan sin igual!”...

134. Jesús, el Huésped divino. *¿Quién hospeda a quién?*

Jesús se da en el Evangelio un título o un nombre que nos da mucho que pensar. Se llama a Sí mismo “Huésped”. ¿Es cierto que nosotros hospedamos a Jesucristo? ¿No es más bien Él quien nos hospeda a nosotros? Las dos cosas son ciertas, y las dos van a ocupar hoy nuestra atención. Tenemos mucha suerte al hospedar nosotros a Cristo; pero será el colmo de nuestra felicidad cuando nos veamos nosotros hospedados por Él en su mansión eterna.

“Era huésped, y me hospedaron”. Estas palabras de Jesús son de una riqueza bíblica enorme. Llamarse “Huésped” Jesús puede que nos llame poderosamente la atención a nosotros, pero en los países de la Biblia resultaba lo más natural del mundo. Sin embargo ¿en qué sentido lo hemos de entender? Jesús, con esas palabras que hemos citado, habla del hermano a quien acogemos en su nombre. Pero nosotros, en esta lección, lo vamos a tomar en un sentido mucho más amplio y más pleno. ¿Cómo es Jesús nuestro huésped? ¿Qué acogida le dispensamos?

El Evangelio de Juan en su primera página, nos dice que el Hijo de Dios “echó su tienda de campaña entre nosotros” (*Juan 1,14*). No era de la tierra, sino del Cielo, pero vino al mundo para habitar con nosotros los hombres. Desde ese momento empezó a ser Jesús nuestro huésped.

Pero, antes de proseguir, nos detenemos un momento para ver lo que significaba en los países de la Biblia el ser huésped. Y esto, todavía hoy.

Empiezo con el testimonio de un gran investigador que llegó al atardecer sin previo aviso a una casa humilde en el desierto al Este del Jordán. Estaban celebrando una fiesta familiar, como era el destetar al niño más pequeño. ¿Molestia? Ninguna. Se le dijo de buenas a primeras: “¡Bienvenido a esta casa! El forastero que llega hasta nosotros es tratado como el que ha nacido entre nosotros aquí”.

Así es aún hoy entre los beduinos, igual que como era hace casi cuatro mil años cuando los tiempos de Abraham, el cual insiste y hasta obliga a los transeúntes: “No pasen de largo cerca de su servidor. Que traigan agua, se laven los pies y se recuesten a la sombra de este árbol. Haré traer pan y repondrán sus fuerzas. Luego seguirán adelante, pues por algo han acertado a parar en esta casa de su servidor” (*Génesis 18,3-5*)

Igual que en los días del Evangelio los dos de Emaús al misterioso compañero: “Quédate con nosotros, pues ya está atardeciendo” (*Lucas 24,29*)

Eco de esta tradición de brindar hospedaje al peregrino, es la exhortación apostólica: “No olviden la hospitalidad. Gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles” (*Hebreos 13,1*), con referencia manifiesta a la escena de Abraham que acabamos de recordar. El pueblo judío entenderá bien después el precepto de la Ley: “Al forastero que reside entre ustedes lo mirarán como a uno del propio pueblo, y lo amarás como a ti mismo” (*Levítico 19,34*)

Empecemos por el texto que hemos traído del Evangelio de Juan. “Echó su tienda de campaña entre nosotros”. ¿Y qué ocurrió, qué sigue ocurriendo? No todos lo reciben, como atestigua el mismo Evangelio. Pero otros muchos le abren las puertas de par en par. Y a éstos “a todos los que le recibieron, les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre” (*Juan 1,12*). Total, que vino como forastero y huésped a nuestra casa, y, al recibirlo con fe y con amor, nos ha convertido en hijos de Dios y nos ha dado la facultad y el poder de entrar nosotros en la casa de Dios, no como huéspedes y forasteros, sino como hijos verdaderos, con el derecho de quien entra en su casa propia. Es la primera afirmación del Evangelio.

En los días de su predicación, Jesús aceptó complacido el hospedaje que le hicieron familias sinceramente amigas. Basta recordar Betania por todas. ¿Y cómo les respondió el querido Maestro? Con la amistad más grande, y con un milagro estruendoso al resucitar al “amigo Lázaro” (*Juan 11,1-44*)

Con el publicano Zaqueo hará algo parecido. Jesús se autoinvita: “Zaqueo, baja del árbol y vete a tu casa a prepararme alojamiento, pues hoy me quiero hospedar en tu casa”. Y la bendición plena del Huésped fue la resurrección espiritual y la salvación de aquella alma descarriada (*Lucas 19,1-19*)

Estos hechos del Evangelio nos hacen ver que al acoger como Huésped a Jesucristo, no somos nosotros los que le damos a Él algo que le enriquezca, sino que es Él quien nos colma a nosotros con todos los bienes del Cielo. Sin embargo, hemos de decir que también nosotros le damos a Jesucristo algo que espera de nosotros, y es el amor del corazón. No podemos, no debemos olvidar nunca, que Jesucristo es, aparte de Dios, verdadero Hombre, y como Hombre, anhela, pide y hasta nos importuna para que le demos el regalo de nuestro amor. En este sentido, ¡claro que nosotros enriquecemos también a Jesucristo, que es tanto más rico cuantos más corazones conquista!...

Jesús es nuestro Huésped cuando le damos cabida en nosotros por la fe. El apóstol San Pablo es en esto clarísimo: “Cristo habita por la fe en sus corazones” (*Efesios 3,17*). El mismo Jesús, había dicho antes que también habitaba en los corazones por el amor: “Al que me ame lo amará también mi Padre, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (*Juan 14,23*)

Es Jesús quien, al decirnos estas palabras, nos revela un secreto suyo: el afán con que busca nuestro amor y la acogida que le podemos dispensar como huésped del corazón: “Mira que estoy a la puerta, y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (*Apocalipsis 3,20*)

Vine aquí el misterio de la libertad humana. Jesucristo quiere entrar en el corazón. Al que es Omnipotente, no le costaría nada forzar la puerta. Pero no lo hace ni lo hará nunca, porque es sumamente respetuoso con nosotros. La llave de la casa la tiene sólo el dueño y la puerta se abre únicamente por dentro. El juego peligroso con Jesucristo es hacer lo del poeta, que le decía al que estaba llamando muerto de frío: “Y cuántas, Hermosura soberana,

‘mañana le abriremos’, respondía, para lo mismo responder mañana”. Jesús completa la comparación con aquella respuesta, “¡No las conozco!”, a las cinco muchachas necias, que golpeaban la puerta gritando inútilmente: “¡Señor, ábrenos!”. Ahora es Jesucristo quien no abre al que no le quiso abrir...

Hay un momento en la vida cristiana de especial visita de Jesús como Huésped nuestro: es cuando se le recibe en la Eucaristía. Tenemos la palabra del mismo Jesús: “El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él” (*Juan 6,56*). En la Comunión se le brinda un hospedaje que no tiene par.

Por ser el mismo Jesucristo quien lo dice de una manera tan expresiva, sabemos que le brindamos hospedaje cuando en su nombre, y por Él, se lo damos con amor al hermano que lo necesita: “Era yo forastero y me acogieron”. A esta acción de acogida en el hermano, le promete particularmente nada menos que la vida eterna: “¡Vengan, benditos de mi Padre!” (*Mateo 25,34-35*)

Aquel gran estudioso de la Biblia que encontró acogida en la casa de la Transjordania, nos refiere una tradición judía muy significativa e interesante. Durante las fiestas hebreas, la puerta de cada casa estaba entornada nada más, sin que se cerrase durante esos días festivos. ¿Para qué? Era por si se presentaba de improviso el Mesías esperado, para que la casa la encontrara abierta. ¿Y si el Mesías no venía? Era igual. Los pobres que vagaban por las calles sin saber dónde disfrutar la fiesta, entraban libremente para participar de la alegría de todos.

¿Cómo acogemos a Jesucristo, que llama a la puerta de cada uno?... Lo expresaba muy bien aquel sentido cantar: “Quédate con nosotros, oh divino Jesús, te decimos lo mismo que un día los dos de Emaús. Quédate, por piedad, no te vayas, porque Tú eres amor”. Si Jesucristo es amor, y lo recibimos con amor, ¿qué nos restará por toda la eternidad? Simplemente, gozar del amor de Jesucristo en su propia Casa, en aquella de la Jerusalén celestial, donde nos quiere hospedar Él por haberle acogido nosotros en nuestra casa humilde de la tierra...

135. “El resplandor de la gloria”. ¿Cómo Jesucristo se humilló tanto?

¿Es posible que Dios se humille y se rebaje como si fuera el último de los hombres? Sí, se humilló hasta lo indecible, y lo vamos a ver hoy. Acostumbrados a hablar de Jesucristo como el Rey triunfador, es necesario que lo miremos antes y muchas veces en la humillación que escogió voluntariamente para salvarnos. Cuanto más glorioso iba a ser en el Cielo, tanto más rebajado se vio en la tierra.

Cuando hemos hablado tantas veces de Jesucristo en nuestras clases, ¿no hemos cometido algún pequeño error? Error, no, ciertamente. Porque todo lo que hemos dicho de Jesucristo es verdad. Me refiero concretamente a un detalle. ¿No es verdad que la mayoría de las veces nos gusta ver a Jesucristo como el Rey soberano, el Resucitado que dejó a la muerte aniquilada, el Juez ante quien caerán postrados todos sus enemigos? Nos encantan fórmulas como ésta de la Biblia: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre” (*Hebreos 13,8*)

Sin embargo, para entender y valorar toda la gloria que le tributamos a Jesucristo cuando le miramos como Rey triunfador, hemos de partir de lo que asegura San Pablo en una de sus expresiones más profundas y felices: “Cristo, siendo de condición divina, se despojó de sí mismo, tomó la condición de un esclavo, y se rebajó haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz” (*Filipenses 2,6-8*)

“Se despojó de sí mismo”. San Pablo lo expresa con una palabra muy fuerte, porque no encuentra otra más expresiva: “se anonadó”, “se hizo nada”, “se aniquiló”. Esto hizo el que era el Verbo, la Palabra, el Hijo, “esplendor de la gloria del Padre y sello o imagen de su sustancia” (*Hebreos 1,3*). Pues bien, ese Hijo de Dios, “se hizo hombre, y habitó entre nosotros” (*Juan 1,14*), hombre en todo igual a sus hermanos, sin privilegio alguno, cargando con todas nuestras debilidades, sin eximirse de ninguna, “menos el pecado” (*Hebreos 4,15*), pero asumiendo todas las consecuencias que el pecado dejó en nuestra naturaleza debilitada en el paraíso.

Ante esta realidad, nos preguntamos desde el principio: Pero, ¿por qué Dios hubo de escoger una condición de vida semejante?... Dios no quiere respondernos con palabras, y se contenta con que discurramos, sabiendo que acertamos muy bien en sus intenciones divinas. Sólo tenemos una expresión que nos da la pista, cuando nos dice que quiso así a Jesucristo para “que pueda compadecerse de nuestras flaquezas, ya que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado” (*Hebreos 4,15*). Al haber padecido todos nuestros males, tiene experiencia de lo que es nuestro dolor y se ve por fuerza movido a remediarlo. Y no se puso el último en la fila de los que sufren sino el primero de todos, para que nadie le gane en paciencia. Aceptó hasta la última miseria y humillación, la muerte, ¡y qué muerte!, nada menos que la de cruz.

Este pensamiento lo expuso en nuestros días con su claridad característica el Papa Pablo VI: “Jesucristo ha descendido al nivel ínfimo en la escala humana; se ha hecho niño, pobre,

paciente, víctima, a fin de que ninguno de sus hermanos los hombres pudiese sentirlo superior o lejano; se ha puesto a los pies de todos. ¡Me amó y se entregó por mí!”.

Jesús había dicho de Sí mismo, exponiendo el programa de su vida: “No he venido a ser servido sino a servir y a dar mi vida como rescate por todos” (*Mateo 20,28*). Si esto iba a ser la vida de Jesucristo en la tierra, no extraña entonces lo que dirá después San Pablo: “Cristo no buscó su propio agrado” (*Romanos 15,3*), no se quiso dar gusto en nada, renunció a toda satisfacción, a fin de que nosotros tuviéramos toda satisfacción en Dios, del que nos habíamos alejado por nuestro orgullo.

“El Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir”. Un teólogo y escritor comenta muy acertadamente las palabras de Jesús, y nos dice: “¡Para eso he venido! Para predicar, para atender, para curar. ¡Para servir!...Y todos tienen derecho a hablarle, pedirle, estrujarle: robarle el sueño, el descanso, el sosiego. Se pone totalmente al servicio de los enfermos, ignorantes, pobres, desvalidos, difamados. Servidor humilde, sencillo, de gratis siempre. Y al saberle nosotros Hijo de Dios, no le imaginamos en situación de servidor con privilegios. No. El barro le enloda, el polvo le atosiga, la sed le quema, el sudor le empapa, el cansancio le abate. Al fin, hasta el peso de la cruz le derriba. ¡No puede más! La cruz es su servicio supremo. Muere crucificado para salvarnos a todos”.

Y la muerte de Jesús tuvo a los ojos de los hombres un significado especial. No muere como un mártir, como un héroe nacional, digno de respeto, de admiración y de gratitud. Sino que muere, a los ojos de los romanos, como un revoltoso digno de la pena máxima; y a los ojos de los judíos, mucho peor: como agorero aliado de Beelzebub el príncipe de los demonios, como blasfemo, como violador del sábado, como quebrantador de la Ley. Al verlo en la cruz, los gentiles lo tomaban como un fanático estúpido, y los judíos lo consideraban como un maldito de Dios y un escándalo intolerable (*1 Corintios 1,23*)

Y en medio de todo esto a que se vio sometido, ¿cual fue la actitud de Jesús? Como nos ha dicho San Pablo, con la de un hombre sin privilegio alguno, porque “no buscó su interés”, sino que padeció con todas las consecuencias del dolor sin mitigación alguna; y así, “en los días de su vida mortal ofreció ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que lo podía salvar” (*Hebreos 5,7*)

Esto no era una broma. No era algo para disimular. Era la realidad más dura, pues le hace confesar a Jesús, como un desahogo incontenible “cuando comenzó a sentir tristeza y angustia” allá en Getsemaní: “Mi alma está triste hasta el punto de morir” (*Mateo 26,37-38*). Y murió, efectivamente, en una soledad inimaginable, hasta el punto de expresarle a Dios su Padre: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” (*Mateo 27,46*)

Es cierto que estamos clavando nuestros ojos de una manera especial en Getsemaní, los tribunales y el Calvario, porque en ellos la humillación y el aniquilamiento de Jesucristo llegó al colmo, a unos límites que ya no se podían sobrepasar. Pero es que “toda la vida de Cristo fue cruz y martirio”, como dice exactamente la Imitación de Cristo.

¿Belén?... “No había lugar para ellos en la posada pública”, y María su Madre “tuvo que colocar al niño recién nacido en un pesebre de animales” (*Lucas 2,7*)

¿Una infancia en paz?... En mitad de la noche, el ángel a José: “Toma inmediatamente contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto, porque Herodes busca al niño para matarlo” (*Mateo 2,13*)

¿Nazaret? Vida encantadora. Pero, “Jesús les estaba sujeto”, como el último de los tres, aquel que era Dios (*Lucas 2,51*)

¿Galilea?... Al principio, con la aclamación popular, que un día se entibia, y le hace a Jesús quejarse amargamente a los discípulos: “¿También ustedes se me quieren marchar?” (*Juan 6,67*). Y se entera de los planes del rey astuto: “Vete de aquí, porque Herodes te busca para matarte” (*Lucas 13,31*). Esto le ocurría a Jesús, que habla de su vida misionera: “Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza?” (*Lucas 9,58*)

¿Jerusalén?... Le da todo. Y al sentir el fracaso, llora amargamente sobre ella: “¡Jerusalén, Jerusalén, la que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollitos bajo las alas, y no has querido!” (*Mateo 23,37*)

Podríamos reproducir aquí todo el Evangelio, y nos encontraríamos siempre con lo mismo: con un Jesús pobre, obediente, rendido por el trabajo, perseguido, calumniado, rechazado por los suyos, especialmente por las autoridades.

Es cierto que también fue admirado, querido, obsequiado, y que tuvo momentos de gozo muy grande.

Como también es cierto que Jesucristo no paró definitivamente en la cruz ni en el sepulcro. “¡Resucitó!”. “Y fue elevado al Cielo y se sentó a la derecha de Dios” (*Marcos 16,6 y 19*). “¡Volverá!”, y su segunda venida será “sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad” (*Hechos 1,11. Mateo 24,30*)

¿Qué decimos a todo esto? Resumimos sencillamente el pensamiento de esta lección. Hacemos muy bien al pensar y hablar de Jesucristo con entusiasmo. Pero vale la pena no olvidar al Jesucristo que nos salvó y llegó a su gloria por el camino de la humildad, del dolor, del anonadamiento incomprensible de quien era Dios.

Este es el Jesucristo que nos dice: Les doy mi gloria. Pero, ¿no pueden también seguir mis huellas?...

136. El Redentor. *Cómo planeó Dios la Creación y la Salvación.*

¿Cuál fue el primer pensamiento de Dios al formar el mundo? ¿Qué pretendía Dios con la creación de todo el Universo? ¿Podemos adivinarlo con la Biblia en la mano?... Es lo que vamos a intentar con esta lección. Nos daremos cuenta de que Dios hizo todas las cosas por puro amor, y nos eligió en Cristo desde toda la eternidad para ser hijos suyos. Y aunque nos perdimos por el pecado de Adán, Dios nos redimió para llevarnos a la Gloria que nos había preparado desde siempre.

Unas palabras del apóstol San Pablo nos van a guiar en toda la lección de hoy, y son éstas: “Así como todos los hombres murieron en Adán, así todos volverán a vivir en Cristo” (*1Corintios 15,21*)

Ya sé que esta lección va a resultar bastante diferente de las demás, por el enfoque que le vamos a dar desde el principio. Pero nos puede dar una idea muy grande de la Redención que Dios obró por medio de Jesucristo.

¿No han oído nunca lo que le pasó a Dios en el seno de la eternidad, cuando no existía aún nada, nada?... Es un cuento que hace pensar, descrito por un teólogo que tenía mucha imaginación. Empiezo por contarlo.

“El Padre lo veía todo en su Hijo, el cual es su imagen, su Palabra, y lo amaba nada menos que como Dios. Y se decía: “No tengo más que un Hijo, ¡pero, qué Hijo! No necesito ninguno más. Con todo, ¿qué pasaría si tuviera otros hijos?”... El Hijo divino callaba, pero adivinaba el pensamiento de Dios su Padre. Y al fin le dijo: “Padre mío, no tienes más que un Hijo, que soy yo. ¿Y qué ocurriría si tuvieras más hijos? Serían mis hermanos, hermanos menores, pero entre todos formaríamos una familia inmensa que te amaría mucho, mucho, como yo te amo ahora”. El Espíritu Santo callaba, y se decía: “Esto va a ser cosa mía. Yo soy el Amor entre los dos, y a los dos los voy a empujar a que digan que sí, a que lo hagan”.

“Total, que las Tres divinas Personas se pusieron de acuerdo, y el “Hijo de Dios hecho Hombre” fue la primera idea de la creación. Todo lo que viniera iba a ser por Él y para Él, y Él sería el centro de todas las cosas, tanto visibles como invisibles.

“Salen de la mano creadora de Dios millones y millones de estrellas, un Universo material maravilloso. Al crear a los Ángeles, con la idea puesta en su Hijo hecho hombre, les ordena: “¡Todos a adorar a mi Hijo que se va a hacer Hombre!”... Y uno de los ángeles más excelsos se puso a gritar: “¿Yo, yo tan grande adorar y rendirme a una cosa tan pequeña? ¡No quiero!”... Una multitud inmensa de aquellos espíritus se une a aquel grito rebelde, desobedecen, Dios no los perdona, y todos ellos quedan convertidos en demonios horribles bajo el caudillaje de su jefe Satanás.

“Pero Dios sigue adelante con el plan de su Hijo. El que es Eterno sabe esperar y no tiene prisa. Pasan muchos millones de años, y al fin la Tierra está dispuesta para recibir al hombre. Dios lo crea con una gran ilusión. Constituye una pareja feliz, y la coloca en un jardín delicioso. “Creczan, multiplíquense”, les dice, mientras sueña: “¡Un día vendrá de ellos mi Hijo hecho hombre! ¡Ay, qué Hijo que voy a tener!”...

“En vistas al Hijo hecho hombre, Adán y Eva, que así se llamaba la primera pareja, fueron creados en la Gracia divina y eran hijos de Dios en el Hijo Único. Pero, ¿qué ocurrió un día? El demonio maldito le alarga a Eva un fruto sabroso, y Eva se lo ofrece a su marido Adán. Les decía la serpiente astuta: “¡Coman! Que se les abrirán los ojos y serán como Dios. Serán dueños de sí mismos y ya no dependerán para nada de él”. Vino la catástrofe. El hombre y la mujer pecaron en el paraíso, como pecaron los ángeles rebeldes en el cielo. Con ello se deshacía todo el plan grandioso de Dios sobre el Hijo que iba a coronar la creación entera. Sobre la tierra se echaba el pecado, el dolor, la muerte...

“¿Se había perdido todo? ¿Había triunfado Satanás para siempre? Dios no se iba a dejar vencer. Arquitecto muy sabio, traza nuevos planos, y se los muestra a su Hijo. En lontananza brillaba una cruz siniestra. Y le dice: “Es muy grande la deuda que el hombre pecador ha contraído, y nunca va a poder pagar por sí mismo la ofensa que nos ha inferido. ¿Te atreves?”... El Hijo acepta, y el Espíritu Santo pone manos a la obra. “¿Una mujer pecadora ha seducido al hombre responsable de la Humanidad? Ya prepararé yo a otra Mujer sin mancha alguna, que traerá al mundo un Segundo Adán que la salve”.

“De este modo, con un solo y mismo decreto, quedaba restablecido el plan primero de Dios, que se quiere salir con la suya: “Mi Hijo, ahora Redentor, nacido de una Mujer Inmaculada, se llamará Jesucristo; y muerto, resucitado, y exaltado después a mi derecha, será la coronación mucho más gloriosa de toda la creación, conforme a mi idea primera”.

Me dirán ustedes: ¡Esto es un cuento!... Y yo les respondo que sí: es un cuento la redacción de aquel teólogo que gastaba mucha imaginación. Pero es la pura Historia de la Salvación, que empieza con la primera página del Génesis y acaba con la última línea del Apocalipsis.

Y seguirán tal vez ustedes reprochándome: ¿A esto se va a reducir la lección de hoy, a este cuento? Pues, sí; y ojalá se nos haya quedado bien metida la enseñanza que encierra un cuento semejante. Esa enseñanza se reduce a estos cuatro puntos.

Primero. Jesucristo es la idea primera de la creación: porque es “el Primogénito de toda la creación”, “todo fue hecho por él y para él”, y “él es anterior a todo” (*Colosenses* 1,15-17). Ni los ángeles ni los hombres fueron antes que Jesucristo en la mente del Dios Creador.

Segundo. A pesar del fracaso de Dios con el pecado introducido por el Demonio en el paraíso, Dios tiró adelante con su plan, y su Hijo, que hubiera sido el coronamiento glorioso de la creación sin dolor alguno, se convirtió en el Jesucristo Redentor. El Hijo llegaría a la

misma gloria ideada por el Padre desde toda la eternidad, pero con el sacrificio de la Cruz, y haría que “sobreabundase la gracia allí donde había abundado el pecado” (*Romanos 5,20*)

Tercero. Dios, de esta manera, “nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para ser santos, inmaculados, amantes en su presencia, como hijos adoptivos por medio de Jesucristo” (*Efesios 1,4-5*)

Cuarto, Dios se mostró sapientísimo, amorosísimo, generosísimo, porque, al permitir que todos quedáramos encerrados en el pecado, se compadeció de todos (*Romanos 11,32*), y sus misericordias serán cantadas eternamente con gratitud inmensa por todos los redimidos (*Salmo 88,2*)

Los primeros en conocer estas misericordias fueron los pastores de Belén, a los que les comunicó el ángel: “Les anuncio una gran alegría: ¡hoy les ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor!”. Algo que el ángel ya le había dicho a José cuando le encargó: “Y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (*Mateo 1,21*). Tenemos, pues, realizado en el tiempo el plan eterno de Dios. El nombre de JESUS lo decía todo: Jesús, “Yehosuah”, Yahvé Dios que salva. El apóstol San Pedro lo proclamará con orgullo santo ante la asamblea judía: “No se nos ha dado bajo el cielo otro nombre por el que podamos salvarnos” (*Hechos 4,12*)

Jesús hace honor a su Nombre, que significa “Salvador”, y lo miremos por donde queramos, vemos que no hace otra cosa sino salvar. Con una salvación total, material y espiritual, de cuerpo y alma, simbolizada maravillosamente en el Evangelio con la curación del paralítico: “Perdonados te son tus pecados. Y ahora: Levántate, toma tu camilla, y vete a tu casa” (*Mateo 9,2-6*)

Decía el Papa Pablo VI: “Tenemos necesidad de ser salvados. Tenemos necesidad de Jesús. Tenemos necesidad de Uno que tome sobre sí todos nuestros pecados y los expie por nosotros. Tenemos necesidad de un Salvador que dé su vida por nosotros y que de inmediato resucite para nuestra salvación: que nos dé vida nueva, vida sobrenatural, vida pascual”.

Su oficio de ser Jesús con cada uno de nosotros llegará a su cumbre cuando en la agonía exclamemos: “¡Jesús!”. Con este nombre en los labios, habremos alcanzado la salvación definitiva. Y entraremos en el Cielo a ser hijos e hijas de Dios glorificados, conforme a aquel sueño divino que Dios tuvo en el principio sin principio de su eternidad.

137. El Rico en Misericordia. *La bondad inmensa de Dios.*

Hacia poco más de un año que Juan Pablo II había asumido el Sumo Pontificado cuando escribía para toda la Iglesia una carta encíclica que pronto se hizo famosa. La tituló: “Rico en Misericordia”. Y en ella venía a decirnos que el mundo moderno necesita una confianza grande en Dios si es que quiere salir del estado de postración en que se encuentran muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo. ¡Dios es bueno! ¿Por qué desesperar?...

Si queremos saber lo que es Dios en Sí mismo nos vamos a ver en un apuro grande, “porque a Dios no lo ha visto nadie nunca”, nos asegura el Evangelio (*Juan 1,18*). Nos resulta más fácil conocer cómo actúa Dios con nosotros: siempre con amor, porque al creyente lo hace participar de su amor, “ya que Dios es Amor” (*1Juan 4,8*). Pero, nos preguntamos instintivamente: ¿Es bueno Dios con todos? ¿Hasta con el tipo más malvado? ¿Se extiende su filantropía, su benevolencia a todos por igual, y, por lo mismo, pueden todos confiar en Él?...

Tenemos una manera muy sencilla de saberlo y de dar respuesta adecuada a semejantes preguntas. Miremos simplemente a Jesucristo. El Dios invisible se hizo visible en su Hijo hecho hombre. Jesucristo hombre no actuó sino como hubiera actuado el “Dios escondido y misterioso” (*Isaías 45,15*). Así nos lo asegura el mismo Jesús: “El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso es lo que hace igualmente el Hijo” (*Juan 5,19*)

De aquí vino aquel diálogo tan espontáneo de Felipe con Jesús en la sobremesa de la Última Cena. -“Señor, muéstranos al Padre, y tenemos bastante. -Felipe, ¿tanto tiempo que llevo con ustedes, y aún no me conocen? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo me pides que les muestre al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?” (*Juan 14,8-10*)

De este diálogo entre Jesús y Felipe arrancó el Papa Juan Pablo II al escribir su carta encíclica “Dios, rico en misericordia”, ofrecida al mundo para levantar la esperanza de tantos como viven angustiados. Nos basta contemplar a Jesús, mirar cómo actúa con todos los necesitados, ver cómo acoge a los deshechos de la sociedad, y sobre todo cómo perdona a los pecadores, para decirnos después llenos de convicción: ¡Dios es bueno! ¡Dios nos ama! ¡El mundo no puede, no debe desesperar! Si la técnica y el progreso no alcanzan a darnos la felicidad, hay Uno que puede más que todos los esfuerzos humanos para darnos la dicha verdadera.

¡Jesucristo! Es lo primero que tenemos que mirar para entender la misericordia de Dios. Siendo Jesús “imagen del Dios invisible” (*Colosenses 1,15*) y “resplandor de su gloria y sello o marca de su poder” (*Hebreos 1,3*), cuando se “hizo hombre y habitó entre nosotros” (*Juan 1,14*), vino a ser el espejo donde contemplamos a Dios en todas las maneras de su actuar con nosotros. Ahora bien, ¿hay algo en las palabras y en la vida de Jesucristo que

resalte tanto como su bondad? Es inútil buscar en toda la Historia un hombre que haya amado como Jesús; que haya acogido a todos como Jesús; que haya defendido a todos como Jesús; y que, como Jesús, haya llegado al extremo de morir como Jesús en una cruz, sólo para salvar a todos.

Antes de seguir con la Persona de Jesús, hacemos un pequeño retroceso y examinamos la Biblia en el Antiguo Testamento. La palabra “misericordia” tiene un sentido muy amplio en la Biblia, mucho más que el expresado por nosotros. Es cierto que muchas veces significa “compasión”, “sentimiento de dolor ante la miseria de otro”, “conmoverse”, igual que en nuestra lengua. Pero la palabra hebrea “hesed” expresa comúnmente “bondad”, “piedad”, “afecto cariñoso”, sentimiento que lleva siempre a hacer el bien, especialmente al necesitado.

Aplicado esto a Dios, hay dos textos muy llamativos en la Sagrada Escritura. Uno es el de Jonás, furioso contra Dios porque no ha destruido a Nínive la ciudad pecadora: “Ya lo decía yo cuando estaba todavía en mi tierra; pues sabía que tú eres un Dios clemente, compasivo, paciente y generoso, que se arrepiente del castigo” (*Jonás 4,2*). Y Jonás no hacía sino aludir a otro dicho más clásico y antiguo de Moisés: “¡Yahvé, Yahvé! Dios misericordioso y clemente, lento a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado” (*Éxodo 34,6-7*)

Ya tenemos, pues, a Dios presentado por la Biblia expresamente como Bueno de verdad, y esto en el Antiguo Testamento, el de los rayos y los truenos del Sinaí. ¿Qué será cuando lo haga por Jesucristo su Hijo en el Nuevo Testamento?... Escuchamos a San Pablo, cuando nos asegura que todos éramos unos “destinados a la ira”, a una condenación sin remedio; y ante esta terrible perspectiva, define así a Dios: “Rico en misericordia”. Llevado Dios de esa su bondad, “por el grande amor con que nos quiso, nos vivificó juntamente con Cristo, nos resucitó con él, y en Cristo Jesús nos hizo sentar en los cielos” (*Efesios 2,3-6*)

Un salmo de los más repetidos y cantados, el “Cantad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia”, repite hasta veintiséis veces este estribillo: “porque es eterno su amor” (*Salmo 135,1-26*). La Biblia de Jerusalén ha traducido con acierto el “misericordia” por “amor”, como indicando que el amor es la raíz, la causa, el motivo de esa conducta de Dios con nosotros, llena de bondad y de beneficios. Igual hace con otro salmo famoso, que empieza: “Cantaré eternamente el amor de Dios” (*Salmo 88,1*)

En el Antiguo Testamento aparecen a veces actitudes de Dios que parecen contradecir esto que vamos diciendo: ¿cómo es posible compaginar la bondad de Dios con los castigos terribles que aplica a su pueblo cuando le ha sido infiel? Ponemos como el ejemplo más claro el Destierro de Babilonia. No hay contradicción ninguna. El castigo es precisamente una prueba de amor. Dios aplica su mano como una corrección y un aviso, precisamente para que el pueblo o el individuo no se pierdan para siempre.

Quien ha expresado esto quizá mejor que nadie ha sido Ezequiel en mitad del Destierro: “Yo no me complazco en la muerte del pecador; yo quiero que se convierta de su mala

conducta y viva” (*Ezequiel 33,11*). Y Jesús hará lo mismo con un aviso serio al parálítico curado en la piscina de Jerusalén: “Mira, has recobrado la salud; no peques más, para que no te suceda algo peor” (*Juan 5,14*). Tanto Jesús como Ezequiel nos muestran con sus palabras que los males permitidos por Dios son precisamente un acto de amor. Porque hay al final, para el impenitente que persevera en su culpa, un castigo que se ha buscado a sí mismo, y que a Dios es al primero a quien le preocupa y quiere evitarlo a toda costa.

Si queremos conocer cómo la misericordia de Dios llega para todos hasta el extremo, no hay nada como tomar el Evangelio en las manos y leer muchas de sus páginas. Sobre todo, el Evangelio de Lucas. Las parábolas de la oveja perdida y hallada por el pastor, la dracma de la mujer que recobra la moneda que fue arras de su matrimonio, y, sobre todo, el hijo perdido que vuelve a los brazos de su padre, son imágenes que sólo pudo concebir el cerebro de un Dios como era Jesucristo.

Y si pasamos de las palabras a los gestos de Jesús, quedamos más que desconcertados. A la prostituta: “Porque ama mucho, se le perdona todo. Vete en paz.” (*Lucas 7,47-50*). A la adúltera: “Yo no te condeno. Vete en paz, y no peques más” (*Juan 8,11*). Al criminal que pende en la cruz: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (*Lucas 23,43*). Y el dicho del Señor que lo encierra todo, al verse criticado porque se sienta a la mesa con pecadores públicos en casa de Mateo: -Escúchenme, fariseos y escribas: “No necesitan al médico los sanos, sino los enfermos. Vayan y miren a ver qué significa eso de ‘yo quiero misericordia y no sacrificios’. Porque yo no he venido a buscar y salvar a los justos, sino a los pecadores” (*Mateo 9,12-13*)

Toda esta doctrina de la bondad inmensa de Dios contenida en la Biblia, la canta emocionado San Pablo al abrir su segunda Carta a los de Corinto: “¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación!”... Así como definimos a Dios con Juan, diciendo: “Dios es Amor”; así lo definimos también con Pablo: “Dios, Rico en Misericordia”...

138. “Mi Iglesia”. Así la llamó Jesús.

¿Hemos pensado alguna vez en cómo Jesús habla de la Iglesia, cómo la ama, cómo quiere que nosotros trabajemos por ella? ¿Qué pensamos de la Iglesia, cómo hablamos de la Iglesia, como nos portamos con la Iglesia? ¿Actuamos con la Iglesia lo mismo que Jesús? Jesucristo fundó la Iglesia para que diera en el mundo testimonio del Reino de Dios y lo llevara a su consumación en el fin de los tiempos. ¡Si amáramos a la Iglesia como la ama Jesús!...

En uno de los momentos más solemnes del Evangelio, allá en Cesarea de Filipo, dijo Jesús estas palabras augustas: “Sobre esta roca edificaré yo mi Iglesia” (*Mateo* 16,18). La “mía”. No la de otro. La que instituyo únicamente yo.

Viene hoy la Iglesia y nos dice con el Concilio: “Esta Iglesia, establecida y organizada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él” (*LG*, 8). Así lo hemos creído siempre, así lo creemos ahora, y así lo creeremos hasta el final.

Ahora nos interesa a nosotros examinar todos los textos del Nuevo Testamento en que Jesús habla de su Iglesia para conocer lo que el mismo Jesús pensaba de ella, el fin que pretendía con su fundación, lo que quería de su Iglesia, el término al que la iba a conducir, el final en que la establecería definitivamente.

Aunque antes nos remontamos al Antiguo Testamento, puesto que en él se preparó Dios un pueblo que sería suyo. Y por más que Israel cayó y no aceptó en su conjunto al Mesías, Dios se reservó un “resto”, que sería el germen de la Iglesia, como asegura San Pablo: “Me he reservado un resto, elegido por gracia” (*Romanos* 11,5). Con ese puñado de creyentes, Jesús iniciará su Iglesia, el nuevo y verdadero “Israel de Dios” (*Gálatas* 6,16), el pueblo de los creyentes heredero de las promesas de Dios.

Jesús con su predicación, y sobre todo con su Persona, inauguró el Reino de Dios, confirmado con los milagros que hacía: “Si por el Espíritu de Dios hago estas obras, quiere decir que el Reino de Dios ha llegado a ustedes” (*Mateo* 12,28). Para que el Reino de Dios llegue a todo el mundo, y perdure hasta el final, Jesús instituye su Iglesia, a la que encarga: “Vayan y hagan discípulos de todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado. Y sepan que yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo” (*Mateo* 20,19-20). Y para que su Iglesia no sea un cuerpo disgregado, une a los apóstoles en uno de ellos, en Pedro, al que confiere todo poder: “Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas” (*Juan* 21,15-17). Desde entonces, “la Iglesia del Dios vivo es columna y fundamento de la verdad” (*1 Timoteo* 3,15)

La Iglesia no es sino un solo cuerpo con una sola Cabeza, que es Cristo. El apóstol San Pablo es categórico: “Hay que mantenerse unidos a la Cabeza, de la cual todo el cuerpo recibe nutrición y cohesión, para realizar su crecimiento en Dios” (*Colosenses* 2,19-20); y

nos exige que “viviendo en la verdad y el amor, crezcamos en aquel que es la Cabeza, Cristo, hasta conseguir la perfección de todo el cuerpo” (*Efesios 4,15-16*)

De todas estas palabras de Jesucristo y de los Apóstoles, una cosa resulta perfectamente clara: no hay sino una Iglesia de Cristo. Varias cabezas exigirían varios cuerpos; y varios cuerpos necesitarían varias cabezas, a no ser que quisiéramos imaginarnos la Iglesia de Jesucristo como una anormalidad grotesca. De aquí la afirmación tan grave del Concilio. Después de haber asegurado, conforme al Credo de todos los tiempos, que la Iglesia es “una, santa, católica y apostólica”, afirmó de manera contundente, aun sabiendo la polémica que traería su palabra: la Iglesia de Cristo “subsiste” sólo en la Iglesia Católica.

En el nuevo Israel de Dios, la palabra “Iglesia” venía a sustituir a la palabra “Sinagoga”, tan tradicional entre los judíos. E Iglesia, desde un principio, ha significado en el lenguaje cristiano “comunidad”, la comunidad de los creyentes, la Iglesia de Cristo, en la cual actúa tan vivamente el Espíritu Santo. Esta palabra “comunidad” trae a consideración lo que nos asegura el Concilio, que “fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin cohesión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente”.

Esto fue en el Antiguo Testamento el pueblo de Israel. Pero vino con Jesucristo el Testamento Nuevo, “sellado con su sangre, convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificara no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios”, que vendría “a constituir un linaje escogido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo de adquisición” (*1Pedro 2,9-10*), que ahora es pueblo de Dios” (*LG,9*)

¿Qué significa todo esto? ¿Qué es la Iglesia para Jesucristo, qué es Jesucristo para su Iglesia? Partimos siempre de un punto indiscutible: “Dios creó todas las cosas en Cristo y para Cristo, que es el Primogénito de la creación, porque todo fue creado por él y para él”. Y de una manera especial, “él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que él sea el primero en todo” (*Colosenses 1,15-18*). Por lo mismo, hemos de mirar ante todo a la Iglesia para Cristo. La Iglesia es la Esposa que Él se ha elegido y con la cual, en el seno de Dios, quiere ser Jesucristo inmensamente feliz. El Vidente de Patmos nos dice: Vi a la Iglesia, “la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo” (*Apocalipsis 21, 2*)

¿Qué será entonces Jesucristo para su Iglesia?... Será el Hijo Primogénito de Dios, que habrá hecho hijos e hijas de Dios su Padre a todos los elegidos. Será el Esposo que dará a su esposa una felicidad inimaginable, “porque en la resurrección, cuando ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles de Dios” (*Marcos 12,25*), Jesucristo será el único amor de la Iglesia entera. Será Jesucristo, finalmente, el Rey que constituirá a su Iglesia reina de todas las cosas, porque “el Señor alumbrará a los siervos de Dios, los cuales reinarán por los siglos de los siglos” (*Apocalipsis 22,3-5*)

Cuando miramos hacia el fin, vemos que eso será la Iglesia. Pero ahora, en la tierra, la contemplamos de manera muy diferente, y a veces necesitamos de mucha fe para observarla con ojo sereno. El Concilio reconoce la condición actual de la Iglesia: “Así como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres” (*LG 8*). Jesús dijo de Sí mismo: “Era necesario que el Cristo padeciera para entrar en su gloria” (*Lucas 24,26*). Nada extraño, por lo tanto, que la Iglesia peregrine entre las persecuciones del mundo a la vez que entre las alegrías de Dios.

Pero hay algo más y de más profundo misterio. Es el hecho de los pecadores que anidan en su seno. La Iglesia, aunque dotada de la gracia de Jesucristo por su Espíritu, “encierra en su propio seno a pecadores, y siendo santa necesita de purificación, y es así cómo avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación” (*LG, 8*)

Si queremos, esto contrasta con Jesucristo, que es “santo, inocente, inmaculado” (*Hebreos 7,26*), y, por lo mismo, esto deberíamos ser los seguidores de Cristo, al que describe así el Papa Pablo VI: “Cristo es belleza, belleza humana y divina, belleza de la verdad y de la vida. Cristo es el hombre perfecto, el prototipo de la humanidad”. Si esto es la Cabeza, ¿qué le toca ser al resto del cuerpo?

Jesucristo dijo que “su” Iglesia la edificaría Él sobre la roca indestructible de Pedro. Por eso, en esta Iglesia, “gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él” (*LG 8*), tenemos nosotros nuestra seguridad máxima, pues nos sigue diciendo el Concilio en ese mismo número: “La Iglesia está fortalecida con el poder del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos”.

139. Jesucristo, luchador victorioso. *Humilde, pero indomable.*

¿Hemos visto alguna vez a un hombre más valiente en la lucha, y a la vez más derrotado, más fracasado que Jesucristo en la cruz? Y, sin embargo, por vencido que aparezca en su vida y más en el Calvario, Jesús es el triunfador más grande que ha existido, como nos lo va a demostrar la lección de hoy. Por su combate ininterrumpido ha conseguido ser el Hombre más amado en la Tierra y el más ensalzado en el Cielo, con la misma gloria que le corresponde como Dios.

Con la mirada puesta en el Cristo que había de venir, pregunta el profeta: “¿Quién es éste que llega totalmente rojo, con vestidos salpicados de púrpura?”... Y se responde a sí mismo el interrogado: “La sangre salpicó mis vestidos y he manchado toda mi vestimenta” (*Isaías 63, 1-6*). El Mesías se iba a distinguir por su fuerza de guerrero, que nos iba a defender y a conquistar a precio de sangre. Esas profecías del Antiguo Testamento se verán confirmadas con las interpretaciones más auténticas de los apóstoles cuando nos digan que Cristo “resistió en la lucha contra el pecado hasta llegar a la sangre” (*Hebreos 12,4*). Asimismo, el Vidente de Patmos lo contemplo “vestido con un manto empapado en sangre” (*Apocalipsis 19,13*)

De nuevo, y para empezar, nos remontamos al paraíso, a esa lección fundamental de la Biblia. El mundo era de Dios, porque Dios lo había creado para Sí, para su gloria, para su Hijo que había de venir hecho Hombre como Primogénito de toda criatura y corona de la creación entera (*Colosenses 1,15-17*). Pero Satanás, “El Príncipe de este mundo”, como lo llamará Jesucristo (*Juan 12, 21*), se apoderó del mundo con el pecado, pero no por ser su dueño legítimo, sino por salteador y ladrón. ¿Hasta cuándo seguirían así las cosas? Como dice el Evangelio, hasta que “vino uno más fuerte, le quitó las armas y repartió sus despojos” (*Lucas 11,22*). Jesús le plantó guerra al demonio, y el demonio al fin será vencido completamente.

El dominio que Satanás ejerció sobre el mundo se basó siempre en el orgullo, el ansia de la riqueza y el placer desbordado, como dice Juan, “ya que todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y jactancia de las riquezas” (*1Juan 2,16*). Por esa concupiscencia venció el demonio en el paraíso: “Coman, que se les abrirán los ojos y serán como dioses”, les dijo el diablo, y Adán y Eva cayeron en la trampa (*Génesis 3,4-6*). Así cayó Israel en el desierto cuando murmuró el pueblo: “¿Está Yahvé entre nosotros?”, “Se postró ante el becerro de oro, se sentaron a comer y beber, y después se levantaron para divertirse” (*Éxodo 17,7*) 32 6)

¿Qué va a hacer Satanás con Jesús, de quien sospecha que es el Cristo prometido? “¡Hay que apartarlo de Dios sea como sea!”, se dice Satanás. “¡He de permanecer fiel a mi Padre!”, se dice a su vez Jesús. A lo largo de todo el Evangelio el diablo le va a plantar a Jesús descaradamente la batalla, por sí mismo o por sus agentes. Conoce bien la eficacia de sus armas, y las va a utilizar con astucia refinada.

Acabados por Jesús aquellos cuarenta días de oración y penitencia, Satanás le brinda la comodidad y el placer: “¡Come, bebe, pásala bien!”... Le ofrece fama, popularidad, vanidad tonta: “Lánzate de aquí abajo, para que todos te aplaudan al ver cómo te protege Dios!”... Lleva Satanás su descaro hasta el final, y le invita criminalmente con el mismo orgullo con que él pecó: “Te doy todo el poder político, la soberanía de todos los pueblos, si cayendo a mis pies me adoras” (*Mateo 4,1-11*). En cada asalto del demonio ha tenido Jesús la misma respuesta: “¡No quiero!”.

Pero Satanás sigue tenaz en su empeño a lo largo de todo el Evangelio, aunque sea valiéndose de los seres más queridos del Señor. El caso es derribar a Jesús apartándolo de la voluntad de su Padre.

Sus paisanos: “Haz aquí todo lo que has hecho en Cafarnaúm” (*Lucas 4,23*). El apoyo y la propaganda la tendría fuerte y gratis...

Sus parientes: “Vete a Judea, y haz en Jerusalén las obras que haces aquí, para ser conocido, y muéstrate al mundo” (*Juan 7,3-4*). Eran los mimos parientes que antes lo quisieron secuestrar, “pues decían: Está loco” (*Marcos 3,22*)

Pedro: “¡Lejos de ti, Señor, esa muerte en cruz! ¡De ningún modo!”. Y Jesús le responde con energía inusitada: “¡Quítate de mi vista, Satanás, que me resultas un escándalo!” (*Mateo 16,22-23*)

La turba entusiasmada, que lo quiere alzar por rey puramente político, y Jesús se escapa al monte para pasar allí solo la noche. (*Juan 6,14-15*). Solamente aceptará ser llamado “Rey”, y lo dirá Él mismo, delante de Pilato, sabiendo que su confesión le va a costar la vida, a pesar de que aclarará muy bien las cosas: “Mi reino no es de este mundo” (*Juan 18,36*)

Los enemigos: “¡El Cristo, el rey de Israel! Que baje ahora de la cruz para que lo veamos y creamos” (*Marcos 16,32*)

Halagos, promesas, amenazas, burlas..., todo utiliza Satanás para derribar a Jesús, el cual responde calladamente a todo mirando al Padre, y diciéndole: “¡Que no se haga mi voluntad, sino la tuya!” (*Lucas 22,42*). El mesianismo de Jesús es de humildad, sacrificio, entrega. Y por eso rechaza con energía la vanidad, el placer sensual, la riqueza, el poder, el dominio político... Y su lucha es tan discreta, que ni parece un soldado valiente, un general triunfador, un héroe merecedor de condecoraciones: es la humildad personificada en medio de su gloria.

¿Qué ha conseguido Jesucristo con estas sus aparentes derrotas, las cuales son sus victorias más brillantes? Nos lo dice San Juan: “Para esto se manifestó Jesús, para borrar los pecados” (*1Juan 3,5*). Ahora, aniquilado el pecado, queda derrotada la muerte para siempre. De la cruz y el sepulcro dio Jesús el salto definitivo a la Resurrección: “Cristo, al resucitar de los muertos, ya no muere más. La muerte ya no tiene ningún señorío sobre él” (*Romanos 6,9*)

Ahora adquieren pleno sentido las palabras de Jesús en la sobremesa de la Última Cena: “¡Confíen! Al mundo lo tengo yo vencido!” (*Juan 16,33*). Entonces, ¿ha acabado la lucha de Satanás contra Jesucristo? ¡No, ni mucho menos! La lucha enconada va a seguir hasta el final del mundo. La Iglesia, prolongación de Jesucristo, y Cuerpo Místico suyo, sufrirá los

mismos embates que hubo de aguantar el que es su Cabeza. Los Apóstoles tenían sobre esto una idea clarísima. “No desconocemos los planes de Satanás”, escribía San Pablo (*2Corintios* 2,11); y añadía en otra parte: “Porque nuestra lucha es contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están por los aires. Manténgase firmes después de haber vencido todo” (*Efesios* 6,12-13). Y San Pedro: “Su adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar. ¡Resístanle firmes en la fe!” (*1Pedro* 5,8)

La Iglesia sabe que ha de luchar, porque lo tiene bien profetizado: “La Bestia realiza grandes signos, y seduce a los habitantes de la tierra” (*Apocalipsis* 13,12-14). Los cristianos se encuentran en medio del fragor de la batalla que han de librar contra el Mundo y el Anticristo, pero saben lo que les dice Dios: “Ustedes son de Dios y los han vencido. Pues el que está en ustedes es más fuerte que el que está en el mundo” (*1Juan* 4,4)

Es cierto que los signos de Satanás profetizados en el Apocalipsis son simbólicos. La realidad que se esconde en ellos es muy diversa. Hoy, por ejemplo, con el avance de la ciencia y de la técnica, ¿qué son muchas veces la Prensa, la Televisión, el Internet, maravillosos y verdaderos dones de Dios? Muchas veces, por los agentes de Satanás que los dominan, se convierten en los lazos más finos y seductores con que Satanás atrapa a muchas almas y las lleva a su perdición.

Entonces, ¿qué es lo que nos pide Dios? Lucha valiente, lucha generosa, que tiene prometida a los vencedores la Vida Eterna: “Al que venciere le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios” (*Apocalipsis* 2,7)

Ante el ejemplo de Cristo, luchador victorioso, ¿qué pensamos de nosotros mismos? Prefiero dejar la palabra al recordado Papa Pablo VI, que intuyó y analizó tan certeramente la vida de la Iglesia en nuestro tiempo: “La vida cristiana comienza con un gesto de triunfo, con una victoria, con un acto de energía, con una elección: yo dejo, yo renuncio. Yo quiero. El cristianismo exige una voluntad férrea de resolución. No está hecho para almas viles, superficiales, hipócritas. Ni está indicado para los que quieren combinar las dos cosas: estar bien en este mundo y mejor en el otro”.

Ante la valentía y la generosidad de Jesucristo, no hay más que una postura digna. Aquella que en nuestros días expresaron los 51 jóvenes Misioneros Claretianos de Barbastro, que fueron a la muerte cantando: “Por tu nombre, o vencer o morir”.

140. “Vayan y evangelicen”. *La Iglesia misionera.*

Cuando reúne Jesús a los apóstoles después de resucitado y antes de subirse al Cielo, les encarga de manera apremiante: “Vayan, y evangelicen a todas las gentes”. Con palabras semejantes venía a decirles que la Iglesia, su Iglesia, es y debe ser “Misionera”, tema que vamos a tratar en la lección de hoy. ¿De veras que todos, como miembros de la Iglesia, tenemos la obligación de ser misioneros?...

No en una sola, sino en varias lecciones, hemos traído y examinado una profecía sobre la Eucaristía, o sea, el sacrificio que Dios se preparaba para serle ofrecido en todo el mundo y por todas las gentes (*Malaquías 1,10-11*). Sin embargo, creo que junto a aquella profecía menos conocida, deberíamos haber antepuesto otra profecía de Isaías muy sabida, que dice: “En cuanto a los extranjeros adheridos a Yahvé para su ministerio, para amar el nombre de Yahvé, y para ser sus siervos, a todo aquel que guarda el sábado sin profanarlo y a los que se mantienen firmes en mi alianza, yo les traeré a mi monte santo y les alegraré en mi Casa de oración. Sus holocaustos y sacrificios serán gratos sobre mi altar. Porque mi Casa será llamada Casa de oración para todos los pueblos” (*Isaías 56,6-7*)

¡Qué profecía tan grandiosa! El sentido de ella es muy claro. Contra la estrechez de miras de muchos judíos, que querían a Yahvé como Dios exclusivamente suyo, Dios viene a decirles que están equivocados del todo. Les asegura, eso sí, que Israel es su primogénito, su pueblo elegido, pero lo es precisamente para llevar el nombre de Yahvé a todas las gentes, y que el Templo de Jerusalén ya no será exclusivo de los judíos, sino propiedad y Casa de oración para todas las naciones.

Ésta será también una de las primeras afirmaciones de Jesús, y precisamente a la samaritana, una odiada extranjera: “Créeme, mujer, que ni en este monte *suyo de Garizín* ni en Jerusalén adorarán al Padre, sino que Dios será por doquier adorado en espíritu y en verdad” (*Juan 4,21-24*)

Así lo dijo Jesús. ¿Y qué va a hacer durante su predicación? Jesús no saldrá de los límites de Palestina, su patria, como lo afirma él mismo: “Yo no he sido enviado sino a las ovejas perdidas de Israel” (*Mateo 15,24*). Y, efectivamente, vemos en el Evangelio que cuando manda a los Doce para predicar, les da este encargo preciso: “No tomen camino de gentiles ni entren en ciudad de samaritanos, sino diríjense solo a las ovejas perdidas de Israel” (*Mateo 10,5-6*)

Jesús tenía sus razones para actuar así. Pero, una vez resucitado, cambia por completo el panorama, y les asegura a los Apóstoles: “Van a ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (*Hechos 1,8*). Palabras que van acompañadas de un mandato verdadero. Marcos lo anuncia como una exigencia muy grave: “Vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea se condenará” (*Marcos 16,15-16*). Aunque el texto más clásico nos lo ha conservado Mateo: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan,

pues, y hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado. Y he aquí que yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo” (*Mateo 28,18-20*)

Con palabras tan grandiosas, Jesús constituye a su Iglesia como “Misionera”, a la vez que se declara a Sí mismo como Evangelio, Evangelizador y Evangelizado. Porque el “Evangelio”, la Buena Noticia de que habla Marcos, es Jesús. El “Evangelizador” que hablará por sus apóstoles es Jesús. Y el “Evangelizado” será exclusiva y únicamente Jesús, porque toda la predicación versará siempre sobre su Persona, sobre su doctrina, sobre sus mandatos.

La Iglesia tiene que llevar adelante aquellas profecías que los judíos no acababan de entender, como ésta: “Yo te voy a poner como luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra” (*Isaías 49,6*)

Incluso en los principios de la Iglesia, aunque eran admitidos en ella todos los que creían y aceptaban a Jesús, se dieron tensiones fuertes por los que querían una fe judaizante: “cristianos”, como se llamaron y eran los primeros discípulos de Antioquía, eso sí (*Hechos 11,26*); pero, al mismo tiempo, los querían sujetos a la Ley de Moisés, que hacía esclavos, y que hubiera impedido al Evangelio ser universal y para todos.

Jesús, con las mismas palabras que Malaquías, preanunciaba a su Iglesia como universal, cuando dijo ante la fe del centurión romano: “Les aseguro que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán a la mesa en el Reino de los Cielos” (*Mateo 8,12*), porque esa su Iglesia iba a estar formada, dice el último libro de la Biblia, por “una multitud inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas” (*Apocalipsis 7,9*)

Eso estaba profetizado desde hacía ya muchos siglos. Gritaba Isaías: “Vengan, subamos al monte de Yahvé, a la casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos. Pues de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra de Yahvé” (*Isaías 2,3*). Y uno de los Salmos más bellos describe a todos los habitantes de la tierra gloriándose de ser ciudadanos de Jerusalén, ya que “Yahvé anotaré en el registro de los pueblos: ‘Fulano ha nacido allí’, todos serán ciudadanos de Sión” (*Salmo 86,5-7*)

Los Apóstoles captaron bien el mensaje de Jesús y se esparcieron por toda la tierra llevando el Evangelio a todas partes del mundo entonces conocido. Hubiera sido para nosotros una satisfacción enorme si Lucas, en el libro de los Hechos no se hubiese limitado a hablar-nos sólo de Pedro y de Pablo. Por el mismo Pablo sabemos lo que hizo él, y nos dice con una satisfacción casi divina: “Con la fuerza del Espíritu de Dios, desde Jerusalén y su comarca, hasta la Iliria, lo he llenado todo con el Evangelio de Cristo... Y ahora, no teniendo ya campo de acción en estas regiones, cuando me dirija a España espero verlos al pasar para que ustedes me encaminen hacia allá” (*Romanos 15,19. 23-24*). Y Marcos acaba su Evangelio con estas palabras: “Ellos, los apóstoles, salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con los signos que la acompaña-

ban” (*Marcos 16,20*). ¡Lástima que Marcos, igual que Lucas, no especifique algo más! Sabemos que Pedro fundó la Iglesia de Roma y que allí murió con Pablo.

Sin ser cien por cien seguro sobre los otros apóstoles, pero por tradiciones de Iglesias locales y por los libros apócrifos del siglo segundo que quisieron suplir lo que faltaba en los escritos de la Biblia, parece que Juan evangelizó por el Asia Menor, especialmente en Éfeso; Mateo, y también Matías, se adentraron en África hasta Etiopía; Judas Tadeo predicó en Mesopotamia; Bartolomé, en Armenia y hasta en el Norte de la India; Simón el Zelotes, en Persia; Felipe, por el Asia Menor; Andrés, en los Balcanes y Sur de Rusia; es casi seguro que Tomás evangelizó en la India. En fin, que todos los Apóstoles fueron fieles al mandato del Señor de llevar la Buena Noticia, el Evangelio, a todas las partes de la Tierra entonces conocida.

¿Y qué decir de la Iglesia en nuestros días? ¿Ha dejado de ser misionera? No; muy al contrario. El Concilio, con el “Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia”, nos imponía a todos el grave deber de ser misioneros, nacido de nuestra condición de bautizados, y de colaborar de todas las maneras posibles a la difusión del Evangelio en todo el mundo.

El Concilio nos recuerda este texto de San Pablo: “Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como buen arquitecto, puse el cimiento, y otro construye encima. ¡Mire cada uno cómo construye!” (*1Corintios 3,10*). Y viene la aplicación conciliar: “Los cristianos tienen dones diferentes. Por ello deben colaborar en el Evangelio cada uno según su posibilidad, facultad, carisma y ministerio” (*AG 28*). Y acaba el Concilio este párrafo: “Todos los hijos de la Iglesia han de tener viva conciencia de su responsabilidad para con el mundo, fomentar en sí mismos el espíritu verdaderamente católico y consagrar sus energías a la obra de la evangelización” (*AG 36*)

Sin pretenderlo, el pensamiento se nos va a Jesús cuando recibe a los discípulos que volvían locos de alegría después de haber predicado como les había encargado el Señor y haber visto cómo se les sujetaban hasta los demonios: “Sí, alégrense; pero se alegren sobre todo porque sus nombres están escritos en el cielo” (*Lucas 10,20*). Y lo mismo dirá Pablo de sus ayudantes, “apóstoles de las iglesias, gloria de Cristo” (*2Corintios 8,23*), “los colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida” (*Filipenses 4,3*). ¿Vale la pena sentirse y ser misioneros si tenemos en perspectiva un premio semejante, una seguridad tan grande de la salvación, y ser un orgullo de Cristo?...

141. El don del Espíritu Santo. *Lo que significa en la vida cristiana.*

¿Quién es el Espíritu Santo, qué hace en nuestra vida? Hoy queremos contemplar la Persona y la obra del Espíritu de Jesús, el gran regalo del Resucitado, porque nos lo había merecido con su pasión y muerte redentoras. El Espíritu Santo llena la vida cristiana, la enriquece con sus dones y la lleva a su consumación final. Hay que conocer al Espíritu Santo.

¿Dedicamos una lección especial al Espíritu Santo? ¡No faltaba más! El Espíritu Santo llena el Nuevo Testamento de principio a fin, porque la obra realizada por Jesús fue impulsada también de principio a fin por esta Divina Persona tan querida y tan entrañada en la vida cristiana.

Un versículo del Evangelio se expresa de esta manera: “Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo” (*Mateo 4,1*). Esta expresión “fue llevado” es fuertemente significativa en el lenguaje de la Biblia, aunque en el Antiguo Testamento no se refiera propiamente a la Persona del Espíritu Santo, sino a la fuerza con la que Dios actuaba; sin embargo, la Iglesia ha creído siempre en el Espíritu Santo como el inspirador de los profetas para preparar la venida del Cristo salvador.

Fue el Espíritu quien realizó la obra de la encarnación del Hijo de Dios en el seno de María, y el que después empujó a Jesús en toda su actividad, especialmente a derramar su sangre en el sacrificio de la Cruz, porque Jesús lo hizo “a impulsos del Espíritu eterno” (*Hebreos 9,14*)

El Espíritu dio inicio a la Iglesia en el día de Pentecostés, y la lleva hasta el final, haciéndole gritar: “¡Ven! ¡Ven, Señor Jesús!” (*Apocalipsis 22,17.20*). Y es el Espíritu quien nos mueve, el que nos impulsa a todos, porque en tanto somos hijos de Dios en cuanto nos dejamos llevar por Él. Pues, como dice San Pablo, “los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (*Romanos 8,14*)

La primera actividad del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento la encontramos en el momento de la Encarnación del Hijo de Dios. Es Lucas quien nos lo cuenta: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (*Lucas 1,35*). Dios toma naturaleza humana en el seno de María, la cual queda convertida por Jesús en arca de la Nueva Alianza. Como confesamos en el Credo, todo fue “por obra del Espíritu Santo”. María empieza a ser en esto “imagen” de la Iglesia, de cada bautizado, que, por obra del Espíritu Santo, y en forma totalmente gratuita, hará que “Cristo habite también por la fe en su corazón” (*Efesios 3,17*), cumpliéndose la palabra del mismo Jesús: “Vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (*Juan 14,23*)

El Espíritu Santo es el gran don de Jesucristo el Resucitado. El seno del cristiano “se convertirá en manantial de ríos de agua viva”, y esto Jesús “lo decía refiriéndose al Espíritu Santo que iban a recibir los creyentes en él” cuando hubiera resucitado (*Juan 7,38-39*). A partir de la Resurrección y de Pentecostés, el Espíritu Santo animará la vida entera de la Iglesia y de cada cristiano en particular.

El Espíritu Santo es la **luz** y la **verdad** de nuestra mente. Por Él creemos y conocemos todo el misterio de Jesucristo, como nos atestigua el mismo Jesús: “Cuando venga el Espíritu de la verdad les guiará hasta la verdad completa y les explicará todo lo mío” (*Juan* 16, 13-15). Más todavía. Según San Pablo, no podemos hacer ni un acto de fe sin la intervención directa del Espíritu Santo: “Nadie puede decir ‘¡Jesús es Señor!’ sino movido por el Espíritu Santo” (*1Corintios* 12,3). Lo vemos por experiencia. ¿Por qué almas sencillas, que no han estudiado nada, pero que oran mucho, conocen tan profundamente los misterios de Dios y hablan de manera que nos dejan pasmados? No hay otra explicación sino ésta: el Espíritu Santo las ilumina y conocen el misterio de Jesús de manera maravillosa.

El Espíritu Santo es nuestra propia y misma **santidad**. Somos santos porque Él mismo nos ha invadido con su propia santidad y nos hace llegar hasta las mayores alturas. Aquí tenemos en San Pablo al maestro insuperable de la acción del Espíritu Santo, cuando nos dice: “Todos los que se dejan conducir por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (*Romanos* 8,14), porque “sirven a Dios en el orden nuevo del Espíritu” (*Romanos* 7,6)

¿Qué produce el hombre sin el Espíritu Santo dentro? Lo sabemos por el párrafo tantas veces repetido del mismo Pablo: “Las obras de la carne son bien conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, ambición, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, comilonas y cosas semejantes... Quienes hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios” (*Gálatas* 5,19-21)

Ante este cuadro sombrío, el Apóstol nos hace ver lo que hace en nosotros el impulso del Espíritu, que produce “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí mismo” (*Gálatas* 5,22-23). En suma: una santidad que no es sino una participación y un reflejo de la misma santidad de Dios.

Acabamos de escuchar a Pablo que uno de los frutos del Espíritu es la **alegría**, porque el Espíritu Santo, dentro de nosotros, actúa como en Jesús, del que nos dice el Evangelio que “se llenó de gozo en el Espíritu Santo”, el cual le hizo exclamar enajenado: “¡Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra!” (*Lucas* 10,21). Lo expresa Pablo con estas palabras: “Llénense del Espíritu, y reciten entre ustedes salmos, himnos y cánticos inspirados, cantando y salmodiando en sus corazones al Señor” (*Efesios* 5.18-19). Es una alegría preludio de la eterna, porque el Espíritu Santo en nosotros es prenda de la salvación eterna, ya que Dios “nos ha marcado con su sello y ha puesto en nuestros corazones el Espíritu como prenda de salvación” (*2Corintios* 1,22)

En resumen, todo lo que digamos del Espíritu Santo en nosotros lo tenemos en unos textos de San Pablo que no cansa el leerlos, meditarlos y vivirlos. “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (*Romanos* 5,5). El Espíritu Santo entonces nos hace sentirnos hijos de Dios, pues lo somos en verdad: “Como prueba de que son hijos, Dios ha enviado a sus corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre!” (*Gálatas* 4,6)

Cuando Pablo emplea la palabra “corazones”, quiere expresar que el Espíritu Santo nos ha cambiado radicalmente en Cristo, “transformados en su misma imagen, resultando siempre más gloriosos, bajo el impulso del Espíritu del Señor” (*2Corintios* 3,18), convertidos así

en “templo del Espíritu” (*1Corintios* 3,16 y 6,19). Esta maravilla de Dios fue obra “del bautismo regenerador y la renovación del Espíritu Santo, que derramó en abundancia sobre nosotros” (*Tito* 3,5-6)

Si pasamos de cada cristiano en particular a la Iglesia, vemos que toda su vida se debe al Espíritu Santo. El libro de los Hechos de los Apóstoles, llamado justamente el Evangelio del Espíritu Santo, nos lo demuestra de modo verdaderamente llamativo.

El Espíritu pone en marcha a la Iglesia el día de Pentecostés. Jesús había prometido a los apóstoles antes de irse al Cielo: “Recibirán una fuerza cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, y serán mis testigos hasta el confín de la tierra” (*Hechos* 1,8)

El Espíritu Santo saldrá también garante de lo que determinen los apóstoles en doctrina y en costumbres, como se ve por estas palabras preciosas del concilio de Jerusalén: “Nos ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros” (*Hechos* 15,28). La Iglesia entonces está siempre atenta a lo que le sugiere el Espíritu Santo, conforme también a esta insinuación tan bella con que acaban las cartas del Apocalipsis : “El que tenga oídos, escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (*Apocalipsis*, capítulos 2-7)

El Espíritu Santo es quien gobierna a la Iglesia, y lo hace con los carismas que distribuye entre los fieles. Con esos carismas señala a cada uno la propia vocación y su puesto concreto en la Iglesia. Y al darnos sus dones y su gracia para que cada uno podamos cumplir nuestra misión, mira al individuo en concreto y mira a toda la Iglesia, que de este modo se beneficia con el don recibido por cada uno: “Hay diversidad de carismas, pero un solo Espíritu. Y a cada cual se le otorga la donación del Espíritu para provecho común” (*1Corintios* 12,4-7)

Cuando en el Antiguo Testamento se habla del “espíritu de Dios” se significa normalmente la fuerza de Dios. Pero el Nuevo Testamento, al descubrirnos la Persona del Espíritu Santo, nos hace ver también su obra maravillosa y nos damos cuenta de que, en verdad, el Espíritu Divino es el gran don que el Jesús resucitado nos dio a todos y cada uno de nosotros.

142. “Hijo de David”. *El sello del Cristo de Dios.*

Son muchas las veces que en el Evangelio leemos la expresión “El Hijo de David”. ¿Ya sabemos lo que esto significa? Vale la pena que dediquemos una de nuestras lecciones a este punto capital en la Biblia. Jesús es el descendiente de David, y en Él se tenían que cumplir todas las promesas de salvación hechas por Dios a Israel a lo largo de toda su historia.

¿Empezamos por recordar varias expresiones del Evangelio que nos traen el nombre de David? Una: “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”. Lo decía un ciego (*Marcos 10,47*). ¿Por qué las gentes del pueblo le llaman a Jesús “Hijo de David?”, como las turbas, en la entrada triunfal de Jerusalén: “¡Hosanna al Hijo de David!” (*Mateo 21,9*). Y el mismo Jesús pone en aprietos a sus contrincantes con una pregunta muy comprometedora: “¿Cómo dicen que el Cristo es el hijo de David?” (*Lucas 20,41*)

La respuesta es muy sencilla. Porque todo el pueblo estaba firmemente convencido de que el Cristo, según las profecías desde hacía mil años, se centraban en un descendiente de David, y, por lo mismo, como a Jesús lo consideraron las buenas gentes como el Mesías prometido, le daban el nombre según ellas más apropiado, y se decían: Este Jesús es el “Hijo de David”.

¡Hay que ver cómo empieza Mateo su Evangelio! “Origen de Jesucristo, hijo de David” (*Mateo 1,1*). Como si dijera: ¿De quién se figuran que vamos a hablar? ¡Pues, del Cristo! Porque Jesús es el Hijo de David.

Sabemos muy bien la historia de la promesa. Dios quiere salvar al mundo. Irrumpe en la Historia con Abraham, del cual desciende el pueblo de Israel. Llega David, en torno a los mil años antes de Jesucristo, el rey legendario, y une al pueblo en Jerusalén como Capital de todas las tribus antes dispersas. Sueña David en levantar una “casa”, es decir, un Templo al Dios de Israel, al Dios de la Alianza del Sinaí. Pero viene el profeta Natán, y le comunica de parte de Dios: No serás tú quien me construya a mí una casa. Voy a ser yo quien te la construya a ti. “Cuando se hayan cumplido tus días y bajes al sepulcro, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de tu realeza. Tu casa y tu reino permanecerán para siempre, y tu trono estará firme, eternamente” (*2Samuel 7,12-16*)

Aquí está la profecía famosa. El pueblo de Israel se aferró a ella de una manera increíble. Por desgracias que vinieran sobre el pueblo, la fe en esta promesa no falló jamás. El mal estuvo en que el pueblo, mal aconsejado y no entendiendo a los profetas, tomaron todo en sentido temporal, político y nacionalista. Como vimos repetidamente en el Curso de Biblia, tomaron la promesa de Natán a David y la firmeza del Templo de Jerusalén como algo intocables. Vino la desgracia con la deportación de Israel a Asiria y con el destierro de Judá a Babilonia. Pareció que todo se había perdido y para siempre.

Pero Dios es El Fiel. La promesa se mantendrá firme, y el Templo será reconstruido de una manera para los judíos insospechada. El Mesías vendrá del linaje de David, y el mismo Mesías reconstruirá otro Templo, su propio cuerpo resucitado, y con los hijos del nuevo Israel edificará un Templo indestructible para la gloria de Dios.

Pero con estas afirmaciones últimas hemos avanzado mucho, y vamos a retroceder un poco.

En el Destierro de Babilonia, cuando todo parecía definitivamente hundido, el pueblo se purificó, se apegó a la Ley de Yahvé, y se reavivó la esperanza en la promesa. El predicador y héroe principal de esta esperanza fue Ezequiel, que les quita a todos de la cabeza esa ilusión de un reinado temporal del futuro Mesías, y lo describe como el humilde y manso descendiente de David: Para mis ovejas, “yo les suscitaré un solo pastor que las apacentará: mi siervo David; él las apacentará. Yo, Yahvé, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellos” (*Ezequiel 34,23-24*)

La cosa estaba clara. Dios no retractaba la promesa hecha a David y su descendencia. Pero, ¿cómo se va a cumplir? Los cinco siglos que van desde el Destierro de Babilonia hasta Jesús se van centrando y estrechando en torno al Mesías prometido. Lo esperan sobre todo los “Pobres de Yahvé”, llamados “El Resto”, los que tienen su esperanza sólo en Dios, y que se cifran al final en una mujer del pueblo que encarna a la Hija de Sión, María.

Ha llegado la hora de la venida del tan ansiado Salvador. Gabriel, el mensajero de Dios en la Anunciación, después de saludar de manera tan singular y extraña a la jovencita de Nazaret, tendrá mucho cuidado de hacer entender a María quién es el Hijo que va a concebir: “Dios le dará el trono de su padre David, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos, y su reinado no tendrá fin jamás” (*Lucas 1,32-33*).

María es el último eslabón, la anilla última, que va de Adán a Abraham, de Abraham a David, de David al Resto, personificado en María. De María nace Cristo, encarnación del Reino de Dios, y que en el “discípulo” la deja como Madre de los Apóstoles, como Madre de todos los creyentes, del verdadero y nuevo Israel de Dios. El trono de David lo posee Jesucristo, y no descenderá jamás de él, porque su Reino de justicia, de amor y de paz será eterno.

Otra vez que avanzamos algo los textos e ideas del Nuevo Testamento. Retrocedamos algo, y miremos cómo los Apóstoles garantizan su predicación asegurando que Jesús es el hijo de David prometido y esperado.

Pedro, en su primer discurso el día de Pentecostés, se dirige a la multitud pasmada: “David murió y fue sepultado. Pero como sabía que Dios le había asegurado con juramento que uno de su linaje se sentaría en su trono, vio el futuro y habló de la resurrección de Cristo, y esto es lo ahora están viendo y oyendo” (*Hechos 2,30-33*). San Pablo proclama a su vez: “Dios, según su promesa, ha suscitado de la descendencia de David un Salvador para Israel, Jesús” (*Hechos 13,23*). El mismo Pablo inicia su magna carta a los de Roma hablando del

Hijo de Dios, “nacido como hombre del linaje de David” (*Romanos*, 1,3), y le pide con pasión a su discípulo: “Acuérdate de Jesucristo resucitado de entre los muertos, descendiente de David”. (*2Timoteo* 2,8). Y Jesús mismo se proclama: “Yo soy el retoño y el descendiente de David, el Lucero radiante de la mañana” (*Apocalipsis* 22,16)

Esta abundancia de testimonios en el Nuevo Testamento indica que la Sagrada Escritura da una importancia grande al hecho de que Jesús sea el descendiente prometido a David. Israel no podía dudar de que Dios había cumplido su palabra, y de que Jesús es el Mesías tan ardientemente esperado.

¿Y el Templo que Dios se quería edificar, diferente del que proyectara el rey David? Aquel Templo material iba a contener el Arca de la Alianza, signo nada más de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Natán le dice a David que el Templo verdadero sería aquel Hijo misterioso que le prometía: sería el mismo Hijo de Dios, que, hecho Hombre, y “morando en Él la plenitud de la divinidad” (*Colosenses* 2,9), sería el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, que echó su campaña en medio de nosotros” (*Juan* 1,14). Jesús entendió eso de Sí mismo, y desafiaba a los judíos refiriéndose a su propio cuerpo: “Destruyan este templo, y en tres días lo reedifico yo” (*Juan* 2,19)

Los Apóstoles avanzan más en esta doctrina, y dicen de nosotros, los creyentes bautizados en Cristo, que somos el templo que se está edificando con piedras vivas “para ser la morada de Dios” (*Efesios* 2,22). Naturalmente, que la Morada más privilegiada de Dios fue María, al concebir en su seno al descendiente de David, al Hijo de Dios, que convirtió su seno en el Santo de los Santos viviente, porque encerraba a Aquel que era el Arca de la Nueva Alianza. Es lo que, por luz del Espíritu, gritó Isabel: “¿Y de dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor?” (*Lucas* 1,43)

Jesús, finalmente, nos dice que seremos reyes con Él, el Rey hijo de David: “Yo, por mi parte, les dispongo un Reino para ustedes, como mi Padre lo dispuso para mí” (*Lucas* 22,29)

“¡Jesús, hijo de David!”... Parece algo tan sencillo, pero vemos la importante lección bíblica que encierra esta breve expresión. El Dios Fiel lleva su palabra hasta el final. ¡Y hay que ver lo que eso significó no ya sólo para Jesús, sino para nosotros también, reyes con el Rey y templos vivos con el Templo de Dios que es Jesucristo, el Hombre en quien habita la plenitud de la divinidad, de la que nos hace partícipes por esa Gracia que nos comunica tan generosamente.

143. Escondidos con Cristo en Dios. *Esto es la vida cristiana.*

El apóstol San Pablo nos dice que nuestra vida está metida ya en el Cielo, allí donde está y nos espera Cristo Jesús. Es lo que queremos ver hoy. Basados en unas palabras preciosas de la Biblia: estamos ya con Jesucristo en su misma gloria, aunque no se nos haya revelado todavía del todo. Es cuestión de vivir con la fe en la que será nuestra Patria definitiva.

Unas palabras de San Pablo a los fieles de Colosas nos van a dar un tema abundante de reflexión en la clase de hoy, y son éstas: “Su vida está escondida con Cristo en Dios”.

Sin embargo, para entender mejor la fuerza que tienen, conviene leer el párrafo entero del apóstol. Dice así: “Ya que han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspiren a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida suya, también ustedes aparecerán gloriosos con él” (*Colosenses 3,1-4*)

No es la primera vez que escribe Pablo así, pues antes había dicho: “Dios nos vivificó juntamente con Cristo, y con él nos resucitó e hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús” (*Efesios 2,5-6*)

Esto lo tenemos en la Sagrada Escritura, y el mundo moderno necesita conocer y vivir esta Palabra de Dios.

A los satisfechos de la vida, hay que recordarles con palabras tan claras de la Biblia que “no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de otra futura” (*Hebreos 13,14*), y, por lo mismo, no hay que apegarse a la tierra.

Y a los pobres, a los que sufren, hay que hacerles creer con fe firme y esperanza segura, que Dios les guarda una magnífica recompensa, cuando entren en el reposo de Dios, según la misma Biblia: “Queda un reposo sabático para el pueblo de Dios. Y quien entra en el descanso de Dios, también él descansa de sus trabajos, como Dios de los suyos. Esforcémonos, pues, por entrar en ese descanso” (*Hebreos 4,9-11*)

Podemos meternos ya en el texto de San Pablo, el cual es muy claro y preciso. Viene a decirnos el Apóstol: El cristiano, que se unió a Cristo por el Bautismo, participa en todo de la vida de Cristo. Con Cristo en la cruz, está muerto al pecado; y con Cristo resucitado, está viviendo ya por la Gracia la misma vida celestial de Cristo. Aunque ahora está oculta esta vida, pero un día se manifestará en todo su esplendor.

Esta es la razón por la que el Hijo de Dios vino al mundo. Jesucristo, porque era Dios y “habitaba en él plenamente la Divinidad” (*Colosenses 2,9*), pudo decir: “He venido para que tengan vida divina, y la tengan en abundancia” (*Juan 10,10*). Por eso, quien tiene consigo a Jesucristo tiene la Vida, como nos dice San Juan: “El que tiene al Hijo tiene la

Vida; quien no tiene al Hijo de Dios no tiene la Vida” (*1 Juan 5,12*). San Ignacio Mártir, discípulo de los Apóstoles, lo comentaba vivamente: “Vivo para Dios en Cristo; en Cristo, que es Vida Eterna, y es Vida mía”.

Esto significa lo que San Pablo repite una y otra vez: que la vida de Cristo es ya vida nuestra aquí en la tierra, y que la vida nuestra es ya vida de Cristo, el cual la ha asumido como suya propia y la tiene consigo en su misma Gloria. ¿Por qué? Porque las dos vidas ya no son más que una vida sola.

Semejante grandeza en nosotros ha requerido el que antes hayamos muerto a lo que no es Dios, es decir, al pecado que en el paraíso nos privó de la vida de Dios. Dios nos creó en su Gracia; pero Satanás en el paraíso nos mató a la Gracia y llegamos a vivir en y para el pecado. Vino después Jesucristo, como nos dice San Pablo, y tomó “nuestro hombre viejo, que fue crucificado con él, a fin de que cesáramos de ser esclavos del pecado” (*Romanos 6,6*). Esto hizo el Bautismo, cuando se nos dio la Gracia “por el Espíritu Santo que se derramó en nuestros corazones” (*Romanos 5,5*). Morimos entonces al pecado, y dejamos de ser esclavos de Satanás.

Así se ha cumplido eso primero que nos ha dicho San Pablo: ‘Están muertos’. ¿Y en qué se convierte esa Gracia, esa Vida de Dios que llevamos dentro? “Escondida con Cristo en Dios”, no puede producir sino frutos divinos. ¿Qué frutos? Podríamos señalar todos los que, con San Pablo, llamamos frutos del Espíritu Santo. Pero, fijémonos en algunos que nos señala el mismo Evangelio.

Primero, el gozo, la alegría y el amor, como nos decía Jesús en aquella sobremesa de la Última Cena: “Les digo todo esto para que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea colmado” (*Juan 15,11*). Si ya estamos en espíritu con Cristo dentro del Cielo, podremos tener en la tierra contratiempos y dolores, pero tristeza, no. Con Cristo tenemos “alegría inenarrable y gloriosa” (*1 Pedro 1,8*), anticipo de la que nos espera en el más allá.

Disfrutamos también la paz, una paz que sólo conoce la buena conciencia. “Les dejo la paz, les doy mi paz, una paz que no es como la que da el mundo” (*Juan 14,27*). Contra el corazón amargado e inquieto por la culpa, el alma con la paz de Cristo “disfruta de la vida como de un banquete de fiesta” (*Proverbios 15,15*), prelude también del banquete eterno.

Con ese gozo y esa paz en el corazón, es imposible no sentir la delicia del amor de Cristo, que se digna admitirnos a su intimidad: “Ustedes son mis amigos; a ustedes los he llamado amigos” (*Juan 15,14-15*). El gran Amigo que tendremos en el Cielo, es ya el Amigo invisible que llevamos a nuestro lado, como los dos de Emaús, en el caminar por este mundo.

El Apóstol nos pide con gran insistencia y con cariño verdadero: “Busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspiren a las cosas de arriba, no a las de la tierra” (*Colosenses 3,1-2*)

Como decíamos antes, muchas veces en nuestras clases de Biblia hemos visto lo

oportuna que hoy resulta semejante recomendación. Porque el mundo de nuestros días en el que nos toca vivir se debate entre anhelos muy contrapuestos.

Por una parte, tenemos la sociedad del bienestar, que abunda en tantos bienes materiales. Por otra, la de los que sufren la pobreza con las consecuencias más dolorosas. ¿Qué hacen unos y otros si no tienen la mirada puesta en los bienes de allá arriba?

Los primeros, cegados por el bienestar de aquí, olvidan su destino eterno y lo ponen en verdadero peligro... Los otros, tienen que soportar una vida que no es digna de los hijos de Dios.

A todos les caen entonces como una bendición las palabras del San Pablo. A los unos: Busquen los bienes eternos de la Gloria, y no los pongan en peligro por los bienes de aquí, que pasan... A los otros: Confianza en Dios, que no los olvida, y les promete y les guarda bienes imperecederos...

Naturalmente, que ese gozo, esa paz y ese amor que disfrutamos en esa nuestra “vida escondida con Cristo en Dios”, junto con ese “gustar las cosas de arriba”, suspirando siempre por ellas, se convierten en esperanza firme, que no nos deja engañados. Un día gozaremos plenamente y en visión de todos esos bienes que ahora disfrutamos en fe, pues nos añade esta palabra de Dios: “Cuando aparezca Cristo, vida suya, también ustedes aparecerán gloriosos con él”.

Este es el horizonte que los creyentes vislumbramos en lontananza. Jesucristo en el Tabor nos dio un anticipo de lo que nos espera. ‘La Palabra del Señor permanece eternamente (*Proverbios* 1,2 5), y si nos ha prometido resucitarnos con Cristo a los que llevamos una vida escondida con Él en Dios, hacemos bien en prestar atención a esta palabra, como a lámpara que luce en la oscuridad, hasta que despunte el día y se levante en nuestros corazones el lucero de la mañana (*2Pedro* 1,19)

La Madre Santa Teresa de Ávila nos lo decía muy bien: “Todo se pasa, Dios no se muda”. Y nadie tan convencido de esta verdad como el que sabe llevar esa vida escondida en Dios, sin apariencias ante los hombres, pero de esperanza firme, que sabe no le va a fallar.

144. “¡Han sido comprados!”. *Somos exclusivamente de Jesucristo.*

Dos interrogantes, dos preguntas, van a encerrar esta lección: ¿De quién somos? De Jesucristo. ¿Y por qué? Porque hemos sido comprados. Jesús pagó por nosotros un gran precio, y seremos de Jesús para siempre. No nos pertenecemos. No somos cosa propia nuestra. Jesucristo nos adquirió con su Sangre, y, para dicha nuestra, seremos propiedad suya para siempre.

Tanto San Pablo como San Pedro tienen unas palabras que parecieran escritas para herir el orgullo de muchos hombres, aunque para nosotros los cristianos constituyan un timbre de gloria. Dice primero Pablo: “¡Han sido muy bien comprados!” (*1Corintios* 6,20 y 7,23). Y escribirá Pedro después: “Han sido comprados no con oro ni plata, sino con la sangre preciosa de Cristo” (*1Pedro* 1,18). Y remacha el Apocalipsis, hablando de aquella multitud de elegidos que entonaban el himno que nadie, sino sólo ellos, podían cantar: “Son los que han sido comprados en la tierra..., los que han sido comprados entre los hombres” (*Apocalipsis* 14,3-4)

Según estas expresiones tan felices de la Biblia, los hombres éramos una mercancía que se la podía llevar el mejor postor. Satanás se la arrebató a Dios en el paraíso; pero vino después un comprador que pagó fuerte, y el demonio no tuvo más remedio que soltar lo que poseía como ladrón astuto.

Aunque se trate de un comprador como Jesucristo, el orgulloso no acepta verse tratado como una pura mercancía. El creyente humilde, sí; el seguidor fiel de Jesucristo se siente ufano al saberse posesión del Rey del Cielo.

Jesucristo, al presentar y vocear los valores del Reino, aconsejaba a sus oyentes que fueran avispados mercaderes, que vendiesen todo lo que tenían para hacerse con la joya más preciosa. Lo interesante es que fue el mismo Jesús quien compró con su Sangre todas las joyas que son el enorme caudal que atesora el Reino. “El Reino de los Cielos se asemeja a un mercader que anda buscando perlas finas, y que, al encontrar una de gran valor, vende todo lo que tiene y la compra” (*Mateo* 13,45-46). El primer y más listo negociante ha sido el mismo Jesús.

El Papa Pablo VI describió a Jesucristo con palabras muy significativas. “En sus afanes de mercader, Cristo se pinta magníficamente a Sí mismo. Cristo se nos presenta como un explorador que viene a recuperar a los hombres perdidos. Cristo persigue a un ser, a un tesoro que se le ha escapado de las manos; y se pinta con el ansia de quien está llevando a cabo la búsqueda febril de lo que para Él es un bien inestimable. ¡El Hijo de Dios busca a los hombres! Nos sigue y nos persigue. El hombre se aleja de Dios; se escapa. Y Dios corriendo detrás de él y recuperándolo. El Señor Jesús se entrega a Sí mismo para recuperar-nos”.

Por todas esas expresiones de la Biblia y del Papa, se ve en seguida hacia dónde apunta todo: a la Cruz, donde Jesucristo ofrece su Sangre como precio de rescate para hacerse con tales tesoros.

Todo arranca del amor de Jesucristo, del que nos dice la Palabra de Dios “que nos ama y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados” (*Apocalipsis* 1,5). San Pablo, más atrevido en su expresión, nos asegura que Dios a Jesucristo “lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuéramos santidad en Dios” (*2Corintios* 5,21). Y viene San Agustín, con su agudeza habitual, y comenta: “¡Qué ganga! En la cruz se realiza un negocio del todo celestial... Muere Cristo en nuestra naturaleza para que nosotros vivamos en la suya... ¡Qué cambio! ¡Vaya lo que dio y lo que recibió! Recibió nuestro nacer, nuestro padecer y nuestro morir, y nos dio lo suyo: renacer, resucitar y reinar para siempre”.

Esto nos lleva, naturalmente, a una consideración muy oportuna: ¿Cuánto vale un alma? ¿Cuánto vale una persona?... Nosotros no llegaremos nunca a valorarla debidamente. Habríamos de abarcar la eternidad de Dios para comprender lo que esto significa. Porque una persona, la más humilde, tiene un destino eterno. ¿Sabemos la desgracia que entraña el que se pierda para siempre? ¿Sabemos la dicha que supone su salvación, en el seno mismo de Dios y con su misma felicidad?...

Lo sabemos por la misma Biblia, la cual nos asegura que Dios “creó al hombre a su imagen. Dios los creó a su imagen, varón y mujer los creó” (*Génesis* 1,27), “Dios creó al hombre para la inmortalidad, y lo hizo a imagen de su mismo ser” (*Sabiduría* 2,23). ¿Por cuánto se valora el cuadro genial de un hombre, la Mona Lisa de Vinci o el Guernica de Picasso?... ¿Y qué tienen que ver estas obras maestras del arte con una imagen inmortal de Dios?...

Jesucristo, que sabía bien todo esto, no dudó un instante en ofrecerse en rescate por todos y por cada uno en particular. “Por ellos me entrego en sacrificio a mí mismo... Porque quiero que donde yo esté, estén ellos también conmigo, para que contemplen la gloria que tú me diste” (*Juan* 17, 19 y 24)

Con estas palabras, Jesús viene a decirnos que a Él le pasaba lo mismo que después dirá de sí su apóstol San Pablo: “Me he hecho todo para todos, a fin de salvar a todos los que pueda” (*1Corintios* 9,22)

¿Y si miramos no ya a la persona de Jesucristo, sino a Dios Padre? De Él nos dice San Pablo “que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (*Romanos* 8,32), y, por lo mismo, “quiere que todos los hombres se salven” (*1Timoteo* 2,4)

Pablo se pone como primer destinatario de esta salvación traída por Cristo, y exclama emocionado: “Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, el primero de los cuales soy yo” (*1Timoteo* 1,15)

Porque Jesús sabía ese precio de una sola persona, y lo que valía su propia Sangre que iba a derramar en la Cruz, tronó de una manera terrible contra los escandalosos, que llevan

a las almas hacia su perdición: “Más le vale al escandaloso que le cuelguen una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y que lo hundan en el profundo del mar. ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo!” (*Mateo* 18,6-7). Y San Pablo, sabiendo lo que es el escándalo y lo que vale el alma de cualquier cristiano, asegura en un arrebatado generoso: “Si la comida es ocasión de escándalo, no comeré carne jamás, a fin de no escandalizar a un hermano mío” (*1Corintios* 8,13)

Todos estos textos de la Sagrada Escritura nos llevan a lo que hemos dicho al principio: Somos joyas compradas con la Sangre de Cristo. Valemos mucho más de lo que nosotros mismos pensamos.

Aunque no nos detenemos en considerar nuestro propio valer, que nos viene totalmente de Dios, sino que sacamos la gran consecuencia que adivinó San Pablo: “Glorifiquen, por lo tanto, a Dios en su cuerpo” (*1Corintios* 6,20). San Pablo se refiere sobre todo a la pureza con que hay que respetar el propio cuerpo, pero lo podemos tomar en el sentido del lenguaje hebreo: decir “cuerpo” es lo mismo que decir la “persona”, nuestro ser entero.

Esto de que no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que somos de otro porque nos compró, no va contra nuestra dignidad humana, o sea, no nos quita nada de nuestra autonomía ni nos limita nuestra libertad. Al contrario, nos dignifica sumamente. Porque sobre ese valor humano con que Dios nos enriqueció por la creación, está el sobrevalor inmenso de la Gracia que nos mereció Cristo al comprarnos con su la Sangre. Esta consideración arrancó a aquel gran Papa de la antigüedad, San León Magno, la frase famosa: “¡Alma, tanto vales!”.

Jesucristo puso en su escala de valores, como lo primero, la gloria de su Padre por la salvación nuestra: éramos las joyas que Él compraba para ofrecerlas a Dios. Nosotros ahora traemos de nuevo la palabra de Jesús: “El Reino de los cielos se parece a un negociante en perlas finas”, y nos viene también a la memoria otra palabra de Jesús en una de sus parábolas: “Negocien hasta que yo vuelva” (*Lucas* 19,13). ¿Somos realmente los buenos negociantes que Jesús quiere? En nuestra escala de valores propia, ¿están como primeros los bienes espirituales, que no pasarán, o seguimos los criterios del mundo, que los coloca en último lugar?...

Valdría la pena acabar la consideración de hoy diciéndole a Dios: “¡Señor! Dame sabiduría para sopesar los bienes de la tierra y los del Cielo! ¿Hacia cuáles quiero que se incline ante todo mi corazón?”...

145. El Juez de la Historia. *Jesucristo nos juzga con su Palabra.*

En el Credo confesamos de Jesucristo: “Y de allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos”. Muy bien, porque ésta es la verdad de nuestra fe. Sin embargo, ahora nos preguntamos: ¿Cuándo comienza Jesucristo el juicio? ¿Espera hasta el fin del mundo? ¿O está ejerciendo ya su juicio?... A la luz de la Biblia vemos que el Juicio ha comenzado ya, y que aquel día postrero no será sino la culminación del juicio que cada día, y con cada uno, va ejerciendo siempre Jesucristo.

Los fariseos habían excluido de la sinagoga a los que creyeran en Jesús (*Juan 9,22; 12,42*), y el Señor amenaza seriamente a los cobardes: “No he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no recibe mis palabras, ya tiene quien le juzgue, y es la palabra que yo he hablado” (*Juan 12,47*). Entonces, ¿qué ocurrirá el último día? Lo dice también Jesús: “Llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz, y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y los que hayan hecho el mal para una resurrección de juicio” (*Juan 5,48-49*)

“Yo no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo”. Es lo mismo que había dicho a Nicodemo: “Dios no ha enviado su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. Quien cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios” (*Juan 3, 17-18*). ¡Qué palabras tan bellas de Jesús! Es como si viniera a decir: “No quiero juzgar a nadie; me duele juzgar; que cada uno escuche mi palabra, y que se juzgue a sí mismo. Yo daré por bien hecho lo que cada uno quiera”.

¿Pensamos bien si discurrimos así?... No dudemos de que esta es la verdad. “Dios es amor” (*1Juan 4,8*), es decir, actúa siempre por amor, y el amor no es capaz de condenar a nadie. Por eso nos expresamos bien cuando decimos: los que “se” pierden, los que “se” condenan. Son ellos mismos los que han elegido su condenación y perdición eternas. Dios no hace sino confirmar lo que ellos han elegido.

Según los textos anteriores del Evangelio, Jesucristo ha propuesto su Palabra a los hombres, y cada uno se convierte en juez de sí mismo: “¿Actúo conforme a la palabra de Jesucristo? Me salvo. ¿Actúo contra la palabra de Jesucristo? Me condeno”. Jesucristo se limitará a decir a cada uno: “Vete al sitio que tú has elegido”.

Esto nos lleva a examinar lo que significa la Palabra de Dios en nuestra vida. El apóstol Santiago nos lo dice con una comparación graciosa: “Quien se contenta con oír la palabra sin ponerla por obra, se parece al que contemplaba los rasgos de su cara en un espejo; efectivamente, se contempló, dio media vuelta y al punto se olvidó de cómo era”. Así de necio e imprudente es el que tiene delante la enseñanza y los mandamientos de Jesucristo y, aunque diga que cree, no cumple nada de lo que el Señor enseña y manda.

Por el contrario, sigue diciendo el apóstol: “Quien considera atentamente la Ley perfecta de la libertad, y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo sino como cumplidor de ella, ése, practicándola, será feliz” (*Santiago 1,23-25*). Esto es el creyente verdadero y ésta es la suerte de quien cumple fielmente lo que Jesucristo manda: felicidad por doquier, en esta vida lo mismo que en la otra, porque libera a quien observa los mandamientos y, con ello, el cumplidor escoge bien su destino eterno.

Ya en el Antiguo Testamento era representada la Palabra de Dios como “Juez”. El caso más notable es la descripción de la muerte de los primogénitos en Egipto: “Cuando un silencio lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu palabra omnipotente se lanzó desde los cielos, desde tu trono real, como guerrero implacable sobre la tierra condenada, empuñando la espada afilada de tu decreto irrevocable, y, cuando se detuvo, todo lo llenó de muerte” (*Sabiduría 18,14-16*)

Viene el Nuevo Testamento y ese concepto adquiere una fuerza mucho mayor. Hemos oído a Jesús que decía: “Yo no juzgo a nadie. La palabra que yo hablo, ésta es la que lo juzgará” (*Juan 12,47*). Jesucristo, por ser la Luz y la Verdad, nos confronta con su Palabra. Es precioso el siguiente texto del Evangelio, que muestra cómo los buenos están divididos de los malos: “El juicio está en que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios” (*Juan 3,19-21*)

La palabra de Jesús nos confronta con nuestras obras de manera tan evidente que no deja subterfugio por donde escaparse, como lo dice otro texto célebre: “La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que una espada de dos filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón. No hay criatura invisible para ella: todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuenta” (*Hebreos 4,12-13*)

Como vemos, la venida de Jesús y su palabra se han convertido en “crisis”, en “juicio”. Jesucristo, que nos quiere salvos a todos, sin condenar a nadie nos tiene divididos en buenos y en malos. Es un Juez que ya ahora actúa con su luz y su verdad en cada alma, dejándonos a todos darle la respuesta que cada uno quiera. Nos trata con suma delicadeza y respeto. Basta confrontarnos con su Palabra, con su voluntad, con sus mandamientos, para que en lo íntimo de la conciencia oiga cada uno la voz del mismo Jesús: “¡Muy bien!”... O quizá: “¡Mal! ¡Ve con cuidado!”...

Volviendo a la comparación de la Palabra que se echó sobre los primogénitos de Egipto aquella noche trágica, en el Nuevo Testamento tenemos dos pasajes que nos trasladan al último día, al Juicio Final, a ese que confesamos en el Credo: “Y de allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos”. El primero es de San Pablo: “Ustedes mismos saben perfectamente que el Día del Señor ha de venir como un ladrón en la noche. Pero ustedes, hermanos, no viven en la oscuridad para que ese día les sorprenda como ladrón, pues todos ustedes son hijos de la luz e hijos del día. Nosotros no somos de la noche ni de las tinieblas” (*1 Tesalonicenses*

5,2-5). Y el otro texto lo vemos en el último libro de la Biblia cuando con imagen viva nos describe a Jesucristo que vendrá a juzgar públicamente a todos: “Vi el cielo abierto, y había un caballo blanco: el que lo montaba se llama “Fiel” y “Veraz”, y juzga y combate con justicia. Su nombre es: La Palabra de Dios” (*Apocalipsis* 21,11-13)

Así se llegará al fin del mundo, y así nos presentaremos ante el Juez que, según la Biblia, “ese día juzgará las acciones secretas de los hombres” (*Romanos* 2,16), porque lo sabe todo y lo ha visto todo, “ya que sus ojos son como llama de fuego” (*Apocalipsis* 1,14). La palabra de Dios es clara a más no poder: “Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal” (*2Corintios* 5,10)

El Evangelio nos ha dejado escenificado aquel Juicio último de manera imborrable (*Mateo* 25, 31-46). Ahora el Juez de la Historia aparenta callar, y calla de hecho. Sólo habla en lo íntimo de las conciencias. Dios deja que los hombres, las naciones, las sociedades obren ahora libremente. Pero aquel Día aparecerán sus intenciones divinas y sus designios amorosos de salvación. Jesucristo declarará a la vista de todos lo que todos hicieron por Él o bien contra Él. ¡Cuántos heroísmos realizados por amor a Jesucristo se llevarán un aplauso inmenso! Pero, ¡ay!, cómo aparecerán también las maquinaciones de todos los que se opusieron al Reino de Dios...

En la escenificación descrita por Mateo, aparece la sentencia inapelable que dirá a los de la derecha como a los de la izquierda: “¡Vengan, benditos de mi Padre a poseer el reino que les está preparado desde el principio del mundo!”. “¡Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para Satanás y sus ángeles!”. La sentencia será ejecutada sin más: “E irán éstos al castigo eterno, y los buenos a la vida eterna”.

Habrá concluido la Historia. Jesucristo, el Salvador de todos, el que murió por todos, el Hijo del “Dios que quiere que todos los hombres se salven” (*1Timoteo* 2,4), no hará otra cosa sino declarar a la faz de todo el mundo la sentencia que cada uno se habrá preparado a sí mismo. ¿Hay un Juez más justo, a la vez que más amoroso?...

146. De Oriente a Occidente. *La Eucaristía profetizada por Malaquías.*

¿Queremos conocer una profecía sobre Eucaristía en el Antiguo Testamento? ¿Y queremos saber lo que nos exige esa profecía, según el espíritu con que está contenida en la Sagrada Escritura? Lo vamos a entender muy bien al leer unas palabras del profeta Malaquías. Con unas expresiones muy sobrias, Dios nos dirá lo que tiene que ser el culto cristiano, centrado todo él en el Sacrificio de Jesucristo Redentor.

No es la primera vez que, en nuestro Curso de Biblia y en nuestros comentarios de la Sagrada Escritura traemos unas palabras del profeta Malaquías, el cual nos dice, nada más empezar su escrito: “Ustedes no me agradan y no acepto la ofrenda que me traen, dice el Señor Todopoderoso. Desde Oriente es grande mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar ofrecen a mi Nombre sacrificios de incienso y de oraciones puras, pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice Yahvé el Todopoderoso” (*Malaquías* 1,10-11)

¿Qué pensar de estas palabras de Malaquías? Un comentario muy autorizado de la Casa de la Biblia, dice textualmente: “Es una afirmación de extraordinario vigor y osadía, fuente de inspiración para describir la dimensión universal del sacrificio eucarístico cristiano como cumplimiento de la profecía de un sacrificio de todas las naciones, agradable al Señor”.

Para entender esta queja, amenaza y promesa nos tenemos que situar en los días del profeta. Se encuentra éste ante un culto corrompido en el Templo de Jerusalén, unos cuatrocientos cincuenta años antes de Jesucristo. Los culpables de esa situación son los sacerdotes del Templo, que explotan a un pueblo pobre cuando va a presentar sus ofrendas ante el altar de Yahvé. Por otra parte, muchos creyentes no judíos, paganos de las naciones, ofrecen a Dios un culto sincero. Y viene a decir ahora el profeta, de parte del Señor: “¿Sí?... ¿Creen ustedes que sólo Israel me puede honrar? También en otros pueblos va a ser grande mi Nombre, y yo me voy a preparar entre ellos un sacrificio que me agrada de verdad”. Este es el sentido que tienen las palabras de Malaquías.

Ahora bien, ¿cómo podemos entender semejante profecía? ¿Tiene que ver algo con el culto cristiano de la Eucaristía? La Liturgia nos da una pista muy firme. En la Plegaria Eucarística Tercera decimos al pie de la letra antes de la consagración: “Por Jesucristo tu Hijo, Señor nuestro, con la fuerza del Espíritu Santo, das vida y santificas todo, y congregas a tu pueblo sin cesar, para que ofrezca en tu honor un sacrificio sin mancha **desde donde sale el sol hasta el ocaso**”. Usando las mismas palabras del profeta, la intención y la interpretación de la Iglesia no pueden ser más claras.

Así las cosas, ¿se ha cumplido esta profecía tan singular de la Biblia? Es un placer contemplar incontables iglesias y capillas esparcidas por todas las naciones de la tierra, en las cuales, a todas horas, en una parte o en otra, se repite la acción de Jesús en la Última Cena y se hace presente sobre multitud de altares el mismo Sacrificio de la Cruz. Como hiciera el día de Navidad en nuestras tierras uno de aquellos legendarios misioneros, el agustino Pa-

dre Agustín Gormaz, llegado a México en 1544. “Dijo la primera Misa en Chilapa, la segunda en Atliztaca, que dista de Chilapa seis leguas; la tercera la celebró a las doce del día, habiendo caminado quince leguas, y todo a pie, por la más áspera tierra en todo el mundo”. Por entonces, hacía dos mil años que Malaquías había asegurado: “En todo lugar”, y el ignorado México en el siglo quinto antes de Jesucristo distaba de Jerusalén muchos miles de kilómetros. ¿Se iba cumpliendo la profecía?...

Israel, cuando ofrecía el culto con sinceridad, agradaba sumamente a Yahvé su Dios. Y así, decía el mismo Dios: “¡Tus sacrificios están siempre ante mí!... Me honra quien sacrifica dándome gracias” (*Salmo 49,8.23*). Pero ya se ve, esos sacrificios, ofrecidos con la mejor voluntad, no podían ser dignos de Dios ni satisfacerle cumplidamente. Esto se dará únicamente cuando venga Jesucristo, Hombre y Dios, y diga al Padre: “No has querido sacrificio ni oblación, pero me has formado un cuerpo. Como no te agradaron holocaustos ni sacrificios por el pecado, dije entonces: ¡Aquí vengo, a hacer, oh Dios, tu voluntad!” (*Hebreos 10,5-7*). En adelante, con la Cruz, Dios recibirá “todo honor y toda gloria”.

Vendría sobre el mundo un culto a Dios muy superior al judío, el cual “consistía en comidas y bebidas, y sobre abluciones de todo género, impuestas hasta el tiempo de la renovación” (*Hebreos 9,10*). En un culto así, es fácil que se introdujeran los abusos que denunciaba el profeta: “Presentan en mi altar pan impuro... Hacen que la mesa de Yahvé sea despreciable... Traen víctimas maltrechas... Vienen con eso en sus manos, ¿y quieren que yo les esté agradecido?”... Ante semejantes desafíos, Dios mismo apostrofa: “¡Yahvé es grande más allá del término de Israel!” (*Malaquías 1, 5. 7-9*)

Ante esta situación, que nunca hubiera tenido remedio, “se presentó Cristo como sumo sacerdote de los bienes eternos” (*Hebreos 9,11*), y ahora sí, ahora Dios, con el sacrificio de Jesucristo que es Sacerdote, Víctima y Altar, tendrá una gloria plena, universal, porque todos los pueblos se la van a ofrecer en su honor y para obtener todos sus favores.

Jesús adelanta en la Última Cena el sacrificio que va a ofrecer en el Calvario, y encarga a los Apóstoles y a sus sucesores en el sacerdocio ministerial: “Hagan esto mismo que yo he hecho como memorial mío” (*1 Corintios 11,25*). Entonces, con este Pan y este Vino, el Cuerpo y la Sangre del Señor en nuestras manos, podemos presentarnos ante Dios, y le decimos:

“¡Bendito, y alabado, y amado seas, Dios nuestro, por todas las criaturas del cielo y de la tierra!”. Y de esta manera nuestra adoración es perfecta y le damos a Dios “todo honor y toda gloria”, como decimos en cada celebración eucarística.

“¡Gracias, Dios nuestro, por el beneficio inmenso de la Redención, y por todos los dones de naturaleza y gracia con que nos has enriquecido!”. Y así, ofreciéndole a Dios su propio Hijo, no tenemos nada más que darle ni Dios puede recibir nada más como muestra de nuestro agradecimiento.

“¡Por este Cuerpo destrozado, por esta Sangre derramada, glorificados ahora en el Cielo y presentes en el altar, perdona, Señor a los pecadores, salva a os moribundos, libera a las almas del Purgatorio!”. Y con semejante plegaria, aplacamos a Dios, que, compadecido y plenamente satisfecho, hace a todos los hombres beneficiarios de la salvación.

“¡Señor Dios nuestro! Que te conmuevan todas las angustias del mundo. Y acoge las preces de todos los que te suplican, desde las del Papa y las de toda tu Iglesia, hasta las del último de los creyentes”. ¿Puede Dios negarnos cualquier petición, que le hace el mismo Jesucristo puesto en nuestras manos?...

No hemos poetizado con la Palabra de Dios al comentar así, con estas oraciones y súplicas, el mandato de Jesús: “Hagan esto como memorial mío”. Porque esto es lo que hizo Jesucristo en la Cruz: adorar a Dios de una manera total al someterse al Padre como Hombre-Dios; agradecerle a Dios todos sus dones quien se encarnó y se metió en medio de todas las cosas como centro de la creación; satisfacer y pagar a Dios por los pecados de todos sus hermanos, que eran incapaces por sí mismos de merecer la salvación; y pedirle a Dios por nosotros, de manera que hasta le obligara a cumplir su promesa: “Pidan lo que quieran, y lo alcanzarán”... “Todo lo que pidan al Padre en mi nombre se lo concederá” (*Juan 15, 7 y 16*)

Preciosa esta profecía de Malaquías, que tuvo un intérprete magnífico en el inolvidable Papa Juan Pablo II, el cual, en su última encíclica sobre la Eucaristía, nos dejó escrito este párrafo autobiográfico: “Cuando pienso en la Eucaristía, mirando mi vida de sacerdote, de Obispo y de Sucesor de Pedro, me resulta espontáneo recordar tantos momentos y lugares en los que he tenido la gracia de celebrarla. Recuerdo la iglesia parroquial de Niegowig, donde empecé mi primer encargo pastoral, la colegiata de San Florián en Cracovia, la catedral de Wawel, la basílica de San Pedro y muchas basílicas de Roma y del mundo entero. He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado en altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar incesantemente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, *sobre el altar del mundo*. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación” (*EDE, 8*)

Lo del Papa lo puede asegurar cualquier sacerdote..., igual que lo podemos decir nosotros los laicos, porque nos unimos plenamente al sacrificio eucarístico ofrecido en nombre de todos por los ministros consagrados.

147. Jesucristo, nuestro Hermano. *El humilde de corazón.*

¿Es Jesucristo un “Hermano” nuestro verdadero? ¿O es éste un nombre que se da a Sí mismo como una simple comparación? Digamos desde el principio que Jesús es esto: un perfecto Hermano nuestro. Nada de comparaciones. Nada de simbolismos. Es una realidad que en la Sagrada Biblia aparece con claridad meridiana. Por ser Hermano nuestro pudo salvarnos. Y por habernos salvado, nos llama con orgullo divino hermanos suyos.

“Vete, y diles a mis hermanos” (*Juan* 2019). Esta palabra, “hermanos”, la pronuncia Jesús una vez resucitado. ¡Hay que ver la importancia que tiene para entender la psicología de Jesús y la realidad de la Revelación!

Cualquiera diría que antes, sí; antes, en vida mortal, cuando Jesús compartía con los discípulos todas las fatigas y debilidades de los hombres, estaba puesto en razón que pasara como uno de nosotros y nos pudiera llamar “hermanos”. Sin embargo, no lo hacía. Nunca se llama así hasta ahora, cuando ha resucitado y está encumbrado en lo alto de los cielos.

Esto parece demasiada benignidad. Sin embargo, es la realidad más grande. Jesús es “el Primogénito entre muchos hermanos” (*Romanos* 8,29)

Veladamente, lo ha dicho por primera vez en la cruz, cuando se declara hijo de María y nos encomienda a nosotros como hijos al Corazón de su misma Madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo; Juan, ahí tienes a tu Madre” (*Juan* 19,26-27). ¿Una misma Madre de Jesús y nuestra? Luego, hermanos Jesús y nosotros.

“¡Hermanos!”. Así es. Pero vamos a hacer una distinción. En el momento de la Encarnación, al tomar el Hijo de Dios nuestra naturaleza en el seno de María, Jesús empezó a ser hermano nuestro por la simple razón que tenía esa naturaleza humana nuestra. Lo dice así la Carta a los Hebreos: “Santificador y santificados, tienen todos un mismo origen” (*Hebreos* 2,21). Biológicamente, fisiológicamente, Jesucristo y nosotros descendemos del mismo padre Adán.

Sin embargo, Jesús se llama por primera vez “Hermano” nuestro a partir de la Resurrección. ¿Por qué? Ahora lo es espiritualmente por un nuevo título mucho más grande. Habiéndonos merecido la Gracia con su muerte y su resurrección, nos ha hecho de veras hijos de Dios, y Jesús ha quedado constituido en verdad el “Primogénito entre muchos hermanos” (*Romanos* 8,29). San Pablo nos lo repite con estas palabras tan ponderativas: “Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por todos y está en todos” (*Efesios* 4,5). ¡Qué Hijo el que nos ha hecho hijos de tal Padre!...

Ya no somos nosotros los pobres hijos de Adán y de Eva, y Jesús el solo Hijo de Dios. Los hermanos pobres hemos sido elevados a categoría divina, por la benignidad del Hijo de Dios que, al descender a nuestra humilde miseria, nos subió a las mayores alturas. Jesucris-

to no es el único hermano rico y feliz, y los otros unos pobretones sin herencia. ¡Todos somos iguales desde que Jesús nos ha metido en la Gracia y en la Gloria de Dios!

No nos damos cuenta de lo revolucionaria que es esta doctrina en comparación del Antiguo Testamento. Yahvé era el Dios de las alturas, al cual nadie se podía acercar. Si Dios quería que se le acercase el hombre, o el hombre había de acercarse a Dios, la función la realizaba el Sumo Sacerdote, que se alejaba del pueblo y penetraba solo totalmente en el Santuario para hablar con Dios, según estas expresiones de la Biblia: “Los israelitas no se volverán a acercar al Santuario; lo hará solamente Leví”, el sumo sacerdote (*Números* 18,22-23). “Que Aarón no entre en cualquier fecha en el Santuario”, sino con las condiciones requeridas (*Levítico* 16,2)

Viene ahora el Nuevo Testamento, y Jesús lo revoluciona todo. El Sumo Sacerdote, Jesucristo, es nada menos que Dios; y es también Hombre como nosotros. Por lo mismo, los hombres y Dios, por Jesucristo Hermano nuestro, nos podemos tratar de tú a tú; ya no hay barreras que nos separen.

Por esto también, si queremos leer el Evangelio y entenderlo adecuadamente, lo hemos de hacer en clave de humildad y mansedumbre por parte de Jesucristo. No queramos mirar siempre al Jesucristo triunfador y glorioso. Dejemos eso, como una esperanza y una seguridad, para la eternidad. Ahora lo tenemos que mirar más bien como el Jesús de Nazaret, como el hijo de María, como el trabajador del taller, como el que se fatiga y suda y tiene hambre, sed y sueño, y, sobre todo, como el que muere en la cruz. ¿Para qué hace Jesús todo esto? Escuchamos la palabra de Dios: “Por esto tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que toca a Dios, y expiar los pecados del mundo. Pues, habiendo pasado él la prueba del sufrimiento, pudo ayudar a los que la están pasando” (*Hebreos* 2,17)

Hay dos profetas en el Antiguo Testamento que intuyeron bien esta sencillez con que el Cristo futuro se iba a presentar. Uno lo describía: “¡Exulta sin freno, Sión; grita de alegría, Jerusalén, que viene a ti tu rey, justo y victorioso, humilde y montado en un asno” (*Zacarías* 9,9). E Isaías, más aún que Zacarías: “No vociferará ni alzaré el tono, y no hará oír en la calle su voz. No partirá la caña quebrada, ni apagará la mecha mortecina” (*Isaías* 42,2-5). Esta humildad y mansedumbre de Jesús la ensalza San Juan Crisóstomo con esta bella expresión: “sus palabras son capaces de cambiar un león en un cordero”.

Digamos que no podía ser de otra manera. Porque Jesús tenía el corazón más sensible que ha podido existir. Los sentidos corporales, los afectos, las pasiones de Jesús anidaban en un cuerpo y en un alma de la delicadeza más exquisita. Desde el momento que era impecable, cuerpo y alma de Jesús eran lo más apto para todas las sensaciones del gozo y del dolor que puede experimentar un hombre.

Y al manifestar exteriormente lo que sentía por dentro, Jesús arrastraba a todos hacia Sí. Catervas de enfermos, grupos bulliciosos de niños, pecadores innumerables. Como explica San Jerónimo, “el secreto imán de su benignidad divina y humana a la vez, arrastraba detrás

de sí a todos”, pues, como dice también San Agustín, usaba “autoridad de padre y afecto de madre”.

Cuando enseñaba, “estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca” (*Lucas 4,22*), y las turbas “quedaban asombradas de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (*Marcos 1,22*). Jesús, un hermano lleno de amor, no imponía, persuadía; no exigía, atraía; no vencía, convencía.

Aunque donde llevó su amor fraterno al colmo fue en la cruz. Para eso se hizo Hombre y Hermano nuestro: para cargar con nuestros pecados, expiarlos, y hacer de nosotros, enemigos de Dios, unos hijos en el Hijo querido. Aunque éramos esto, enemigos de Dios, “no se avergonzó de llamarnos hermanos” (*Hebreos 2,11*), de modo que participó de todas nuestras miserias, desde el nacimiento en una cueva hasta la horrenda muerte en un patíbulo. “No se avergonzó de los hombres sus hermanos”. Nada más abrimos el Evangelio de Mateo, ¡nos encontramos cada pieza entre los ascendientes de Jesús! Pecadores de categoría. Y pregunta el gran Obispo y Padre de la Iglesia San Juan Crisóstomo, con su elocuencia acostumbrada: “¿Qué haces, Mateo, con recordarnos estas historias?”. A lo que responde el Evangelista: “Y eso, ¿qué tiene que ver? Si precisamente vino él a la tierra no para huir de nuestras deshonras, sino para tomarlas sobre sí mismo. Al dignarse tener parientes tales, proclama que no le avergüenza nada nuestro, ninguna de nuestras miserias”.

Allí, en la cruz, dice hermosamente San Agustín, proclamó su amor a los hermanos de una manera clamorosa: “A tambor batiente rompe el Crucificado la sordera de los más duros corazones”. O, como diría después un escritor célebre, “aquellas cinco llagas no son sino otras tantas bocas con la cuales Jesús está jurando que nos ama” (*Padre Nieremberg*)

Pacificando entonces todas las cosas del Cielo y de la tierra, establecida la paz entre Dios ofendido y el hombre pecador, Jesucristo ha realizado como nadie ha podido hacerlo la “Fraternidad universal”. Hijos de Dios en el Hijo, hermanos de Jesús, estamos en paz con Dios por nuestro Señor Jesucristo” (*Romanos 5,1*), y estamos en paz con todos los hombres. Porque la cruz, que era la suma violencia que inventó el hombre, se convirtió, por Jesús, en la renuncia total a la violencia. Ahora nos amamos los hombres como nos amó el mismo Dios. ¡Juntos como hermanos!...

148. En marcha hacia Dios. *El motor de la fe, la esperanza y el amor.*

Continuamente oímos en la Iglesia hablar de la fe, la esperanza y la caridad, virtudes que llamamos “teologales”. ¿Nos las hemos inventado nosotros, o son más bien una enseñanza fundamental de la Biblia? Decimos, desde un principio, que ellas son el fundamento de toda la vida cristiana, y que en la enseñanza de los apóstoles ocupaban un lugar de primer orden. Con ellas caminamos hacia Dios de manera imparable.

En una de las páginas más bellas, más profundas y, por eso mismo, más leídas de toda la Biblia, como es el capítulo trece de la Primera Carta de San Pablo a los de Corinto, nos encontramos con estas palabras: “Ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad: estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad” (1Corintios 13,13). “Caridad”, lo sabemos muy bien, es lo mismo que “amor”.

¿Qué quiere decirnos el apóstol San Pablo? Nos dice en otra carta: “Por medio de la fe hemos recibido la justificación..., y la esperanza no nos falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Romanos 5,1-5)

Ese Espíritu Santo que se nos ha dado nos hace santos como lo es Él. Es lo que llamamos en lenguaje cristiano la vida de la Gracia, o sea, la vida de Dios en nosotros, porque somos hijos adoptivos suyos.

Ahora bien, si Dios es nuestro Padre, si nos ha dado su vida, si nos llama hacia Él, si nos quiere meter en su gloria, ¿cómo desarrolla su vida en nosotros, cómo nos arrastra hacia Sí, cómo nos va a tener siempre consigo?... La respuesta la tenemos en esas virtudes que, junto con la Gracia, nos ha dado en el Bautismo, es a saber: la fe, la esperanza, el amor, llamadas “teologales”, porque no las hemos adquirido por nosotros mismos y con nuestro esfuerzo, sino que nos han venido directamente de Dios.

Volvamos al principio: ¿Por qué San Pablo dice que ahora permanecen las tres: la fe, la esperanza y la caridad, y que la caridad es la mayor de las tres? Porque la caridad, el amor, durará para siempre, mientras que desaparecerán, también para siempre, la fe y la esperanza. ¿Por qué? Es muy sencillo de entender.

Si después de la muerte y ya en el Cielo, vemos a Dios, ¿qué tendremos que creer? Nada, porque lo veremos todo.

Si poseemos a Dios, y a Dios no nos lo podrá quitar nada ni nadie, ¿qué tendremos que esperar? Nada, porque lo tendremos todo para toda la eternidad.

¿Qué nos quedará entonces? Sólo el amor. Un amor inmenso e indecible a Dios, y un amor también inefable a los ángeles y a los santos, compañeros nuestros para siempre y participantes de la misma felicidad divina. En el Cielo no diremos nunca: “¡Dios mío, creo en ti! ¡Dios mío, espero en ti!”. Esto lo decimos ahora. Entonces no le diremos otra cosa, sino: “¡Dios mío, te amo, te amo, te amo!”...

El amor será el coronamiento de toda la vida cristiana y divina que desarrollamos ahora en el mundo. San Agustín lo dice muy expresivamente: “El templo de Dios, *la vida del alma*, se fundamenta y empieza por la fe, se construye por la esperanza, y se termina por el amor”. Es como si dijera: “Creemos en Dios, y, porque creemos en Dios, nos damos del todo a Dios; sabemos lo que Dios nos promete, y, porque es tan grande lo que nos ofrece, corremos jadeantes detrás de ello hasta conseguirlo; “Dios es amor”, y un amor tal, que le queremos apasionadamente, con un amor que está sobre todos los demás amores”.

Miremos a contra luz la desgracia del que se ha perdido junto con Satanás. Nos la hacen entrever estas palabras trágicas del apóstol Santiago: “También los demonios creen y tiemblan” (*Santiago 2,19*). Al final, en nosotros habrán desaparecido la fe y la esperanza, ya perfectamente inútiles: con el amor tendremos bastante. Al demonio y al condenado les pasará todo al revés. Experimentarán la presencia terrible de Dios, pero sin la más pequeña esperanza de verlo, y viviendo en un odio espantoso con incapacidad absoluta de amar.

Hecha esta observación sobre los condenados, seguimos con nuestro propósito: ¿Qué vienen a ser estas tres virtudes teologales? Lo decimos con una comparación. Son un motor potentísimo, con la fuerza de centenares y de miles de caballos, que hacen correr al alma detrás de Dios de manera imparable.

Y empezamos con dos pasajes de San Pablo a sus queridos discípulos de Tesalónica. Como el demonio nos quiere perder a todo trance en su misma condenación y nos ataca furiosamente, nos pide el Apóstol estar pertrechados contra él precisamente con las tres virtudes teologales: “Revistámonos con la coraza de la **fe** y del **amor**, y cubramos nuestra cabeza con el casco de la **esperanza** de la salvación”. Aunque Pablo no tenía miedo, pues había empezado su carta así: “Tenemos presente ante Dios y Padre el obrar de su **fe**, el trabajo difícil de su **amor**, y la tenacidad de su **esperanza** en Jesucristo nuestro Señor” (*1Tesalonicenses 5,8; 1-3*)

La vida cristiana, la huida del mundo, el vencimiento de la tentación y del pecado, la guerra que nos viene de los no creyentes o cristianos flojos, la práctica de la virtud y del deber de cada día, en una palabra, el seguimiento de Cristo, no son nada fáciles. Pero el que tiene fe, y se empeña en conseguir la santidad y con la santidad la Gloria, ama sobre todo a Dios y a Jesucristo, y con ello lo vence todo. Es clásico a este propósito otro texto de San Pablo: “Nosotros tenemos **esperanza** en la santidad anhelada, Porque siendo de Cristo Jesús, lo que importa es la **fe** que actúa por el **amor**” (*Gálatas 5,5-6*)

Este trabajar con fe y esperanza, en continuo movimiento por el amor, es un secreto que lo saben vivir multitud de cristianos en su quehacer de cada día: en la oración, en el trabajo, en la vida familiar. Y es natural. Precisamente porque viven en la Gracia de Dios, y la Gracia va siempre acompañada de las tres virtudes teologales que les comunica de continuo el Espíritu Santo. Así le enardecía San Pablo a su discípulo: “Arrebata la vida eterna para la cual fuiste llamado” (*1Timoteo 6,12*). Se lucha así con denuedo porque se cree, porque se espera y porque se ama. El que no tiene fe, ni esperanza ni amor, ¿por qué y para qué se va a molestar en la vida”...

El único que agrada a Dios es el que tiene fe. “Sin fe es imposible agradar a Dios” (*Hebreos* 10,38), mientras que “El justo vive de la fe” (*Romanos* 1,17). Esa fe “es el fundamento de las cosas que se esperan” (*Hebreos* 11,1). Quien tiene esperanza, nacida de la fe originada en Cristo Resucitado, es el único que suspira y trabaja por la vida eterna, como nos dice este precioso texto de San Pedro: “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo nos ha regenerado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, reservada en el cielo para ustedes, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación” (*1Pedro* 1,3-5)

Pero el amor es ciertamente lo más importante. Desde el momento que “Dios es amor”, “todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios”. Y como el amor de Dios, siendo único, tiene dos vertientes, Dios y el hermano, que es imagen de Dios, miente quien dice “Yo amo a Dios” y, “sin embargo, no ama al hermano” (*1Juan* 4,7-8.20). Por eso, todo el incomparable capítulo trece de la Primera Carta de Pablo a los de Corinto, igual que este cuarto de la Primera Carta de Juan, hablan indistintamente del amor de Dios y del amor del hermano. Y es un amor de obras, no de palabras sentimentales.

Así las cosas, y con la Palabra de Dios tan explícita en la Biblia, no nos equivocamos al llamar a la fe, a la esperanza y a la caridad el “motor potente” que empuja hacia Dios toda nuestra vida cristiana. En marcha constante hasta conseguir la Vida Eterna, la Iglesia pone en nuestros labios esta oración tan profunda, completa, eficaz y tan bíblica en su brevedad: “Dios todopoderoso y eterno, aumenta nuestra fe, esperanza y caridad; y, para conseguir tus promesas, concédenos cumplir tus preceptos”.

No hay gracia más grande que podamos pedir a Dios. Con ella tenemos la salvación en las manos. Esas tres virtudes nos hacen vivir ya en realidad dentro de los cielos, donde está enclavada el áncora de manera firmísima, por más que las olas nos quieran engullir en el abismo. Ante Dios, ante su faz que nos sonrío, repetimos muchas veces con honda convicción: “¡Creo, espero y amo!”, aunque sabemos que, al fin, no quedará prendida en nuestros labios sino la última palabra: ¡Amo!...

149. “¡Hágase tu voluntad!”. *El punto central del Padrenuestro.*

El Padrenuestro es la oración que Jesús puso en nuestros labios, y nosotros la rezamos continuamente. Pero, al examinar esta oración única, imprescindible, insuperada e insuperable, ¿nos damos cuenta de cuál es la petición más importante? No lo dudamos un momento, y decimos que es ésta: “¡Hágase tu voluntad!”. En ella está encerrado todo el plan de la Biblia: la salvación del mundo y la de cada uno de los hombres.

La oración más bella, ¡es nada menos la que nos enseñó Jesús!, y la más llena de amor de Dios y a Dios, es también la más seria y la más exigente de todas, la cual tiene como núcleo central esta petición: “¡Hágase tu voluntad!”. Esa voluntad divina que muchas, muchísimas veces, es totalmente contraria a nuestros gustos, aunque la voluntad de Dios sea siempre, ¡lo es siempre!, el querer salvarnos a todo trance.

El miedo que le causaba al simpático predicador esta petición lo experimentó antes el mismo Jesús, el cual decía entre angustias indecibles allá en Getsemaní: “Padre, si es posible, que pase de mí esta copa sin que yo la beba; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (*Lucas 22,42*). Lo decía entonces con la misma convicción de toda su vida, como lo expresó con frecuencia: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (*Juan 4,34*)

Tal como está el Padrenuestro en los Evangelios de *Mateo 6,7-13* y *Lucas 11,2-4*, pareciera que Jesús improvisó la oración para enseñarla. Pero más bien podríamos decir que era una plegaria ordinaria suya, al menos en las primeras peticiones, como expresión de su estado habitual de ánimo: un desahogo filial: “Padre!”; una ansia enorme de glorificarle: “Santificado sea tu nombre”; una gran ilusión por la implantación del Reino: “Venga a nosotros tu Reino”; un entregarse del todo al cumplimiento de su misión: “Hágase tu voluntad”; y un confiarse a la Providencia del Padre en las necesidades de la vida: “Danos hoy nuestro pan de cada día”.

Tanta importancia tiene en el Evangelio el cumplimiento de la voluntad de Dios, que el mismo Jesús la pone como cimiento en la constitución de la nueva familia de Dios, por encima de cualquier lazo de sangre: “¿Quién es mi madre y mis hermanos?... Y mirando a los que estaban a su alrededor, dice: Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (*Marcos 3,33-35*)

¿Qué significa en la Biblia la “Voluntad de Dios”, el querer de Dios? Es lo que María expresó al mensajero celestial: “Que se cumpla en mí según tu Palabra”. Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, “Palabra de Dios” es muchas veces equivalente a “Voluntad de Dios”. Conviene que tengamos esto claro al leer la Sagrada Escritura.

El “Hágase tu voluntad” está íntimamente ligado a la petición anterior: “Venga a nosotros tu Reino”. Y esta petición, a su vez, es la manifestación y realización de la plegaria

primera: “Santificado sea tu nombre”. Dios será plenamente glorificado con el Reino cuando Jesucristo se lo entregue completado del todo, salvados todos los elegidos, que es lo buscado por Dios a través de la Historia de la Salvación.

Esta voluntad de Dios se ha de cumplir lo mismo a nivel personal que a nivel social. Cada uno, al buscar la propia salvación en el cumplimiento de la voluntad de Dios, busca también el ordenamiento del mundo según el querer de Dios, de modo que el mundo no ponga estorbos a la voluntad de Dios, “el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento pleno de la verdad” (*1 Timoteo 2,4*)

Para esto mandó Dios su Hijo al mundo, “para que el mundo se salve por él” (*Juan 3,17; 12,47*), y Jesús se esforzó en cumplir ese querer de Dios, pues decía: “porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que él me ha dado. Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él tenga vida eterna y que yo lo resucite en el último día” (*Juan 6,38-40*)

Hemos empleado antes la palabra “estorbos” para significar los obstáculos que pone el hombre al plan de salvación trazado por Dios. Y estos estorbos, decíamos, lo mismo se dan a nivel personal que a nivel social.

Empezamos por lo último: ¿está respondiendo el mundo a la voluntad de Dios que lo quiere salvar? Habríamos de decir muchas cosas sobre esto.

Miramos las legislaciones que se imponen los pueblos con sus leyes constitucionales. Cuando no están conformes con los Mandamientos inapelables e imprescriptibles de Dios y con la verdad enseñada por Jesucristo; cuando no respetan todos los derechos humanos; cuando aceptan institucionalizada la injusticia..., entonces, no se cumple la voluntad de Dios, se retarda la implantación del Reino y hasta se deshace la obra cristiana y social ya conseguida. La laicidad de un Estado, hoy aceptada normalmente, no puede prescindir del querer manifiesto de Dios.

Nada decimos de las costumbres sociales introducidas libremente por los hombres cuando van directamente contra el Evangelio, desde la explotación de la mujer y del niño hasta la pornografía en el Internet... Jesús se muestra serio de verdad: “¡Hay del que causa el escándalo!”... Porque es voluntad de su Padre celestial que no perezca ni uno de estos inocentes” (*Mateo 18,7 y 14*)

Al hablar del “Hágase tu voluntad” en el Padrenuestro como oración individual, nos viene a la mente sin más la palabra aquella de Jesús en el Sermón de la Montaña: “No todo el que me diga: ¡Señor, Señor!, entrará sin más en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre” (*Mateo 7,21*). San Pablo nos concretiza bien este querer de Dios, el Reino dentro de nosotros mismos, cuando nos dice: “Esta es la voluntad de Dios: que sean santos” (*1 Tesalonicenses 4,3*). Dios nos pide lo concerniente a nuestra santificación y salvación a la vez que nos alarga su gracia, y nosotros, con generosidad, no le ponemos resis-

tencia en lo que nos pide y nos quiere dar para nuestro bien. Por eso le decimos con sinceridad: “Quiero hacer lo que quieres Tú, mi Dios, y no lo que quiero yo”.

Con esto, vemos la voluntad de Dios en todo lo que nos sucede, y entonces no nos da miedo nada, pues se cuenta con Dios para todo, aunque sea lo más temible que nos pueda ocurrir. Y repetimos siempre una de las oraciones más sorprendentes de la Biblia, la de Job cuando cayeron sobre él todas las desgracias: “Dios me lo dio, Dios me lo quitó. ¡Bendito sea su nombre!” (*Job 2,21*). Con una disposición semejante, se descansa en los brazos de Dios mejor que el niño sobre el seno de su madre, conforme a lo del salmista: “Modero mis deseos, como un niño junto a su madre” (*Salmo 131,2*)

Dios se ha mostrado sumamente amoroso al hacernos conocer su voluntad no solamente con los Mandamientos y las enseñanzas de Jesucristo en el Evangelio, sino también por medio de la conciencia, un don del que gozan todos los hombres, hasta los paganos que nunca han oído hablar del Dios verdadero, pero al que adivinan y sienten dentro de sí mismos. El Concilio, en aquella famosa Constitución sobre el mundo moderno (*GS,16*), nos lo dijo con unas palabras luminosas:

“En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, y evita aquello. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente”.

¡Cuántos paganos se habrán salvado por obedecer a esta ley tan amorosa y delicada de Dios! Porque serán juzgados por Dios, “conforme a esa ley escrita en su corazón y atestiguada por su conciencia” (*Romanos 2,15*). Cuando hablan sinceramente con ese Ser Supremo, mientras escuchan la voz del propio corazón, en realidad no hacen otra cosa que repetir, a su manera, la palabra de Jesús: “¡Hágase tu voluntad!”.

¡Qué paz se siente cuando al hablar con Dios, le podemos decir: “¡Padre, te quiero! Y porque te quiero, quiero también hacer siempre tu voluntad, lo que a ti te agrada”...

150. “De la cual nació Jesús”. *María, la Madre del Dios-con-nosotros.*

¿Por qué María es la Mujer más grande que ha existido, existe y existirá, sin que ninguna otra le pueda discutir el primer puesto? Sencillamente, porque es la “Madre de Dios”. Madre de Dios no hay más que una, y jamás habrá otra. Esto hace que María sea la más excelsa de todas las criaturas. Hoy lo vamos a ver con la Biblia en la mano.

El Nuevo Testamento se abre con unas palabras sencillas y desconcertantes a la vez. Mateo va narrando la genealogía de Jesús en orden descendente, y al llegar a José interrumpe la lista de los varones, todos ellos padres biológicos, y lo llama: “el esposo de María, de la cual nació Jesús” (*Mateo* 1,16). ¡Como quien no ha dicho nada!... Una Madre, que es Virgen, y que es nada menos que Madre de Dios. ¿Jesús es Dios? Luego María, su Madre, es Madre de Dios.

Así, de la manera más sencilla, ha proclamado el Evangelio, en sus primeras líneas, la grandeza más excelsa a que ha podido llegar una mujer. Esto lo sabemos muy bien. Pero, ¿cómo ha llegado Dios, en su plan de salvación, a este momento grandioso de la Encarnación de su Hijo en el seno de María?

Nosotros estamos acostumbrados a llenar de elogios a María. ¡La queremos tanto! ¡Es tan bella! ¡Le echamos tantos piropos!... Pero todo lo que de María podamos decir se encierra, igual que el árbol con todas sus ramas y todos sus frutos, en la semilla. Y la semilla de la que brotan todas las grandezas, gracias y privilegios de María, están encerrados en estas solas palabras: “La Madre de Dios”. Hoy se va a reducir nuestra lección a esto: a analizar la afirmación bíblica de Mateo: “María, de la cual nació Jesús”. Todos los textos que analizaremos serán los del Evangelio, relacionados con los del Antiguo Testamento, que preanunciaba copiosamente esta Maternidad divina de la Virgen.

Llegó “la plenitud de los tiempos”, es decir, el cumplimiento de la promesa de Dios que aseguraba al mundo un Salvador, ansiado desde hacía siglos y milenios, con una esperanza que encarnaba el pueblo de Israel. En este momento, “envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, para que nosotros recibiéramos la condición de hijos” (*Gálatas* 4,4-5)

Conocemos bien los hilos de la promesa divina. Primero, a Abraham: “En ti, en tu descendencia serán bendecidas todas las gentes” (*Génesis* 12,3). El Patriarca, “esperando contra toda esperanza” (*Romanos* 4,18), a sus cien años y con una mujer viejísima y siempre estéril, tiene descendencia en Isaac, y de Isaac llegará hasta David, que oír al profeta Natán: “Cuando hayas muerto, suscitaré a uno de tu linaje, consolidaré el trono de su realeza. Tu descendencia y tu reino permanecerán para siempre, y tu trono está firme, por toda la eternidad” (*2Samuel* 7,12-17)

Israel se aferró a esta promesa de una manera increíble. Por desgracias que vinieran sobre el pueblo, la ilusión en la promesa de Dios no se perdía por nada. Ni la deportación de Israel a Asiria, ni la de Judá a Babilonia, hicieron desaparecer la fe y la esperanza en la

promesa de Dios. Humanamente, podían decir: “¡Todo se ha perdido! ¡Todo era mentira! ¡Nos han engañado miserablemente!”.

Pero, no. Antes de Asiria, el profeta comunicaba al rey una señal: “Mira que una virgen concibe y da a luz un hijo, y le pone por nombre Emmanuel”, el Dios-con-nosotros (*Isaías* 7, 14). Y durante la catástrofe máxima, el Destierro de Babilonia, Ezequiel aseguraba a los inconsolables judíos: “Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor, mi siervo David”. “Haré de ellos una sola nación, y un solo rey será el rey de todos ellos. Mi siervo David reinará sobre ellos, y será para todos el único pastor” (*Ezequiel* 34, 23; 37, 22-24)

¿Qué había ocurrido, en realidad? Israel y Judá esperaban un reinado político, temporal, con un Mesías triunfador que dominaría a todas las naciones. Aquí estaba su error. El Destierro les hizo reflexionar, y ahora venían los profetas y ponían las cosas en su punto. El Cristo futuro sería manso, humilde, comprendido y esperado sólo por “Los Pobres de Yahvé”. Dos profetas lo expresaron como nadie. Sofonías: “¡Grita alborozada, hija de Sión, lanza clamores, Israel, porque Yahvé está en medio de ti!” (*Sofonías* 3,14). Y Zacarías: “¡Exulta sin freno, Sión, grita de alegría, Jerusalén! Que viene a ti tu rey, justo y victorioso, humilde y montado en un asno” (*Zacarías* 9,9)

Así fue preparando Dios a su pueblo para recibir al Cristo prometido. Una gran parte seguía esperando en el Mesías glorioso y triunfador, y de aquí le vendrá a Jesús la guerra de los partidos políticoreligiosos. Otra, la de los Pobres de Yahvé, personificados sobre todo en María, la Hija de Sión, estarán dispuestos a acoger al Salvador prometido.

La Anunciación comienza con el saludo jubiloso: “¡Alégrate, la llena de gracia!” (*Lucas* 1,28). Este saludo era revolucionario en las costumbres aquellas. Era indigno saludar a una mujer, como expresaba un rabino en diálogo con otro maestro: “A una mujer no se la saluda nunca, ni personalmente, ni por un mensajero, ni tan siquiera por su propio marido”. Y ahora es Dios quien se dirige a una mujer por medio de uno de los Ángeles principales, para comunicarle: “¡El Señor está contigo!”, y de tal manera que “concebirás en tu seno y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, Salvador” (*Lucas* 1,28-31)

María quedaba invadida de tal modo por el Espíritu Santo que no eran nada en comparación aquellas manifestaciones antiguas de la presencia de Yahvé. Como cuando, acabado el Santuario por Moisés, “la Nube cubrió la tienda del Encuentro, y la gloria de Yahvé llenó la Morada, de modo que ni Moisés podía entrar en la Morada” (*Éxodo* 40,34-35). O como en la inauguración del templo de Salomón, cuando “los sacerdotes no pudieron permanecer para completar el servicio, pues la gloria de Yahvé llenaba el templo” (*2Crónicas* 5,14). María no se espanta, cuando le dice el Ángel: “el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te cubrirá con su sombra” (*Lucas* 1,35). Por luz clarísima de Dios, la Virgen sabe que el hijo que se le promete será el Cristo prometido, aquel a quien Dios “va a dar el trono de su padre David”, y que es “el Hijo del Altísimo” (*Lucas* 1,32)

La Virgen acepta libremente todo: “Aquí está la esclava del Señor. Que se cumpla en mí lo que me dices” (*Lucas* 1,38). Y en ese mismo instante, “El Verbo de Dios se hizo hombre,

y habitó entre nosotros” (*Juan 1,14*), en su tienda de campaña dentro de nuestro mismo campamento. La promesa hecha a Abraham y David quedaba plenamente cumplida. El Mesías anunciado y prometido era el “Dios-con-nosotros” de Isaías, y “María, de la cual nació Jesús”, quedaba convertida en la Madre de Dios (*Mateo 1,16*)

Un teólogo y doctor como San Anselmo lo expresa de modo conciso y lapidario: “De María tenemos el Hijo de Dios. Hijo único e idéntico. El que nació de Dios nace ahora de María”. Por eso, Jesús llamará “Madre” a María con la misma propiedad con que llama “Padre” a Dios. Jesús es tan hijo de María en cuanto hombre, como en cuanto Dios es Hijo del Padre Eterno.

Al haberla llamado el Ángel “Llena de gracia”, quiere decir que Dios se preparó a su gusto a la que había de ser su Madre. Esto implica que Dios pensó en Jesucristo al formar a María, la cual debía tener una naturaleza auténticamente exquisita, apta en todo para dar a Jesús una humanidad también excepcional. Uno de nuestros clásicos del siglo dieciséis lo expresaba con inimitable galanura literaria: “De las entrañas de María se cortaron aquellas entrañas que fueron engaste de las entrañas de Dios. Pues corazón que había de dar corazón al propio corazón de Dios, y entrañas que habían de dar entrañas para las entrañas de Dios, ¿qué corazón y qué entrañas debían de ser?” (*Antonio Álvarez*)

Muy bien dicho. Pero, antes, mucho antes que este escritor tan fino, ya lo había adivinado aquella mujer del Evangelio: “¡Dichoso el vientre que te llevó, y los pechos que te amamantaron!” (*Lucas 11,27*)

Si María es Madre-Virgen, es solamente Ella quien da naturaleza humana a Dios, sin concurso de varón. Aunque María transmita a su Hijo los caracteres fisiológicos de los hombres de su tierra, de su tribu, de su clan familiar, es indiscutible que María es una Madre del todo singular, más madre que ninguna otra mujer, porque fue Ella, sola Ella, la que dio la naturaleza humana con todos sus rasgos al Hijo que engendraba en sus entrañas.

Hemos comenzado con las palabras de Mateo: “María, de la cual nació Jesús”. Y acabamos con las de Lucas: “¡Salve, la llena de gracia!”, y con la invocación clásica de la Iglesia: “¡Santa María, Madre de Dios!”...

151. Los milagros de Jesús. *¡Fe! Necesitamos mucha fe.*

¿Hemos de creer en los milagros que hizo Jesús? ¿Qué quiso decirnos Jesús con sus milagros? ¿Han pasado de moda los milagros? ¿No se dan milagros todavía en la Iglesia?... Ante la importancia que los milagros tienen en la Biblia, ésta va a ser nuestra lección de hoy: los milagros de Jesús, lo que significaron entonces, lo que nos piden hoy todavía, y que no es otra cosa que fe, mucha fe, la que necesitamos para nuestra salvación.

“¡Ten solamente fe!”. “¡Tengan fe en Dios!” (*Marcos 5,36; 11,22*). Cuando queremos hablar hoy sobre los milagros de Jesús, empezamos por lo último: por la consecuencia que Jesús quería sacasen quienes contemplaban los prodigios salidos de sus manos. Jesús no era un curandero, prestidigitador ni un mago que quisiera llamar la atención. Jesús pretendía solamente arrancar la fe en su Persona para llevar a todos al Padre que lo había enviado, a fin de que todos alcanzaran la salvación.

Al hablar de los milagros de Jesucristo parece que nos encontramos ante algo fácil, y, sin embargo, resulta una de las lecciones más difíciles. El mundo moderno duda de los milagros de Jesús. Los racionalistas los negaron, diciendo que se los inventaron los discípulos después de la Resurrección de Jesús, inventada también por los mismos racionalistas; aunque uno de ellos, más sensato, aseguró: “Es imposible negar los milagros de Jesús sin negar todos los Evangelios”.

Nosotros, creyentes católicos, los admitimos sin más. Pero, ¿sabemos darles el sentido que tienen en la vida de Jesús? Vamos a poner un poco de orden en nuestra explicación de hoy.

Aunque nos parezca extraño, los Evangelios no usan la palabra “milagro”, sino otras equivalentes. Para nosotros “milagro” es un cambio que hace Dios en las leyes de la naturaleza; algo que nadie sino el Autor de la Naturaleza puede hacer.

Para el judío, a lo largo de toda la Biblia, lo que nosotros llamamos milagro era la manifestación del poder de Dios, y quería decir que Dios estaba con su pueblo, que lo auxiliaba, que no lo abandonaba nunca.

Y viniendo ya al Evangelio, indicaban que Dios venía a su pueblo; que Jesús, el que los realizaba, era un enviado de Dios; que la palabra que les dirigía la autorizaba Dios mismo, y, por lo tanto, que creyeran en Él. En este sentido, los Evangelios, en vez de “milagro”, emplean las palabras “fuerza” o “poder”, “signo”. “prodigio”, “obra”: algo que solamente tenía o podía realizar Dios.

¿Y qué ocurrió con los milagros que realizaba Jesús? Para creerlos y entenderlos, era condición indispensable la fe. La gente sencilla, igual que los más grandes del pueblo que tenían un corazón recto, los veían y los creían, como Nicodemo, un fariseo principal, el

cual le dijo a Jesús: “Tú vienes de Dios como maestro, porque nadie puede hacer los signos que tú realizas si Dios no está con él” (*Juan 3,2*)

Mientras que los de corazón mal dispuesto, aunque los viesan, no los creían y hasta los atribuían al diablo: “Éste no expulsa los demonios más que por Beelzebul, Príncipe de los demonios” (*Mateo 12,24*). Estos de corazón torcido buscaban milagros en Jesús, pero los milagros que ellos querían, en el Mar Rojo como hiciera Moisés o en el Sol como Josué. Y Jesús les respondió: “Esta generación adúltera busca signos, y no se le dará otro que el de Jonás, tres días encerrado en el vientre del cetáceo”: mi resurrección, y nada más (*Mateo 12,4*). Comprobaron el hecho de la resurrección por el sepulcro vacío, el terror espantoso de los guardias puestos por ellos mismos, el testimonio de los Apóstoles, ¡y no creyeron! El milagro necesita fe, y ellos no la tenían, no la querían tener.

Hay más todavía. Lo principal es el testimonio del que habla y actúa en nombre de Dios. El caso más llamativo del Evangelio lo tenemos en el Calvario. El centurión era romano, pagano, no tenía la fe de Israel en el Cristo. Sin embargo, cuando vio morir a Jesús, un crucificado, aparentemente un criminal, pero tan diferente de los demás, exclamó conmovido: “Verdaderamente, este hombre era hijo de Dios” (*Marcos 15,39*)

Y es que en el plan de Dios, palabra, conducta y milagro van unidos. La palabra está confirmada por el signo, y el signo lleva a la palabra. Dios autoriza con el milagro a quien habla en su nombre; y el que hace el milagro, el signo, hace pensar inmediatamente en el Dios que le envía y habla por él: ¡hay que creerle!...

Quizá lo más importante en esto de los milagros es lo que pretendía Jesús y dice expresamente el Evangelio: “Jesús realizó otros muchos signos. Éstos han sido escritos para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre” (*Juan 20,30-31*)

Cada milagro escondía una intención particular. Si Jesús curaba a los enfermos del cuerpo, expresaba que ante todo era el médico de las almas.

Dice al leproso: “Quiero, queda limpio” (*Mateo 8,3*), e indicaba que Jesús tenía poder para limpiar la lepra del pecado.

Jesús multiplica los cinco panes y sacia a una multitud inmensa. Al día siguiente explicará Él mismo que ha bajado del cielo como el verdadero maná: “No fue Moisés quien les dio el pan del cielo; es mi Padre el que les da el verdadero pan del cielo”. “Yo soy el pan de la vida” (*Juan 6,32 y 48*)

Cura Jesús al ciego de nacimiento, y demuestra que Él es “la luz del mundo”, contemplada únicamente por los que tienen fe: “Creo, Señor”, responde el que había sido ciego, y le replica Jesús: “Para esto he venido al mundo, para los que no ven vean”; mientras que a los orgullosos, que permanecen ciegos, les avisa: “y los que ven, se vuelvan ciegos” (*Juan 8,32; 9,38-39*)

El Señor resucita al amigo Lázaro, y con ello confirma su palabra: “Yo soy la resurrección y la vida. El que crea en mí, aunque muera, vivirá” (*Juan 11,25*). E indica también que quien es capaz de revivir los cuerpos, mucho más lo es de hacer revivir las almas. Así lo expresó San Jerónimo, el máximo doctor de la Sagrada Escritura: “Yo que estoy enterrado

en el sepulcro de mis culpas, que estoy atado por las cadenas de mis pecados, espero que Cristo profiera sobre mí aquel grito del Evangelio: ¡Jerónimo, sal fuera!”.

Los milagros de Jesús habían de llevar al cambio de vida, pues los hacía “para que crean y tengan vida eterna”. La fe de la gente consistía al principio en creer que Jesús tenía poder para curar, y por eso acudían a Él. Venía después el pensar. “¡Éste viene de Dios! Hay que escucharle”. Y, finalmente, debían entregarse: “Hemos de hacer lo que Él nos dice”.

Aquí estuvo el pecado de los jefes judíos. Veían y no creían, porque no querían creer, y por eso les dijo Jesús claramente: “morirán en su pecado” (*Juan 8,21*). Y por no haberse convertido después de ver tanto prodigio, amenaza Jesús a las ciudades incrédulas: “¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Betsaida! ¿Y tú, Cafarnaún?... Si se hubieran hecho en Tiro y en Sidón los milagros que se han hecho en vosotras, hace tiempo que se hubieran convertido!” (*Mateo 11,21-22*)

El milagro lleva a la fe, ciertamente. Pero, para entender un milagro, se necesita corazón limpio y humilde. El orgullo y la sensualidad cierran los ojos herméticamente, de modo que aunque se mire no se vea.

Esto pasa también con el milagro de la Iglesia. Jesús mismo dijo: “Quien crea en mí hará él también las obras que yo hago, y las hará mayores aún” (*Juan 14,12*). ¿Cuáles son los milagros que hace la Iglesia por medio de sus hijos? Son inexplicables el heroísmo de sus mártires, la audacia de sus apóstoles, la generosidad de centenares de miles de vírgenes, las obras inimaginables de caridad, sin ninguna recompensa humana... Se necesita estar ciegos para no reconocer aquí la acción misma de Jesucristo por su Espíritu.

Cada milagro que vemos debería arrancar en nosotros aquella confesión de los apóstoles en la barca cuando el mar embravecido. Jesús les grita: “¡No teman, que Soy Yo!”. Cesa el viento, se calman las olas, y los discípulos se postran rendidos: “Verdaderamente, tú eres Hijo de Dios!” (*Mateo 14,27-33*)

Toda la teología del milagro se resume en estas palabras, tan bien entrelazadas unas con otras: con corazón humilde y puro, vemos el milagro; creemos en Jesús que nos habla; le escuchamos y le obedecemos, y con nuestra obediencia rendida a su Palabra y a su Persona, alcanzamos la Vida Eterna.

152. “Sin desfallecer nunca”. *Esto pide Jesús sobre la oración.*

No hay precepto de Jesús tan apremiante en el Evangelio como el de la Oración. Si vemos cómo a lo largo de toda la Biblia ha sido Dios invocado de mil maneras, al llegar Jesús nos habla de la Oración de una manera inusitada, y, sobre todo, nos da de ella ejemplos admirables. ¿Por qué Jesús nos inculca tanto la oración? ¿Por qué nos dictó Él mismo la manera de orar? ¿Cómo es que Jesús, siendo Dios, oraba tan intensamente? ¿Qué significa para nosotros el orar o dejar de orar? Es lo que vamos a ver en esta lección, ciertamente sobre uno de los puntos más importante de toda la Biblia.

Empezamos por escuchar a San Pablo, que en su primer escrito les pide a los fieles de Tesalónica: “Oren constantemente” (*ITesalonicenses 5,17*). Y se lo va a repetir después a los de Roma: “Manténganse perseverantes en la oración” (*Romanos 12,12*). Y quiere que los de Éfeso se distingan “recitando salmos, himnos y cánticos inspirados, cantando y salmodiando en sus corazones al Señor” (*Efesios 5,19*). Esto no era sino seguir la tradición de la primera comunidad de Jerusalén. Los Apóstoles, al regresar del Monte de los Olivos con María y el grupito después de la Ascensión del Señor, se recogieron en el Cenáculo, “y perseveraban en la oración con un mismo espíritu” (*Hechos 1,14*). Recibido el Espíritu Santo, los primeros creyentes “se mantenían constantes en las oraciones” (*Hechos 2,42*)

Se ve claro que la Iglesia primitiva había aprendido bien la lección del Señor, el cual salta de una manera inesperada con estas palabras apremiantes en el Evangelio: “Es preciso orar siempre sin desfallecer nunca” (*Lucas 18,1*). ¿Por qué lo diría?... La oración vino a ser desde un principio el respirar de la Iglesia entera, lo mismo que es el respirar de cada cristiano en particular. El día en que la Iglesia no rezara, la Iglesia dejaría de existir, aunque esto no sucederá nunca, porque el Espíritu Santo es quien la está impulsando siempre a gritar a Dios: “¡Padre!”. Nosotros no sabríamos cómo hacerlo, “pero el Espíritu mismo viene en nuestra ayuda e intercede por nosotros con gemidos inenarrables” (*Romanos 8,15 y 26-27*)

Antes de mirar cómo ha de ser nuestra oración según la Biblia, y del Evangelio y los Apóstoles en especial, miramos ante todo al mismo Jesús, modelo supremo de oración al Padre. Y empezamos formulando una pregunta: Si Jesús era Dios, ¿por qué tenía que orar a Dios? ¿No era eso hablarse a Sí mismo?... Hubo tiempo en que muchos se hacían esta pregunta, y se respondían diciendo que Jesús no oraba por Sí ni por necesidades suyas, sino que lo hacía simplemente para enseñarnos a nosotros a orar. Una idea como ésta no la sostiene hoy nadie. Al revés. Todos los teólogos y todos los comentaristas de la Sagrada Escritura nos dirán que Jesucristo oraba porque lo necesitaba, y lo necesitaba más que nadie.

¿Por qué? Muy sencillamente. Porque Jesucristo, el Jesús hombre, el Jesús de Nazaret y de Galilea, el de Getsemaní y el del Calvario, se sentía Hijo de Dios como nadie se ha podido ni se pondrá sentir jamás, y la oración era para Jesús un desahogo vital. No podía pasar sin oración. No podía vivir un solo instante sin comunicarse con su Padre, sin hablar

con Él, sin contarle todo, sin decirle que le amaba, sin escucharle, sin auscultar cuál era la voluntad del Padre para cumplirla en toda su perfección.

El secreto de la oración de Jesús está en la palabra “¡Padre!”. Nunca le llama “Dios” cuando ora. Lo hace sólo en la cruz, pero es porque recita el salmo que empieza: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. En las demás ocasiones, siempre lo llama “Abbá”, que significa “Padre” con el sentido del niño que balbucea las primeras palabras. “¡Papá!”.

Jesús siente a Dios como Padre suyo de una manera muy diferente que nosotros. Nunca dice “nuestro Padre”, sino “Mi Padre” y “Padre de ustedes”: “Ve, y di a mis hermanos: “Subo a mi Padre y a su Padre” (*Juan 20,17*). Para Jesús, Dios es su Padre natural, el que lo ha engendrado: “Salí del Padre, y vuelvo a mi Padre” (*Juan 16,28*), tanto es así, que “Yo y el Padre somos uno” (*Juan 10,30*)

Así entendemos cómo Jesús no puede pasar sin la oración. Su mente está clavada en su Padre. Su corazón no late sino por su Padre. Su vida entera está entregada a su Padre. Y el Espíritu Santo invade de tal manera al hombre Jesús, que le hace gritar continuamente mucho más que a nosotros: “¡Abbá!”, ¡Papá! (*Romanos 8,15-16*)

Por otra parte, Jesús como hombre es igual que cualquiera de nosotros, necesitado de mil cosas. Ha optado por la pobreza, y ha de acudir a la Providencia de Dios para que le asista, le socorra, le libre de tantas dificultades en la vida. El “Pan nuestro de cada día” se lo pide a Dios con la misma naturalidad que nosotros.

Subiendo a asuntos más elevados, vemos que Jesús ha venido a salvar al mundo. ¿Y qué le toca? Tramar con el Padre y el Espíritu Santo los medios para llevar adelante el plan de la salvación. Ponemos un caso nada más. La elección de los Apóstoles es de suma trascendencia. ¿Y qué hace Jesús? “Se fue al monte a orar y se pasó la noche en la oración de Dios” (*Lucas 6,12*). Barajó nombres, consultó al Padre, obró como hombre prudente, pero a la vez trató de conocer el parecer del Padre, que inspira por medio del diálogo con Él. Y ante el momento trascendental de conferir el primado a Pedro, hizo lo mismo, ante todo orar. “Estando orando a solas, reunidos los discípulos, es cuando les preguntó: ¿Quién dicen ustedes que soy yo?”, provocando la respuesta de Simón (*Lucas 9,18-20*)

En la Última Cena, la oración de Jesús llega a unas alturas sublimes: “Padre, ha llegado la hora. Yo te he glorificado en la tierra. Ahora, Padre, glorifícame tú junto a ti con la gloria que tenía a tu lado antes de que el mundo existiese. He manifestado tu Nombre a los hombres. Por ellos me entrego en sacrificio, para que ellos sean también santificados. Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (*Juan 17,1-21*)

Momentos después, esta oración sublime del Cenáculo se convertirá en oración casi trágica en Getsemaní, cuando “comenzó a sentir tristeza y angustia..., con el alma triste hasta el punto de morir” (*Mateo 26,34-35*), “con un sudor como gotas de sangre que caían a tierra, mientras insistía más en su oración” (*Lucas 22,44*), y decía: “¡Abbá, Padre!, aparta de

mí esta copa sin que yo la beba; pero no se haga lo que quiero yo, sino lo que quieres tú” (*Marcos 14,36*). Y aún será más inimaginable en el Calvario: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (*Mateo 27,46*)

¿Acabó la oración de Jesús en la tierra? No, ni mucho menos. Ahora, “resucitado, está a la derecha de Dios e intercede por nosotros” (*Romanos 8,34*). En el Cielo “está, viviente, intercediendo por nosotros sin cesar” (*Hebreos 7,25*)

Esto fue y esto sigue siendo la oración de Jesús. Los apóstoles notaban cómo el Señor oraba continuamente, y le pidieron: “Maestro, enséñanos a orar” (*Lucas 11,1*). Y fue entonces cuando nos dictó la oración de los hijos de Dios, el “Padrenuestro”, que, afortunadamente, no se nos cae de los labios.

“¡Padre nuestro!”. Y le decimos a Dios que sí, que nos sentimos felices de ser hijos e hijas suyos, que pensamos en Él, que le queremos mucho..., y que en Él y por Él amamos a todos los hombres.

“Que estés en el cielo”. En el cielo de nuestra propia alma, desde luego; y en el Cielo del más allá, donde nos espera y al que nosotros queremos ir.

“Santificado sea tu Nombre”. No queremos, Dios y Padre nuestro, sino tu gloria, esa que te damos cuando somos santos como lo eres Tú.

“Venga tu Reino”. ¡Que te conozcan y te amen todos los hombres, para que todos alcancen la salvación eterna en el Reino celestial!

“¡Hágase tu voluntad”. Aunque nos cueste en nuestra vida. ¡Más le costó a Jesús en Getsemaní!

“Danos nuestro pan”. Padre bueno, que no nos falte nada de lo que necesitamos para nuestra vida, y dáselo a todos, a los pobres que no tienen nada.

“Perdona”. ¡Pobres de nosotros, si Tú no nos perdonas! Y que perdonemos como nos perdonas Tú.

“La tentación..., el Maligno”. No queremos nada ni con Satanás ni con el pecado...

Sabemos lo que es la oración. Conocemos el ejemplo de Jesús. Más que un consejo, su palabra es un precepto imperioso: “Es necesario orar siempre sin desfallecer nunca”. ¿Qué nos toca hacer?... La oración, para nosotros como para Jesús, es la respiración del alma. La Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, está plagada de oraciones y de ejemplos eximios de oración. ¿Por qué habrá inspirado Dios así los Libros Santos?...

153. El Médico divino. *La humanidad, enferma y curada*

Entre los muchos nombres que podemos dar a Jesucristo, ¿le llamaríamos también Médico? Nos basta leer el Evangelio y veremos en muchas de sus páginas que Jesús tenía a gloria el derramar salud por todas partes a donde iba. No había enfermedad de la cual no se compadeciese ni que se resistiera a su poder. Jesús fue Médico de los cuerpos y el Médico supremo de las almas.

Quiero empezar sin más esta lección trayendo algunos textos del Evangelio que nos dejan casi desconcertados. Jesús curaba ciertamente enfermos. Pero nos podemos preguntar: ¿cuántos fueron esos enfermos que se beneficiaron de la bondad y poder de Jesús? Sabemos casos concretos: que si este leproso, que si aquel parálítico, que si unos ciegos, que si epilépticos que parecían endemoniados...

Porque es necesario escuchar estas palabras de los Evangelios. “Le trajeron todos los que se encontraban mal con enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y parálíticos, y los curó” (*Mateo 4,24*); igual que en otra ocasión, cuando “curó a todos los enfermos” (*Mateo 8,17*). Y esto, no en un momento u otro, sino como algo habitual y hasta rutinario en todas sus correrías apostólicas, pues “Jesús recorría todas las ciudades, sanando toda enfermedad y toda dolencia” (*Mateo 9,35*)

Todas estas afirmaciones de Mateo las podríamos completar con las de Marcos y Lucas, pero no hace falta seguir con textos y más textos. Tenemos suficiente para saber y asegurar que Jesús se encontró, como dice tan expresivamente San Agustín, con un “gran enfermo”, con un “enfermo enorme”, la humanidad caída, y era cuestión de curarla si Dios no quería que muriese definitivamente en la misma condenación de Satanás, el cual había inoculado la enfermedad en el cuerpo de la humanidad con el pecado de Adán.

La enfermedad física no era sino consecuencia de la enfermedad moral. Adán aceptaba el veneno que, con la fruta prohibida, le alargaba Eva nuestra primera madre. Vendrá después María, y con el Hijo de sus entrañas, Médico divino, alargará a la humanidad la medicina que le va a curar de todos sus males.

Porque es Dios quien se dice compadecido: “Voy yo mismo hasta el lecho en que se debate el enfermo entre la vida y la muerte, a ver si tendrá remedio”. Así lo comenta atinadamente San Agustín: “Dios bajó como Médico hasta el lecho del gran enfermo, ya que el enfermo estaba tan grave que ni podía ir a buscar al Médico”. ¿Y cómo lo hace? No se contenta con una simple visita protocolaria. De manera inimaginable para nosotros, baja del Cielo, toma nuestra misma carne enferma, y, conforme a la profecía, que ve confirmada el Evangelio, “él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades” (*Isaías 54,4; Mateo 8,17*)

Pero, ahora viene la cuestión principal: ¿de qué enfermedades se trataba cuando vemos a Jesús curar a tantos dolientes? Hemos de decir desde un principio que Jesús curaba a los enfermos llevado de su gran corazón. Le dolía el dolor de los demás. Sentía verdadera compasión, y, no pudiendo reprimir su poder de sanación, se volcaba ante toda dolencia para ponerle remedio.

Sin embargo, tantas curaciones que narran los Evangelios eran, sobre todo, un signo, es decir, indicaban algo muy superior. Aquel que curaba los cuerpos había venido del Cielo, sobre todo, para curar las almas. Hay un hecho especialmente singular, la curación del paralítico, al que Jesús dice en presencia de todos: “Confía, hijo, tus pecados te son perdonados”. Los escribas y fariseos se extrañan sumamente de estas palabras: “¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?”. Y discurrían bien. Por eso, añade Jesús ante el asombro de todos, dirigiéndose al enfermo: “Para que sepan que el Hijo del hombre tiene poder para perdonar los pecados, levántate, toma tu camilla, y vete a tu casa” (*Marcos 2,1-11*)

Esto no es más que el cumplimiento de la célebre profecía de la Biblia: “Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus heridas somos curados” (*Isaías 53,5*). Jesús hace así honor a la palabra del mismo Dios: “Yo soy Yahvé, tu médico que te sana” (*Éxodo 15,26*), el Dios que, según el profeta Oseas, dice de Sí mismo: “Yo soy el que quiere sanar a Israel” (*Oseas 7,1*). Y Dios sanó a Israel y a la humanidad entera con el Médico más competente y la medicina más eficaz, como es Jesucristo con su propia sangre.

San Agustín, con dichos tan hermosos, no hace sino dar razón a la Palabra que tenemos en la Biblia. Porque Jesucristo, el Médico divino de la humanidad enferma, al asumir nuestras debilidades, las curaba todas con el poder de su Divinidad, “que residía en él corporalmente en plenitud” (*Colosenses 2,9*). Por eso, en la cruz nos cura con su Sangre; y al resucitar, mata en Sí mismo todo lo que signifique enfermedad y muerte.

Decíamos antes que la enfermedad nos la metió Satanás con el pecado en el paraíso, pues, como dice Jesús, el demonio “era homicida desde el principio” (*Juan 8,44*). Pero viene Jesús y se presenta Él mismo como Médico de las almas a la vez que cura las enfermedades corporales.

Ante los enfermos corporalmente, “el poder de Dios estaba en Jesús para obrar curaciones” (*Lucas 5,17*), lo cual era signo del poder que tenía para sanar todas las enfermedades espirituales.

Y así, en casa de Mateo el publicano, rodeado de pecadores, dice Jesús: “No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos, y yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (*Lucas 5,31*)

¿Y hoy? Jesús sigue igual. San Ignacio Mártir, Obispo de Antioquía y discípulo de los Apóstoles, escribía ya en los principios de la Iglesia: “El Médico es uno solo, de la carne y del espíritu, Dios que vive en la carne, Vida verdadera dentro de la muerte, Hijo de Dios e Hijo de María”. Es Jesús, por lo mismo, el Médico que necesitamos los enfermos, porque todos somos pecadores.

Siendo esto así, todos elevamos a Jesús aquellos gritos de los pobres enfermos de Evangelio, y con sus mismas palabras, para que Jesús las recuerde bien y nos haga caso, como se lo hacía en aquel entonces a los que le gritaban: “¡Señor, limpiarme!”. “¡Jesús, hijo de David, que vea!”. “Señor, mira que mi hija está enferma, y cúrala antes de que muera!”. “¡Mira, que tu amigo está enfermo!”...

Están muy bien estos gritos en nuestra oración. Sobre todo cuando nos acercamos a nuestro Médico divino que se nos da en la Comunión. Esta vez no es San Agustín, sino otro gran Padre de la Iglesia en sus mismos tiempos, San Juan Crisóstomo, quien nos habla: “¿Cómo nos libramos de nuestras dolencias? Tomando una medicina que es capaz de matar los gusanos y serpientes que anidan en nosotros. Me dirás: ¿Qué bebida es ésta, de semejante eficacia? Esa es la preciosa Sangre de Cristo recibida con fe. Ella acaba con todas las dolencias, con las pasiones que corrompen nuestra alma”.

Si Jesús se llama Médico a Sí mismo, hay que dejarle que se luzca curando a los enfermos más críticos, a los que ya están desahuciados. ¿Quién se acerca a su consultorio, y no regresa a su casa curado completamente?...

154. “Ahora somos hijos de Dios”. *Nuestra filiación divina.*

¿Sabemos lo que significa para nosotros el ser hijos de Dios? La Biblia nos lo dice con expresiones muy tiernas, que nosotros jamás hubiéramos podido inventar. Dios nos ha hecho hijos suyos, metiendo en nosotros su propia vida, que un día quiere convertir en gloria. Hoy nos queremos detener en examinar lo que nos dice el apóstol San Juan: “Ahora ya somos hijos de Dios”. ¿Cómo?

Un señor que ejercía un cargo muy importante, respondió serio y con decisión a un admirador suyo: -¿Me pregunta cuál es mi suerte más grande y mi mayor distinción? Llárame y ser hijo de Dios. Ni tengo ni quiero otra.

Esto es tener fe, desde luego. Poder decir: “¡Mi padre es Dios!”, es el orgullo más grande, porque Dios es más grande que el Presidente de Estados Unidos. Y decir: “¡Dios es mi Padre!”, es la garantía mayor de contar con un amor inmenso, indefectible, eterno.

Y esto es lo que nos enseña la Biblia cuando nos asegura que “Ahora somos hijos de Dios!” (*1Juan 3,2*) y que “El Espíritu da testimonio de que somos hijos de Dios” (*Romanos 8,16*). Por eso Jesús nos dirá siempre, sobre todo a cada paso en el Sermón de la Montaña y en todo el Evangelio de Mateo “Su Padre celestial”. “Uno solo es su Padre, el del Cielo” (*Mateo 5,16.45.48; 23,9*). Mientras que cuando habla de Sí mismo, siempre lo llama “Mi Padre”.

Pero vamos a poner orden en esta lección de Biblia sobre nuestra filiación divina, sobre nuestra condición de hijos e hijas de Dios.

¿Cuál es el origen de esta filiación? Según la Biblia, no es otro que el amor gratuito de Dios: “Miren qué amor nos ha tenido el Padre, para llamarnos hijos de Dios, ¡pues lo somos!” (*1Juan 3,1*)

Por amor nos creó, y la creación es un acto de amor paternal. Por amor paternal nos elevó en Jesucristo a la categoría de hijos suyos adoptivos. Con amor paternal cuida de nosotros en cada instante de la vida hasta vernos un día consigo, dentro de su casa, el que es nuestro Padre celestial.

El inicio de nuestra filiación divina lo tenemos que buscar en la fe y en el bautismo, como nos lo dice el apóstol San Pablo: “Todos son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues los que han sido bautizados en Cristo se han revestido de Cristo” (*Gálatas 3,26*)

La fe que nos vino por la Palabra y el bautismo, el cual fue la respuesta de nuestra fe, nos hizo posible el nacer como hijos de Dios: “Miren que han vuelto a nacer, y no de una semilla corruptible, sino incorruptible, por medio de la palabra de Dios viva y duradera” (*1Pedro 1,23*)

Esta nueva generación y nacimiento como hijos de Dios es muy superior al primer nacimiento como simples seres humanos. Nacidos del linaje de Adán pecador, ¿qué es lo que heredamos? Un antiguo Obispo y Padre de la Iglesia nos lo dice bellamente al contraponer los dos nacimientos: “El primero nos hizo esclavos, y el segundo nos libertó al hacernos

hijos; el primero nos hizo seres terrenos y carnales, y el segundo espirituales y celestiales; el primero nos hizo de este mundo e hijos de ira, y por el segundo somos hijos de gracia y de Dios” (*San Fulgencio*).

Según la Sagrada Biblia, todo fue por Cristo Jesús: “Dios, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, que les está reservada en los cielos” (*1Pedro 1,3-4*)

Cualquier hombre y cualquier mujer sienten el ansia de la paternidad o la maternidad, con lo cual, creados como han sido a imagen y semejanza de Dios, no hacen más que expresar con su íntimo deseo lo que Dios sentía en Sí mismo desde toda la eternidad. Era infinitamente feliz con el Hijo Unigénito que engendraba desde siempre, pero soñaba divinamente en una gran familia, formada por hijos e hijas incontables, de los cuales su Hijo encarnado, Jesucristo, sería el Hermano mayor.

Escuchamos esto en San Pablo, dicho varias veces y de diversos modos. “Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió su Hijo nacido de una mujer, a fin de que recibiésemos la condición de hijos” (*Gálatas 4,4*). Porque Dios “nos predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos” (*Romanos 8,29*)

Jesús, sintiéndose Hijo, el Hijo de Dios, y lleno de su Espíritu que lo impulsaba, se lanzó a la conquista del mundo por la implantación del Reino. Siempre llamaba a Dios “Mi Padre”, y a los demás les decía: “Su Padre, que estás en el cielo”, proclamando lo que iba a ser la gran realidad cristiana cuando nos enviase su Espíritu, merecido por la Muerte y Resurrección redentoras: “Todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes han recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá! Padre”, papá (*Romanos 8,14-15*)

La palabra hijos “adoptivos” que emplea San Pablo no ha de llevarnos a una confusión, como si la adopción divina fuera como la humana. En la adopción humana, los padres adoptantes dan amor, cuidados, entrega total, la herencia finalmente; pero en la adopción no ha habido ningún nuevo nacimiento. ¿Es así la adopción divina? No. La adopción que Dios ha hecho de nosotros es muy superior a la humana. Por el bautismo, Dios nos ha hecho nacer de nuevo, nos ha engendrado con una nueva vida, porque al derramar dentro de nosotros su Espíritu, nos ha comunicado la vida misma de Dios, la cual nos ha transformado radicalmente, y ha hecho de nosotros una nueva creación. “Nos llamamos hijos suyos, ¡y lo somos!”, nos ha dicho gozosamente el apóstol Juan, igual que Pedro: “nacidos de nuevo” por medio de una “semilla inmortal”.

¿Qué lleva consigo el ser hijos? Todos lo sabemos muy bien: ser herederos del padre que nos trajo al mundo. “No son los hijos quienes ahorran para los padres, sino los padres para los hijos”, dice San Pablo (*2Corintios 12,14*). La herencia de los padres corresponde a los hijos, y no a los extraños. Dios ha seguido consigo esta misma ley. Por eso, nos dice San

Pablo con la misma lógica: “Si son hijos, son también herederos, herederos de Dios, coherederos con Jesucristo”, porque vamos a ser también “glorificados con él” (*Romanos 8,17*)

¿Y cuál es la herencia que Dios reserva para sus hijos? Es la misma gloria y felicidad suya, en la visión del mismo Dios. Jesús lo promete en una de las bienaventuranzas. “¡Dichosos, porque verán a Dios!” (*Mateo 5, 8*). Es lo que nos dice Juan en el texto que hemos tomado como tema de esta lección: “Ahora ya somos hijos, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es Él” (*1Juan 3,2*). Todo nuestro ser será transfigurado en Dios. ¡Herencia magnífica la que nos aguarda a los hijos de Dios!

Este plan tan amoroso y tan grandioso de Dios, exige de los nuevos hijos de Dios el reproducir la imagen de Jesucristo, el Hijo Primogénito y eterno de Dios. Le hemos oído a San Pablo que nos dice: “destinados a reproducir la imagen de su Hijo”, ya que “todos son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues los que han sido bautizados en Cristo, han sido revestidos de Cristo” (*Gálatas 3,26-28*). Y “revestidos” significa reproducir en nosotros la fisonomía de Jesucristo, de manera que el Padre, al vernos, no vea en cada uno de nosotros sino el retrato más perfecto de su Hijo Jesús, “el hijo en quien tengo todas mis delicias”, como dijo desde las nubes sobre las aguas del Jordán (*Mateo 4,17*)

Para merecer su herencia, Dios nos pide perseverar en una vida digna de los hijos de Dios: con amor entrañable a los hermanos, ya que si somos hijos de un mismo Padre, todos somos hermanos: “pues todos somos uno en Cristo, y herederos de la misma gloria” (*Gálatas 3,27-29*). Nos pide, por el mismo Pablo, “ser irrepreensibles y sencillos como hijos de Dios, sin tacha en medio de gente depravada y perversa, resplandecientes como lumbreras del mundo” (*Filipenses 2,14*)

El “llamarnos” y el “ser” hijos de Dios no nos lo hemos inventado nosotros. Hubiéramos sido incapaces de tanta imaginación. Esto lo sabemos porque la Sagrada Biblia, a lo largo de todo en Nuevo Testamento, nos lo ha revelado como la obra más excelsa y amorosa del mismo Dios. Uno de los Papas más grandes de la Iglesia, San Lón Magno, nos lo ha recordado siempre con palabras inmortales: “Reconoce, cristiano, tu dignidad, y no caigas nunca de tanta altura, ya que eres partícipe de la misma naturaleza de Dios”.

155. El Día del Señor. *El Sábado y el Domingo en la Biblia.*

A lo largo de toda la Biblia nos encontramos con una palabra muy importante: el Sábado. ¿Qué significaba este día para el judío? ¿Por qué le daba tanta importancia la Palabra de Dios? ¿Y qué hicieron los Apóstoles con el Sábado al cambiarlo por el Domingo?... ¿Tiene ahora el Domingo entre los cristianos la misma importancia que el Sábado en el antiguo Pueblo de Dios?... Son las preguntas que nos hacemos hoy y a las cuales responderemos con la misma Palabra de Dios. El Día del Señor es tan necesario para la vida cristiana igual que el Sábado lo era para la vida de Israel.

¿El Sábado, el Domingo en la Biblia?... Aunque parezca algo raro, empezamos por el Domingo. El apóstol San Pablo se hallaba en Tróade camino de Jerusalén, “Y el primer día de la semana, estando todos reunidos para la fracción del pan, Pablo alargó la charla hasta media noche” (*Hechos 20,7*). Ocurría esto el año 58, menos de treinta años después de la Resurrección del Señor. Un año antes, escribía sobre la colecta para los pobres de Jerusalén: “El primer día de la semana, cada uno de ustedes deposite lo que haya podido ahorrar” (*1 Corintios 16,1*). San Juan, hacia finales del siglo primero, nos dice lo que le ocurrió en la isla de Patmos, cuando tuvo la gran revelación del último libro de la Biblia: “Caí en éxtasis el día del Señor” (*Apocalipsis 1,10*). ¿Adivinamos este lenguaje?...

La semana judía comenzaba terminado el sábado, y, por lo mismo, esos escritos de los Apóstoles se referían todos al día siguiente del sábado. Quiere esto decir: que los Apóstoles, con la autoridad plena que les había dado Jesucristo, eliminaron la celebración del día sagrado del Sábado judío para sustituirlo por el “Domingo”, llamado así, “Día del Señor”, por conmemorar en él la Resurrección de Jesús. Según la Biblia del Nuevo Testamento, el Domingo será para el cristiano lo que el Sábado había sido para el judío durante toda su historia. Por lo tanto, ¿queremos hablar del Domingo según la Sagrada Escritura? Empecemos por hablar del Sábado judío. Lo vemos en la primera página de la Biblia y lo volvemos a ver después cuando la liberación de Egipto: en los dos casos era “recuerdo” y era “imitación” de Dios.

Empezamos por la Creación. “Dio por concluida Dios en el día séptimo toda la obra que había hecho, y cesó en el día séptimo de toda la labor que hiciera. Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó” (*Génesis 2,2-3*). Para recordar la maravilla de la creación, impuso Dios el precepto del Sábado: “Recuerda el día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos. Pero el día séptimo es día de descanso en honor de Yahvé tu Dios. Por eso bendijo Yahvé el día séptimo y lo santificó” (*Éxodo 20,8-11*). El Sábado era, por lo tanto, para recordar la maravilla de la creación, y para imitar a Dios que descansó de su obra.

Lo mismo pasaba con la liberación de Egipto. Israel trabajaba duramente esclavizado por el faraón. Dios, compadecido, liberó a su pueblo sacándolo de aquel trabajo forzado y llevándolo hacia la tierra prometida. Esta bondad de Dios debía también ser “recordada” e

“imitada” con la observancia del Sábado: “Recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto y que Yahvé tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y brazo tenso, por eso Yahvé tu Dios te manda guardar el día del sábado” (*Deuteronomio* 5,15). Lo mismo que en el caso de la creación, Israel en el Sábado debía recordar la liberación de Egipto e imitar descanso de aquellos trabajos duros.

¿Qué significó esto para Israel? La profanación del Sábado fue fustigada siempre por los profetas y fue también una de las causas del Destierro de Babilonia: “No hicieron más que profanar los sábados”, “y hasta los sacerdotes se han tapado los ojos para no observar mis sábados” (*Ezequiel* 20,13; 22,26). Mientras que la observancia del Sábado le aseguraba a Israel todas las bendiciones de Yahvé: “Dichoso el hombre que observa el sábado sin profanarlo..., y el extranjero que guarda mis sábados” (*Isaías* 56,2-4)

Todos sabemos cómo, a partir del Destierro, observó Israel el Sábado. Lo guardó con una escrupulosidad admirable. No se trabajaba absolutamente nada. Y en todas las partes, tanto de Palestina como de la Diáspora por todo el mundo, las sinagogas estaban repletas de fieles que escuchaban la Palabra y oraban y cantaban sin cansarse todo el día.

¿Era esto lo definitivo y querido por Dios? Eso estaba muy bien, y era y es una gloria del pueblo elegido. Pero, digamos, con palabra de San Pablo, que “todo esto acontecía en figura, y fue escrito para enseñanza de los que hemos llegado a la plenitud de los tiempos” (*1Corintios* 10,11)

La nueva creación y la liberación total se verificaron con el Misterio Pascual en la Resurrección de Jesucristo, que iniciaba los cielos nuevos y la tierra nueva: Porque Jesucristo es “el Primogénito de toda la creación..., puesto que él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos” (*Colosenses* 1,15 y 18). Los primeros cristianos, empezando por los Apóstoles, entendieron esto y pronto comenzaron a pasar la celebración del Sábado al Domingo.

Aparte de los textos citados al principio, vemos cómo narra Marcos la Resurrección de Jesús: “Pasado el sábado, muy de madrugada, el primer día de la semana, salido el sol” (*Marcos* 16,1-2). Lucas, igual: “Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús” (*Lucas* 24,13). Y Juan: “Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, se presentó Jesús en medio de ellos” (*Juan* 20,19). Y el inicio de la Iglesia, al clausurarse el día de Pentecostés, o sea, el primero de la semana, “vino de repente del cielo un viento impetuoso que llenó toda la casa, aparecieron unas como lenguas de fuego, y se llenaron todos del Espíritu Santo” (*Hechos* 2,1-4)

Ante estos acontecimientos, fijados por Dios en el día primero de la semana, ¿qué iba a hacer la primitiva Iglesia? El “Día del Señor”, el Domingo, tenía que sustituir definitivamente al Sábado. El Domingo sería el día sagrado de los cristianos. Y tenía que hacerlo con las mismas características que el Sábado en el pueblo elegido del Antiguo Testamento.

El Domingo sería el día de la escucha de la Palabra de Dios, para recordar la Resurrección del Señor e inicio de la nueva creación: “He aquí que hago nuevas todas las cosas” (*Apocalipsis* 21,5)

El Domingo sería el día de la liberación total del nuevo “Israel de Dios” (*Gálatas* 6,16), día en que el “linaje elegido y sacerdocio real, la nación santa y pueblo adquirido” (*1Pedro* 2,9), ofrecerá el Sacrificio del Señor con la “fracción del pan” (*Hechos* 20,7), es decir, con la Eucaristía, el Sacrificio nuevo que Dios se preparaba para “gloria de su Nombre entre las naciones, desde oriente hasta occidente” (*Malaquías* 1,11)

El Domingo sería el día de descanso, porque la Iglesia, conocedora de que “no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de otra futura” (*Hebreos* 13,14), se esfuerza por entrar en aquel descanso de Dios, “pues quien entra en su descanso, descansa también de sus trabajos como Dios descansó de los suyos” (*Hebreos* 4,10-11)

Con la Biblia en la mano podríamos seguir diciendo muchas cosas sobre “El Día del Señor”. El Papa Juan Pablo II le dedicó una importante Carta Apostólica en la que nos hacía ver los bienes grandes que reportaríamos todos al restaurar la observancia religiosa, familiar y social del mismo. Hoy las circunstancias mundiales han cambiado profundamente nuestra manera de actuar en los fines de semana, con algunos valores muy positivos. Pero, ciertamente, no nos lucimos al relegar al último lugar el carácter sagrado del Domingo, cuando nos haríamos un bien inmenso al devolverle aquella seriedad con que se celebraba en tiempos antiguos y que no están todavía tan lejanos de nosotros.

El Concilio nos lo recuerda con palabra apremiante: “La Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón ‘día del Señor’ o domingo. En este día, los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la pasión, la muerte, la resurrección y la gloria del Señor Jesús. Por esto, el domingo es la fiesta primordial, día de alegría y de liberación del trabajo” (*SC*, 106)

¡El Domingo! Bien celebrado, no se perdería nunca el sentido trascendente de la vida: trabajaríamos y descansaríamos aquí teniendo siempre a la vista ese Cielo que nos espera y que sentiríamos seguro, muy seguro, para el día en que Dios nos llame a su descanso...

156. El Mundo amado de Dios. *¿Qué pensar y qué decir del mundo?*

Esta expresión: “El mundo”, tiene varios significados en la Biblia, y muchas veces podemos hablar del mundo de manera poco apropiada. ¿Qué debemos pensar nosotros del mundo según la Palabra de Dios? Parece algo de poca importancia, y, sin embargo, el cristiano debe tener ideas muy claras de lo que es el mundo, de lo que debe ser el mundo según el plan de Dios. Esto llevará al creyente a trabajar por un mundo que es muy amado de Dios, al que Dios quiere salvar, y que, renovado, será al final la morada feliz de los hijos de Dios.

¿Empezamos con dos textos del Evangelio de Juan, con palabras de Jesús que parecen contradictorias en absoluto? Dice Jesús a Nicodemo: “¡De tal manera amó Dios al mundo que le dio su Hijo Unigénito!” (*Juan 3,16*). Y viene el mismo Jesús, ve al mundo tan malo, que le dice al Padre: “No ruego por el mundo, sino por los discípulos que tú me has dado. El mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo” (*Juan 17, 9 y 14*). ¿Qué decir del mundo cuando Jesús habla sobre él de maneras tan diferentes?...

Nos encontramos con una lección de la Biblia muy importante, porque, según lo que pensemos del mundo y según cómo actuemos con el mundo, el mundo puede ser nuestra salvación o puede llevarnos a una perdición irremediable. Y empezamos por lo más elemental: ¿Qué debemos entender por “El mundo” según el lenguaje de la Biblia?

Primero, significamos el cosmos, o todas las cosas que Dios ha creado para el hombre, como cuando decimos: “Dios creó el mundo de la nada”.

Segundo, entendemos por “El mundo” a todos los hombres y mujeres que poblamos la tierra. Por eso decimos también: “Todo el mundo piensa lo mismo”.

Tercero, en un lenguaje determinado del Evangelio, entendemos por “El mundo” la potencia del mal, o sea, aquellas personas, doctrinas, costumbres, que se oponen a Jesucristo o son contrarias a su doctrina y al plan salvador de Dios. Por eso nos expresamos muchas veces: “¡Ay, qué mundo éste tan perdido!”...

Si tenemos en cuenta estas tres maneras de expresarnos sobre el mundo, podemos hablar del mundo tal como nos interesa considerarlo según la Biblia para nuestra salvación.

Ante todo, miramos el mundo como el conjunto de todas las cosas creadas por Dios para bien y provecho del hombre. ¿Y qué decir de él? La respuesta la tenemos en la primera página de la Biblia: “Y vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien” (*Génesis 1,31*). Dios lo hizo todo de tal manera que el hombre, al ver las maravillas de Dios, se elevaba sin más al conocimiento de Dios, como dice la misma Palabra de Dios: “Por la grandeza y la hermosura de las criaturas se descubre a su Creador” (*Sabiduría 13,5*). Y San Pablo: “Hasta lo invisible de Dios, su poder eterno y su divinidad, se deja ver a la inteligencia desde la creación del mundo” (*Romanos 1,20*)

¿Y para quién hizo Dios el mundo? Para el hombre, de manera que lo utilizara para su provecho mediante el trabajo, la técnica y la ciencia: “Llenen la tierra y sométanla”. “Tomó

Dios al hombre y lo dejó en el jardín del Edén, para que lo labrase y cuidase” (*Génesis* 1,28 y 2,15). Era y es todo tan bueno para el hombre, que la Biblia le dice a Dios: “Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste; pues, si odiaras algo, no lo habrías creado. ¿Cómo subsistiría algo, si tú no lo quisieras” (*Sabiduría* 11,24-25)

Ante esto, ¿cómo se explican los males que encontramos en el mundo creado por Dios? No encontraremos respuesta si no acudimos al pecado del hombre. Al rebelarse el hombre contra Dios, la naturaleza se rebeló contra el hombre, sobre el que vinieron todos los males encima, y de los cuales se vería libre sólo con la redención de Jesucristo, que, al librar al hombre del pecado, libraré también un día a la creación entera de la corrupción a la que se ve sujeta, como nos dice San Pablo: “La creación fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (*Romanos* 8,20-21). - Hoy el hombre, en vez de ayudar al mejoramiento del mundo creado, por egoísmos incalificables, atenta contra la creación con grave perjuicio del bienestar de los hombres, para los cuales hizo Dios tan bien hechas todas las cosas.

Si de ese primer concepto del mundo pasamos al segundo, nos encontramos con el hombre. ¿Y qué decir del hombre? Dios lo constituyó el rey de la creación, como hemos visto por esas primeras palabras de Dios en el paraíso. Un salmo lo canta de una manera muy bella: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, coronándolo de gloria y esplendor; lo constituiste señor de las obras de tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies” (*Salmo* 8,5-7)

Pero el hombre pecó, ¿y qué le esperaba? Vendido libremente a Satanás, no le cabía otra suerte que la de su amo: una condenación sin remedio. Y es aquí cuando “se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres: él nos salvó por su misericordia” (*Tito* 3,4-5). El hombre, todo hombre y toda mujer, creados a imagen de Dios (*Génesis* 1,25), y redimidos por la Sangre de Cristo (*Mateo* 26,28), son ese mundo tan amado de Dios, de una manera muy superior al amor que tiene al otro mundo, al de las otras cosas creadas. Tanto es así, que “Dios no ha enviado su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (*Juan* 3,17). Pablo nos dirá: “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (*Romanos* 5,8) - Este mundo de los hombres es nuestro mundo. ¡Y cómo lo amamos! Queremos amarlo como lo ama el mismo Dios.

Vemos, por lo mismo, que el mundo creado por Dios, lo mismo el de las cosas como el de los hombres, es amado, muy amado por Dios. ¿De dónde viene, entonces, esas exclamaciones de la Biblia tan extrañas? Hemos oído la de Jesús: “No ruego por el mundo”. Y viene Juan, y nos pide: “No amen al mundo, ni nada de lo que hay en el mundo”. “El que ha nacido de Dios, vence al mundo” (*1Juan* 2,15; 5,4). ¿Cómo entender estas expresiones? ¿Es que hay contradicción en Dios, como si amara y odiase a la vez?...

El pensamiento de Jesús y de los Apóstoles está bien claro. Este mundo malo por el que Jesús ni quiso rogar es el mundo de Satanás y el gobernado por Satanás, el que vive siem-

pre enfrentado con Dios y contra su Espíritu Santo. No ruega Jesús por él porque es inútil del todo. Y los Apóstoles prevenían a los creyentes para que no se dejaran seducir por tantas doctrinas y costumbres que metían en el mundo bueno esos emisarios del demonio para echar a perder la obra de la salvación realizada por Jesucristo. - Como en los dos puntos anteriores, nos preguntamos también en éste: ¿Ha desaparecido de la tierra este mundo malo, malo, enfrentado siempre contra Dios, contra Cristo y su Iglesia?... Ese mundo es, sencillamente, el que Juan llama “El Anticristo”: “Han oído que iba a venir un Anticristo; pues bien, han aparecido ya muchos anticristos” (*1Juan 2,18*)

Bien. Y ahora que tenemos claros los conceptos del mundo en sus diversas acepciones según la Biblia, ¿qué nos toca hacer? No es nada difícil sacar las consecuencias, que las hemos apuntado en cada uno de los tres puntos: amar lo que Dios ama, y estar al tanto con lo que Dios no quiere porque se le enfrenta descaradamente. ¡No nos dejamos seducir por el mal! Porque, como dice Jesús, no somos del mundo, como tampoco lo es Él (*Juan 17,16*)

Miramos, sin embargo al mundo de la creación y al mundo de los hombres, ¡y cómo los amamos y cómo queremos trabajar por hacerlos cada vez mejores! Para ello, nada como mirar a Jesucristo, ya que “todo fue creado por él y para él” (*Colosenses 1,16*). Con la visión de Jesucristo siempre ante los ojos, el cristiano aprovecha la creación y la vida como un don de Dios: “Ya sea que coman, ya beban, hagan lo que hagan, háganlo todo para gloria de Dios” (*1Corintios 10,31*). ¿Y cómo el cristiano mejora el mundo? Nos lo dice también Pablo: “Consideren todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de buena fama, de virtuoso, de laudable, y todo eso ténganlo en verdadero aprecio” (*Filipenses 4,8*). Entonces, todo lo que sea mejorar el mundo para que acepte la salvación total traída por Jesucristo, todo eso es actividad digna del cristiano. Y el cristiano lo mismo trabaja por la conservación de la Naturaleza que por la salvación eterna de los hombres sus hermanos.

El Concilio nos lo recuerda con estas palabras: “El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo” (*GS,34*). ¡Qué magnífico programa! Ser continuadores de la obra creadora de Dios y ejecutores de su plan de salvación...

157. Los israelitas por el Desierto. ¿Iba con ellos Jesús?

Leemos muchas veces en la Biblia la peregrinación de Israel por el Desierto, desde Egipto hasta la Tierra Prometida. Hoy nos queremos preguntar: ¿Iba con ellos Jesús? ¿Era sólo Moisés quién los guiaba?... Aquellos cuarenta años, ¿no nos dicen nada a nosotros, los cristianos de hoy?

La travesía de Israel por el Desierto bajo el caudillaje de Moisés durante cuarenta años resulta una lección de Biblia impresionante. Muchos podrían pensar: -¡Bueno! Eso está bien como un recuerdo para los judíos, los de entonces como los de ahora. Pero a nosotros, los cristianos, ¿nos puede importar mucho? A nosotros nos basta Jesús. ¿E iba Jesús con ellos?...

Pues, miren por dónde, a Jesús le faltaban todavía mil doscientos años para venir al mundo, y, sin embargo, lo adivinamos, lo vemos, lo encontramos de muchas maneras en esas páginas tan importantes y aleccionadoras del Antiguo Testamento. Páginas que, a la luz del Nuevo Testamento, nos harán ver a nuestro Salvador preparando su venida y su misión entre nosotros, los peregrinos de hoy hacia la verdadera Tierra Prometida de la Gloria celestial. El primero en intuirlo fue Mateo, que al narrar el episodio de los Magos, dice esta frase no histórica, sino simbólica y cargada de teología: “De Egipto llamé e mi Hijo” (*Mateo 2,15*)

Empezamos por la figura del jefe, el caudillo, el grandioso **Moisés**. Dios se le revela de tal modo, que Yahvé le “hablaba cara a cara”, “de tu a tu, como un hombre habla con su amigo” (*Deuteronomio 34,10; Éxodo 33,11*). Y le confía la dura misión: “Marcha; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, los israelitas” (*Éxodo 3,32*). Lleva Moisés a término feliz la formidable empresa, pero no logra la victoria completa, porque morirá a las puertas de la Tierra Prometida (*Deuteronomio 34,1-5*). De Moisés dice la Biblia: “No ha vuelto a surgir en Israel un profeta como Moisés”; pero Dios promete por labios del mismo Moisés: “Yahvé tu Dios te suscitará, de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo: a él habrás de escuchar” (*Deuteronomio 18,15*)

Conforme a la misma Biblia, ponemos uno frente al otro, a Moisés y a Jesús. Jesús ve a Dios mucho más claro que Moisés: “A Dios nadie le ha visto jamás, sino el Hijo Unigénito, el que está en el seno del Padre” (*Juan 1,18*). La Redención humana, realizada por Jesús que nos arranca de las garras de Satanás, es muy superior a la de Moisés que libera de Egipto a los israelitas, liberación ésta que no es sino un símbolo de la realizada por Jesucristo. Es Jesús el que nos mete de manera segura en la Gloria, término final de nuestra peregrinación, porque tenemos “fijos los ojos en Jesús, el iniciador y consumidor de nuestra fe” (*Hebreos 12,2*)

¡Jesús! Aquí tenemos a nuestro Jefe. ¡A éste sí que le podemos seguir a ciegas!...

Si de Moisés el jefe pasamos a los acontecimientos del Desierto, veremos de mil maneras a Jesús prefigurado en el Israel peregrino. Empecemos por el **maná**. El pueblo se amotina contra Moisés: “¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos pan hasta hartarnos! Nos han traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea”. Y viene la respuesta de Dios a Moisés: “Mira, haré llover del cielo pan; el pueblo saldrá cada día a recoger la ración diaria”. En efecto, “al día siguiente por la mañana apareció en la superficie del desierto una cosa menuda, como granos, parecida a la escarcha sobre la tierra. Al verla los israelitas se decían unos a otros: “Man-hú, ¿Qué es esto?”. A lo que respondía Moisés: “Esto es lo que les manda Yahvé. Que cada uno recoja cuanto necesite para comer”. “Israel llamó a aquel alimento maná. Era blanco, y con sabor a torta de miel”. “Los israelitas comieron el maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitada” (*Éxodo* 16,2-35)

La Biblia, en los Salmos y los Sapienciales, dará el significado espiritual a este prodigio del maná. Valgan por todos estos dos textos preciosos. “Dios les hizo llover maná para comer, les hizo llegar un trigo celestial: el hombre comió pan de los ángeles, les mandó provisión hasta para hartarse” (*Salmo* 77, 24-25). “Alimentaste a tu pueblo con manjar de ángeles, y les mandaste desde el cielo un pan preparado sin fatiga, que producía gran placer y satisfacía todos los gustos. Este sustento manifestaba tu dulzura para con tus hijos, pues se adaptaba al gusto del que lo tomaba y se transformaba en lo que cada uno quería” (*Sabiduría* 16, 20-21)

Esto es de una belleza sin igual. Israel estaba orgulloso de haber probado tan delicioso manjar. Pero aquello no era más que una figura lejana de lo que pasaría en los tiempos del Mesías. Los que no creían en Jesús, le pidieron desafiantes: “¿Qué haces tú para que creamos en ti? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: Les dio a comer pan del cielo”. Jesús acepta el guante, y responde: “No fue Moisés quien les dio el pan del cielo; es mi Padre el que les va a dar el verdadero pan del cielo, el que ha bajado del cielo y da la vida al mundo”. ¿Y quieren saber cuál es ese pan del cielo?. “Yo soy el pan de vida. El que venga a mí no tendrá hambre”. “Sus padres comieron el pan en el desierto y murieron. Yo soy el pan vivo bajado del cielo, para que quien lo coma no muera. Y el pan que yo les voy a dar es mi carne para la vida del mundo. Porque mi carne es verdadera comida. Y el que coma este pan vivirá para siempre” (*Juan* 6, 30-58)

¡Este sí que es el Maná verdadero! ¡Este sí que es el Pan de los ángeles!...

El pueblo tuvo hambre y quedó harto hasta saciarse con el maná. Ahora viene otra queja fastidiosa para Moisés: “Danos agua para beber. ¿Por qué nos has sacado de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros ganados y a nuestros hijos?”. Y viene la respuesta de Dios con la **roca**: “Ponte delante del pueblo, toma tu cayado, yo estaré contigo junto a la roca de Horeb, golpéala y saldrá agua para que beba el pueblo”. Así respondió Dios al pueblo que desafiaba a Moisés: “¿Está Yahvé entre nosotros, o no?” (*Éxodo* 17,2-7). Una tradición judía aseguraba que esa roca siguió a Israel en sus peregrinaciones por el Desierto.

San Pablo, haciéndose eco de esta tradición judía, la interpretará diciendo: “Todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca que les seguía, y la roca era Cristo” (*1Corintios* 10,4). Y ya tenemos aquí la realidad cristiana. Para los Profetas, el agua de la roca era el signo del Mesías que iba a venir: “Derramaré agua sobre el suelo sediento y raudales de agua sobre la tierra seca. Derramaré mi Espíritu sobre tu linaje, mi bendición sobre tu descendencia. Serán como huerto regado; serán como manantial cuyas aguas nunca fallan”. “¡Todos los sedientos, vayan por agua!” (*Isaías* 44,3; 58,11; 55,1). Jesús y los Apóstoles darán la interpretación verdadera. “Quien tenga sed que venga, y beba el que crea en mí. Porque de sus entrañas manarán torrentes de agua viva”, clamaba Jesús en la explanada del Templo. “Y esto lo decía del Espíritu Santo que iban a recibir los que creyeran en él”. Jesús era la Roca que, golpeada en el Calvario, dejó salir “sangre y agua” y con ella el Espíritu que se iba a derramar apenas Jesús resucitase (*Juan* 7, 37-39; 19,35). Los Padres de la Iglesia nos dan la interpretación más bella y más segura, como San Ambrosio: “Bebe a Cristo, que es la fuente de la vida”.

¡Qué agua la de esta Roca que es Cristo! Quien la bebe, percibe lo de San Ignacio Mártir, que la notaba dentro de sí como un manantial rumoroso: “Siento dentro de mí un agua viva, que murmura: ¡Ven a mí!”.

Nueva queja del pueblo contra Moisés y el mismo Dios: “¿Por qué nos han sacado de Egipto para morir en este desierto?”. Y esto lo dicen después de tantos prodigios. Se enciende la cólera de Dios y viene el castigo: las serpientes venenosas, que con sus picaduras siegan a montones las vidas. Hasta que Dios se apiada y ordena a Moisés: “Haz una **serpiente** de bronce abrasadora y ponla en un mástil. Todo el que haya sido mordido y la mire, vivirá”. Y así fue. “Si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba a la serpiente de bronce, quedaba con vida” (*Números* 21,4-9)

Va ser el mismo Jesús quien nos dé la interpretación exacta de este hecho, cuando le diga a Nicodemo: “Igual que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga en él la vida eterna” (*Juan* 3,14-15)

La mordedura de Satanás en el paraíso fue mortal de veras, pero la mirada de fe que dirigimos a Cristo los pecadores, ¡hay que ver la salvación que nos trae!...

Toso esto del Desierto no era sino “figura de lo que iba a venir”, nos dice San Pablo (*1Corintios* 10,6). Por eso, vamos ahora a la pregunta primera: ¿Iba Jesús con los israelitas por el desierto?... Mil doscientos años antes de que viniera al mundo, la figura y la presencia mística y espiritual del Cristo futuro empezaba a llenar todas las páginas de la Historia de la Salvación.

158. Cristiano. Una definición plenamente evangélica.

Hoy queremos saber lo que significa la palabra “cristiano”, que la encontramos en la Biblia y que, con sólo leerla o pronunciarla, nos llenamos de santo orgullo. ¿Por qué digo a boca llena: “Yo soy cristiano”, “Yo soy una cristiana”?... Esto es muy hermoso, pero esta palabra está cargada también de unas responsabilidades que solamente los valientes son capaces de aceptar. Llamarse cristiano es lo mismo que llamarse y ser unos segadores incondicionales de Cristo, hasta donde Él vaya y hasta donde Él nos llame.

Abrimos los Hechos de los Apóstoles, leemos la historia de la fundación de la Iglesia de Antioquia, y, a poca sensibilidad que tengamos, los ojos casi se nos llenan de lágrimas cuando nos encontramos con esta frase: “Fue en Antioquia donde, por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de CRISTIANOS” (*Hechos 11,26*)

Lo curioso es que no sabemos quién se lo inventó, quién fue aquel a quien se le ocurrió dar este nombre a los que seguían a aquel Jesús que había sido crucificado en Jerusalén y del que decían que había resucitado.

¿Fue un hijo de la Iglesia? Digamos que estuvo acertadísimo...

¿Fue un judío de la sinagoga, para distinguir de ellos a la nueva secta? Se lo agradecemos...

¿Fue un gentil, un pagano, que se hacía un lío con los judíos de siempre y con los nuevos, que llamaban “Cristo” a Jesús, y llamándolos con el apodo de “cristianos” acababa para siempre con la cuestión? Somos muy deudores a ese pagano...

Parece lo más probable que se trató de esto, de un apodo algo despectivo. Pero lo cierto es que el nombre de “cristiano” nació en Antioquia, y lo que pudo ser una palabra insultante se convirtió en un timbre de gloria.

No pasarán muchos años, y veremos que la palabra era recibida en la Iglesia como propia de los seguidores de Jesús. Leemos en una carta de Pedro: “Que ninguno de ustedes tenga que sufrir ni por criminal ni por ladrón ni por malhechor ni por entrometido: pero si es por cristiano, que no se avergüence, sino que glorifique a Dios por llevar este nombre” (*1Pedro 4,15-16*)

Y mucho antes de que Pedro escribiera estas magníficas palabras, el rey Agripa le bromeaba a Pablo: “¿Por poco me convences para que me haga yo también cristiano!”. A lo que contesta Pablo, señal de que “cristiano” se consideraba ya en la Iglesia como una gloria: “Quiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino todos los que me escuchan, llegaran a ser tales como soy yo, excepto estas cadenas” (*Hechos 26,28-29*)

Nos encontramos, por lo mismo, en plena era apostólica con esta realidad: los discípulos de Jesús se llamaban “cristianos” con santo orgullo. Y entonces nos preguntamos: ¿Qué entraña la palabra “cristiano” a la luz del Nuevo Testamento?... Una sola expresión lo compendia todo: “Cristiano se llama y es aquel que sigue en todo a Jesucristo”. Parece que no hemos dicho nada, pero aquí se encierra todo un mundo para nuestra vida de bautizados.

Digamos desde un principio que en el Nuevo Testamento, sobre todo en los escritos posteriores, la palabra “discípulos” equivale a veces, no siempre, a “cristianos”. Cuando aquí hablemos de “discípulos” será en sentido amplio que tuvo posteriormente, es decir, el equivalente a “cristianos”.

¿Quién es un cristiano? Ante todo, es un “elegido” por Jesucristo. “Miren, hermanos, quiénes han sido llamados” (*1 Corintios* 1,26). Son “los suyos, los llamados, los elegidos” de Jesucristo (*Apocalipsis* 17,14), que los “ha llamado a su Reino y gloria” (*1 Tesalonicenses* 1,12), con una elección y llamada libres de Dios “para que ninguno se gloríe” (*Efesios* 2,9). Esto quiere decir que el cristiano tiene una “vocación”, expresada por San Pablo de esta manera: “Llamados de Jesucristo, a ser santos por vocación” (*Romanos* 1,6-7); y esto, lo hizo desde “antes de la creación del mundo, para que llegáramos a ser santos, inmaculados, amantes” (*Efesios* 1,4-5)

El cristiano, por esto, tiene conciencia de que, aun estando en el mundo, no es del mundo, porque está destinado a otro mundo superior: “Busquen las cosas de arriba, donde está Cristo” el que los llamó. “Aspiren a las cosas de arriba, no a las de la tierra, porque su vida está escondida con Cristo en Dios” (*Colosenses* 3,1-3)

¿Quiere decir esto que el cristiano se puede desentender de las cosas temporales? No, ni mucho menos. Al revés, el cristiano tiene más conciencia que nadie de que, por vocación, está destinado por el mismo Jesucristo a transformar el mundo, preparando todas las sendas al Reino de Dios. El mundo futuro lleno de felicidad que espera el cristiano debe hacerle aprovechar el tiempo presente para trabajar denodadamente como hombre de provecho, de manera que no es digno de comer el que no trabaja ni el que se cansa de hacer el bien (*2 Tesalonicenses* 3,10-13)

El Evangelio nos dicta claramente las condición primera del cristiano: ha de preferirse a Jesucristo sobre todas las cosas, según ese texto que a muchos les da algo de miedo: “Quien quiera venir junto a mí y no me prefiera a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (*Lucas* 14,26-27). Por lo mismo, el cristiano es quien se entrega a la Persona de Jesucristo sin condiciones.

En el Evangelio vemos cómo Jesús aceptaba hasta el seguimiento físico de muchos, y, ¡pasmémonos!, hasta de mujeres que le socorrían con sus propios bienes y con sus servicios femeninos. “Algunas mujeres: María llamada la Magdalena, Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas, que le servían con sus bienes” (*Lucas* 8,2-3). Esto era algo inconcebible en aquella sociedad supermachista de los escribas y fariseos. Sin embargo, en la mentalidad cristiana vino a ser signo de la renuncia a todo por seguir a Jesús y servir incondicionalmente al Reino.

Este seguimiento se identifica con lo que llamamos la “imitación” de Jesucristo. El apóstol San Pablo lo ha expresado de manera profunda al decirnos: “Tengan los mismos senti-

mientos que Cristo Jesús” (*Filipenses 2,5*). Si sentimos lo mismo que Jesucristo, nuestra vida será por fuerza igual que la de Jesucristo, pues nuestro actuar seguirá indefectiblemente a nuestro propio ser. Esta imitación de Cristo será ejemplarizante, es decir, los cristianos nos estimularemos los unos a los otros a ser como el Señor Jesús. Es el mismo San Pablo quien nos lo dice: “Sean imitadores míos como yo lo soy de Cristo” (*1Corintios 11,1*), igual que lo hicieron los primeros cristianos de Tesalónica: “Ustedes se hicieron imitadores nuestros y del Señor, de manera que se han convertido en modelo de todos los creyentes” (*1Tesalonicenses 1,6-7*)

En el Evangelio de Lucas, escrito ya para los cristianos de la segunda generación de la Iglesia, vemos la misión que Jesús confió a los setenta y dos discípulos, claramente diferentes de los Doce: “Los envió a todas las ciudades y sitios adonde él había de ir, y les dijo: la mies es mucha y los obreros pocos” (*Lucas 10,1-2*). Clara alusión a la exigencia del cristiano, de todo cristiano, a convertirse en apóstol de ese Jesucristo en quien él cree, al que ama, al que se le ha dado, y al que quiere hacer conocer por todo el mundo. Cristiano que no siente el celo apostólico es un cristiano muy a medias.

Vendrá Juan con su Evangelio, escrito hacia finales del siglo primero, cuando los cristianos ya se han constituido en una Iglesia organizada e institucionalizada, y les recordará que el mandamiento primero por el que se han de regir esas comunidades, institucionalizadas bajo la dirección de los obispos y presbíteros, “puestos por el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios” (*Hechos 20,28*), es el mandamiento del amor: “En esto conocerán todos que son discípulos míos: si se tienen amor los unos a los otros” (*Juan 13,35*). Por consiguiente, quien no ama no es cristiano, y el que más ama es más cristiano que nadie, como el que pedía: “Señor, hazme un instrumento de tu paz”...

“Cristiano”. ¡Cualquiera diría que no decimos nada con esta palabra! Quien nos clasificó con ella, nos definió de manera perfecta. San Agustín, orgulloso de este nombre, decía a sus oyentes, miembros de Cristo: “Felicitémonos, y demos gracias a Dios, porque no solamente nos ha concedido la gracia de ser cristianos, sino de ser el mismo Cristo. ¿Se dan cuenta de la gracia que Dios nos otorga? Admírense, alégrense. Hemos sido transformados en Cristo”.

159. Nostalgia de Dios. *El “Hasta que descanse en ti” de San Agustín.*

Todos sabemos lo que significa la palabra “Nostalgia”. Es el recuerdo emocionado y doloroso, el anhelo que sentimos, el deseo intenso del corazón por una persona o cosa que amamos, que tenemos ausente y con la cual nos queremos encontrar. Ahora bien, ¿podemos tener nostalgia de Dios? ¿Nos dice la Biblia algo sobre este sentimiento tan profundo de muchas almas?... Ciertamente, que en las páginas sagradas se expresa la nostalgia de Dios de una manera intensa, en oraciones muy bellas, en sentencias que nos hablan de Dios como ningún otro libro lo ha podido expresar.

Hay un salmo en la Biblia, joya literaria de primer orden, compuesto por un judío prisionero de guerra, que, lejos de la patria y ante las burlas de sus enemigos, se dirige a Yahvé en su Templo de Jerusalén: “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? Las lágrimas son mi pan día y noche, mientras todo el día me repiten: ‘¿Dónde está tu Dios?’... Recuerdo otros tiempos, y desahogo mi alma conmigo: cómo marchaba a la cabeza del grupo, hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza, en el bullicio de la fiesta. ¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: Salud de mi rostro, Dios mío” (*Salmo 41,1-6*)

Esto tan sublime de un judío piadoso en el Antiguo Testamento, lo expresó con frase inmortal San Agustín, cuando ya la Iglesia conocía toda la revelación de Dios: “Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está siempre inquieto hasta que descanse en ti”.

Por lo mismo, la nostalgia de Dios, el deseo de Dios, el anhelo dulce y doloroso de Dios, el recuerdo de Dios lo llevaremos siempre con nosotros, aunque ahora sintamos ya a Dios dentro de nosotros. Pero esperamos con ansia el ver cara a cara a Dios, conforme a lo que nos dice Juan: “Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado todavía lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es él” (*1Juan 3,2*). Esto, al fin y al cabo, no es nada nuevo después de la bienaventuranza que proclamó Jesús: “¡Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios!” (*Mateo 5,8*). Sabiendo esto que nos espera, no es posible vivir sin sentir nostalgia de Dios.

Naturalmente, que al hablar de esta manera y con palabras de la misma Biblia, suponemos que se trata de judíos piadosos o de cristianos fervientes. El que vive despreocupado de Dios no entiende nada, porque nada de esto le interesa. Mientras que el creyente que mira al Cielo, se repite de continuo con otro salmo también bellísimo: “¡Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo! Mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, árida, sin agua... ¡Cómo te contemplaba en tu santuario, viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios... Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote... A la sombra de tus alas canto con júbilo; mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene” (*Salmo 62,2-9*)

Como vemos, para el judío que suspiraba por su Dios, la mirada se dirigía siempre al Templo de Jerusalén, hacia el Santuario que encerraba el Arca, signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. El Templo, el santuario, venían a ser la “cara”, el “rostro” del mismo Dios. Otro Salmo lo canta también con nostalgia: “¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo. Hasta el gorrión ha encontrado una casa; la golondrina, un nido donde colocar sus polluelos: para mí, ¡tus altares, Señor de los ejércitos, Rey mío y Dios mío!”. Y sigue el salmo, manifestando verdadera envidia de los sacerdotes y levitas que están siempre en él, o de los que viven cerca y lo pueden visitar cuando quieren: “¡Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre!... Porque vale más un día en tus atrios que mil en mi casa” (*Salmo 83,2-5. 11*)

¿Citamos otro Salmo, lleno también de nostalgia por Dios?... “Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo. Oigo en mi corazón: ‘Busquen mi rostro’. ¡Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro! Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. ¡Espera en el señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor!” (*Salmo 26,4.8-9. 13-14*). Y otro salmo, finalmente, acabará con este grito de fe y este anhelo: “¡Tú eres mi Señor, tú eres mi bien!... Me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha” (*Salmo 15,1 y 11*)

Como vemos, ya en el Antiguo Testamento los verdaderos israelitas, los “Pobres de Yahvé”, no suspiraban sino por el Dios que los amaba y al que amaban. Como Jeremías, pudieron decir muchos a su Dios: “Tú me sedujiste, Yahvé, y yo me dejé seducir” (*Jeremías 20,7*)

¿Y qué diremos ya en el Nuevo Testamento?... Empezamos con unas palabras de San Pablo que valen por mil discursos: “¿Morir? Para mí, una ganancia enorme; pues mi ilusión es partir y estar con Cristo, lo cual es con mucho lo mejor” (*Filipenses 1,21-23*). Pensamiento que podríamos completar con otras palabras del Apóstol, cuando vislumbra ya el filo de la espada hacia el fin de su vida, palabras llenas de nostalgia divina: “Yo estoy a punto de ser sacrificado y es inminente el momento de mi partida. He luchado en noble competición, he llegado a la meta de mi carrera, he conservado la fe. Ya no me queda más que esperar la corona que me entregará el Señor” (*2Timoteo 4,6-8*)

Éste era indiscutiblemente el pensar de toda la comunidad cristiana. La ilusión de ver al Señor Jesús y estar en su mismo Cielo les llenaba la mente y el corazón. Está fuera de toda duda de que los tres apóstoles privilegiados, Pedro, Santiago y Juan, que habían sido los testigos de la gloria del Tabor, la contaban con entera pasión una vez resucitado el Señor, como se demuestra por la relación de los tres Evangelios Sinópticos, y tenían bien metidas en la cabeza las locas expresiones de Pedro: “¡Qué bien se está aquí, Señor!... Hagamos tres tiendas de campaña... Pero no sabía lo que se decía” (*Marcos 9,5-6*). El rostro glorificado de Jesús tuvo que ser un imán muy fuerte para los primeros creyentes, a los que escribiría el

autor de la Carta a los Hebreos: “¡Esforcémonos por entrar en ese descanso de Dios, sin que nadie desfallezca y caiga!” (*Hebreos 4,11*)

Hacemos bien al pensar en los Apóstoles y en aquellos primeros hermanos nuestros en la fe. Pero, ¿ya pensamos en Jesús? Ha sido, sin duda, quien más nostalgia ha sentido de Dios su Padre. Lo expresó en aquel arrebatado sublime: “¡Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra! Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (*Mateo 11,25-27*). Y sabemos lo que en la Biblia significa el verbo “conocer”: es conocimiento íntimo, lleno de amor y entrega, que une en un solo ser a las personas que se quieren. Por lo mismo, amando Jesús al Padre como lo amaba, por fuerza tuvo que ser la nostalgia de Dios mucho más intensa que en todos nosotros, es decir, suspiraba como nadie porque llegase la hora de pasar de este mundo al Padre para verlo cara a cara, engolfada su Humanidad en el piélago inmenso y sin riberas de la Divinidad.

Vemos que no exageramos nada al hablar así cuando leemos la descripción de la sobremesa que siguió a la Última Cena, narrada por Juan de manera inimitable. Está llena de expresiones de Jesús que indican una nostalgia del Padre muy profunda. “¡Padre, ha llegado la hora! Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes de que el mundo existiese” (*Juan 17,1 y 5*)

Esta nostalgia de Dios se ha vivido siempre en la Iglesia por tantas almas que no suspiran sino por la felicidad del Cielo. San Ignacio de Antioquía, el Obispo y Mártir discípulo de los Apóstoles, escribía cuando iba a la muerte: “Para mí es mejor llegar a través de la muerte a Jesucristo, al que busco, al que quiero. ¡Hermanos, no me pongan estorbos para ganar aquella vida!”. - Y modernamente, Wiseman, el famoso Cardenal inglés, al que los Doctores le dicen la verdad: “No hay nada que hacer. La ciencia no llega a más”. Y él, lleno de alegría a la Religiosa que le atiende: “Hermana, ¿ha oído lo que dicen los Médicos? ¿No sabe usted lo que es la nostalgia? ¡Me voy para estar con mi Padre! Soy como un niño que se quiere lanzar en los brazos de su papá”.

Sentir nostalgia de Dios, suspirar por aquella Patria que nos espera, no es cosa de almas débiles. Es una prerrogativa de los cristianos de más fe.

160. ¡Jesucristo! *La palabra que resume la Biblia entera.*

¿Cuántas veces hemos hablado de Jesucristo a lo largo de todo nuestro Curso y en todas las lecciones de formación bíblica? Muchas, ¿no es cierto? Casi continuamente. Pues, hoy, una vez más: para que sea Él, sólo Él, quien llene nuestra mente y nuestro corazón siempre que tomemos la Biblia en nuestras manos. Con Jesucristo, lo entenderemos todo. Sin Jesucristo, todo sería un enigma, un problema indecifrabable. Todo nuestro trabajo nos ha llevado hacia la Persona de Jesucristo, y con Jesucristo queremos dar coronamiento a nuestro sencillo estudio de la Biblia.

En el año 1970 el Papa Pablo VI emprendió un viaje muy largo por las regiones del Asia y la Oceanía. Y en Filipinas, ante la enorme multitud que le escuchaba, proclamó: “Recuérdelo y mediten: el Papa ha venido hasta ustedes y ha gritado: ¡Jesucristo!”. Una sola palabra encerraba el viaje de tantos miles de kilómetros.

Esto nos ocurre a nosotros hoy. Ciento sesenta lecciones sobre la Biblia son muchas lecciones. El recorrido ha sido muy largo, y todo lo resumimos en una sola palabra: ¡Jesucristo!... Porque Jesucristo ha estado presente desde el principio hasta el fin, ya que Jesucristo llena todas las páginas de las Sagradas Escrituras, conforme a lo que Él mismo nos dice: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin” (*Apocalipsis* 22,13), y lo proclama gozosa aquella arenga: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos” (*Hebreos* 13,8). Todo pasa, y Jesucristo es el único que permanece.

Al hablar así de Jesucristo, hacemos lo de Pablo: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor” (*2Corintios* 4,5), ya que, como el mismo Pablo, “no nos gloriamos de saber otra cosa sino a Jesucristo, y éste crucificado” (*1Corintios*, 2,2), porque Jesucristo es la “fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (*Romanos* 1,16). Hoy el mundo, subyugado por los avances de la técnica y con unos medios para gozar de la vida como no los había tenido nunca, se quiere desentender de ese Jesucristo que sigue siendo “locura” para unos y para otros “escándalo” (*1Corintios* 1,23). Dios, sin embargo, no cede ni cederá jamás, pues no retracta por nada su plan: “no hay bajo el cielo otro nombre con el que nos podamos salvar” (*Hechos* 4,12)

En Jesucristo tenemos los creyentes la “plenitud”. ¿Qué queremos expresar con esta palabra? Nos lo dice el apóstol San Pablo: como hijos de la Iglesia, los cristianos tenemos en Jesucristo “la plenitud del que lo llena todo en todo” (*Efesios* 1,23). Aquí y ahora poseemos en Jesucristo la vida de la Gracia y la esperanza de la vida futura; mañana tendremos en Jesucristo la Gloria, cuando, destruidos todos sus enemigos, “Jesucristo entregue el Reino al Padre, para que sea Dios todo en todas las cosas” (*1Corintios* 15,24 y 28). De esta manera, en Jesucristo nos “realizamos” plenamente lo mismo en esta vida que en la eternidad.

Cuando hablamos de la salvación pensamos ante todo, naturalmente, en la vida futura. Pero la salvación la tomamos en un sentido completo, es decir, la miramos iniciada ya en este mundo, porque en Cristo Jesús tenemos el modelo perfecto del hombre, y siendo y vi-

viendo como Jesús, es como alcanzamos esa “realización” humana de la que tanto hablamos hoy. Al mirar a Jesucristo, el cristiano hace suyas sin más, las asimila y las cumple, aquellas virtudes humanas que San Pablo nos propone como un ideal en un párrafo suyo tantas veces repetido: “Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud o valor, ténganlo en gran aprecio” (*Filipenses* 4,8)

La salvación traída por Jesucristo nos penetra de tal manera que hace la vida no solamente valiosa humanamente, según esas virtudes señaladas por el Apóstol. Hace mucho más. Da una paz, una serenidad, una tranquilidad, que solamente conoce quien la vive en lo íntimo de su ser. Jesús lo expresó con aquellas palabras en su despedida del Cenáculo: “Les doy la paz, les doy mi paz, no una paz como la que da el mundo” (*Juan* 14,27)

La paz de Jesucristo se funda en la fe y en el amor al mismo Jesucristo, como lo expresa de maravilla el apóstol San Pedro: “Aman a Jesucristo sin haberlo visto; aunque de momento no lo ven, sin embargo creen en él, rebosando de alegría inefable y gloriosa, y alcanzan así la meta de su fe, la salvación de las almas” (*IPedro* 8-9). Con esa alegría, fruto de la fe en Jesucristo, en el amor a su Persona y en la esperanza de una salvación segura, ¿quién gana en felicidad al cristiano?... Se entiende entonces muy bien la recomendación de Pablo: “Estén siempre alegres en el Señor; se lo repito, estén alegres” (*Filipenses* 4,4). Jesucristo es el gran motivo de nuestra alegría, de nuestro gozo, de nuestra paz.

Viviendo así el ideal de Dios en Jesucristo, los cristianos cooperamos más que nadie en la transformación del mundo. Escuchamos lo que San Pablo dice ya en el ocaso de su vida, escribiendo a Tito: “Se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, la cual nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el tiempo presente, aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo; el cual se entregó por nosotros a fin de redimirnos de toda iniquidad y hacer de nosotros un pueblo escogido y dispuesto a hacer siempre el bien” (*Tito* 2,11-14). Nadie como el seguidor fiel de Jesucristo hace tanto por conseguir ese Mundo Mejor en que tanto sueñan hoy todos los hombres de buena voluntad.

El Papa Pablo VI, con mirada muy certera, pedía “un desarrollo integral del hombre, un desarrollo solidario de la humanidad”. El Papa hablaba, naturalmente, de la justicia social que todos queremos ver establecida en el mundo. Y esta justicia no se conseguirá hasta que no nos transformemos los hombres en Jesucristo, conforme a lo de Pablo: “Anunciamos a Cristo, amonestando e instruyendo a todos los hombres a fin de presentarlos a todos perfectos en Cristo” (*Colosenses* 1,28), con este ideal: “llegar en la fe al estado del hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo” (*Efesios* 4,13). Solamente cambiando al hombre en Cristo, y haciendo que Cristo viva en cada hombre, es decir, haciendo a cada hombre perfecto en Cristo, será posible el cambio tan suspirado de un mundo lleno de injusticia y de egoísmo en un mundo amor y de paz. Si no se parte de Jesucristo, no se consigue nunca nada.

Cuando leemos los escritos de los Apóstoles vemos la importancia que dan siempre a Jesucristo Resucitado. Y es que toda la fe cristiana depende del hecho de la Resurrección. Pablo lo expresó como nadie: “Si Cristo no resucitó, nuestra predicación carece de sentido, e igualmente la fe de ustedes. Si tenemos puesta nuestra esperanza en un Cristo que no resucitó, somos la gente más miserable”. Pero bien pronto cambia de tono Pablo: “¡Sin embargo, no! Porque Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de todos los que murieron” (*1 Corintios* 15,14-20). Entonces Cristo, resucitado, “fue elevado al Cielo y se sentó a la diestra de Dios” (*Marcos* 16,19), constituido de esta manera “Cristo y Señor”.

Contemplando a Jesucristo en su gloria, lo vemos con el Apocalipsis “Rey de reyes y Señor de los señores” (*Apocalipsis* 17,14), es decir, como Rey universal de los siglos. Pero es un Rey que subyuga por lo que es su Persona adorable, como lo expresó de aquella manera el Papa Pío XI: “Rey de las inteligencias porque él es la verdad; Rey de las voluntades porque él es la rectitud y a todos mueve al bien; Rey de los corazones porque él es la belleza, la delicadeza, la fidelidad, la generosidad. Nadie ha sido ni será amado como él”.

Nos hacemos la última pregunta: ¿Quién es Jesucristo? Y nos respondemos con el Papa Pablo VI: “¿Tienes hambre? Cristo es el pan de la vida. ¿Tienes sed? Cristo es la fuente del agua viva. ¿Tienes necesidad de ver y de comprender? Cristo es la luz del mundo. ¿Tienes deseos de justicia y de libertad? Cristo, el gran pobre, es el liberador de los lazos que hacen al hombre esclavo de la idolatría, de la riqueza y del orgullo. ¿Tienes necesidad de amor? Cristo es el supremo dador y promotor de la caridad para los hombres y entre los hombres. ¿Tienes necesidad de Vida? Cristo es el principio de la vida que no muere”.

Nosotros lo miramos así: como el ideal supremo de nuestro amor, y nos decimos como Pablo ante ese Jesucristo apasionante: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?... No; nada ni nadie podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro” (*Romanos* 8,35-39)

¡Dichosos nosotros, que sabemos quién es Jesucristo! ¡Dichosos nosotros que lo amamos!...

Aquí acaban los 50 Temas Complementarios